

Marqués de Sade

Juliette/2

4.^a edición



espiral / ficción

Material com direitos autorais

Editorial Fundamentos está orgullosa de contribuir con más del 0,7% de sus ingresos a paliar el desequilibrio frente a los Países en Vías de Desarrollo y a fomentar el respeto a los Derechos Humanos a través de diversas ONGs.

Este libro ha sido impreso en papel ecológico en cuya elaboración no se ha utilizado cloro gas.

Título original: *Histoire de Juliette 2*
Traducción: Pilar Calvo

© de la presente edición en lengua española
Editorial Fundamentos
En la lengua española para todos los países
Caracas, 15. 28010 Madrid. ☎ 91 319 96 19
E-mail: fundamentos@infor.net.es

Primera edición, 1977
Cuarta edición, 2000

ISBN obra completa: 84-245-0235-3
ISBN tomo II: 84-245-0233-7
Depósito Legal: M-514-2000
Impreso en España. Printed in Spain
Impreso por Printing Book, S. L.

Diseño de cubierta: Luis Romeo

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Indice

Tercera Parte.....	7
Cuarta Parte	223

This One



XJ4D-81K-TTRE

TERCERA PARTE

Ya es hora, amigos míos, de que os hable un poco de mí, sobre todo de que os pinte mi lujo, fruto de los más terribles excesos, para que podáis compararlo con el estado de infortunio en que se encontraba mi hermana por habersele ocurrido ser honesta. Sacaréis de esta comparación las consecuencias que os sugiera vuestra filosofía.

El tren de vida de mi casa era fantástico. Podéis figurároslo dados todos los gastos que estaba obligada a hacer para mi amante. Pero, dejando aparte la multitud de cosas exigidas por sus placeres, me quedaba para mí un hotel soberbio en París, un delicioso terreno más allá de Sceaux, una casita de lo más voluptuoso en la Barrière-Blanche, doce lesbianas, cuatro criadas, una lectora, dos guardianas, tres carrozas, diez caballos, cuatro ayudas de cámara elegidos por la superioridad del miembro, los atributos de una enorme casa, y para mí sola más de dos millones de renta al año, con la casa pagada.

¿Queréis ahora mi vida?

Me levantaba todos los días a la diez. Hasta las once sólo veía a mis amigas íntimas; desde entonces hasta la una gran toilette, a la que asistían todos mis cortesanos; a la una en punto, recibía audiencias particulares para los favores que tenían que pedirme, o al ministro cuando estaba en París. A las dos, volaba a mi casita donde excelentes obreras me permitían encontrar regularmente todos los días cuatro hombres y cuatro mujeres, con quienes daba el más amplio vuelo a mis caprichos. Para que os hagáis una idea de los objetos que recibía en ella, conformaos con saber que no entraba ningún individuo que no me costase al menos veinticinco luises, y con frecuen-

cia el doble. De esta forma, no es posible imaginarse la de delicias y rarezas que obtenía de uno y otro sexo: más de una vez he visto mujeres y muchachas de la mejor familia y puedo decir que en esa casa he gozado de voluptuosidades muy dulces y placeres muy refinados. Volvía a las cuatro, y siempre cenaba con algunos amigos. No os hablo de mi mesa: ninguna casa de París era servida con tanto esplendor, delicadeza y profusión; nada era nunca suficientemente hermoso ni suficientemente extraño. La extrema intemperancia en que me veis debe, creo, haceros juzgar sobre esto. Sitúo una de mis mayores voluptuosidades en este pequeño vicio, y creo que sin los excesos de éste nunca se goza bien de los otros. A continuación iba al espectáculo, o recibía al ministro si era su día.

Respecto a mi guardarropa, mis joyas, mis ahorros, mi mobiliario, aunque apenas hiciese dos años que estaba con el Sr. de Saint-Fond, no exagero si evalúo estos objetos en más de cuatro millones, dos de los cuales en oro en mi caja, ante los que algunas veces iba, a instancias de Clairwil, a excitarme el coño descargando con esta idea singular: *Me gusta el crimen y aquí están a mi disposición todos los medios para lograrlo.* ¡Oh, amigos míos!, ¡cuán dulce es esta idea y cuánto semen me ha hecho perder! ¿Deseaba una nueva joya, un nuevo vestido? Mi amante, que no quería verme tres veces seguidas las mismas cosas, me satisfacía al momento, y todo esto sin exigir de mí más que desorden, extravío, libertinaje, y la mayor escrupulosidad en la preparación de sus orgías. Así pues, era halagando mis gustos como se encontraban servidos todos ellos; entregándome a un completo desenfreno de mis sentidos era como mis sentidos se veían embriagados.

¿Pero en qué condición moral me había puesto tanta comodidad? Eso es lo que no me atrevo a relatar, amigos míos, y sin embargo es preciso que trate de ello con

vosotros. El extremo libertinaje en que me hundía todos los días había embotado de tal forma los resortes de mi alma que, con la ayuda de los perniciosos consejos con que me colmaban por todas parte, creo que no habría derrochado ni un céntimo de mis tesoros para devolver la vida a un desgraciado. Más o menos por esta época, se hizo sentir por los alrededores de mi propiedad un hambre terrible; todos los habitantes estaban en la mayor de las miserias: hubo escenas terribles, muchachas arrastradas al libertinaje, niños abandonados y varios suicidios. Vinieron a implorar mi bondad: me mantuve firme, y coloreé impertinentemente mis negativas con los enormes gastos a que me habían llevado mis jardines. ¿Pueden darse limosnas, decía insolentemente, cuando instalo habitaciones de espejos al fondo de los bosquecillos, y cuando adorno sus avenidas con Venus, Amores y Safos? En vano ofrecían a mis tranquilas miradas todo lo que creían más propio para despertar mi sensibilidad: madres desconsoladas, niños desnudos, espectros devorados por el hambre; nada me conmovía, nada sacaba a mi alma de su impasibilidad ordinaria, y nunca obtenían de mí más que negativas. Entonces fue cuando dándome cuenta de mis sensaciones, sentí, tal y como me lo habían anunciado mis maestros, en lugar del penoso sentimiento de la piedad, una cierta conmoción producida por el mal que yo creía hacer echando a estos desgraciados, y que hizo circular por mis nervios una llama más o menos parecida a la que nos abrasa cada vez que rompemos un freno o que desechamos un prejuicio. A partir de ese momento concebí cuán voluptuoso podía llegar a ser el poner estos principios en práctica; y desde entonces fue cuando sentí que, puesto que el espectáculo del infortunio causado por la muerte podía ser de una sensualidad tan perfecta para las almas dispuestas o imbuidas de principios como los que me inculcaban, el espectáculo del infortunio cau-

sado por uno mismo debía mejorar este goce; y como sabéis que mi cabeza va siempre muy lejos, podéis imaginar cuánto de posible y delicioso concebía en esto. El razonamiento era simple: yo sentía placer en la mera negativa a hacer feliz al infortunado; ¿qué no sentiría entonces si fuese yo misma la causa primera de este infortunio? Si es dulce oponerse al bien, me decía, debe ser delicioso hacer el mal. Recordé, recreé esta idea en esos momentos peligrosos en que el físico se enciende con las voluptuosidades del espíritu, instantes en los que uno se niega tanto menos cuanto que entonces nada se opone a la irregularidad de los anhelos o a la impetuosidad de los deseos, y en los que la sensación recibida sólo es viva en razón de la multitud de los frenos que se rompen y de su santidad. Si uno se volviese honrado una vez desvanecido el pensamiento, el inconveniente sería mínimo: es la historia de las faltas del espíritu, se sabe perfectamente que no ofenden a nadie; pero, desgraciadamente, se va más lejos. ¿Qué será, nos atrevemos a decir, la realización de esta idea, cuando su solo roce sobre mis nervios llega a emocionarlos tan vivamente? Se vivifica la maldita quimera, y su existencia es un crimen.

A un cuarto de milla de mi castillo, había una miserable choza que pertenecía a un campesino muy pobre llamado Martín Des Granges, padre de ocho hijos, y que tenía una mujer que se podía decir un tesoro, por lo aho-rrativa y bondadosa. ¿Creeréis que este asilo de la desgracia y de la virtud excitó mi rabia y mi maldad? Por lo tanto, es verdad que el crimen es algo delicioso; por lo tanto es cierto que el fuego con que nos excita es con el que se enciende la llama de la lubricidad... que basta con despertarlo en nosotros, y que, para dar a esta deliciosa pasión todo el grado de actividad posible sobre nuestros nervios, sólo se necesita el crimen.

Elvire y yo habíamos traído fósforo de Boulogne, y

encargué a esta muchacha lista e inteligente que distrajerse a toda la familia mientras yo iba a colocarlo hábilmente en la paja de un granero que se encontraba encima de la habitación de estos desgraciados. Vuelvo, los niños me acarician, la madre me cuenta con ingenuidad todos los pequeños detalles de su casa, el padre quiere que me refresque, se apresura a recibirme con lo mejor... Nada de esto me desarma, nada me ablanda; me analizo, y, lejos de esa fastidiosa emoción de la piedad, no siento más que un cosquilleo delicioso por todo mi cuerpo: la más pequeña caricia me habría hecho descargar diez veces. Redoblo mis halagos con toda esta interesante familia, a la que voy a traer el asesinato; mi falsedad llega al colmo: cuanto más traiciono mejor me excito. Doy cintas a la madre, caramelos a los hijos. Regresamos, pero es tal mi delirio que no puedo volver a mi casa sin rogar a Elvire que alivie el terrible estado en que me encuentro. Nos metemos en un bosquecillo, me arremango, abro las piernas... me masturba... Apenas me toca descargo; nunca hasta entonces me había encontrado en un delirio tan terrible; Elvire, que no sospecha nada, no sabía cómo interpretar el estado en que me veía.

— Menea... menea... —le digo chupando su boca— estoy en una prodigiosa agitación esta mañana; dame tu coño, que yo lo excite también, y ahoguémonos en chorros de semen.

— ¿Pero qué es lo que la señora acaba de hacer?

— Horrores... atrocidades, y el esperma corre muy deliciosamente cuando sus chorros se lanzan en el seno de la abominación. Por lo tanto, Elvire, menéame, es preciso que descargue.

Se desliza entre mis piernas, me chupa...

— ¡Oh, joder! —le grité— tienes razón: ves que necesito grandes medios, y los utilizas...

E inundo sus labios.

Regresamos; yo me encontraba en un estado inimaginable, me parecía que todos los desórdenes, todos los vicios se armaban a la vez para venir a corromper mi corazón, me sentía en una especie de embriaguez, en un estado de rabia: no había nada que no hubiese hecho, ninguna lujuria con la que no me hubiese mancillado. Estaba desolada por no haber alcanzado más que a una parte tan pequeña de la humanidad; habría querido que la naturaleza entera hubiese podido resentirse de los extravíos de mi cabeza. Me eché desnuda sobre el sofá de una de mis habitaciones, y ordené a Elvire que me trajese a todos mis hombres, aconsejándoles que hiciesen de mí todo lo que quisiesen, con tal de que me insultasen y me tratasen como a una puta. Fui sobada, manoseada, golpeada, abofeteada; mi coño, mi culo, mi seno, mi boca, todo sirvió: hubiese deseado tener veinte altares más para poderlos presentar a su ofrenda. Algunos trajeron compañeros que yo no conocía, no rechacé nada, me convertí en la puta de todos, y perdí torrentes de flujo en medio de todas estas lujurias. A uno de estos groseros libertinos (yo les había permitido todo) se le ocurre decir que él no quería joderme sobre canapés, sino en el fango... Me dejó arrastrar por él a un montón de basura, y allí, prostituyéndome como una cerda, lo excito a que me humille todavía más. El villano lo hace, y no me deja hasta haberme cagado en el rostro... Y yo era feliz; cuanto más me revolcaba en el lodo y la infamia, más se encendía mi cabeza de lujuria y más aumentaba mi delirio. En menos de dos horas fui fornicada más de veinte veces, mientras Elvire me excitaba constantemente... y nada, no, nada apaciguaba el cruel estado en que me sumía la idea del crimen que acababa de cometer.

Cuando volví a mi habitación, vimos la atmósfera iluminada.

— ¡Oh!, señora —me dice Elvire abriendo una ventana—, mirad... fuego... ¡fuego donde hemos estado esta mañana!

Y caigo casi desvanecida...

Me quedo sola con esta hermosa muchacha, y la conjuro a que me masturbe una vez más.

— Salgamos —le digo—, creo que oigo gritos, vamos a gozar de ese delicioso espectáculo. Elvire: es obra mía, ven conmigo a saciarte de él... Tengo que verlo todo, que oírlo todo, no quiero que se me escape nada.

Salimos las dos, desmelenadas, vejadas, embriagadas: parecíamos bacantes. A veinte pasos de esta escena de horror, detrás de un pequeño cerro que nos ocultaba a las miradas de los otros sin impedirnos verlo todo, caigo en los brazos de Elvire, casi tan agitada como yo. Nos masturbamos a la luz de las llamas homicidas que encendía mi ferocidad, entre los gritos agudos de la desgracia y de la desesperación que hacía lanzar mi lujuria, y yo era la más feliz de las mujeres.

Por fin nos levantamos para examinar mi fechoría. Veo con dolor que se me han escapado dos víctimas; reconocí los otros dos cadáveres, les di la vuelta con el pie.

— Esos individuos vivían esta mañana —me digo—, lo he destruido todo en unas horas... todo eso para perder mi flujo... Y he aquí lo que es el asesinato: un poco de materia desorganizada, algunos cambios en las combinaciones, algunas moléculas rotas y sumergidas de nuevo en el abismo de la naturaleza, que algún día las devolverá a la tierra bajo otra forma; ¿dónde está el mal entonces? Si quito la vida a alguien, se la doy a otro: ¿dónde está entonces la ofensa que le hago?

Esta pequeña rebelión de mi espíritu contra mi corazón excitó vivamente los glóbulos eléctricos de mis nervios... y mi coño moja una vez más los dedos de mi lesbiana. Si hubiese estado sola, juro que no sé hasta dónde

habría llevado los efectos de mi desvarío. Tan cruel como los caribes, quizás hubiese devorado a mis víctimas. Estaban allí, despedazados... Sólo el padre y uno de sus hijos se habían escapado; la madre y los otros siete estaban ante mi vista; y yo me decía mientras los observaba, mientras los tocaba incluso: Soy yo quien acaba de consumir estos asesinatos, sólo son obra mía; y descargué una vez más... En cuanto a la casa, no quedaba ni vestigio, ni siquiera podía sospecharse el lugar que había ocupado.

¡Pues bien! ¿Creeréis, amigos míos, que cuando conté esta historia a Clairwil me aseguró que no había hecho más que aflorar el crimen, y que me había conducido como una cobarde?

— Hay tres o cuatro faltas graves —me dice— en la realización de esta aventura. En primer lugar (y os repito todo esto para que juzguéis mejor el carácter de esta asombrosa mujer), en primer lugar has fallado en tu comportamiento, y si desgraciadamente alguien hubiese llegado a ver tu desorden, tus movimientos, te habría juzgado criminal. Ten cuidado con esta falta: todo el ardor que quieras dentro, pero fuera la mayor flema. Cuando encierres así los efectos lúbricos, tendrán más fuerza. En segundo lugar, la cabeza no ha concebido la cosa en grande; porque convendrías en que teniendo bajo tus ventanas una ciudad inmensa de siete u ocho grandes pueblos en los alrededores, es bondad..., pudor no ir a perderse más que por una sola casa y en lugar aislado... por miedo a que las llamas, al propagarse, no aumentasen la extensión de tu pequeña fechoría: se ve que has temblado al ejecutarla.

Este es un goce fallido, porque los del crimen no quieren ninguna restricción. Yo los conozco: si la imaginación no lo ha concebido todo, si la mano no lo ha ejecutado todo, es imposible que el delirio haya sido completo,

porque siempre queda un remordimiento: *Yo podía hacer más, y no lo he hecho.* Y los remordimientos de la virtud son peores que los del crimen. Cuando se está en el camino de la virtud y se hace una mala acción, siempre se imagina uno que la multitud de las buenas obras borrarán esta mancha: y como uno se convence fácilmente de lo que desea, acaba por calmarse. Pero aquel que, como nosotros, se encamina a grandes pasos por la carrera del vicio, nunca se perdona una ocasión fallida, porque nada la compensa; la virtud no viene en su ayuda, y la resolución que toma de hacer algo peor, aunque encienda más su cabeza sobre el mal, no lo consolará seguramente de la ocasión que ha perdido de hacerlo.

Además, al no considerar tu plan más que limitadamente —prosiguió Clairwil— cometiste una falta grave, porque yo habría hecho perseguir a Des Granges. Tenía todos los requisitos para ser quemado como incendiario, y sabes perfectamente que en tu lugar yo no habría dejado de hacerlo. Cuando el fuego prende en la casa de un hombre inferior, como esté en tu tierra, debes saber que estás en el derecho de hacer verificar por tu gente de justicia si ha sido él el culpable. ¿Quién te ha dicho que ese hombre no quería deshacerse de su mujer y de sus hijos, para irse a mendigar fuera del país? En cuanto dio la espalda, había que detenerlo como fugitivo y como incendiario, entregarlo a la justicia. Con algunos luses habrías encontrado testigos. La misma Elvire te habría servido: hubiese declarado que esa misma mañana había visto a ese hombre errando por su granero, con un aire insensato; que le había preguntado, que él no había podido responder a sus preguntas; y en ocho horas habrían venido a darte el voluptuoso espectáculo de quemar a tu hombre ante tu puerta. Que esta lección te sirva, Juliette: no concibas jamás el crimen sin ampliarlo, y cuando estés realizándolo, embellece todavía más tus ideas.

Esas son, amigos míos, las crueles adiciones que Clair-wil hubiese deseado verme poner en el delito que le confesaba, y no os oculto que, profundamente afectada por sus razones, me prometí no volver a caer en faltas tan graves. Sobre todo me desolaba la huida del campesino, y no sé lo que habría dado por verlo asarse ante mi puerta; nunca me consolé de esta huida.

Por fin llegó el día de mi recepción en el club de Clair-wil. Se llamaba esta reunión: *La Sociedad de los Amigos del Crimen*. Por la mañana, mi introductora me trajo los estatutos de la asamblea. Los considero lo suficientemente curiosos para mostraróslos: aquí están:

ESTATUTOS DE LA SOCIEDAD DE LOS AMIGOS DEL CRIMEN

La Sociedad se sirve de la palabra crimen para conformarse con las costumbres recibidas, pero declara que no designa así a ningún tipo de acción, de cualquier clase que pueda ser.

Plenamente convencida de que los hombres no son libres, y que encadenados por las leyes de la naturaleza, son todos esclavos de estas leyes primeras, lo aprueba todo, lo legitima todo, y considera como sus más celosos partidarios a aquellos que, sin ningún remordimiento, se hayan entregado a un mayor número de esas enérgicas acciones que los tontos tienen la debilidad de llamar crímenes, porque ella está convencida de que se sirve a la naturaleza entregándose a estas acciones, que están dictadas por ella, y que lo que verdaderamente caracterizaría un crimen sería la resistencia que el hombre opusiese a entregarse a todas las inspiraciones de la naturaleza, de cualquier tipo que puedan ser. En consecuencia, la Sociedad protege a todos sus miembros; les promete a todos,

ayudas, abrigo, refugio, protección, influencia, contra los intentos de la Ley; toma bajo su salvaguarda a todos aquellos que la infrinjan, y se considera por encima de ella, porque la Ley es obra de los hombres, y porque la Sociedad, hija de la naturaleza, no escucha y no sigue más que a la naturaleza.

1° No habrá ninguna distinción entre los individuos que componen la Sociedad. No es que considere a todos los hombres iguales a los ojos de la naturaleza (está lejos de este prejuicio popular, fruto de la debilidad y de la falsa filosofía), sino que está persuadida de que toda distinción sería perjudicial para los placeres de la Sociedad, y que tarde o temprano los turbaría necesariamente (1).

2° El individuo que quiera ser recibido en la Sociedad debe renunciar a toda religión, de cualquier tipo que sea. Debe someterse a pruebas que constatarán su desprecio por esos cultos humanos y su quimérico objeto. La más pequeña vacilación por su parte sobre estas tonterías le valdrá la inmediata expulsión.

3° La Sociedad no admite a Dios; hay que dar prueba de ateísmo para entrar en ella. El único Dios que conoce es el placer; lo sacrifica todo a éste; admite todas las voluptuosidades imaginables, encuentra bueno todo lo que deleita; todos los goces están autorizados en su seno; no hay ninguno que no inciense, ninguno que no aconseje y proteja.

4° La Sociedad rompe todos los vínculos del matrimonio y confunde todos los de la sangre. En los hogares se debe gozar indiferentemente de la mujer del prójimo

(1) Nadie más que el débil predicará ese absurdo sistema de la igualdad; sólo le puede convenir al que, no pudiendo elevarse a la clase del fuerte, es compensado al menos rebajando a éste a su clase; pero no hay un sistema más absurdo, más contra la naturaleza que este; y sólo se le verá erigirse entre la canalla, que a su vez renunciará a él en cuanto pueda cambiar sus harapos.

como de la propia, del hermano, de la hermana, de los hijos, de los sobrinos, como de los de los otros. La más ligera repugnancia a estas reglas es una razón poderosa de exclusión.

5° Un marido está obligado a presentar a su mujer; un padre a su hijo o a su hija; un hermano a su hermana; un tío a su sobrino o su sobrina, etc.

6° En la Sociedad no se recibe a nadie que no goce al menos de veinticinco mil libras de renta, en vista de que los gastos anuales son de diez mil francos por individuo. De esta cifra se sacan todos los gastos de la casa, del alquiler, de los serrallos, de los coches, verdugos, reuniones, comidas, alumbrado. Y si el tesorero tiene dinero de sobra al final del año, lo reparte entre los hermanos; si los gastos han excedido la cuota, se cotiza para reembolsar al tesorero, creyendo siempre en su palabra.

7° Veinte artistas o gente de letras serán recibidos al módico precio de mil libras al año. La Sociedad, protectora de las artes, quiere otorgarles esta deferencia; le molesta que sus medios no le permitan admitir por este mediocre precio a un mayor número de estos hombres por los que siente gran estima.

8° Los amigos de esta Sociedad, unidos como en el seno de una familia, comparten todas sus penas como todos sus placeres; se ayudan y se socorren mutuamente en todas las diferentes situaciones de la vida; pero están absolutamente prohibidas todas las limosnas, caridades, ayudas a las viudas, huérfanos o indigentes, tanto en la Sociedad como a personas de la Sociedad; todo miembro, sólo con la sospecha de estas pretendidas buenas obras, será excluido.

9° Habrá siempre en reserva una suma de treinta mil libras para uso de un miembro que la mano de la suerte haya metido en un mal caso.

10° El presidente es elegido por votación, y nunca

está más de un mes en ejercicio; será elegido tanto de un sexo como del otro, y preside doce asambleas (hay tres por semana); su único trabajo consiste en hacer respetar las leyes de la Sociedad, mantener la correspondencia realizada por un comité permanente, cuyo jefe es el presidente. El tesorero y los dos secretarios de la asamblea son miembros de este comité, pero los secretarios se renuevan todos los meses, como el presidente.

11° Cada sesión se abre con un discurso, obra de uno de los miembros; el carácter de este discurso es contrario a las costumbres y a la religión; si merece la pena se imprime a continuación, costeándolo la sociedad, y se guarda en sus archivos.

12° En las horas consagradas al goce, todos los hermanos y todas las hermanas estarán desnudos; se mezclan, gozan indistintamente, y nunca podrá una negativa sustraer a un individuo de los placeres de otro. El que sea elegido debe prestarse, debe hacerlo todo: ¿Acaso no tiene él el mismo derecho, un momento después? Un individuo que se negase a los placeres de sus hermanos sería obligado por la fuerza y expulsado después.

13° Dentro de la asamblea, no podrá ejercerse ninguna pasión cruel, excepto el látigo, dado simplemente sobre las nalgas; existen serrallos dependientes de la Sociedad en los que podrá darse el más amplio curso a las pasiones feroces; pero entre sus hermanos, sólo se necesitan voluptuosidades crapulosas, incestuosas, sodomitas y dulces.

14° Se impone la mayor confianza entre los hermanos; deben confesarse entre sí sus gustos, sus debilidades, gozar con sus confidencias y encontrar un alimento más para sus placeres. Un ser que traicionase los secretos de la Sociedad, o que reprochase a uno de sus hermanos las debilidades o las pasiones que constituyen la felicidad de su goce, sería excluido al momento.

15° Cerca de la sala pública de los goces están los gabinetes secretos donde pueden retirarse para entregarse solitariamente a todos los excesos del libertinaje; es posible pasar a ellos en el número que se quiera. Allí se encuentra todo lo que es necesario, y, en cada uno, una joven y un joven dispuestos a ejecutar todas las pasiones de los miembros de la Sociedad, incluso aquellas que sólo están permitidas en el interior de los serrallos, porque al ser estos muchachos de la misma especie que los que se entregan en los serrallos y al depender igualmente de ellos, pueden ser tratados como aquéllos.

16° Están autorizados todos los excesos de la mesa; se dará cualquier ayuda y asistencia a un hermano que se haya entregado a ellos; en el interior están todos los medios posibles para satisfacerlos.

17° Ninguna mancha jurídica, ningún desprecio público, ninguna difamación impedirá ser recibido en la Sociedad. Al estar sus principios basados en el crimen, ¿cómo podría poner nunca trabas a lo que procede del crimen! Estos individuos rechazados por el mundo encontrarán consuelo y amigos en una Sociedad que los considerará y los admitirá siempre con preferencia. Cuanto más subestimado esté un individuo en el mundo, más complacerá a la Sociedad; los de este tipo serán elegidos presidentes desde el mismo día de su recepción, y admitidos en los serrallos sin noviciado.

18° Hay una confesión pública en las cuatro grandes asambleas generales, que se realizan en las épocas llamadas por los católicos las cuatro grandes fiestas del año. En éstas, cada uno está obligado a confesar, en voz alta e inteligible, todo lo que ha hecho; si su conducta es pura, es calumniado; se le colma de alabanzas si es irregular; ¿es horrible su conducta, se ha cubierto de fechorías y de execraciones?: es recompensado, pero, en este caso, debe tener testigos. Los premios se elevan siempre a dos mil francos, extraídos siempre del total.

19° *El local de la Sociedad, que sólo debe ser conocido por sus miembros, es de una gran belleza; lo rodean soberbios jardines. En invierno, hay un gran fuego en las salas. La hora de la reunión es desde las cinco de la tarde hasta el mediodía del día siguiente. Hacia la medianoche se sirve una soberbia comida, y refrigerios el resto del tiempo.*

20° *Están prohibidos en la Sociedad todos los posibles juegos; ocupada en relajaciones más agradables para la naturaleza, desdeña todo lo que se aleje de las divinas pasiones del libertinaje, las únicas con capacidad de electrizar al hombre.*

21° *El recibido, sea del sexo que sea, está en el noviciado durante un mes; todo ese tiempo está a las órdenes de la Sociedad; es como su comodín, y no puede entrar en los serrallos, ni ser admitido en ningún puesto. Será castigado con pena de muerte si se le ocurre negarse a las proposiciones que se le pudiesen hacer.*

22° *Todos los puestos se eligen por votación secreta; están severamente prohibidas todas las intrigas. Estos puestos son: el de la presidencia, los dos del secretariado, el de la censura, los de las dos direcciones de los serrallos, el del tesorero, del jefe de comedor, de los dos médicos, de los dos cirujanos, el del partero, el de la dirección de la secretaría, cuyo jefe tiene bajo él a los escribientes, impresores, el revisor y el censor de las obras, y el inspector general de los billetes de entrada.*

23° *Nunca se recibe a sujetos por encima de los cuarenta años para los hombres, y de treinta y cinco para las mujeres; pero los que envejecen en la Sociedad pueden permanecer en ella toda su vida.*

24° *Todo miembro que no haya sido visto en un año en la Sociedad será excluido, sin que sus empleos públicos o sus cargos puedan justificar sus ausencias.*

25° *Toda obra contra las costumbres y la religión,*

presentada por un miembro de la Sociedad, sea él o no el que la haya compuesto, será depositada al momento en la biblioteca de la casa, y se recompensará al que la haya ofrecido en razón del mérito de la obra y del partido que haya tomado.

26° Los niños hechos en la Sociedad serán alojados en seguida en la casa del noviciado de los serrallos, para que sean miembros en cuanto hayan alcanzado la edad de diez años para los chicos, de siete para las niñas. Pero una mujer o una muchacha que esté sujeta a hacer hijos sera excluida con prontitud: la propagación no es de ninguna manera el espíritu de la Sociedad; el verdadero libertinaje aborrece la procreación; por lo tanto la Sociedad la reprime. Las mujeres denunciarán a los hombres sujetos a esta manía, y si son considerados incorregibles, se les rogará igualmente que se retiren en seguida.

27° Las funciones del presidente consisten en vigilar a la policía general de la asamblea. Tiene bajo él al censor; los dos deben mantener la paz, la tranquilidad, los caprichos de los agentes, la sumisión de los pacientes, el silencio, moderar las risas, las conversaciones, en fin, todo lo que no está en el espíritu del libertinaje, o todo lo que lo ahoga. Durante su presidencia tiene la gran inspección de los serrallos. A lo largo de su sesión no puede abandonar la oficina sin hacerse sustituir por su predecesor.

28° Los juramentos, y sobre todo las blasfemias, están autorizados; se pueden utilizar con cualquier motivo. Nunca debe hablarse entre sí más que tuteándose.

29° Los celos, las querellas, las escenas o confesiones de amor, están absolutamente prohibidos: todo eso perjudica al libertinaje, y aquí no debe ocuparse más que del libertinaje.

30° Todo alborotador, duelista, será excluido sin misericordia. La cobardía será reverenciada como en Roma:

el cobarde vive en paz con los hombres; además, comúnmente es libertino, y es el tipo que necesita la Sociedad.

31° El número de miembros no podrá estar nunca por encima de cuatrocientos, y se mantendrá siempre que sea posible en igualdad de sexos.

32° El robo está permitido en el interior de la Sociedad, pero el asesinato no lo está más que en los serrallos.

33° Un miembro no necesitará traer los instrumentos necesarios para el libertinaje: la casa proveerá estos objetos con abundancia, elección y limpieza.

34° No se podrán sufrir enfermedades repugnantes. El que se presente afligido de esta manera no será en ningún caso recibido. Y si les sobreviniesen males parecidos a miembros ya recibidos, se les rogará que presenten su dimisión.

35° Un miembro atacado por el mal venéreo será obligado a retirarse hasta su completo restablecimiento, atestiguado por los médicos y los cirujanos de la casa.

36° Ningún extranjero será recibido, ni siquiera los habitantes de la provincia. Este establecimiento existe únicamente para las personas domiciliadas en París o en las afueras.

37° Los títulos de nacimiento no servirán de nada para la admisión; sólo se tratará de probar que se tiene el bien necesario e indicado arriba. Por muy bonita que pueda ser una mujer, no será recibida si no prueba la fortuna requerida. Será lo mismo para un joven por hermoso que pueda ser.

38° Ni la belleza ni la juventud tienen ningún derecho exclusivo en la Sociedad: estos derechos destruirían pronto la igualdad de costumbres que debe reinar en ella.

39° Existe pena de muerte para todo miembro que revele los secretos de la Sociedad; será perseguido por todas partes, corriendo la sociedad con los gastos.

40° La comodidad, la libertad, la impiedad, la crá-

pula, todos los excesos del libertinaje, de la gula, en una palabra, de lo que se llama la suciedad de la lujuria, reinarán imperiosamente en esta asamblea.

41° Siempre habrá cien hermanos sirvientes en actividad, asalariados de la casa, los cuales, jóvenes y guapos, podrán ser utilizados en las escenas libidinosas; pero nunca desempeñarán otro papel. La Sociedad tiene a sus órdenes dieciséis carrozas, dos escuderos y cincuenta criados exteriores. Tiene una imprenta, doce copistas y cuatro lectores, sin comprender aquí todo lo que necesiten los serrallos.

42° En las salas destinadas a los goces no será tolerada ningún arma, ningún bastón. Se deja todo, al entrar, en una vasta antecámara, donde mujeres de confianza os desvisten y responden de vuestros vestidos. En los alrededores de la sala hay varios excusados servidos por jóvenes muchachas y muchachos, obligados a prestarse a todas las pasiones, y del mismo tipo que los que están en los serrallos. Allí tienen: jeringas, bidets, lugares a la inglesa, ropa de cama muy fina, perfumes, y en general todo lo que es necesario antes, después o mientras se procede a satisfacer la necesidad; después, su lengua está a vuestro servicio.

43° Está absolutamente prohibido inmiscuirse en los asuntos del gobierno. Está expresamente prohibido todo discurso político. La Sociedad respeta el gobierno bajo el que vive. Si se pone por encima de las leyes, es porque está en sus principios que el hombre no tiene el poder de hacer leyes que impidan y contraríen las de la naturaleza. Pero los desórdenes de sus miembros, siempre interiores, no deben escandalizar jamás ni a los gobernados ni a los gobernantes.

44° Hay dos serrallos dedicados a los miembros de la Sociedad, y sus edificios constituyen las dos alas de la casa grande. Uno está compuesto por trescientos jóvenes,

desde los siete a los veinticinco años; el otro, con parecido número de muchachas de cinco a veintiún años. Estos sujetos varían constantemente, y no hay semana en que no se cambie al menos a treinta sujetos de cada serrallo, a fin de procurar más objetos nuevos a los miembros de la Sociedad. Cerca de allí hay una casa donde se educa a algunos sujetos destinados a sustituciones; y, como se ha dicho, hay un inspector en cada serrallo. Estos serrallos son cómodos, bien distribuidos; en ellos se hace absolutamente lo que se quiere; se ejecutan las pasiones más feroces; todos los miembros de la Sociedad son admitidos sin pagar. Sólo los asesinatos se pagan a cien escudos por sujeto. Los miembros que quieran comer allí son dueños de hacerlo; los billetes para entrar en ellos son distribuidos por el presidente, que no puede negarlos nunca a cualquier miembro que haya hecho su mes de noviciado. En los serrallos reina la mayor subordinación; las quejas que haya que hacer por falta de sumisión o de complacencia serán enviadas al momento al inspector de este serrallo o al presidente, y se castiga en seguida al sujeto con la pena pronunciada por vos, y que tenéis el derecho de infligir vos mismo, si eso os divierte. Hay doce cabinas de suplicio por serrallo, donde no falta nada de lo que puede sumir a la víctima en los tormentos más feroces y más monstruosos. Se pueden mezclar los sexos y llevar si se tiene el capricho los hombres al de las mujeres o éstas al de los hombres. Hay también doce calabozos por cada serrallo, para los que se complacen en dejar consumirse en ellos a sus víctimas. Está prohibido llevar, a casa de uno o a las salas, a cualquiera de los sujetos de estos dos serrallos. En estos pabellones se encuentran igualmente animales de todas las especies para aquellos que están dotados con el gusto de la bestialidad: es una pasión sencilla y está en la naturaleza, hay que respetarla como las otras.

Tres quejas contra un mismo sujeto bastan para despedirlo. Tres peticiones de muerte bastan para hacerlo ejecutar al momento. En cada serrallo, hay cuatro verdugos, cuatro carceleros, ocho fustigadores, cuatro degolladores, cuatro comadronas y cuatro cirujanos, a las órdenes de los miembros que, en sus pasiones, puedan necesitar del ministerio de semejantes personajes; bien entendido que las comadronas y los cirujanos están allí para suplicios, y no para prestar cuidados. En cuanto un sujeto tiene el más ligero síntoma de enfermedad, es enviado al hospital, y no vuelve ya a la casa.

Los dos serrallos están rodeados de altos muros. Todas las ventanas están enrejadas, y nunca salen los sujetos. Entre el edificio y el muro alto que lo rodea hay un espacio de diez pies que forma una avenida plantada de cipreses, adonde los miembros de la Sociedad hacen descender algunas veces a los sujetos, para entregarse con ellos, en este paseo solitario, a placeres más sombríos y con frecuencia más terribles. Al pie de algunos cipreses hay dispuestos agujeros, donde la víctima puede desaparecer al instante. Con frecuencia se come bajo estos árboles, algunas veces en estos mismos agujeros. Los hay extremadamente profundos donde sólo se puede descender por escaleras secretas y en los que es posible entregarse a todas las infamias imaginables con la misma tranquilidad, el mismo silencio, que si se estuviese en las entrañas de la tierra.

45° Nadie puede ser recibido sin firmar previamente el juramento que se le hace pronunciar y las obligaciones impuestas a su sexo.

Quando llegó la hora, partimos. Yo estaba arreglada como la diosa del Día. Clairwil, como desempeñando el papel de la madrina, iba puesta con una coquetería menos joven. En el camino me previno de la extrema docili-

dad que debía prestar a todos los deseos de los miembros de la Sociedad, y también me dijo que no me impacientase si, como novicia, no podía participar en un mes en los placeres del serrallo.

Como la casa se encontraba en uno de los barrios más desiertos y menos poblados de París, estuvimos en camino casi una hora. El corazón me dio un vuelco en cuanto vi que el coche entraba en un patio muy oscuro, rodeado absolutamente de grandes árboles y cuyas puertas pronto se cerraron tras nosotras. Un escudero se acercó a recibirnos para ayudarnos a bajar de nuestro coche, y nos introdujo en la sala. Clairwil fue obligada a ponerse desnuda; yo no debía desvestirme más que en la ceremonia. El local me pareció soberbio y magníficamente iluminado; sólo podíamos llegar andando sobre un gran crucifijo sembrado de hostias consagradas al cabo del cual estaba la Biblia, que igualmente debíamos pisotear. Podéis creer que ninguna de estas dificultades me detuvo.

Entré. La que presidía era una hermosa mujer de treinta y cinco años; estaba desnuda, magníficamente peinada; los que la rodeaban estaban igualmente desnudos: había dos hombres y una mujer. Más de trescientas personas estaban ya reunidas y desnudas: se encoñaba, se masturbaba, se azotaba, se acariciaba, se sodomizaba, se descargaba, y todo en la mayor calma; no se oía más ruido que el necesario para las circunstancias. Algunos se paseaban solos o de dos en dos; muchos examinaban a los otros, y se masturbaban lúbricamente enfrente de los cuadros. Había varios grupos, algunos formados incluso por ocho o diez personas; muchos hombres solos con hombres; muchas mujeres enteramente entregadas a mujeres; varias mujeres entre dos hombres; y varios hombres que ocupaban dos o tres mujeres. Perfumes extremadamente agradables ardían en grandes pebeteros y despedían vapores embriagantes que te sumían, pese a uno, en

una especie de languidez voluptuosa. Vi a varias personas que salían juntas de los excusados. Al cabo de un momento, la presidente se levantó y previno, en voz baja, que cuando pudiesen, le prestasen un momento de atención. Unos minutos después, todo el mundo me rodeó; en mi vida había sido tan examinada; todos y cada uno se pronunciaban, y me atrevo a decir que no coseché más que elogios; grandes planes, grandes proyectos se formaron sobre mí y alrededor de mí, y yo temblé de antemano por la obligación que iba a tener de prestarme a todos los deseos que hacían nacer mi juventud y mis encantos. Por fin, la presidente me hace subir a un estrado enfrente de ella; y allí, separada por una balaustrada de toda la asamblea, ordenó que me pusiese desnuda: llegaron dos hermanos sirvientes y, en menos de tres minutos, no me quedó ni un vestido sobre el cuerpo. Confieso que se apoderó de mí un poco de vergüenza, cuando los hermanos, al retirarse, me expusieron desnuda a los ojos de la asamblea, pero los numerosos aplausos que oí me devolvieron en seguida toda mi impudicia.

Estas fueron las preguntas que me dirigió la presidente; añado a ellas mis respuestas:

— ¿Juráis vivir eternamente en los mayores excesos del libertinaje?

— Lo juro.

— Todas las acciones lujuriosas, incluso las más execrables, ¿os parecen sencillas y en la naturaleza?

— Las considero a todas como indiferentes a mis ojos.

— ¿Las cometeríais todas al más ligero deseo de vuestras pasiones?

— Sí, todas.

— ¿Juráis conformaros exactamente con todo lo que os ha sido leído por vuestra madrina en los estatutos de nuestra Sociedad? ¿Y os sometéis a las penas impuestas por estos estatutos, si llegáis a ser rebelde?

— Juro y prometo todo lo que está inscrito en ese artículo.

— ¿Sois casada?

— No.

— ¿Sois virgen?

— No.

— ¿Habéis sido sodomizada?

— Con frecuencia.

— ¿Fornicada en la boca?

— Con frecuencia.

— ¿Azotada?

— Algunas veces.

— ¿Cómo os llamáis?

— Juliette.

— ¿Qué edad tenéis?

— Dieciocho años.

— ¿Os masturbáis con mujeres?

— Con frecuencia.

— ¿Habéis cometido crímenes?

— Varios.

— ¿Habéis atentado contra la vida de vuestros semejantes?

— Sí.

— ¿Prometéis vivir siempre en los mismos extravíos?

— Lo juro.

(Aquí se hicieron oír nuevos aplausos.)

— ¿Haréis recibir en la Sociedad a todos aquellos que estén unidos a vos por lazos de sangre?

— Lo juro.

— ¿Prometéis la más completa complacencia a todos los caprichos, a todas las lúbricas fantasías de los miembros de la Sociedad?

— La prometo.

— ¿Qué preferís: hombres o mujeres?

— Me gustan mucho las mujeres para masturbarme, infinitamente los hombres para fornicarme.

(Esta ingenuidad hizo estallar la risa de todo el mundo.)

— ¿Os gusta el látigo?

— Me gusta darlo y recibirlo.

— ¿Cuál de los dos goces que se pueden procurar a una mujer preferís: el de la fornicación en el coño o el de la sodomía?

— Algunas veces he perdido al hombre que me encoñaba, nunca al que me fornicaba en el culo.

(Me pareció que esta respuesta también originaba un gran regocijo.)

— ¿Qué pensáis de las voluptuosidades de la boca?

— Las idolatro.

— ¿Os gusta ser acariciada?

— Infinitamente.

— ¿Y acariciáis bien a los otros?

— Muy suavemente.

— ¿También chupáis los miembros con placer?

— Y trago su semen.

— ¿Habéis hecho hijos?

— Nunca.

— ¿Juráis absteneros de ellos?

— Todo lo que pueda.

— Así pues, ¿detestáis la procreación?

— La aborrezco.

— ¿Si os ocurriese quedar embarazada, ¿tendríais el valor de abortar?

— Con toda seguridad.

— ¿Tiene vuestra madrina la suma que debéis pagar antes de ser recibida?

— Sí.

— ¿Sois rica?

— Inmensamente.

— ¿Habéis hecho buenas obras?

— Las detesto.

— ¿No os habéis entregado a ningún acto religioso desde vuestra infancia?

— A ninguno.

A continuación, Clairwil puso en manos del secretario la suma convenida, y cogió un papel que se me ordenó leyera en voz alta. Este papel impreso tenía por título: *Instrucciones para las mujeres admitidas en la Sociedad de los Amigos del Crimen.*

— Aquí está, amigos míos —dice Mme de Lorsange— es demasiado interesante para que no os lo lea (2):

En cualquier estado o condición que haya nacido la que va a firmar aquí, desde el momento en que es mujer, sólo desde ese momento, está creada para los placeres del hombre; por lo tanto hay que prescribirle una conducta que la ponga en condiciones de volver estos placeres útiles para su bolsa y su lubricidad. La consideraremos en el estado matrimonial; porque aquéllas que sin estar casadas, viven sin embargo con un hombre, bien como amantes, bien como mantenidas, al encontrarse con las mismas cadenas que se dan bajo los lazos del himeneo, encontrarán en los siguientes consejos las mismas advertencias para sustraerse a estas cadenas o para hacerlas más dulces. Por lo tanto se previene que la palabra hombre utilizada en este escrito, querrá decir genéricamente amante, esposo o mantenedor, en una palabra, todo individuo que se arroga derechos sobre una mujer, en el estado que sea, porque, aunque sea rica con millones siempre tiene que sacar dinero de su cuerpo. Siendo la primera ley de todas

(2) Mujeres voluptuosas y filósofas que os dignáis leernos, una vez más es a vosotras a quienes va dirigido esto: sacad provecho de ello y no hagáis inútiles los cuidados que nos tomamos para iluminaros. Jamás conoceréis verdaderos placeres sin la más ciega sumisión a estos excelentes consejos: creed que al dároslos sólo tenemos en cuenta vuestra felicidad.

las mujeres no fornicar nunca más que por libertinaje o por interés, y como con frecuencia está obligada a pagar a aquellos que la complacen, es preciso que consiga fondos para esto, por medio de lo que saca de las prostituciones a las que se entrega con aquellos que no la complacen. Bien entendido, todo esto no tiene por objeto más que su conducta en el mundo: los estatutos que acaba de jurar establecen la que debe observar en la Sociedad.

1° Para lograr esa apatía que es necesario mantener bien que ella fornicque por dinero, bien que fornicque por placer, la primera cosa que observará será mantener siempre su corazón inaccesible al amor; porque si fornicca por placer, gozará mal al estar enamorada; el trabajo que tendrá en dar placeres a su amante le impedirá saborearlos ella misma; y si fornicca por dinero, nunca se atreverá a sacar dinero a aquel al que ama: sin embargo, tal debe ser su única ocupación con el hombre que le paga.

2° Abstracción hecha de todo sentimiento metafísico, siempre dará preferencia a aquel que, si ella fornicca por placer, excite mejor, tenga el miembro más hermoso; y si fornicca por interés, a aquel que la pague más caro.

3° Que evite siempre con cuidado lo que se llaman chulos: esta calaña paga tan mal como fornicca. Que se limite a los criados, a los mozos de cuerda: ¡estos son los hombres donde está relegado todo el vigor!... ¡los espíritus en los que se conserva el secreto!... Se cambia de estos como de camisa, y nunca hay que temer indiscreciones.

4° Cualquiera que sea el hombre que la encadene, que se guarde bien de la fidelidad. Este sentimiento pueril y novelesco sólo es bueno para perder a una mujer, para causarle muchas penas; puede estar segura de que jamás le reportará ningún placer. ¿Y por qué razón tendría que ser fiel, si es cierto que no hay un solo hombre en el mundo que lo sea? ¿No es ridículo que el sexo más frágil, el más débil, aquél al que todo arrastra constantemente al

placer, aquel al que autorizan a sucumbir seducciones diarias, no es absurdo que sea éste el que resista, mientras que el otro no tiene como razón para hacer el mal más que su sola y única maldad? Y además ¿de qué le sirve a una mujer la fidelidad? Si su hombre la ama verdaderamente, debe ser lo bastante delicado para tolerar todas sus debilidades, y para compartir, incluso idealmente, los goces que ella se procura; si él no la ama, ¡qué extravagancia haría encadenándose a alguien que la engaña diariamente! Las infidelidades de la mujer son culpa de la naturaleza: las del hombre la de su engaño y maldad. Por lo tanto, la mujer de la que aquí se trata no se negará a ninguna infidelidad: al contrario, creará con la mayor frecuencia posible las condiciones para ella, y las multiplicará diariamente.

5° La falsedad es un tipo de carácter esencial en una mujer. En todo tiempo fue el arma del débil: constantemente enfrentada a su dueño ¿cómo iba a resistirse a la opresión sin la mentira y el engaño? Por lo tanto, que use estas armas sin temor; le han sido dadas por la naturaleza para defenderla de todos los ataques de sus opresores. Los hombres quieren ser engañados, un agradable error es más dulce que una triste realidad: ¿no es preferible que ella oculte sus faltas a que las confíe?

6° Una mujer jamás debe tener carácter propio: es preciso que adopte, con arte, el de la gente que tiene el mayor interés en cultivar, bien para su lujuria, bien para su avaricia, sin que no obstante esta flexibilidad le quite la energía esencial para hundirse en todos los tipos de crímenes que deban halagar sus pasiones o servirlos, tales como la del adulterio, el incesto, el infanticidio, los envenenamientos, el robo, el asesinato, y, en fin, todos los que pueden serle agradables, y a los que, bajo el velo de la falsedad y del engaño que le aconsejamos, puede entregarse sin ningún tipo de temor ni de remordimientos,

porque han sido puestos por la naturaleza en el corazón de las mujeres, y porque sólo falsos principios recibidos con la educación le impiden acariciarlos todos los días como debería.

7° Que el libertinaje más excesivo, el más novedoso, el más crapuloso, lejos de aterrorizarla, se convierta en la base de sus más deliciosas ocupaciones. Si quiere escuchar a la naturaleza, verá que ha recibido de ella las más violentas inclinaciones hacia este tipo de placer, y que, por consiguiente, debe entregarse diariamente a ellas sin temor: cuanto más fornicare, mejor sirve a la naturaleza; sólo la ultraja por su continencia (3).

8° Que nunca se niegue a cualquier acto libertino que le proponga su hombre; la más completa complacencia en este caso será siempre para ella uno de los medios más seguros para cautivar a aquel que le interesa conservar. El goce de una mujer cansa enseguida a un hombre: ¿qué sucede si ella no tiene el arte de reanimarlo? El se disgusta y la abandona. Pero el que reconozca en una mujer que ésta le estudia para adivinar y saber sus gustos, para prevenirlos y para encadenarse a ellos, éste, digo, al encontrar siempre nueva la posesión de una mujer, se mantendrá con toda seguridad, en ese momento le será muy fácil a la mujer engañarlo; y tal debe ser siempre el estudio más querido del individuo del sexo cuyos deberes trazamos.

9° Que este individuo encantador evite con el mayor cuidado el aire de gazmoñería y de modestia, cuando esté con su hombre: hay muy pocos a los que les guste esta manera de ser, y una se arriesga a desagradar muy pronto a aquellos que no la aman. Que adopte esta máscara para

(3) Casi todas las mujeres castas mueren jóvenes, o se vuelven locas, desgraciadas, enclenques, en la época de la menopausia. Todas tienen además un carácter desabrido, imperioso que las hace insoportables en sociedad.

imponerse en el mundo, si lo cree necesario; todo lo que tiende a la hipocresía es bueno, es un medio más de engañar, y no hay ninguno que deba olvidar.

10° No nos cansaremos de recomendarle que evite los embarazos, bien haciendo un gran uso de todas las formas de gozar que desvían la semilla del vaso prolífico, bien destruyendo el germen, en cuanto sospeche su existencia. Un embarazo traiciona, estropea el talle, y no es bueno para nada. Que se entregue preferentemente al placer antifísico; este delicioso goce le asegura a la vez más placer y más seguridad, casi todas las mujeres que lo han probado se quedan con él. Además, la idea de dar de esta forma más placer a los hombres debe ser, para su delicadeza, un motivo poderoso para no adoptar ya otro diferente.

11° Que su alma, absolutamente acorazada, no deje penetrar nunca en ella una sensibilidad que la perdería. Una mujer sensible debe contar con todas las desgracias, porque como es más débil y más delicada que los hombres, todo lo que ataque a esta sensibilidad la desgarrará mucho más cruelmente, y, desde ese momento, ya no hay placer para ella. Su complexión la lleva a la lujuria; si por este exceso de sensibilidad que nosotros intentamos destruir va a encadenarse a un solo hombre, desde ese momento separa de todos los encantos del libertinaje los únicos que están realmente hechos para ella y que deben colmarla de voluptuosidad, de acuerdo con la organización que ella ha recibido de la naturaleza.

12° Que evite cuidadosamente toda práctica de la religión: estas infamias, que debe haber pisoteado tiempo ha, al hacer vacilar su conciencia, sólo podrían reducirla a un estado de virtud que no adoptaría sin verse obligada a renunciar a todos sus hábitos y a todos sus placeres; estas simplezas horrorosas no valen los sacrificios que se vería obligada a hacer, y, como el perro de la fábula, al

perseguirlas, abandonaría la realidad por la apariencia. Atea, cruel, impía, libertina, sodomita, lesbiana, incestuosa, vengativa, sanguinaria, hipócrita y falsa, tales son las bases del carácter de una mujer que se entrega a la Sociedad de los Amigos del Crimen, éstos son los vicios que debe adoptar, si quiere encontrar la felicidad dentro de ella.

La fuerza con que leí estos principios convenció a la Sociedad de que estaban todos en el fondo de mi corazón, me valió nuevos aplausos y descendí a la sala.

Todas las parejas, distraídas por el acontecimiento de mi recepción se reanudaron, y pronto fui atacada; desde ese momento hasta el de la comida, no volví a ver a Clairwil. El primero que me abordó era un hombre de cincuenta años.

— ¡Héte aquí una puta, por primera vez! —me dice llevándome hasta el canapé—, ahora ya no puedes desdecirte; héte aquí zorra como una buscona; me he puesto contento contigo, me has hecho excitarme.

Y el libertino me encoña mientras me dice esto. Frota durante un cuarto de hora, besa mucho mi boca, después, tomado por otra mujer, me deja sin descargar. Una vieja de sesenta años se me acercó, y habiéndome vuelto a tumbar en el canapé que yo iba a abandonar, me masturbó, y se hizo masturbar durante mucho tiempo. Tres o cuatro hombres nos miraban; uno de ellos dio por el culo a la matrona, y la hizo gritar de placer. El otro hombre viendo que yo me extasiaba bajo el cosquilleo de los dedos de la lesbiana, vino a ofrecerme su miembro para que lo chupase; y como la vieja me dejó, el pícaro pasó de mi boca a mi coño; tenía el miembro más hermoso del mundo, y fornicaba de maravilla. Una joven me lo quitó de nuevo, y él me dejó allí para fornicarla ante mis ojos; mi rival me hizo una señal, me acerqué a ella y la

puta me acarició; ella tuvo el semen del hombre que me había quitado, yo le di el mío. Dos jóvenes nos asaltaron, y formaron el grupo más agradable mientras nos encoñaban a las dos; mi compañera siguió al joven con el que acababa de divertirse, y me dejó sola un momento. Un hombre, al que reconocí como un obispo con el que había hecho partidas en casa de la Duvergier, me encoñó igualmente después de haberse hecho mear sobre la nariz. El que vino después, y al que reconocí igualmente por un eclesiástico, me lo metió en la boca y allí descargó. Una joven muy bonita vino a hacerse masturbar, la acaricié con toda mi alma. Un hombre de alrededor de cuarenta años la cogió, las nalgas al aire, y la enculó; pronto me hizo otro tanto el libertino; nos insultaba, gozando de esta manera de nosotras, y nos trataba de zorras, tortilleras, y cuando enculaba a una, azotaba las nalgas de la otra.

— ¿Qué haces con esas dos zorras? —le dice un joven abordándole y sodomizándole a su vez—, toma, zorro, esto es lo que te hace falta —decía— y no culos de mujeres.

Todos me dejan una vez más, cuando un viejo, armado con un puñado de vergajos, se acerca a calentarme el trasero, y hacerse excitar durante un momento.

— ¿No eres tú la que se ha recibido esta tarde? —me dice.

— Sí.

— Estoy disgustado por no haberte visto, estaba en el serrallo; tienes el culo más hermoso del mundo... Dóblate para que te sodomice.

Y el villano triunfó, tuve su semen. Apareció un joven muy guapo, y me trató de la misma manera, pero fui azotada mucho más fuerte; vinieron diez seguidos, entre los que reconocí, por el peinado, a seis golillas y cuatro curas; todos me dieron por el culo. Yo estaba llena de fuego, me acerqué a un guardarropa; como las mujeres no iban

más que a los que estaban servidos por hombres, y los hombres a los que las mujeres cuidaban, el joven, después de haberme colocado sobre el sillón, me preguntó si me serviría de su lengua. Al responderle con la exposición de mi trasero, me limpió de una manera tan agradable que perdí mi flujo. Al volver, me di cuenta de que había hombres que acechaban a las mujeres que salían de los guardarropas; uno de ellos me abordó, y me pidió que le dejase besar mi culo: se lo presento, acaricia, y parece muy enfadado por no encontrar restos. Me dejó sin decirme nada, para agarrar a un joven que entraba en el mismo lugar, y al que siguió. Entonces, recorriendo un momento la sala, puedo decir que vi allí todos los cuadros que apenas si podría concebir la imaginación más lasciva en veinte años: ¡cuán voluptuosas posturas, cuán extraños caprichos, qué variedad de gustos y de inclinaciones! ¡Oh, Dios! —me digo—, ¡cuán bella es la naturaleza, y cuán deliciosas son todas las pasiones que nos da! Pero lo más extraordinario, que yo no dejaba de observar, era que, excepto las palabras necesarias para la acción, los gritos de placer y muchas blasfemias, se habría oído el vuelo de una mosca. En medio de todo esto reinaba el mayor orden. Si surgían algunos altercados, lo que era muy raro, un gesto de la presidente o del censor los reducía al orden: las más decentes acciones no habrían ocurrido con más calma. Y pude convencerme fácilmente, en esta circunstancia, de que lo que más respeta el hombre en el mundo son sus pasiones.

Muchos hombres y mujeres pasaban a los serrallos; la presidente, sonriendo, les repartía carnets. En ese momento, varias mujeres me atacaron; me excité con treinta y dos, de las que más de la mitad había pasado de los cuarenta años; ellas me chuparon, me fornicaron en el culo y en el coño con consoladores; una de ellas me hizo mear en su boca mientras la acariciaba; otra me propuso

que nos cagásemos mutuamente en las tetas, lo hizo, pero yo no pude devolvérselo; un hombre, mientras se hacía encolar, se acercó a comer el mojón que esta mujer había hecho sobre mi seno, y él mismo cagó después, descargando en la boca del que acababa de fornicarlo.

La presidente tuvo deseos de mí. Se hizo relevar por un hombre, y vino a encontrarme; nos besamos, nos chupamos, nos devoramos a caricias; nunca había visto a una mujer, excepto Clairwil, que descargase con tanta abundancia y lubricidad; su pasión favorita era hacerse dar por el culo, mientras que apoyada sobre el rostro de una mujer se hacía chupar por el coño, acariciando el de otra; ejecutamos este cuadro, y la puta volvió a su sillón.

Los hombres volvieron. En esta segunda sesión, encontré pocos coñistas, pero muchísimos sodomizadores, algunos masturbadores y una docena de fornicadores en la boca; uno de ellos se hizo chupar por un joven, mientras que olía y respiraba mis axilas; las lamía de vez en cuando, lo que me producía un cosquilleo muy agradable. Fui azotada cinco o seis veces; recibí tres o cuatro lavativas que los que las administraban me hicieron devolver en su boca; me hicieron peer, escupir; un hombre se hizo clavar un millón de agujas en los cojones, en las nalgas, y se quedó así durante toda la velada; otro tenía por manía chuparme por todas partes, y durante dos horas pasó su lengua por mi boca, mis ojos, alrededor de mis orejas, por los orificios de mi nariz, entre los dedos del pie, y descargó al metérmela en el culo. Varias mujeres exigieron de mí que las sodomizase con un consolador; una me hizo excitar sobre el agujero de su culo el miembro de un hombre que me trajo, a continuación quiso que hiciese entrar el semen con la punta de mi dedo; una muchacha muy bonita me cagó sobre las nalgas, un viejo la siguió, y la encoló mientras devoraba sobre mi culo el mojón que ella acababa de hacer allí; me aseguraron que eran

padre e hija. Vi otras parejas semejantes; vi hermanos enculando a sus hermanas; padres encoñando a sus hijas, madres fornicadas por sus hijos; en una palabra, todos los cuadros de incesto, de adulterio, sodomía, prostitución, impureza, crápula, impiedad, se me ofrecieron bajo mil variantes, y creo que nunca las bacantes reunieron a la vez más lodo y más infamia.

Cansada del papel de víctima, quise a mi vez ser agente. Ataqué a cinco o seis jóvenes cuyos miembros me parecieron muy gordos, y quienes, tanto por un lado como por el otro, algunas veces los dos juntos, me fornicaron durante cerca de dos horas. Al salir de allí, un viejo abad se hizo excitar sobre mi clítoris por una sobrina muy bonita a la que yo acariciaba; un joven bastante hermoso quiso besar mis nalgas mientras enculaba a su madre. Dos bonitas hermanas me pusieron entre ambas, una me excitaba el coño mientras la otra me cosquilleaba el trasero; descargué, sin sospechar que el papá las encoñaba alternativamente a las dos. Otro padre me hizo sodomizar por su hijo, mientras que él gozaba del joven de la misma manera; él mismo me sodomizó después, y el hijo le devolvió lo que acababa de recibir. Un hermano me encoñó, mientras que su hermana lo enculaba con una joya de religiosa... Y todos estos supuestos ultrajes a la naturaleza sucedían con un orden, una tranquilidad, muy capaces de alimentar las reflexiones de un filósofo. En efecto, si hay algo simple en el mundo es el incesto. Está en los principios de la naturaleza, es aconsejado por ella; sólo las leyes climáticas lo persiguen; ¿pero puede lo que está tolerado en las tres cuartas partes de la tierra constituir un crimen en el otro cuarto? La imposibilidad de cometer este delicioso crimen me desolaba; no sé lo que habría dado por tener un padre o un hermano; ¡con qué ardor me habría entregado al uno o al otro... cómo hubiesen hecho de mí lo que hubiesen querido!...

Pronto me rodearon otros objetos.

Dos hermanas muy bonitas, de dieciocho a veinte años, me llevaron a un gabinete donde se encerraron conmigo. Allí, me hicieron ejecutar sobre ellas todo lo que la lubricidad puede tener de más excitante y más fuerte.

— Si nos divirtiésemos así en el salón —me dijeron— nos veríamos rodeadas de esos villanos hombres que querían inundarnos con su esperma pegajoso; es mucho más bonito estar sólo entre mujeres.

Y las bribonzuelas, entonces, me hicieron la confesión de sus gustos. Delicadas partidarias de su sexo, no podían soportar a los hombres; arrastradas a esta sociedad por su padre, la esperanza de poseer a tantas mujeres como quisieran las había consolado de la obligación de prestarse a los hombres...

— Así pues, ¿no os casaréis? —les digo.

— ¡Oh! ¡Nunca!, preferiríamos morir a encadenarnos con hombres.

Las tanteé sobre sus otros principios. Aunque muy jóvenes todavía, eran firmes; educadas filosóficamente por su padre, no se encontraba ya en sus corazones ni moral ni religión, todo estaba cuidadosamente podado; lo habían hecho todo, estaban dispuestas a recomenzar todo, y su energía me asombró. Semejantes caracteres se avenían demasiado bien con el mío para que yo no las colmase de caricias; y después de haber perdido mucho flujo juntas, y habernos prometido frecuentarnos, volvimos. Un joven, que me había visto salir con ellas, me rogó que me encerrase un momento con él en el gabinete.

— ¡Oh cielos! —me dice en cuanto estuvimos solos—, he temblado al veros con esas criaturas; desconfiad de ellas, son monstruos que, a pesar de su extrema juventud, son capaces de todos los horrores.

— Pero —digo— ¿no es así como hay que ser?

— Sí, pero entre nosotros hay que respetarse, que-

rerse; nuestras armas sólo deben afilarse fuera; y las criaturas que acabáis de dejar sólo obtienen placer en dañar a sus hermanos. Malvadas, hipócritas, traidoras, tienen todos los defectos que pueden disgustar a la Sociedad: basta que acaben de divertirse con vos, para tratar de perderos o de haceros esclava, si pueden lograrlo; creed que tengo buena intención al preveniros, y dadme vuestro culo como recompensa.

Creí que iba a fornicarme: en absoluto. La única pasión de este hombre original consistía en depilarme por debajo, lamiendo el agujero de mi culo. Al advertirle que me hacía daño, me dice que la advertencia que me daba me ahorraría otros mayores. Por fin salimos al cabo de un cuarto de hora de este suplicio, sin que mi joven eyaculase. Apenas lo dejé cuando supe que todo lo que me había dicho sobre las dos hermanas era mentira, que la calumnia lo hacía excitarse, y, por estos falsos avisos, creía pagar de maravillas los tormentos a los que condenaba a todas las mujeres.

Una música melodiosa se hizo oír; me dijeron que era el aviso de la comida. Pasé con todo el mundo a la voluptuosa sala del festín. La decoración representaba un bosque cortado con infinidad de pequeños bosquecillos, bajo los que había mesas de doce cubiertos. Guirnaldas de flores pendían de las ramas de los árboles, y millones de luces, dispuestas con el mismo arte que las del otro salón, derramaban la más suave claridad. Dos hermanos sirvientes, dedicados a cada una de la mesas, la cuidaban con tanta limpieza como rapidez. No asistieron más que doscientas personas a la comida; los demás estaban en los serrallos. Cada uno elegía su compañía para colocarse en las diferentes mesas; y allí, espléndida y magníficamente servidos, al son de una música encantadora, se entregaban a la vez a las intemperancias de Comus y a todos los desórdenes de Cipris.

Clairwil, de vuelta de los serrallos, se había acercado a mí. Era fácil de ver, por su desorden, los excesos a los que acababa de entregarse; sus miradas brillantes, sus mejillas animadas, sus cabellos flotando sobre su seno, las palabras obscenas o feroces que pronunció, todo, todo reflejaba todavía los matices de delirios que la hacían mil veces más hermosa; no pude impedir besarla en este estado.

— Malvada —le digo—, ¡a cuántos horrores acabas de entregarte!

— Consuélate —me dice—, pronto lo haremos juntas.

Las dos hermanitas con las que yo acababa de masturbarme, dos mujeres de cuarenta años, dos muy bonitas de veinte a veinticinco años, y seis hombres componían nuestra mesa.

Lo que había de asombroso en la disposición de estos arbustos era que no había una sola mesa desde donde no se pudiese ver todas las otras; y, por una consecuencia del cinismo que había dirigido todo esto, las lubricidades de la comida no podían escapar al ojo observador de las del salón.

Estas disposiciones me hicieron ver cosas muy extraordinarias: uno no se figura el extravío de una cabeza lujuriosa en parecidos momentos. Creía saberlo todo en libertinaje, y esa noche me convencí de que no era todavía más que una novicia. ¡Oh, amigos míos!, ¡qué de impurezas, qué de horrores, qué de extravagancias! Algunos salían de la mesa para pasar a gabinetes, era imposible negarse a estos deseos: los de los miembros de la sociedad eran leyes para el individuo que constituía su objeto. Pronto hacía este último otro tanto: allí no se veía más que a déspotas y a esclavos, y estos últimos, consolados con la esperanza de cambiar al momento de papel, no dudaban nunca en plegarse a las sumisiones que pronto encontraban a su vez.

La presidente, subida a un púlpito desde el que lo dominaba todo, mantenía el orden en la comida igual que en el salón, y la misma calma reinaba allí. El tono de las conversaciones era extremadamente bajo; uno creía estar en el templo de Venus, cuya estatua se veía bajo un bosquecillo de mirtos y de rosas, y allí uno se daba cuenta de que sus partidarios reunidos no querían turbar sus misterios con ninguna de esas vociferaciones repugnantes que no pertenecen más que al pedantismo y a la imbecilidad.

Electrizados por los vinos extranjeros y por la buena comida, las orgías de la sobremesa fueron todavía más lujuriosas que las anteriores. Hubo un momento en que todos los miembros de la sociedad no formaban ya más que un solo y único grupo; no había nadie que no fuese agente o paciente, y ya no se oían más que suspiros y gritos de descargas. Una vez más tuve que soportar terribles asaltos: no hubo ni un solo sexo que no me pasase sus manos, ni una parte de mi cuerpo que no fuese mancillada; y si yo tenía las nalgas magulladas, tenía la gloria de haber ultrajado las de otros muchos. Por fin, salí a la luz en tal estado de cansancio y agotamiento que me vi obligada a estar treinta y seis horas en mi cama.

No respiré más que después de mi mes de noviciado; llega por fin ese final tan deseado: se me permite la entrada a los serrallos. Clairwil, que quería hacerme conocer todo, me acompañó a todas partes.

Nada tan delicioso como esos serrallos, y como el de los muchachos se parecía al de las muchachas, dándoos la descripción de uno, tendréis la del otro.

Cuatro grandes salas rodeadas de habitaciones y de gabinetes constituían el interior de estas alas separadas; estas salas servían para aquellos que, como en la Sociedad, querían divertirse unos delante de otros; los gabinetes se ofrecían a las personas que desearan aislar sus

placeres, y las habitaciones estaban destinadas a alojar a los sujetos. El gusto y la frescura presidían el amueblamiento; las cabinas sobre todo estaban a la última moda: eran otros tantos pequeños templos consagrados al libertinaje donde no faltaba nada de lo que pudiese excitar su culto. Cuatro dueñas presidían en cada sala; recibían los billetes que llevabais, se informaban de vuestros deseos y os satisfacían al momento. En el mismo lugar, igualmente dispuestos, se veían un cirujano, una partera, dos fustigadores, un verdugo y un carcelero; no había nada tan repelente como el rostro de estos últimos personajes.

— No te imagines —me dice Clairwil— que esos seres están cogidos simplemente de la clase que ordinariamente los provee; son libertinos como nosotros, pero que, no teniendo con qué pagar lo necesario para ser admitidos, ejercen estas funciones por placer, y de esta manera el trabajo, como ves, está mejor hecho; a algunos se les paga, otros sólo piden los derechos de un miembro de la Sociedad, se les concede.

Cuando estos seres estaban en funciones iban vestidos con un traje terrorífico; los carceleros tenían alrededor de sí cinturones de llaves, los fustigadores estaban rodeados de vergajos y zorros, y el verdugo, con los brazos desnudos, un terrible bigote bajo los labios, tenía siempre dos sables y dos puñales en sus costados. Este último se levantó en cuanto vio entrar a Clairwil y se acercó a besarla en la boca.

— ¿Me empleas hoy, bribona? —le dice.

— Mira —respondió Clairwil—, esta es una novicia que te traigo y que, puedes estar seguro, hará de tus brazos por lo menos un uso tan grande como yo.

Y el malvado, besándome como lo había hecho con mi amiga, me aseguró que estaba a mis órdenes para todo.

Le di las gracias, le devolví su beso con toda mi alma, y proseguimos nuestro examen.

Cada una de las salas estaba destinada a un tipo de pasión particular. En la primera se entregaban a los gustos simples, es decir, a todas las masturbaciones y fornicaciones posibles. La segunda sala estaba destinada a las fustigaciones y otras pasiones irregulares. La tercera a los gustos crueles. La cuarta al asesinato. Pero como un sujeto de una u otra de estas salas podía merecer la prisión, el látigo o la muerte, igualmente se encontraban en todas carceleros, verdugos y fustigadores. Las mujeres eran también recibidas en el serrallo de los muchachos como en el de las muchachas, y los hombres en el de las muchachas tanto como en el de los muchachos. Cuando entramos, todos los sujetos estaban empleados, o esperaban en sus habitaciones a que les pusiesen en acción. Clairwil abrió algunas celdas del serrallo femenino y me hizo ver criaturas verdaderamente celestiales: estaban en camisa de gasa, peinadas con flores, y todas aquellas cuyas puertas abrimos nos recibieron con el más profundo respeto. Yo iba a divertirme con una de dieciséis años que me pareció hermosa como un ángel, le manoseaba ya el coño y el pecho, cuando Clairwil me riñó por la delicadeza y honradez que yo utilizaba con esta bonita persona.

— No es así como se conduce uno con estas zorras —me dice—, demasiado felices ya por el hecho de que las hayas elegido... ordena, y se te obedecerá.

Cambié de tono en seguida, y respondió a mis órdenes con la más ciega obediencia. Visitamos otras habitaciones: en todas las mismas gracias, las mismas bellezas, en todas la misma sumisión.

Y como la idea se me ocurrió en la celda de una muchacha de trece años, bonita como el amor, por la que acababa de hacerme lamer el culo y el coño durante más de un cuarto de hora, al momento elegí esta como mi

primera víctima. Llamamos a un fustigador; la niña fue conducida por una de las viejas a un gabinete de suplicios, y allí, atada, agarrotada como un andullo de tabaco, hicimos que la doncella sangrase mientras nos masturbábamos frente al sacrificio. Clairwil, dándose cuenta de que el operador se excitaba, desenrolló su miembro y se lo introdujo en el coño, mientras que a ruego de este libertino yo le devolvía lo que acababa de aplicar a mi joven víctima. El pícaro me enfiló después de Clairwil, y de nuevo nos pusimos a fustigar a la pequeña, que salió de nuestras manos en tal estado que hubo que enviarla al hospital al día siguiente. Pasamos al serrallo de los hombres.

— ¿Qué quieres hacer aquí? —me dice Clairwil.

— Excitar muchos instrumentos —le digo—, no hay nada que me guste tanto como sacudir un miembro; la cosecha del semen humano es una cosa deliciosa para mí; me gusta vendimiarlo, me gusta ver brotar el esperma, sentirme regada por él.

— ¡Y bien!, ¡satisfácete! —me respondió mi amiga—, yo no me alimento de carne tan vacía. Escucha, hagamos juntas un acuerdo que hago yo ciertas veces con alguna de mis amigas. Como no quiero que los miembros me descarguen en el cuerpo, ellos me fornicarán, y tú los excitarás; te los enviaré completamente tiesos, tendrás menos trabajo en ponerlos en condiciones.

— Acepto.

Nos enviaron a la sala grande quince muchachos de dieciocho a veinte años. Los ponemos en fila delante de nosotras, y sobre canapés; nosotras nos colocamos enfrente de ellos para desafiarlos en las posturas más lascivas. El peor provisto tenía un instrumento de siete pulgadas de largo por cinco de grueso, y el más gordo ocho por doce; iban viniendo hasta nosotras en razón del fuego que les inspirásemos. Clairwil los recibía y me los enviaba; yo les hacía correrse sobre mi seno, mi monte, sobre mi

rostro o sobre mis nalgas; al cuarto, sentí una comezón tan violenta en el ano que me puse a presentar el trasero a todos aquellos que salían de la vagina de Clairwil; se preparaban en su coño, y venían a descargar en mi culo; redoblaron sus esfuerzos, pero sin satisfacernos. No hay nada como el temperamento de una mujer cuando está excitada, es un volcán que se inflama cuando se quiere apagar. Volvimos a pedir hombres; nos enviaron unos dieciocho de veinte a veinticinco años. Ahora cambiamos de papel: estos nuevos miembros, por lo menos tan hermosos como los anteriores, se encendían en mi coño y se apagaban en el culo de mi compañera; pero nosotras mismas excitábamos a los que preparábamos; y con frecuencia sucedía que al turbar nuestros abusivos deseos el orden que habíamos establecido, encontrábamos de golpe a seis o siete o dentro o alrededor de nosotras.

Por fin nos levantamos, pegadas con el semen a nuestros sofás, como Mesalina al banco de las guardias del imbecil Claude, después de haber sido fornicadas ochenta y cinco veces cada una.

— Las nalgas me arden —me dice Clairwil—; cuando he sido prodigiosamente fornicada siento una increíble necesidad de ser azotada.

— Tengo el mismo deseo —respondí.

— Hay que hacer venir a dos fustigadores.

— Agarremos a los cuatro, ángel mío: es preciso que esta noche mi culo sea hecho papilla.

— Espera —dice Clairwil, viendo entrar a un hombre conocido—, tenemos que hacer una pequeña escena con ése.

Habla en voz baja a este hombre, quien, al encargarse de advertir a los fustigadores, parece que es él mismo el que nos condena al suplicio.

Nos agarraron, nos ataron las manos y, fustigadas las dos delante de este hombre que se excitaba dando las ór-

denes y manoseando el culo de los flageladores, cuando ya sangrábamos presentamos el coño a nuestros verdugos, quienes, provistos de monstruosos miembros, nos fornicaron de nuevo dos veces a cada una.

— Para mí, mis bellas zorrillas —me dice el maestro de ceremonias sólo os pido, como recompensa que sujetéis frente a mis ataques las costillas de uno de esos buenos mozos.

Lo satisfacemos, lo sodomiza; los otros lo azotan mientras él da por el culo, y nosotras chupamos con delicia los miembros de los fustigadores.

— No puedo más —dice Clairwil en cuanto estuvimos solas— el libertinaje me arrastra a crueldades; inmolemos una víctima... ¿Has reparado en ese guapo muchacho de dieciocho años que nos besaba con tanto ardor?... Es hermoso como un ángel, y me vuelve terriblemente loca. Hagámosle pasar a la sala de los tormentos, lo degollaremos.

— ¡Bribona, no hiciste la misma propuesta en el serrallo de mujeres!

— No, prefiero masacrar a los hombres; te lo he dicho, me gusta vengar a mi sexo, y si es verdad que aquel tiene una superioridad sobre el nuestro, ¿no es más grave la imaginaria ofensa a la naturaleza si lo inmolamos?

— Uno pensaría que estás desolada porque esa ofensa es nula.

— Me juzgas bien: estoy desesperada de no encontrar nunca más que prejuicios en lugar del crimen que deseo y no encuentro en ninguna parte. ¡Oh!, ¡joder, joder! ¡Cuándo podré cometer uno!

Llevamos al joven.

— ¿Nos hará falta un verdugo? —digo a mi amiga.

— ¿Acaso nosotras mismas no haríamos bien su trabajo?

— De maravilla.

— Entonces, vamos.

Hicimos entrar a nuestra víctima en un gabinete adjunto a esta sala, donde encontramos todo lo necesario para el suplicio al que destinábamos a este joven. Fue tan largo como terrible: la infernal Clairwil bebió su sangre y se tragó uno de sus cojones. Menos inclinada a estos asesinatos masculinos que Clairwil, mi delirio quizás no fue tan vivo como el suyo: hubiese sido mayor con una mujer. Sea como fuere, descargué mucho, y, dejando el serrallo de los hombres, volvimos a pasar al de las muchachas.

— Subamos a la sala en que se hacen cosas extraordinarias —digo a Clairwil—, no haremos nada si no quieres, pero veremos hacer.

Un hombre de cuarenta años (era un cura) tenía a una pequeña de quince años, muy bonita, colgada al techo por el pelo; la acribillaba con agujas: la sangre salía de todas partes. Enculó a Clairwil mientras mordía mi culo. Un segundo azotaba el pecho y el rostro a una hermosa muchacha de veinte años; se contentó con preguntarnos si queríamos recibir otro tanto. El tercero había colgado a su víctima por un pie. No había nada tan gozoso como ver a esta criatura suspendida de esta manera: parecía tener dieciocho años, un hermoso cuerpo; por medio de esta postura, al encontrarse el coño muy abierto, el villano introducía dentro un consolador con puntas de hierro. Cuando nos vio, dijo a Clairwil que sujetase la pierna colgante de esta muchacha para entreabrirle más la vagina, y me puso de rodillas cerca de él, ordenándome que le excitase el culo con una mano, el miembro con la otra; en pocos minutos estuvimos los dos cubiertos de la sangre que perdía la víctima. El cuarto era un viejo golilla de sesenta años; había encadenado a una parrilla a una muchacha muy bonita de doce años, y, mediante un gran infiernillo de brasas que el villano ponía y quitaba a voluntad, la hacía asarse poco a poco: os dejo

imaginar los gritos que lanzaba la desgraciada cuando le placía a este cruel hombre quemarle las carnes. En cuanto nos vio, calentó a su criatura y me pidió el culo; se lo presenté; lo enfila mientras golpea el de mi compañera; pero, desgraciadamente, descarga: se interrumpe el suplicio, y el bárbaro nos maldice por haber ido a turbarle de esta manera.

Todo esto me había puesto como loca: quise pasar por encima de todo a la sala de los asesinatos. Clairwil me siguió para complacerme: aunque no le gustase matar a las mujeres, su ferocidad natural le hacía aceptar indiferentemente todo lo que halagaba sus gustos.

Hice poner a veinte muchachas en fila, entre las que elegí a una de diecisiete años con el rostro más bonito que se pueda ver. Pasé con ella al gabinete que me habían destinado.

La desgraciada a la que iba a sacrificar, imaginando que encontraría más piedad en mi corazón que en el de un hombre, se echó a mis pies para entermecerme: hermosa como un ángel y llena de delicadeza, sus artes hubiesen triunfado por fuerza con un alma menos endurecida, menos corrompida que la mía... Ya no era posible. Todo lo que utilizó para entermecerme no sirvió más que para irritarme más... ¡Me habría atrevido a ceder ante los ojos de Clairwil! Después de haberme hecho chupar dos horas por esta hermosa, después de haberla abofeteado, golpeado, fustigado, por último, después de haberla marcado de todas las formas, la hice atar a una mesa, y la acribillé a puñaladas mientras mi amiga, en cuclillas sobre mí, me excitaba a la vez el clítoris, el interior de la vagina y el agujero del culo. En mi vida había tenido una descarga tan deliciosa; me agotó hasta el punto de quitarme las fuerzas de reaparecer en el salón. Llevé a Clairwil a mi casa; comimos y nos acostamos juntas. Allí fue donde esta encantadora mujer, imaginándose haberme visto falta

de fuerza en la acción que acababa de cometer, creyó su deber dirigirme el consejo siguiente:

— En verdad, Juliette —me dice—, tu conciencia todavía no está como yo desearía; lo que yo exijo es que llegue a ser tan *torcida* que nunca pueda volver a ponerse recta; habría que utilizar mis métodos para llegar a este punto. Estos métodos, querida amiga, consisten en hacer al momento, a sangre fría, lo mismo que, hecho en la embriaguez, ha podido después darnos remordimientos. De esta manera, se resquebraja la virtud cuando intenta ascender, y esta costumbre de aguijonearla positivamente en el instante en que aprovechando la calma de los sentidos desea reaparecer, es una de las formas más seguras de aniquilarla para siempre. Utiliza este secreto, es infalible; en cuanto un momento de calma permite que la virtud llegue hasta ti bajo la forma de remordimiento (porque siempre utiliza el enmascaramiento para tranquilizarnos), en cuanto te des cuenta de esto, haz en ese preciso momento la cosa de la que ibas a lamentarte: a la cuarta vez, ya no oirás nada y estarás tranquila toda tu vida. Pero se necesita mucha fuerza para eso; porque es la ilusión lo que sostiene el crimen, y a un alma débil se le hace muy difícil cometerlo cuando está relajada; sin embargo el secreto es seguro: digo más, es que incluso por virtud, ya no concebirás el arrepentimiento, porque habrás adquirido la costumbre de hacer mal en cuanto se muestra; y para no hacer mal, impedirás que aparezca. ¡Oh, Juliette! puedes estar segura, es difícil darte un consejo mejor sobre esta importante materia: puedes darte cuenta, ya que te enseña a vencer totalmente la más penosa de las situaciones, bien que quieras combatirla por el vicio, bien que quieras destruirla por la virtud.

— Clairwil —digo a mi amiga— ese consejo es sin duda excelente, pero mi alma ha hecho un camino tan en la carrera del vicio que no creo necesitar remedios para

fortalecerla: estáte segura que nunca me verás temblar, sea cual sea la acción que me haga cometer, bien para mis intereses, bien para mis placeres.

— Querido ángel —me dice Clairwil besándome— te exhorto a que jamás tengas otros dioses.

Algún tiempo después de esto, Clairwil vino a proponerme una partida bastante singular. Estábamos en cuaresma.

— Vamos a ir a cumplir con nuestras devociones —me dice.

— ¿Estás loca?

— No: es una fantasía extraordinaria que concebí hace algún tiempo, y que sólo quiero realizar contigo. En los Carmelitas hay un religioso de treinta y cinco años, hermoso como el día; lo deseo desde hace seis meses; quiero ser fornicada sea como sea por él; pero por un medio bien agradable: vamos a ir a confesarnos con él; lo enloqueceremos con los más lúbricos detalles; se excitará; estoy convencida de que él mismo nos hará proposiciones; nos indicará la forma de verlo, iremos allí enseguida, y lo agotaremos... No nos detendremos aquí; iremos a comulgar, recogeremos las hostias en nuestros pañuelos, después volveremos a almorzar a tu casa y a hacer horrores sobre ese miserable símbolo de la infame religión cristiana.

En este punto, me creí en el deber de hacer observar a mi amiga que la primera parte de sus proyectos me parecían tener más encantos y realidad que la segunda.

— Desde el momento en que no creemos en Dios, querida mía —le digo—, las profanaciones que tú deseas no son ya más que infantilismos absolutamente inútiles.

— Convengo en ello —me dice— pero me gustan; me vuelven loca; según yo, nada como eso quita la posibilidad de volver a la religión; no se puede dar ya ninguna existencia a objetos que se ha tratado de esta manera.

Además ¿te lo confieso?, todavía no te creo muy firme sobre todas esas cosas.

— ¡Ah! Clairwil, ¡cuán grande es tu error! —respondí—; quizás esté más tranquila que tú; mi ateísmo es completo. No te imagines que necesito infantilismos como los que me propones para afirmarme en él; los ejecutaré, ya que te complacen, pero como simples diversiones y jamás como algo necesario para fortalecer mi manera de pensar o para convencer de ella a los otros.

— ¡De acuerdo!, ángel mío —me respondió Clairwil— ¡de acuerdo!, los haremos sólo como un acto de placer: ahora estoy segura de ti y no los exigiré de otra manera. Pero realicemos esta broma por libertinaje, por favor.

— La confesión con que seduciremos al carmelita es un acto evidente y delicioso de ese libertinaje —respondí— pero la profanación del trocito de pasta redondo que constituye el ridículo ídolo de los cristianos, no lo es más de lo que sería el romper o el quemar un papel mojado.

— De acuerdo —respondió Clairwil—, pero no hay ningún tipo de idea vinculada a ese trozo de papel, mientras que las tres cuartas partes de Europa atribuye ideas completamente religiosas a esa hostia... a ese crucifijo, y de ahí procede que me guste profanarlos; contradigo la opinión pública y eso me divierte; pisoteo los prejuicios de mi infancia, los destruyo, y eso me enardece.

— ¡Pues bien!, marchémonos —respondí— soy toda tuya.

Subimos al coche; nuestro traje sencillo y sin artificio respondía a nuestros proyectos a la perfección, y el padre Claude, por el que preguntamos y que enseguida llegó al confesionario, sólo pudo tomarnos con toda seguridad por dos devotas.

Clairwil empezó; me di cuenta de ello: el pobre carmelita estaba ya completamente caliente cuando yo lo agarré.

— ¡Oh!, padre mío —le digo—, otorgadme la mayor indulgencia porque ¡tengo que revelaros grandes horrores!

— Valor, hija mía, Dios es bueno y misericordioso, nos escucha con bondad; así pues, ¿de qué se trata?

— De culpas enormes, padre, y en las que un terrible libertinaje me hace caer cada día: aunque muy joven todavía, he roto todos los frenos, he dejado de implorar al Ser supremo y él se ha separado de mí. ¡Oh!, ¡cómo necesito vuestra intercesión ante El!, los extravíos de mi lujuria os harán estremecer, apenas me atrevo a confesarlos.

— ¿Estáis casada?

— Sí, padre, y cada día ultrajo a mi esposo con la conducta más disipada.

— ¿Un amante... un capricho?

— El gusto por los hombres en general, el de las mujeres, todos los tipos posibles de libertinaje.

— Entonces, ¿tenéis un temperamento?...

— Insaciable, padre; eso es lo que me arrastra a la carrera del pecado... lo que me sumerge en ella con un vicio tal que constantemente temo sucumbir a pesar de toda la ayuda que pueda ofrecerme la religión... Tengo que confesaroslo, en este mismo instante el placer de tener en secreto una relación con vos viene a turbar la acción de la gracia; busco a Dios en este santo tribunal y no veo más que a un hombre encantador a quien estoy dispuesta a preferir antes que a El.

— Hija mía... —dice el pobre monje completamente turbado—, vuestro estado me apena... Me aflige... Sólo grandes penitencias podrán...

— ¡Ah!, para mí la más cruel será no veros más... Y entonces, ¿por qué los ministros de Dios tienen atractivos que apartan la atención del único objeto que debería ocuparla? Padre mío, ardo en lugar de apaciguarme; hom-

bre celeste, tus palabras llegan a mi corazón y no a mi espíritu, y no encuentro más que excitación donde querría encontrar calma. Veámonos en otro lugar; deja ese temible aparato que me horroriza, deja de ser por un momento el hombre de Dios para no ser ya más que el amante de Juliette.

Claude se estaba excitando como un hombre de su orden; un pecho blanco y redondo que yo había descubierto hábilmente ante él, unos ojos llenos de viveza, gestos que debían convencerlo del estado en que me encontraba, todo impulsó al carmelita; estaba fuera de sí.

— Amable dama —me dice de lo más ardiente—, vuestra amiga, en el mismo caso que vos, también acaba de proponerme cosas... que vuestros ojos me inspiran... que ardo en deseos de hacer... Sois dos sirenas que me embriagan con sus dulces palabras, y ya no puedo resistirme a tantos encantos: abandonemos la iglesia; cerca de aquí tengo una habitacioncita... ¿queréis venir a ella?; haré todo lo que esté en mi mano para tranquilizaros.

Después, dejando el confesionario y tomando la mano de Clairwil:

— Seguidme, seguidme las dos, mujeres seductoras, es el espíritu infernal el que os envía para tentarme: ¡ah!, puesto que fue más poderoso que el mismo Dios, bien es justo que domine a un carmelita.

Salimos. La noche estaba ya muy cerrada; Claude nos dijo que nos fijásemos bien en el lugar donde él entrase, y que lo siguiésemos a veinte pasos de distancia. Tomó el camino de la puerta de Vaugirard, y pronto llegamos a un pequeño cuarto misterioso y fresco, donde el buen monje nos ofreció galletas y licores.

— Hombre encantador —le dice mi compañera—, dejemos aquí el lenguaje místico; ahora las dos te conocemos; nos gustas: qué digo, ardemos en deseos desenfrenados de ser folladas por ti. Ríete con nosotras de la

trampa que hemos empleado; y satisfácenos. Por mi parte hace seis meses que te adoro, y dos horas que descargo por tu miembro. Toma —prosiguió nuestra libertina remangándose el vestido—, aquí es donde quiero anidar-lo; mira si la jaula es digna del pájaro.

Y la zorra consigue levantar el sable en cuanto se echa sobre la cama.

— ¡Oh, santo cielo!, ¡qué instrumento!... Juliette —me dice Clairwil extasiándose de antemano—, agarra esa viga, si tus manos son capaces de empuñarla, y condúcela; pronto te prestaré el mismo favor.

Clairwil es obedecida; el instrumento desaparece pronto en un coño que, completamente humedecido ya de semen, estaba entreabierto desde hacía un cuarto de hora para recibirlo. ¡Oh!, amigos míos, cuánta razón hay en citar a un carmelita cuando se quiere ofrecer un modelo de miembro y de erección. El pito de Claude, semejante al de un mulo, tenía nueve pulgadas seis líneas de grueso por trece pulgadas de largo, la cabeza descubierta, y esta temible cabeza, amigos míos, apenas la empuñaban mis dos manos. Era la seta más hermosa, la más rubicunda que pueda imaginarse. Por un milagro de la naturaleza, concedido por ella únicamente a sus favoritos, ¡Claude estaba dotado de tres cojones!... pero ¡cuán repletos estaban!... ¡cuán inflados! Según su propia confesión hacía más de un mes que el pícaro no había perdido semen. ¡Qué chorros soltó en el coño de Clairwil en cuanto tocó su fondo!, ¡y en qué estado puso a mi voluptuosa compañera esta prolífica eyaculación! Claude me manoseaba mientras fornicaba, y la habilidad con que excitaba mi clítoris me hizo imitar pronto el modelo que tenía ante mis ojos. El monje se retira; lo cojo yo; Clairwil continúa en la misma postura; la puta se excita mientras espera que la vuelvan a fornicar. El instrumento recupera

su fuerza: ¡tengo tal arte para ponerlo tieso! (4) Claude, escapándose en seguida de la mano que lo dirige, quiere sepultarse en la vagina ofrecida.

— No, no —dice Clairwil conteniendo el ardor de su amante—, Juliette, házmelo desear; excítame el clítoris.

Y Claude sólo se presta a estos preliminares palpándose; mientras una de sus manos entreabre el coño de Clairwil, la otra me masturba. Por fin, como el corcel fogoso que se libra del freno de su conductor, Claude se sepulta en el antro que se le ofrece... y, derribándome junto a Clairwil, el zorro fornicaba a una a embestidas mientras excita a la otra con toda la destreza imaginable.

— ¡Me vas a hacer reventar, criminal! —dice Clairwil jurando como una loca— ¡Ah!, ¡jodido!, no soporto tus embestidas: no hay una que no me cueste un torrente de esperma... Bésame al menos, temible fornicador... mete tu lengua en mi boca, tan dentro como lo está tu miembro en mi matriz... ¡ah!, joder, descargo... No me imites —prosigue, echándole de lado con un vigoroso culetazo—, ¡reserva tus fuerzas!, todavía tienes que frotarme.

Pero el desgraciado, sin poder contenerse, descargaba ya por segunda vez; yo lo excité dirigiendo hacia el coño completamente entreabierto de Clairwil los chorros espumeantes que él lanzaba. Trataba de apagar con semen los fuegos que el semen encendía.

(4) Siempre se hace bien lo que gusta; y el lector no debe olvidar que Juliette nos ha dicho que su mayor pasión consistía en excitar pitos. ¿Acaso hay en el mundo otra más voluptuosa? En efecto, ¡qué delicias se sienten al ver a un hermoso miembro enderezarse bajo los lúbricos movimientos que se le imprimen! ¡Qué halagador es para el amor propio y para la lujuria sentir de esta forma el avance de la obra de uno! ¡En qué estado debe encontrarse, sobre todo en el momento de completar su obra, y cómo no descargar uno mismo al ver saltar lejos esos chorros divinos del semen! ¡Ah! ¿Hay que ser mujer para gozar de este placer? ¿Qué hombre voluptuoso no lo comprende? ¿Y quién es el que, al menos una vez en su vida, no ha meneado más pitos que el suyo?

— ¡Ah!, rediós —dice Clairwil levantándose— este bribón me ha matado... Juliette, tú no lo soportarás.

Sin embargo, se apodera del monje, lo sacude; para apresurar la erección del servidor de Dios, la zorra trata de chuparlo, pero el miembro es demasiado grueso para entrar en su boca; haciendo uso de otro medio le mete dos dedos en el culo: con monjes habituados a darse por el culo semejante remedio siempre es eficaz.

Ante las libertinas preguntas de Clairwil a este respecto Claude conviene en que, en su juventud, sirvió de puto a sus hermanos.

— ¡Pues bien!, nosotras también te follaremos —dice Clairwil descubriendo las nalgas del monje, besándoselas y acariciando el agujero—. Sí, nosotras te sodomizaremos —prosiguió mientras le mostraba un consolador—: tu amada va a convertirse en tu amante. Fornica, amigo mío, voy a darte por el culo, y después tú nos darás por el culo a las dos, si es que te divierte. Toma, mira este trasero —dice mostrando sus nalgas al carmelita—, ¿no vale acaso el coño que acabas de joder? Todo es bueno para putas como nosotras; y cuando venimos para ser fornicadas queremos serlo en todas las partes de nuestro cuerpo. ¡Vamos, criminal!, se te pone tiesa, jode a esta encantadora novicia que acaba de confesarse contigo, encóñala, ¡mamarracho!, como penitencia suya, y sobre todo fornícala tan violentamente como me has fornicado a mí.

Me acerca este monstruo; yo estaba encima de la cama con las piernas abiertas... el altar se ofrecía al sacrificador...

Pero cualquiera que fuese mi libertinaje, por muy acostumbrada que estuviese a las introducciones de los más hermosos miembros de París, me fue imposible sostener esta sin preparación. Clairwil se apiada de mí; humedece con su boca los labios de mi coño y la enorme cabeza del miembro de Claude. A continuación, empu-

jando mis nalgas con una mano para adelantar mi vientre hasta el carnero, y acercando con la otra este terrible miembro a mi coño, hizo lo bastante como para que penetrase un poco. Claude, animado por este comienzo victorioso, me agarró la cintura con fuerza; blasfema, espumea, atraviesa, triunfa. Pero sus laureles me cuestan sangre; pierdo tanta como el día en que me arrancaron mi virginidad, y los dolores fueron los mismos; sin embargo, metamorfoseados pronto en las más dulces sensaciones de placer, devuelvo a mi vencedor todas las embestidas con que me colma.

— Para un momento esos impetuosos impulsos —dice Clairwil a mi caballero—, no puedo agarrar tu culo con esas voluptuosas agitaciones, y sabes que te he prometido fornicarlo.

Claude se para; dos hermosas nalgas se entreabren bajo los libertinos dedos de Clairwil: armada con un consolador la zorra da por el culo a mi fornicador. Este episodio, tan apreciado por un libertino, sólo sirve para hacerle más ágil aún, empuja, aprieta, descarga, y a mí no me da tiempo de rechazarlo: ¿acaso hubiese sido capaz, ¡gran Dios!, y acaso me lo habría permitido mi desvarío? ¡Ah!, ¿se piensa en los peligros cuando se está ebrio de placer?

— Me toca —dice Clairwil—, no le dejemos descansar; toma bribón, aquí tienes mis nalgas, dame por el culo; vas a hacerme sangrar, lo sé, ¿qué más me da? Coge el consolador, Juliette, tú lo sodomizarás, me devolverás lo que he hecho por ti.

Claude, excitado por mis caricias, por la perspectiva del hermoso culo que le presenta Clairwil, no tarda en reanimarse; devuelvo a mi amiga lo que recibí de ella, mi boca humedece su ano y el santo dardo del servidor de Cristo. No es posible figurarse los trabajos de Claude para penetrar: veinte veces es puesto fuera de combate ante

la dificultad de la empresa; pero mi amiga se entrega con tanto arte, desea ese pito con tanto ardor, que, por fin, se sepulta en su culo...

— ¡Oh!, joder, que me desgracia —exclama.

Quiere huir, quiere escaparse del monstruoso puñal que la sondea. Pero ya es tarde. El instrumento desaparece por completo y ni siquiera deja ya ver su vínculo con el libertino que lo utiliza.

— ¡Ah Juliette! —exclama mi amiga—, deja a este bribón, no lo excites más de lo que está; necesito tu mano más de lo que su culo necesita tu consolador; ven a excitarme, porque me muero.

A pesar de lo que diga, enculo ante todo al monje; después, alargando mi brazo, excito a mi amiga: vivamente excitada por mí, la puta sostiene con un poco más de valor los asaltos dirigidos contra ella.

— ¡Presumí demasiado de mis fuerzas! —exclama—; Juliette, no me imites, podría costarte la vida.

Sin embargo, Claude descarga; jamás se vio ardor mejor sostenido, el villano rebuznaba como un asno, y deja en el fondo del culo de mi compañera pruebas inequívocas del placer que acaba de gustar.

Clairwil estaba cubierta de sangre; yo ardía en deseos de imitarla, ella se opuso.

— No es preciso —dice— arriesgar la felicidad de tus días por el vano placer de un instante; no es un hombre este truhán, es un toro; estoy convencida de que jamás en su vida ha podido follar a mujeres.

Y el penudo confesó que, en todo París, sólo el culo de su superior había podido resistir su miembro.

— ¿Con que lo enculas, criminal? —dice Clairwil.

— Con mucha frecuencia.

— ¿Y dices misa, confiesas, con la cotidiana costumbre de esos desórdenes?

— ¿Por qué no?, el más devoto de los hombres es el

que sirve a todos los dioses... Señoras —prosiguió el monje sentado entre las dos manoseando un culo con cada mano—, ¿pensáis que nosotros creemos en la religión más que vosotros? Más cerca del Ser que ella supone, nos damos cuenta mejor que otros de todos los entramados de la quimera. La religión es una fábula sagrada que necesitamos para vivir, y el vendedor no debe desacreditar su mercancía. Nosotros vendemos absoluciones y dioses como una alcahueta vende putas. ¿Acaso somos de una carne distinta a la vuestra para ser insensibles a vuestras pasiones?, ¿y creéis que unas acciones ridículas, unos remilgos absurdos, nos hacen invulnerables a los dardos de la humanidad? ¡Ah, no! “*Las pasiones —dice un hombre inteligente— adquieren una fuerza nueva bajo el hábito; se las lleva en el corazón, el ejemplo las hace aparecer, la ociosidad las renueva, la ocasión las aumenta: ¿hay algún medio de resistirse a ellas?*” Los verdaderos ateos están entre los curas, mis queridas damas; vosotros, los demás, no hacéis más que sospechar la nada del ídolo: nosotros, que somos sus pretendidos confidentes, estamos completamente seguros de que no existe. Todas las religiones reveladas que vemos en el mundo están llenas de dogmas misteriosos, de principios ininteligibles, de maravillas increíbles, de relatos asombrosos que no parecen imaginados más que para confundir la razón; todas anuncian un Dios oculto cuya existencia es un misterio. La conducta que se le atribuye es tan difícil de concebir como la esencia de ese mismo Dios: si la Divinidad existiese, ¿habría hablado de una forma tan enigmática? ¿Qué sentido tendría revelarse para no anunciar más que misterios? Cuantos más misterios tiene una religión más cosas increíbles presenta el espíritu y, desgraciadamente, más gusta a los hombres, que desde ese momento encuentran en ella un pasto constante; cuanto más tenebrosa es una religión más divina parece, es decir, más conforme con la natura-

leza de un ser oculto y del que no se tiene ninguna idea. Es propio de la ignorancia preferir lo desconocido, lo fabuloso, lo maravilloso, lo increíble, incluso lo terrible, a lo que es claro, simple y verdadero. Lo verdadero no proporciona a la imaginación sacudidas tan vivas como la ficción; lo vulgar no pide más que escuchar las fábulas absurdas que nosotros le soltamos; los curas y los legisladores han servido al pueblo a su gusto al inventar religiones y forjar misterios; de este modo se han atraído entusiastas, mujeres, ignorantes; semejantes individuos se contentan fácilmente con razones que son incapaces de analizar; el amor por lo simple y lo verdadero se encuentra sólo en el pequeño número de aquellos cuya imaginación está regulada por el estudio y la reflexión. No, no, señoras, tranquilizaos, no se trata de Dios: es imposible suponer la existencia de esta infame quimera, y todas las contradicciones que encierra bastan para destruirla, ante el más mínimo examen que nos dignemos hacer de ella.

Durante esta discusión el monje, sentado entre Clairwil y yo, como acabo de decir, excitaba a la vez a nuestros dos culos.

— ¡Hermoso trasero! —decía hablando del mío—... ¡Qué pena no poder enfilear eso!... Pero ¿y si lo intentásemos?... ¡Oh!, señora, un pequeño favor: ¿se puede ser cruel con tanta belleza?

— Criminal —digo levantándome—, ni siquiera te prestaré ya mi coño; todavía me resiento demasiado del daño que me has hecho como para tener ganas de exponerme a nuevos dolores. Sacudámoslo, Clairwil, hagámosle descargar hasta su sangre para que no tenga más deseos de volver a empezar.

Lo tendimos en la cama; Clairwil lo excitaba con sus tetas, y yo, en cuclillas sobre su nariz, le hacía besar la puerta del templo cuya entrada le prohibía; él lo acariciaba con su lengua, y pasando una vez y otra una de sus

manos sobre mi monte, me excitaba el clítoris; ambos descargamos de nuevo una vez.

Clairwil preguntó al monje si existían muchos libertinos como él en su convento; al asegurarle Claude que había por lo menos treinta, mi amiga quiso saber si sería posible ir a hacer una partida a su casa.

— Claro —respondió el monje—, si queréis ser bien folladas no tenéis más que venir las dos, y yo os respondo de que se os forzará a pedir gracia.

Entonces Clairwil preguntó si la partida de impiedad que ella deseaba tendría lugar igualmente de esta manera.

— Mucho mejor que en otra parte —dijo el carmelita—, nosotros os permitiremos hacer en nuestra casa todo lo que deseéis.

— Querido —dice Clairwil—, como no queremos dar el paseo en vano, ve a preguntar a tu superior si lo que deseamos es posible; explícale bien todo; esperamos tu respuesta.

— Juliette —me dice Clairwil, en cuanto el monje estuvo fuera—, puedes ver que este zorro me ha fornicado demasiado bien como para que no le desee la muerte... y, sin duda, la más terrible.

— ¡Oh, cielos!, ¿ya estás conspirando contra ese desgraciado?

— El horror que siento por los hombres cuando me han satisfecho se mide por los placeres que he recibido y hacía mucho tiempo que no descargaba tan bien... Es preciso que muera. Se me ocurren dos medios para perderlo: el de hacerle poner *in pace* por su superior; para ello sólo se trata de hacerle ver a su jefe cuán peligroso es tener en su casa un hombre capaz de revelar, como ha hecho Claude con nosotras, todos los secretos de la casa; pero, por este medio, ya no me quedará nada de él: y tengo proyectos sobre su maravilloso instrumento.

— Pero si lo haces morir, ¿cómo se realizarán esos proyectos?

— Es lo más fácil del mundo; animémosle a que venga a pasar veinticuatro horas en el campo, lo demás ya se verá... ¡Oh Juliette!, ¡qué hermoso consolador el miembro de ese bribón!

Y como mi amiga no quiso explicar más, mientras esperábamos la vuelta del monje nos entretuvimos en registrar su casa.

No es posible hacerse una idea de las estampas y libros obscenos que encontramos en ella; el primero que vimos fue el *Portier des Chartreux*, producción más licenciosa que libertina, y que no obstante, a pesar del candor y la buena fe que reinaba en ella, se dice que inspiró remordimientos a su autor en el lecho de muerte... ¡Qué tontería!, el hombre capaz de arrepentirse en ese momento de lo que se atrevió a decir o escribir durante su vida no es más que un cobarde cuya memoria debe destruir la posteridad.

El segundo fue la *Académie des Dames*, obra cuya idea es buena, pero la ejecución mala; hecha por un hombre tímido que parecía sentir la verdad, pero que no se atrevía a decirla y además llena de charlatanería.

La *Education de Laure* fue el tercero: otra producción fallida por falsas consideraciones. Si el autor se hubiese decidido por el uxoricidio, que deja sospechar, y por el incesto, alrededor del cual gira constantemente sin confesarlo jamás, si hubiese multiplicado más las escenas lujuriosas... puesto en acción los gustos crueles de los cuales no hace más que dar una idea en su prefacio, la obra, llena de imaginación, hubiese sido deliciosa; pero los medrosos me desesperan y preferiría cien veces más que no escribiesen nada a que nos den las cosas a medias.

Thérèse philosophe figuraba entre los libros: obra

encantadora del marqués de Argens (5), el único que se haya acercado al blanco sin, no obstante, conseguirlo completamente; el único que haya unido de forma agradable la lujuria a la impiedad, y que, pronto, devuelto al público tal y como el autor lo había concebido primitivamente, dará por fin la idea de un libro inmoral.

El resto consistía en esos miserables folletines, hechos en cafés o en burdeles, y que prueban en sus mezquinos autores dos vacíos a la vez: el de la mente y el del estómago. La lujuria, hija de la opulencia y de la superioridad, no puede ser tratada más que por gentes de una cierta clase... por individuos en fin, que, acariciados, primero por la naturaleza, lo sean a continuación por la fortuna lo suficiente para haber probado ellos mismos lo que nos traza su pincel lujurioso; ahora bien, eso es imposible para los granujas que nos inundan con los despreciables folletines de los que hablo, de los que no excluyo el de Mirabeau, que quiso ser libertino por ser algo y que no obstante no es y no será nada en toda su vida (6).

Como resultado de nuestras búsquedas en casa del monje encontramos consoladores, condones, zorros, instrumentos todos, que nos convencieron de que el padre Claude no nos había esperado para lanzarse al libertinaje. Volvió.

— Tengo el permiso de mi superior —nos dice—; podéis venir cuando queráis.

— No será muy tarde, amigo mío —respondí—, hemos sido demasiado bien acariciadas por un sólo miembro de la orden como para no augurar maravillosamente del resto; descansa sobre nuestros coños fogosos y juzga, por lo

(5) Fue el célebre Caylus el que gravó las estampas.

(6) Con seguridad ni siquiera legislador; una de las mejores pruebas del delirio y el desatino que caracterizaron al año 1789, en Francia, fue el entusiasmo ridículo que inspiró ese vil espía de la monarquía. ¿Qué idea queda hoy de ese hombre inmoral y tan poco inteligente? La de un impostor, un traidor y un ignorante.

que les has visto hacer, lo que podrán emprender cuando sean fornicados todavía mejor. Entre tanto, Claude, te invito a que vengas a vernos dentro de tres días; mi amiga y yo te recibiremos en una casa de campo encantadora donde nos colmarás de placeres; repón tus fuerzas y no faltes.

Al marcharnos quisimos hablar nosotras mismas con el superior; era un hombre de sesenta años, con un rostro soberbio y que nos recibió a las mil maravillas.

— Nos daréis el mayor placer —nos dice—; de los treinta monjes dignos de estas orgías os prometo veinte de treinta a treinta y cinco años que, dotados con un miembro como Claude y vigorosos como monjes, os tratarán como a Mesalinas. En cuanto al secreto podéis estar seguras de que será lo más estricto que pueda serlo jamás en el mundo. Habéis deseado algunas impiedades; nosotros sabemos lo que son esas pequeñas locuras, estad tranquilas, seréis satisfechas en todo. Los estúpidos dicen que los monjes no son buenos para nada: nosotros os probaremos, señoras, que los carmelitas al menos son excelentes para joder.

Un lenguaje tan rotundo, junto a las pruebas que acabábamos de tener, no podía dejarnos ya ninguna duda sobre la forma en que seríamos recibidas. Previnimos a estos honrados anacoretas de que traeríamos con nosotras a dos bonitas chicas para ayudar a servir nuestros entretenimientos. Pero como diferentes asuntos se oponían a que esta agradable fiesta se celebrase tan pronto como nosotras hubiésemos deseado, fue pospuesta hasta el día de Pascua.

— Esta elección no puede ir mejor con nuestras pequeñas impiedades —dice Clairwil—; por más que pueda decirse tendré un verdadero placer en profanar el más santo de los misterios de la religión cristiana en el día del año que ella considera como una de sus más grandes fiestas.

Faltaba cerca de un mes hasta esa época, y como este intervalo está marcado por dos acontecimientos bastante singulares creo que debo insertarlos aquí, en su orden, antes de hablaros de la continuación de nuestro libertinaje con los Carmelitas.

El primero de estos acontecimientos fue la trágica muerte de Claude. El desgraciado vino al campo el día indicado; Clairwil se encontraba allí; rodeamos a este infortunado de placeres, y cuando su miembro llegó a su mayor erección, mi criminal amiga, haciéndole apresar enseguida por cinco mujeres, hizo que le cortasen la verga al nivel del vientre y, haciéndolo preparar por un cirujano, se compuso con él el más singular y el más hermoso consolador que se haya visto en la vida. Claude expiró entre horribles tormentos, con los que Clairwil alimentó su lúbrica rabia, mientras tres mujeres y yo la excitábamos a dos pies de la víctima y totalmente enfrente de ella.

— ¡Y bien! —me dice la puta después de habernos inundado de semen—, ¿no te había dicho que a pesar de masacrar a este tunante me quedaría algo de él?

El segundo acontecimiento fue el siguiente. Dudo que haga a mi alma más honor de lo que le hizo a la de mi amiga el rasgo que acabo de contaros.

Yo estaba en mi tocador, rodeada de una multitud de cortesanos que respetuosamente parecían esperar toda su fortuna de mí. Uno de mis criados me anuncia a un hombre de cuarenta y cinco años, en la más extrema miseria, y que solicita ansiosamente la gracia de hablarme un momento en privado. Primero hago que le respondan que no tengo la costumbre de recibir a semejante gente, y que si se trata de ayudas o de recomendaciones para el ministro, no tienen más que presentarme un informe y yo veré lo que puede hacerse. El ansioso solicitante insiste: más por curiosidad que por ningún otro motivo, digo por fin que lo introduzcan en un pequeño salón en el

que generalmente concedía mis audiencias secretas; y, después de haber ordenado a mi gente que no se alejen, voy a escuchar a este nuevo personaje.

— Me llamo Bernole, señora —me dice el desconocido—, sé que este nombre debe ser ignorado por vos: no lo sería tanto para la madre que habéis tenido la desgracia de perder, y que, a pesar del fausto en que vivís, no os dejaría en el desorden y el libertinaje que os lo procuran.

— Señor —digo a este hombre interrumpiéndole—, el tono que adoptáis no es en absoluto, me parece el de alguien que solicita ayuda...

— Poco a poco, Juliette —respondió Bernole—, es posible que yo pida ayuda, y muy posible al mismo tiempo que tenga sobre vos derechos que me autorizan al tono de que os quejáis.

— Sea cual sea vuestro rango, sabed señor...

— Sabed vos, Juliette, que si yo vengo a implorar ayuda ante vos, os honro al pedíroslo; dirigid la vista hacia estos papeles, señorita, y veréis a la vez la necesidad que tengo de esa ayuda y el derecho que tengo de pedíroslo a *vos*.

— ¡Oh cielos!, ¿qué veo? —interrumpí después de haber leído esos papeles—, ¿que mi madre... fue culpable...!, ¿y con vos?

— Sí, Juliette, yo soy vuestro padre —respondió Bernole vivazmente— ... soy yo quien os dio la vida; era el primo de vuestra madre; mis padres me destinaban a ella; se presentó un matrimonio más ventajoso y ella fue sacrificada; ya estaba embarazada de vos: nos atrevimos a engañar a vuestro padre, se cegó sobre vuestro nacimiento... Sólo a mí me lo debéis; un lunar encima del seno derecho prueba lo que adelanto... Juliette ¿lleváis esa marca?

— Sí, señor.

— Entonces reconoce a tu padre, ¡alma insensible y fría!, o, si todavía dudas, lee con mayor atención estos

papeles, aclararán todas tus dudas. Después de la muerte de tu madre... muerte horrible... fruto de la maldad de un cierto Noirceuil, con el que te atreves, aunque enterada, a tener relaciones, y que sería mandado a la rueda mañana mismo si tuviésemos pruebas (desgraciadamente nos faltan)..., después de esa muerte, digo, todos los infortunios posibles vinieron a cernirse sobre mi cabeza: toda mi fortuna fue devorada con la de tu madre; hace dieciocho años que no vivo más que de la caridad pública. Pero, te encuentro, Juliette, y todas mis desgracias se han acabado...

— Señor —digo—, tengo a mi hermana a quien prejuicios vencidos por mí retienen, sin duda, en la miseria: ¿también de vos ha recibido la vida?

— ¿Justine?

— Sí, señor.

— Claro, ella también es hija mía, nada pudo vencer la inclinación de tu madre por mí en todo el tiempo, y he sido el único que gozó siempre de la felicidad de hacerla madre.

— ¡Oh cielos! —exclamó la desgraciada Justine—, mi padre estaba vivo ¡y yo lo ignoraba!, ¡Dios!, ¿por qué no me lo enviabas? Hubiese aliviado sus penas, hubiese compartido mi miseria con él, y, hermana mía, hubiese encontrado en mi alma sensible los consuelos que sin duda le negó bárbaramente la vuestra.

— Hija mía —dijo el marqués, a quien una noche pasada con Justine le había irritado asombrosamente contra esta muchacha—, cuando aquí se os hace el honor de admitiros no es en absoluto para oír vuestras jeremiadas, y ruego a la señora que continúe.

— Imagino, amigos míos, que me hacéis la suficiente justicia para creer que no estaba ni emocionada ni conmovida por este acontecimiento; ningún alma está menos hecha que la mía a las confesiones dramáticas; ni si-

quiera había vertido una lágrima por la pérdida del que creía mi padre desde mi nacimiento: ¿era natural que me sintiese afectada por las desgracias de el que el azar me devolvía? Además, lo sabéis, estoy muy lejos de las limosnas; en mi opinión, era el dinero peor empleado; y por mucho que el individuo que se presentaba se dijese mi padre, no por ello dejaba de ser menos necesario para contentarlo, o disminuir mi tesoro, o implorar por este desgraciado a un ministro que, tan duro, tan inflexible como yo sobre esta suerte de reclamaciones, no podía soportar que lo importunase para hacérselas. Claro está que no podía dudar de que el personaje en cuestión no fuese el autor de mis días; tenía la prueba de ello ante mis ojos, pero la naturaleza permanecía muda: por mucho que la interrogase, no me inspiraba nada por este extravagante.

— Señor —le digo con firmeza—, todos los cuentos que me contáis prueban ser verdaderos, pero no veo la menor necesidad de oírlos; tengo invariables principios que me alejan, desgraciadamente para vos, de esa compasión que imploráis; en cuanto a los títulos de paternidad que establecéis respecto a mí, aquí están, señor, os los devuelvo asegurandoos que no tengo la menor necesidad de ellos: que tenga un padre o que no lo tenga, todo eso es para mí de una indiferencia de la que difícilmente os podríais hacer una idea. Por lo tanto, señor, os aconsejo que me libréis en seguida de vuestra presencia, a menos que por un empecinamiento ridículo no queráis obligarme, si permanecéis a pesar de mí, a haceros echar por la ventana.

Y a continuación me levanto para tocar; pero Bernole, precipitándose delante de mí...

— ¡Hija ingrata! —exclama—, no me castigues por una falta que he llorado toda mi vida; aunque tu nacimiento no sea legítimo ¿acaso no has salido de mi sangre, y no

me debes ayuda? ¡Que los lastimeros acentos de la miseria y la desesperación sustituyan, si es posible, en tu alma endurecida los sentimientos que la naturaleza parece haber olvidado poner en ella!

Y echándose a mis pies, que cubre de lágrimas.

— Juliette —exclama—, ¡nadas en la riqueza y no es más que un trozo de pan lo que pide tu desgraciado padre! ¡Alivia las desgracias del amante de tu madre!, ¡respeto al único hombre que ha amado la que te llevó nueve meses en su seno, y si no quieres que el cielo te castigue, no cierres tu corazón a los quejumbrosos acentos del infortunio!

Sin duda había mucho de patético en las palabras que me dirigía este desgraciado; pero existen almas que se endurecen en lugar de emocionarse ante los esfuerzos de aquellos que intentan conmoverlas. Semejantes a esa especie de madera que se echa al fuego para avivarlo, es en el elemento mismo que parecería deber consumirlo donde encuentra un nuevo grado de fuerza. Bernole, en lugar de excitar en mí los sentimientos de la compasión, estaba llegando a hacerme renacer esa conmoción lúbrica nacida de la negativa a procurar un bien: imperfecta imagen de la que nos llega por la acción del mal. Mis miradas, que no eran todavía más que las de la indiferencia, pronto se inflamaron de placer; ese cosquilleo pérfido que nos deleita ante la idea, el recuerdo o la intriga de una mala acción, vino a deslizarse en mi corazón (7); mis cejas se fruncieron, mi respiración se hizo más apresurada. Y sintiendo que me hago más dura porque comienzo a estarlo con voluptuosidad... porque me excito, por fin:

— Os he declarado, amigo mío —digo a este palurdo—, que os desconocía, que os seguiré desconociendo, y que jamás, doy nada a los pobres; así pues, por última vez,

(7) Véase la parte física de estos efectos, explicada más arriba.

os suplico que salgáis de mi apartamento, si no queréis que os haga perecer en un calabozo.

Un movimiento de rabia se apodera al momento de este hombre: empleando alternativamente las imprecaciones y las súplicas, las invectivas y las más tiernas palabras, se lanza de cabeza contra el suelo, se la rompe, chorros de sangre inundan mi gabinete... Esta sangre es la mía, y es con delicia como la veo derramarse; después de haber gozado unos instantes, toco.

— Que alguien se encargue de este tipo —digo a mis criados— y que lo hagan salir en seguida de mi casa.

Me obedecen... Yo estaba en una agitación... en un fuego... Tuve que ir a tenderme en el seno de mis mujeres, que tardaron dos horas en lograr tranquilizarme. ¡Poderoso efecto del crimen sobre un corazón como el mío! Estaba escrito en el sagrado libro de la naturaleza que todo lo que repugnase a las almas ordinarias debía deleitar la mía, y que todo lo que debía ultrajar a esa naturaleza desconocida para ellas debía convertirse para mí en los primeros medios del placer.

El ministro y Noirceuil cenaban ese día en mi casa: pregunté a éste si conocía a un tal Bernole, que se decía el amante de mi madre y convencido de ser el autor de mis días.

— Sí —me dice Noirceuil—, he conocido todo eso; tenía dinero en la casa de tu padre, perdido con el de tu familia, y perdido gracias a mis cuidados. Recuerdo que ese Bernole se llevaba efectivamente muy bien con tu madre, que la lloró mucho, y que no es culpa suya si yo no he sido colgado... Hay que deshacerse de ese tipo.

— Evidentemente —dice el ministro—. Juliette no tiene más que hablar y haremos que duerma esta noche en la Bastilla.

— No, no —dice Noirceuil—, tenemos que hacer con todo esto una escena patética.

— Claro —respondí—, los calabozos son demasiado suaves para semejantes criminales... Noirceuil y vos, Saint-Fond, habéis trabajado mi alma y creed que en esta ocasión se mostrará a la altura de vuestras lecciones; ya que cometemos un crimen, hagámoslo bien: es preciso que ese pícaro perezca por mi mano, mientras vosotros gozáis de mí.

— ¡Oh, Juliette! —exclama el ministro ya un tanto cargado por el vino de Champagne—... ¡Eres deliciosa! (Y bajándose los pantalones) Mira cómo excita mi miembro tu idea... ¿Qué? ¿Tendrás la fuerza de decidirte?

— ¡Lo juro sobre este miembro que estímulo! —digo empuñando el temible miembro que acababa de sacar Saint-Fond.

Y Noirceuil, aprovechándose de la postura inclinada en que me tenía mi impulso, se apodera de mi culo exclamando:

— ¡Oh, joder! ¿No te había dicho, Saint-Fond, que esta criatura era deliciosa?

Y me da dos o tres puñetazos en las nalgas.

— Escucha —digo recomponiéndome—, hay que incluir algunos episodios divinos. Voy a reconciliarme con Bernole, a engañarlo con mi acercamiento, a enamorarlo, a hacerle todo un hermoso juego... Me lo meterá... Quiero más: es preciso que me dé por el culo... Lo hará. Vos, Saint-Fond, lo sorprenderéis, caeréis sobre él en el momento de la crisis, y para castigarme, con el puñal en el pecho, me obligaréis a que lo mate yo. Contémoselo a Clairwil, que ella comparta la dulce execración y hagamos de todo esto una escena única.

Siempre, con toda seguridad, el proyecto de un crimen gusta a los malvados. Estos dos se inflamaron de tal forma con mi plan que no fue posible contenerlos. Se abre un cuarto; algunos individuos secundarios se unen a nosotros, y mi culo recibe la doble ofrenda de dos mons-

truos a los que excitaba mi pérfida imaginación: me fue entregado en ese mismo momento un bono de quinientos mil francos, con la promesa del doble el día de la ejecución.

Me excitaba demasiado para rechazarla; vuelo a mi casa de campo; escribo a Bernole que la ternura filial viene por fin a abrir mi alma. La pureza del aire del campo suaviza, creo, esa ferocidad con la que el de París mancha nuestros corazones, le hacía saber; venid a verme en el seno de la naturaleza, y pronto comprobar is todo lo que me inspira por vos. Mi hombre llega... No os imagin is hasta qué punto gozaba yo engañ ndolo... Estaba totalmente embriagada. Mi primer cuidado es desplegar ante sus ojos todo el lujo del que estaba rodeada; seductoras caricias acaban por aturdir a Bernole.

—  C mo —le digo después de una excelente comida—, cómo reparar todos los errores que mi mala cabeza me ha hecho cometer con vos?  Hay que confesarlo, Bernole? Siento miedo; tengo que observar grandes precauciones; soy la confidente y amiga del ministro; en una palabra, puede perderme: vos no me habéis inspirado nada como padre, lo confieso; otro sentimiento mil veces más tierno y delicado, haciéndome temer la caída, me ha obligado a no mostraros más que dureza donde se encendía el más santo amor... Bernole, habéis amado a mi madre, quiero que me am is también; para ser felices juntos sólo es cuestión de una discreción a toda prueba;  sois capaz de ella?

El honrado y leal Bernole tiembla ante este discurso.

—  Oh Juliette! —me dice muy emocionado—, sólo intento reanimar en vos los sentimientos de amor filial; son los únicos que me corresponden; la religión y el honor, que sigo profesando, me impiden aceptar otros: no me tach is de inmoral por haber vivido con vuestra madre; nunca creímos ninguno de los dos que debiésemos respe-

tar otros vínculos que los adoptados voluntariamente por nosotros frente al cielo: es un error, convengo en ello, pero es el de la naturaleza, y los que vos me proponéis la horrorizarían.

— ¡Qué prejuicio, Bernole! —exclamé mientras me ponía apremiante hasta el punto de besar su boca y de dejar caer una mano sobre sus nalgas—; tú al que adoro ¡ay! —proseguí redoblando mi excitación—, no te niegues a mi solicitud; ven a devolver la vida por segunda vez a la que se gloria de haberla obtenido de ti: debo mi primera existencia al amor, déjame que le deba la segunda; deja que embellezca los días que él ha formado. ¡Oh!, amigo mío, lo siento dentro de mí, ¡ya no puedo existir sin ti!

Un pecho blando y fresco, que se descubre en ese momento como por azar, unos ojos llenos de languidez y voluptuosidad... unas manos que se pierden hasta llegar a desabotonar el pantalón paterno y a menear con arte el instrumento medio excitado que me ha dado la vida, todo despierta por fin las pasiones tímidas de Bernole.

— ¡Oh gran Dios! —exclama—, qué asaltos... ¿Y cómo puedo resistir a ellos? ¿Cómo rechazar la viva imagen de la que adoré hasta el último suspiro?

— La encuentras en mí, Bernole, aquí tienes a la que amaste... Respira, acabas de devolverla a la vida por medio de los tiernos besos que su boca implora. Mira el estado en que me pones —añadí remangándome y precipitándome sobre un canapé—... sí, mira este estado cruel y resístete a él, si te atreves.

El crédulo Bernole, arrastrado, cae en la trampa que tiendo a su virtud, y viene a emborracharse de amor en el seno de la que sólo se ocupa ya, mientras lo acaricia, de la manera pérfida con que pronto lo hará caer bajo sus golpes. Bernole, dotado de un miembro seco, duro, fuerte, y sobre todo largo, follaba deliciosamente; me encendía, yo lo trataba bien, acariciaba sus nalgas apre-

tándolo contra mí. Pronto, deslizándome bajo él, chupo con placer este primer móvil de mi existencia; volviendo después a mi puesto, me lo meto hasta los cojones: Bernole, muy encendido con mis extravíos, no se demora; el zorro descarga; yo lo imito y recibo en mis entrañas incestuosas el germen de un fruto semejante al que dejó en otro tiempo en el seno de mi madre. Ese fue el momento del embarazo del que pronto os hablaré.

Bernole, perdido por el amor, olvidando bajo las leyes de ese dios las del honor y la probidad, que tan bien lo habían contenido hasta entonces, me suplica que le deje pasar la noche conmigo. Muy excitada por la deliciosa idea de fornicar con un padre que mi ferocidad condena a muerte, consiento a todo. Los esfuerzos de Bernole superaron mis esperanzas: fui follada siete veces, y yo, constantemente abrasada por mis feroces proyectos, descargo el doble ante el delicioso pensamiento de enterrar al día siguiente al que une al error de ser mi padre el error mayor de embriagarme con delicia. Fue en medio de todo esto cuando, desvelándose los horribles temores de que un embarazo llegase a traicionar nuestra intriga, le di la vuelta al culo más hermoso del mundo para animarlo a cambiar de camino: ¡ay!, el crimen estaba tan lejos del corazón de mi virtuoso padre que ignoraba hasta el modo de realizar estas infamias (me sirvo de sus expresiones), en las que no consentía, me dice, más que por prudencia y por exceso de amor. El cernícalo me enculó tres veces: este ensayo era necesario para el teatro que debía representarse al día siguiente. Lo que sentí fue tan vivo que me desvanecí de placer.

Llegó ese feliz día en que por fin debía gozar de los indecibles encantos de un crimen que me desolaba no poder ejecutar: nunca me había parecido tan bella la naturaleza a la que tan gravemente iba a ultrajar; nunca me había encontrado tan bonita, tan fresca y tan gallarda;

nunca se habían hecho sentir en mí sentimientos tan vivos... Desde que me levanté me sentía llena de lujuria... de maldad... Experimentaba la necesidad de horrores y, junto a esto, la terrible desesperación de no poder agravarlos hasta el punto que yo deseaba... Es un crimen lo que voy a cometer, me decía... un grandísimo crimen, se asegura, pero no es más que uno: y ¿qué es un crimen para la que querría existir sólo en medio del crimen, vivir sólo para él y adorarlo sólo a él? Toda la mañana estuve malhumorada, huraña, caprichosa, burlona. Llena de cólera azoté a dos mujeres mías; malvadamente hice caer por la ventana a un niño confiado a una de ellas, se mató y me sentí encantada: en una palabra, no hubo ningún tipo de pequeñas crueldades, de travesuras a las que no me entregase durante todo el día. Por fin llegó la hora de la cena; yo había ordenado que fuese tan deliciosa como la víspera; y como la víspera, en cuanto acabó, arrastré a Bernole hasta un canapé y le presento mi culo. Seducido por mis sofismas, el desgraciado se zambulle en él... Apenas estaba dentro cuando Clairwil, Noirceuil y Saint-Fond se lanzan contra nosotros con impetuosidad. Bernole es totalmente agarrotado.

— Juliette —me dice Saint-Fond—, merecerías que te inmolasen junto a este monstruo para castigarte por abusar de esta forma de mi confianza... Sólo un medio, perverso, puede salvarte la vida: coge esta pistola destinada a tu crimen, dentro hay tres balas... ¡Tienen que hacer saltar la tapa de los sesos de ese criminal!

— ¡Oh cielos!, ¿qué exigís?, ¡es mi padre!

— La que ha sido al tiempo sodomita e incestuosa también podrá ser parricida.

— ¡Qué orden!

— Totalmente necesaria, o pereceréis al momento.

— Entonces confiad esa arma a mi vacilante mano...

El padre adorado —exclamé—, ¿perdonarás esta muerte por las violencias de las que ves soy víctima?

— Monstruo —responde Bernole—, hazlo ya, y recuerda tan solo que con esto no me haces la víctima de tus engaños y tus crímenes...

— ¡Pues bien!, papá —dice Clairwil estallando de risa—, deja entonces de hacerte la víctima puesto que no quieres serlo, y entérate de que es muy cierto que tu muerte es obra de tu hija, quien, por cierto, no se equivoca al inmolar a un individuo que sólo puede ser un gran criminal puesto que ha podido engendrar a semejante hija.

Todo se dispone; Bernole es atado a una silla sujeta con grandes clavos al suelo; su cabeza, a diez pasos de mí, se halla a mi alcance. Saint-Fond se tumba en un canapé y me fija a él mediante el miembro que me introduce en el trasero; Noirceuil dirige el instrumento con una mano y se masturba con la otra; Clairwil, a la derecha, besa la boca de Saint-Fond y acaricia mi clítoris. Yo, con sumo descaro, digo:

— Saint-Fond, ¿tengo que esperar los chorros de tu semen?

— No, no, ¡por lo más sagrado de un cobarde!, ¡no, no!, ¡mata, puta, mata!, el disparo es lo que hará brotar mi esperma.

Disparo, Bernole es alcanzado en la frente y expira, y nosotros cuatro descargamos lanzando gritos de furor.

El bárbaro Saint-Fond se levanta y se acerca a contemplar a la víctima; esto constituía su mayor placer. Me llama, quiere que observe junto a él... Me mira atentamente, está contento de mi sangre fría. Con una curiosidad morbosa Clairwil observa las contorsiones de la muerte en el rostro de este desgraciado.

— Nada me excita tanto como esto —dice el criminal—: ¿quién de los tres quiere masturbarme durante el examen?

Me ofrezco, y como estoy inclinada sobre las rodillas del muerto, Noirceuil me da por el culo en este estado, mientras que Saint-Fond, cogiendo a Clairwil del revés la trata de la misma forma... Todo el mundo descarga una vez más, y de nuevo se sirve la mesa con la más voluptuosa comida, permaneciendo el cuerpo a petición nuestra a nuestros pies.

— Juliette —me dice Saint-Fond besándome ardorosamente—, toma, esto es lo que te había prometido. ¿Tengo que confesártelo?, querida muchacha, verdaderamente sólo hoy te creo completamente digna de nosotros.

— No estoy totalmente de acuerdo —dice Clairwil— y siempre le encuentro el mismo fallo: sólo comete el crimen en el momento del entusiasmo, tiene que estar excitada; y jamás debe entregarse uno a él más que con sangre fría. Es preciso encender la llama de las pasiones en la del crimen, mientras que sospecho que ella enciende la del crimen en la de las pasiones.

— La diferencia es muy grande —dice Saint-Fond—, porque en este caso el crimen no es más que lo accesorio y siempre debe ser lo principal.

— Pienso como Clairwil, mi querida Juliette —dice Noirceuil—: todavía necesitas algunos ánimos; tienes que disminuir esa sensibilidad que te pierde.

Todos los extravíos a los que nos arrastra nuestra imaginación —prosiguió Noirceuil— significan pruebas evidentes de nuestro espíritu. Su vivacidad, sus impulsos no le permiten detenerse ante nada; cuantos más diques tiene que franquear, más delicias concibe; prueba de ello es que el espíritu no se altera, como se creen los estúpidos, sino que más bien se fortifica. Ya has llegado, Juliette, a la edad en que esta facultad de nuestra existencia está en su máximo apogeo; habéis previsto esta época con buenos estudios, con reflexiones sólidas, con un total abandono de todos los lazos y prejuicios de la infancia.

No dudéis de que en este momento esa esperanza tan bien preparada os hará destruir todas las limitaciones: un temperamento ardiente y enérgico, una salud de hierro, un gran ardor en las entrañas, un corazón muy frío, vendrán en apoyo de ese espíritu ardoroso, instruido y liberado de todos los frenos. Podemos estar seguros de que Juliette llegará tan lejos como quiera. Pero que nunca se quede a medio camino, que jamás vuelva la cabeza hacia atrás a no ser para reprocharse su escaso progreso y no para asombrarse de la magnitud del camino que ha hecho.

— Yo quiero más —dice Clairwil—, os repito que exijo de ella que haga el mal, no para excitarse a la lujuria, como creo que ella hace, sino por el solo placer de cometerlo. Quiero que encuentre en el mal, desprovisto de toda lujuria, la completa voluptuosidad que ella encuentra en la lujuria; quiero que no tenga necesidad de ningún vehículo para ejercer el mal. Que, una vez en esta situación, experimente todos los atractivos excitantes del libertinaje, ¡en buena hora!, pero no quiero que necesite excitarse para hacer un crimen, porque entonces de esta forma de conducirse resultará que en cuanto su temperamento se marchite ya no se atreverá a entregarse a ningún extravío; en lugar de por este medio que estoy indicando, encontrará el fuego de las pasiones en el crimen. Ya no necesitará excitarse para cometer un crimen; pero al cometer ese crimen deseará excitarse. Creo que es imposible explicarse con mayor claridad.

— Precisamente porque comprendo a las mil maravillas tu filosofía, querida —digo a Clairwil—, es por lo que creo mi deber asegurarte que la sigo al pie de la letra. Estoy dispuesta a demostrártelo con la prueba a que te plazca someterme. Si me hubieses observado mejor de lo que lo has hecho en la situación que acaba de tener lugar, no me dirigirías, estoy segura, ningún reproche; en este momento amo el mal por sí mismo; sólo en su seno se en-

cienden mis placeres, y para mí no existiría ninguna voluptuosidad si el crimen no la amenizase. Ahora no debo consultaros más que sobre un solo punto. El remordimiento es nulo, os aseguro que no siento ni la más ligera huella, sea el que sea el horror al que me entregue: pero algunas veces tengo vergüenza; enrojeczo como Eva después de su pecado; me parece que, exceptuados vos y nuestros amigos, me gustaría que nadie supiese los extravíos a los que nos entregamos. Explicadme, por favor, por qué en la disyuntiva de estos dos sentimientos siento el más débil mientras que no soy sensible al más activo; en una palabra, cuál es la diferencia que hay entre la vergüenza y el remordimiento.

— Helo aquí —dice Saint-Fond—: es que la vergüenza es el fruto del dolor de una mala acción con respecto a la opinión pública; y el remordimiento con respecto a nuestra propia conciencia; de suerte que es posible sentir vergüenza de una acción que no infunde ningún remordimiento, si esta acción no ofende más que a las costumbres recibidas, sin pasar por la conciencia; y que es igualmente posible tener remordimientos sin vergüenza, si la acción cometida está de acuerdo con las leyes y los usos de nuestro país, aunque repugne a nuestra conciencia. Por ejemplo, un hombre enrojecería si fuese a pasearse completamente desnudo por la gran avenida de las Tullerías, aunque no haya en esta acción nada que debiese darle remordimientos; y un general del ejército tendrá quizás remordimiento por haber hecho matar a veinte mil hombres en una batalla aunque no haya nada en esta acción que deba darle vergüenza. Pero estos dos molestos impulsos se debilitan igualmente por la costumbre. La Sociedad de los Amigos del Crimen en la que os ha introducido Clairwil anulará en vos ese sentimiento pusilánime de la vergüenza; la costumbre de un cinismo cada vez más pronunciado pronto disipará esa debilidad; y para

curaros de ella os exhorto a que hagáis alarde de vuestros extravíos, a que con frecuencia os mostréis desnuda en público, a que afectéis el mayor desorden en la manera de vestiros: insensiblemente acabaréis por no enrojecer ante nada. Cuando la firmeza de los principios se una a los procedimientos que os aconsejo, todo se disipará, todo se allanará poco a poco, y ya no sentiréis más que placer donde antes sentíais vergüenza.

Cosas más serias sucedieron a esta discusión. Saint-Fond me anunció que el matrimonio de Alexandrine, su hija, con su amigo Noirceuil iba por fin a celebrarse, y que, de acuerdo con su yerno, la joven permanecería tres meses en mi casa para ser instruida y formada en los gustos del nuevo ser con el que iba a unirla.

— Noirceuil y yo os rogamos —prosiguió Saint-Fond— que pongáis a esta pequeña alma en el mismo estado que la vuestra... No la neguéis ningún cuidado, ningún consejo, ningún ejemplo. Quizás Noirceuil la conserve si la encuentra tan firme como vos: con toda seguridad que no se quedará con ella si es mojigata o gazmoña. Tratad, Juliette, de que esta educación os honre y estad totalmente segura de que vuestros trabajos no serán en vano.

— Señor —digo al ministro—, sabréis que semejantes lecciones no pueden darse más que entre sábanas.

— Así es como lo entiendo —dice Saint-Fond.

— Y yo también, evidentemente —dice Noirceuil.

— ¿Puede instruirse a una muchacha sin acostarse con ella? —dice Clairwil.

— También —respondió Noirceuil—, nuestra querida Juliette se acostará con mi mujer tan a menudo como le parezca bien.

Saint-Fond nos habla a continuación de un cruel proyecto de devastación que había concebido para Francia.

— Tenemos —nos dice— una próxima revolución en el reino; vemos su germen en una población excesivamente

numerosa. Cuanto más se extiende un pueblo, más peligroso es; cuanto más se clarifica, más temible es: jamás se somete más que a la ignorancia. Primero vamos a suprimir —prosiguió el ministro— todas esas escuelas gratuitas cuyas lecciones, al propagarse con rapidez, nos dan pintores, poetas y filósofos donde no debe haber más que gañanes. ¿Qué necesidad tiene esa gente de talentos, y qué necesidad hay de dárselos? Más bien disminuyamos su número; Francia necesita una sangría, y hay que atacar las partes vergonzosas. Para llegar a este fin, primero vamos a perseguir con energía la mendicidad; esa es la clase donde se encuentran casi todos los agitadores. Demoleremos los hospitales, los asilos de caridad; no queremos dejarle al pueblo ni un solo asilo que pueda hacerlo insolente. Doblado bajo cadenas mil veces más pesadas que las que lleva en Asia, queremos que se arrastre como esclavo, y no habrá ni un solo medio que no pongamos en práctica para lograrlo.

— Esos medios serán largos —dice Clairwil—, y si necesitáis una disminución repentina se precisan otros más rápidos: la guerra, el hambre, la peste.

— El primero es seguro —dice Saint-Fond—; vamos a tener una guerra. No queremos el último porque es presumible que nosotros mismos fuésemos sus primeras víctimas. En cuanto al del hambre, el total acaparamiento de granos en el que trabajamos nos colmará primero de riquezas, y pronto inducirá al pueblo a devorarse a sí mismo. Esperamos mucho de este medio. Es el que cuenta con más apoyo en el consejo, porque es rápido, infalible y porque nos cubre de oro...

Hace mucho tiempo que —prosiguió el ministro—, imbuido de los principios de Maquiavelo, estoy totalmente convencido de que los individuos no son nada en política. Máquinas secundarias del gobierno, los hombres deben trabajar por la prosperidad de ese gobierno, y el go-

bierno nunca debe trabajar por la de los hombres. Todo gobierno que se ocupa del hombre es débil; sólo es fuerte el que únicamente tiene en cuenta a él mismo y nada a los hombres; el mayor o menor número de esclavos en un Estado es indiferente: lo que es esencial es que la cadena pese mucho sobre el pueblo, y que el soberano sea un déspota. Roma fue decadente y débil mientras quiso gobernarse a sí misma; dominó la tierra cuando los tiranos se apoderaron de la autoridad. La fuerza debe concentrarse toda ella en el soberano, y puesto que esta fuerza no es más que moral, desde el momento en que físicamente el pueblo es el más poderoso, sólo mediante una cadena ininterrumpida de acciones despóticas puede el gobierno concentrar en sí la fuerza física que le falta: sin eso nunca existirá más que idealmente. Cuando deseamos imponérsela a los otros hay que acostumbrarlos poco a poco a que vean en nosotros lo que en el fondo no existe, de otra forma nos verán tal y como somos y perderemos infaliblemente.

— Siempre he creído —dice Clairwil— que el arte de gobernar a los hombres era el que exigía la mayor cantidad de falsedad.

— Es verdad, y la razón es muy simple —respondió Saint-Fond—: sólo se gobierna a los hombres engañándolos; ahora bien, es preciso ser falso para engañarlos; el hombre iluminado no se dejará conducir jamás: por lo tanto es preciso privarlo de la luz para conducirlo a nuestro antojo, y sólo la falsedad lleva a todos estos medios.

— Pero la falsedad, ¿no es un vicio? —pregunté a Saint-Fond.

— Yo la veo más bien como una virtud —respondió el ministro—. Es la única llave del corazón del hombre: sería imposible vivir con él si sólo utilizásemos la franqueza. Ocupado únicamente en engañarnos, ¿qué sería de nosotros si no aprendiésemos a engañarlo a nuestra

vez? El principal estudio del hombre, y sobre todo del hombre de Estado, consiste en aprender a penetrar siempre en los otros, sin dejarse descubrir él. Ahora bien, si no llega a esto más que por la falsedad, entonces la falsedad es una virtud. En un mundo absolutamente corrompido, nunca existe peligro en ser más corrompido que los otros; es asegurarse toda la suma de felicidad y de tranquilidad que nos procuraría la virtud en un gobierno moral. Pero la máquina que dirige el gobierno nunca podrá ser virtuosa, porque es imposible preveer todos los crímenes, ponerse al resguardo de todos los crímenes sin ser criminal también; lo que dirige a los hombres debe estar corrompido a su vez; y nunca será con la virtud, que es un modo sin acción, con lo que conduciréis el vicio, que es un modo en constante acción. El gobernante debe tener más energía que el gobernado; ahora bien, si la energía del gobernado sólo está repleta de crímenes ¿cómo queréis que la del gobernante no sea a su vez criminal? ¿Acaso los castigos que se aplican al hombre son algo distinto de crímenes? ¿Qué los justifica?, la necesidad de gobernarlo. Entonces el crimen es uno de los resortes del gobierno. Ahora yo os pregunto qué necesidad puede haber en el mundo del modo que llamáis *virtud*, cuando es una constante que no podéis obtener este modo más que mediante crímenes. Además, es totalmente necesario, para el mismo gobierno, que la masa de los hombres esté muy corrompida: cuanto más lo esté más fácilmente actuará. En una palabra, analizad la virtud en todos sus aspectos y siempre la veréis inútil y peligrosa. Juliette —prosiguió Saint-Fond no dirigiéndose ya más que a mí—, yo querría destruir radicalmente en vos todos los prejuicios sobre este tema, que infaliblemente harán vuestra desgracia; me gustaría afirmar vuestras opiniones a lo largo de nuestra vida, porque es terrible haber nacido con inclinaciones a hacer el mal y no poder

entregarse a él sin estremecerse. Convenceos, ángel mío, de que aunque cambiaseis y alteraseis el orden de la naturaleza en todos los sentidos posibles, nunca haríais más que utilizar facultades que os ha dado para eso... facultades que sabía que emplearíais en eso, utilización que sin duda no censura desde el momento en que lejos de privaros de ninguna de estas facultades nocivas, os inspira en todo momento el deseo de ponerlas en práctica. Por lo tanto haced todo el mal que os plazca, sin que eso turbe ni por un momento vuestro descanso: estad segura de que de cualquier tipo que sea lo que inventéis, nunca será tan violento como lo desearía la naturaleza... porque ella quiere la destrucción... le gusta... se alimenta de ella, abreva en ella, y porque nunca le gustaréis tanto como cuando vuestras manos destruyan como las suyas, de la misma forma que nunca la ultrajaréis tanto... como cuando os esforcéis en una propagación que ella aborrece... o cuando dejéis subsistir sin dificultad esa masa de hombres perjudicial para sus facultades: porque el crimen y la muerte son las verdaderas leyes de la naturaleza, y nosotros nunca la servimos mejor que cuando cosechamos como ella todo lo que nuestros brazos pueden abarcar.

— ¡Oh Saint-Fond! —digo a mi amante—, me sumo a todos los principios que acabáis de establecer. Sólo me inquieta una cosa. Habéis dicho que es preciso ser falso con todo el mundo: si desgraciadamente vos lo fueseis conmigo os dais cuenta de todo lo que yo debería temer.

— No temas —dice el ministro—, yo nunca seré falso con mis amigos, porque en realidad hay que tener algo sólido en el mundo; ¿y con qué podría contar yo si no es con el trato de mis amigos? Por lo tanto podéis estar seguros, los tres, de que nunca os engañaré, a menos que seáis vosotros los primeros en engañarme a mí. La razón de todo esto es muy simple y voy a basarla en el egoísmo, la única regla que conozco para juzgarse uno mismo y a los otros.

Nosotros vivimos juntos: ¿no es cierto que si vosotros os dieseis cuenta de que yo os engaño me lo devolveríais al momento? Y yo no quiero ser engañado. Esta es toda mi lógica en la amistad. En realidad es un sentimiento muy difícil entre el mismo sexo, imposible entre sexos diferentes, y que no estimo más que en tanto (lo que es muy raro) pueda estar fundado en relaciones de humores y de gustos. Pero es falso decir que debe tener como base la virtud: entonces se convertiría, si eso fuese verdad, en un sentimiento muy anodino que pronto destruiría la monotonía. Cuando su base son los placeres, cada nueva idea afirma los lazos; la necesidad, único alimento real de la amistad, aúna sus vínculos en cada momento; tanto más cuanto que todos los días nos necesitamos los unos a los otros; uno goza de su amigo, goza con su amigo, goza para su amigo, las voluptuosidades se aumentan unas a otras, y sólo entonces se puede presumir verdaderamente de que se los conoce. Pero, ¿qué saco de un sentimiento virtuoso? Algunas voluptuosidades secas, algunos goces intelectuales que se destruyen a la primera prueba, y que dan lugar a lamentaciones tanto más amargas cuanto que el amor propio queda herido, y que no hay marcas más sensibles que las que se dirigen contra el orgullo.

Era tarde, nos acostamos. Los cuatro nos metimos en una cama de ocho pies cuadrados, construida para escenas semejantes, y, después de algunas lujurias, nos dormimos. Noirceuil, llamado por sus negocios en París, nos dejó muy temprano. Clairwil y yo hicimos compañía a Saint-Fond, que deseaba pasarse unos días en el campo.

De vuelta a París, Saint-Fond me trajo a su hija, cuya habitación había sido preparada durante nuestro viaje. Era imposible ver nada tan armoniosamente hermoso: el pecho más sublime, bonitas formas, la piel fresca, soltura en el cuerpo, gracia, suavidad de líneas, un rostro ce-

leste, el órgano más halagüeño, más interesante, y un espíritu muy novelesco.

— Esta es mi hija —me dice Saint-Fond al presentármela— sabéis que la destino a Noirceuil, que no se escandalizará por la excesiva confianza que ya me he tomado con ella y que todavía me tomo todos los días. No todo está recogido: Alexandrine es virgen de un lado... Pero su culo..., soberbio culo, Juliette, y deshojado por mí desde hace mucho tiempo... ¿Cómo podría haberme resistido? Míralo, ángel mío, y decidme si habéis visto alguna vez algo más delicioso.

Era difícil, en efecto, ver nada más blanco y mejor delineado.

— No parece —prosiguió Saint-Fond separándolo—, no es posible creer ni que la azote todas las mañanas ni que la sodomice todas las noches. Os dejo a esta muchacha, Juliette, educadla durante algún tiempo, hacedla digna del amigo al que la destino, inspiradle el gusto por todos los crímenes y el más gran horror por todas las virtudes. Os cedo mis derechos sobre ella; transmitidle los principios que vos habéis recibido del que debe ser su marido; infundidle todos nuestros gustos, comunicadle todas nuestras pasiones. Nunca se pronunció delante de ella el nombre de Dios; y no temo que pueda concebir esa idea estando con vos: yo mismo le volaría la tapa de los sesos en el mismo instante en que la oyese hablar de esa execrable quimera. Importantes asuntos impiden que Noirceuil y yo nos dediquemos a los cuidados que os confiamos: no podrían estar en mejores manos.

Este fue el momento en que el ministro me hizo saber la denominación de Noirceuil para uno de los más importantes puestos de la corte, lo que le valía cien mil escudos de renta.

— Lo ha conseguido —me dice Saint-Fond—, al mismo tiempo que el rey me confería uno que vale el doble.

Y mientras que el vicio triunfaba con tal descaro, veis, amigos míos, cómo la mano de la suerte aplastaba a todas las víctimas de estos indignos criminales... ¡Hasta qué punto estas reflexiones, tan desventajosas para el bien y tan favorables para el mal, acabaron de cautivarme para siempre para el crimen y la infamia!... ¡Oh!. ¡qué horror sentía por la virtud!

Pasé la noche siguiente con Alexandrine. Esta joven, sin duda era deliciosa, pero confieso que la vi desde un punto de vista tan filosófico, con los sentidos tan tranquilizados, que no estoy en condiciones de hablaros de voluptuosidades recibidas: habría hecho falta entusiasmo, y apenas hubo emoción. Yo estaba tan firme en mis ideas, la moral dominaba tan bien al físico, era tal mi indiferencia, tan sostenida mi flema, que, fuese saciedad, depravación o disposición, pude tenerla desnuda diez horas en mi cama sin emocionarme, excitarla, hacerme excitar por ella, chuparla, acariciarla, sin que en ningún momento me sintiese transportada. Y he aquí, me atrevo a decirlo, uno de los más felices frutos del estoicismo. Endureciendo nuestra alma contra todo lo que puede emocionarla, familiarizándola con el crimen por el libertinaje y negándole con empeño la delicadeza, se la fortalece; y de este estado, en el que no le permite permanecer mucho tiempo su actividad natural, pasa a una especie de apatía que pronto se metamorfosea en placeres mil veces más divinos que los procurados por debilidades; porque el semen que yo perdí con Alexandrine, aunque no se debiese más que a esta firmeza que os describo, me procuró goces mucho más vivos que los que sólo hubiesen sido fruto del entusiasmo o de tristes fuegos de amor.

Sea lo que fuese, Alexandrine, me pareció casi tan poco ducha en lo moral como en lo físico; su corazón y su espíritu todavía no habían hecho ningún progreso. Sin embargo, la pequeña zorra tenía temperamento, y

cuando yo intentaba emocionarla siempre la encontraba llena de flujo. Le pregunté si su padre le hacía mucho daño cuando le daba por el culo.

— Las primeras veces —me dice.

Pero estaba tan acostumbrada que ya no sufría. A mi pregunta de si no había visto nunca más que a Noirceuil, me dijo que su padre había exigido de ella favores para otro hombre, y por la descripción vi que era Delcour. Pero, ¿la había enculado el tal Delcour?... No, solamente la había azotado delante de su padre, y por esto podéis juzgar de qué índole es la imaginación de un padre que se excita y descarga haciendo azotar a su hija por un verdugo. A partir de la primera noche enseñé a mi alumna todo lo referente a la teoría del libertinaje, y, al cabo de tres días, me excitaba tan bien como Clairwil. Poco a poco, sin embargo, esta muchachita llegó a calentarme los cascos, y la inmolé en mi perversa imaginación, hasta que por fin pregunté a Noirceuil sus intenciones respecto a esta criatura.

— Quiero hacer de ella una víctima —me respondió— como he hecho con todas mis otras mujeres.

— En ese caso, ¿por qué retrasarlo?

— A causa de la dote, a causa de un hijo que tengo que hacerle, o que se lo haga hacer, a causa de la protección del ministro que necesito conservar mediante esta alianza.

Estas reflexiones, a las que yo no me había entregado, desviaron un poco mis ideas. Y como tengo que contaros sucesos más interesantes para mí que estos, sabed solamente para no volver más a Alexandrine, que se casó con Noirceuil, que se quedó embarazada, no sé cómo, y que, como nada en ella respondió a las instrucciones morales que yo le había dado, pereció al cabo de muy poco tiempo, víctima de la maldad de su esposo y de su padre, en orgías que acontecimientos, en cuyos detalles entraré pronto, me impidieron compartir.

Las muchachas que estaba obligada a ofrecer al ministro no siempre me costaban la suma que yo recibía por ellas. Incluso alguna vez sucedía que me reportaban en lugar de costarme: voy a citaros un ejemplo, que quizás os dé una idea de mi probidad.

Un hombre de provincia me escribe un día que el gobierno le debe cinco mil francos por préstamos en la última guerra. Su fortuna, venida abajo desde entonces, lo reduce, faltarle de esta suma, a morir de hambre él y una hija de dieciséis años que es el consuelo de sus días, y a la que casará con una parte de este dinero si pudiese obtener su devolución. La influencia que sabe que tengo ante el ministro lo anima a dirigirse a mí, y me envía todos sus datos. Me informo, el hecho es verdad; se necesitará mucha influencia para obtener estos fondos, pero efectivamente se le deben. La joven en cuestión es además, me aseguran, una de las criaturas más interesantes que haya en el mundo. Sin explicar nada de mis proyectos al ministro, le pido una orden para retirar el dinero. La obtengo al minuto; veinticuatro horas me bastan para conseguir lo que el buen provinciano no podía obtener desde hacía seis años. En cuanto estoy en posesión de la deuda escribo al solicitante que todo va bien, pero que es absolutamente necesaria su presencia, que una joven y bonita persona fruto suyo en las oficinas no puede más que acelerar el éxito de su demanda; que, en consecuencia, le invito a que traiga a su hija con él. El pánfilo, engañado por mis pérfidos consejos, trae él mismo su respuesta, y en efecto me presenta a una de las más bellas muchachas que yo hubiese visto nunca. Yo no le di tiempo para marchitarse. Una de esas cenas ministeriales que yo daba cada semana a Saint-Fond los puso en mi poder. Dueña ya de los cinco mil francos y siéndolo también ahora del padre y de la hija por esta insigne traición, fácilmente adivinaréis, creo, cómo los utilicé al uno y a la otra.

El dinero, que hubiese hecho la fortuna de varias familias, fue gastado por mí en menos de una semana; y la hija, destinada a hacer la felicidad a un hombre honrado, después de haber sido mancillada por nuestras poluciones nocturnas durante tres días seguidos, se convirtió, el cuarto, junto con su padre, en la víctima de la ferocidad de Saint-Fond y de Noirceuil, que los hicieron expirar en un suplicio tanto más bárbaro cuanto que vivieron doce horas en las más terribles angustias de la muerte.

A estas pruebas de mi perfidia debo añadir, para acabar de describirme, las de la avaricia. ¿Creeréis que la tenía tan dentro que llegué al punto de prestar con fianza? Un día, ante una suma de ochocientos mil francos que al devolverlos apenas me hubiesen reportado el cuarto de la suma, hice bancarrota y arruiné con esta treta a veinte desgraciadas familias que me habían entregado sus efectos más preciosos, sólo para procurarse una triste subsistencia momentánea que ellos no encontraban en trabajos que les costaban, no obstante, tantas penas y sudores.

Se acercaba la época de la Pascua, Clairwil fue la primera en recordarme nuestra fiesta con los Carmelitas. Una vez dentro del convento con Elvire y Charmeil, mis dos lesbianas más bonitas, el superior empezó pidiéndonos noticias de Claude. No había aparecido, nos aseguró, desde la invitación que le habíamos hecho. Nosotras aseguramos al monje que ignorábamos por completo la suerte de su hermano; pero que con el libertinaje que le habíamos visto parecía muy verosímil que hubiese colgado los hábitos. No se habló más. Pasamos a una sala inmensa y allí el superior nos hizo pasar revista a los combatientes. Eusèbe los hacía pasar uno tras otro; llegaban en manos de mis dos mujeres, que los excitaban y nos mostraban sus miembros. Todo el que no tenía al menos seis pulgadas de contorno por nueve de largo fue deshechado, así como todo lo que pasaba de cincuenta años. Nos habían

prometido unos treinta: hubo sesenta y cuatro monjes y seis novicios, todos provistos de instrumentos de los cuales los más pequeños se hallaban entre las proporciones que acabo de decir, y algunos de diez por catorce. La ceremonia empezó.

Clairwil y yo, en esta misma sala, estábamos tumbadas en canapés anchos, elásticos y profundos, las piernas colgando, incorporadas mediante cojines grandes, absolutamente desnudas; en este primer ataque, presentábamos el coño a nuestros adversarios. Las putas nos enviaban los miembros según la talla, de forma que empezasen los más pequeños; pero los miembros sólo se dirigían a las caricias de nuestros dedos, ya que excitábamos con cada mano a los dos sucesores del que nos encoñaba. Tan pronto como el coño se llenaba a costa de la mano, venía a continuación un nuevo miembro a esta mano, y nosotras siempre teníamos tres hombres sobre el cuerpo. El que estaba fuera de combate se retiraba a una sala vecina hasta nueva orden. Todos estaban desnudos, y todos descargaban en un condón que revestía su miembro. Pasaban sucesivamente de Clairwil a mí: así fuimos fornicadas primero sesenta y cuatro veces. Al final nuestras mujeres pasaron a la segunda pieza donde se esforzaban por volver a ponérsela tiesa a los monjes. Empezó la segunda carrera... De nuevo sesenta y cuatro veces cada una. Los mismos procedimientos para la tercera, pero esta vez era el culo lo que presentábamos, y nuestros atletas nos eran enviados de forma que siempre tuviésemos un miembro en el culo y otro en la boca; y era el que salía de nuestros culos el que chupábamos a fin de prepararlo para el cuarto ataque. En este caso seguíamos el siguiente orden: yo chupaba el miembro que se retiraba del culo de Clairwil, y ella chupaba el que salía del mío. Repetimos, de forma que después de esta primera escena habíamos sido folladas cada una ciento veintiocho veces

en el coño y ciento veintiocho en el culo, que hacen doscientas cincuenta y seis veces en total. Se sirvieron dulces y vinos de España; después se organizaron los grupos.

Recibimos a la vez a ocho hombres: teníamos un miembro bajo cada axila, uno en cada mano, uno en las tetas, uno en la boca, el séptimo en el coño, el octavo en el culo. Aquí ya no condones; era preciso que todos descargasen a fin de que nosotras nos encontrásemos regadas de semen por todas las partes de nuestro cuerpo, y de que, en todas partes, los viésemos espumear sobre nosotras. Cada grupo de ocho repitió cambiando de mujer y de manera de follar, de forma que cada una sufrimos ocho parecidos asaltos, al cabo de los cuales ya no exigimos nada. Ofrecidas ambas a su lubricidad, les declaramos que eran dueños de elegir entre Clairwil y yo, y de gozar como mejor les pareciese. De esta forma, Clairwil fue follada todavía quince veces en la boca, diez en el coño y treinta y nueve en el culo; y yo, cuarenta y seis en el culo, ocho en la boca y diez en el coño: doscientas veces cada una en total (8).

Apareció el día, y como era el de Pascua, los zorros iban a decir su misa y volvían a seguir tratándonos de esta manera. Se nos avisó para la cena; testimoniamos al superior el deseo de proceder antes a las pequeñas impieda-

(8) De forma que estas dos honradas criaturas, sin contar la boca, que no produce una sensación lo suficiente marcada para ser tenida en cuenta, habían sido fornicadas hasta entonces, Clairwil ciento ochenta y cinco veces, y Juliette ciento noventa y dos, tanto en el coño como en el culo. Hemos creído que debíamos establecer esta suma para evitar el trabajo a las mujeres que, sin eso, se habrían interrumpido en este punto para hacerla. Dadnos las gracias, señoras, e imitad a nuestras heroínas, es todo lo que os pedimos; porque vuestra instrucción, vuestras sensaciones y vuestra felicidad son realmente el único objeto de nuestros fatigosos trabajos; y si nos habéis maldecido en *Justine*, esperamos que nos bendigáis en *Juliette*.

des convenidas. Espectador de nuestras lubricidades, Eusèbe, que sólo amaba a los hombres, se había contentado con ofrecernos miembros, y encolar a algunos de sus hermanos mientras que nosotras éramos folladas por ellos.

— ¡Pues bien! —nos dice—, yo mismo voy a celebrar el santo misterio en la capilla de la Virgen, arriba. ¿Cómo deseáis que se haga?

— Es preciso —dice Clairwil— que otro monje celebre junto a vos. Esas dos misas se dirán sobre los coños de nuestras dos putas; un monje las joderá en la boca mientras tanto, a fin de presentar su culo al celebrante, y él cagará sobre el vientre de la muchacha en cuanto se consagre la hostia. Desde ese momento, el cura mantendrá al pequeño Dios en ese mojón; mi amiga y yo iremos a buscarlo allí; quemaremos una parte; daremos cuchilladas en la otra. De lo que quede haremos cuatro partes: dos de éstas serán introducidas por los miembros en el culo de los dos celebrantes, el resto se introducirá igualmente en el culo de Juliette y en el mío. Al cabo de un rato, el vino consagrado se introducirá en cuatro jeringas y se inyectarán estas cuatro porciones en el culo de los curas y en los dos nuestros. Se nos volverá a sodomizar a los cuatro y se nos descargará en el coño. Vuestros más bellos crucifijos estarán bajo nuestros vientres y a nuestros pies durante la operación, y nosotras cagaremos encima, así como en vuestros copones y vuestros cálices, en cuanto hayamos sido fornicadas.

Todo se hizo como lo había deseado mi amiga.

— Vamos —dice—, estoy satisfecha; sé muy bien que son infantilismos, inutilidades, pero eso me ha trastornado la cabeza: ¿no era todo lo que necesitaba? Las voluptuosidades no son más que lo que las hace la imaginación, y la más deliciosa de todas es siempre la que apetece más:

*Todos los gustos están en la naturaleza;
El mejor es el que uno tiene.*

Eusèbe y los cuatro monjes que más nos habían gustado fueron los únicos admitidos en la magnífica comida que se nos sirvió; descansamos dos horas y las orgías volvieron a empezar.

Esta vez, nuestras dos putas, colocadas sobre la cabeza de Clairwil, exponían una su coño y la otra su culo; yo debía poner tiesos los sesenta y cuatro miembros e introducirlos uno detrás del otro, primero en la vagina, después en el ano de mi compañera, quien los esperaba tumbada de espaldas y las piernas levantadas sujetas a los barrotes de una cama; ellos no hacían más que excitarse en el coño: todos estaban obligados a descargar en el culo. Después me tocó a mí y Clairwil me prestó el mismo servicio. Estos libertinos, al gozar de nosotras de esta manera, tenían no solamente el placer de fornicar de dos formas, sino además incluso el de (mientras follaban) ser ayudados, servidos por una mano bonita, besar una boca, un coño o un culo, como prefiriesen; todos soltaron esperma.

En la segunda sesión, cada una de nuestras putas nos excitaba un miembro sobre el rostro, nosotras excitábamos uno con cada mano, y dos monjes nos masturbaban. Estábamos sentadas en la cara del que nos lamía el agujero del culo; entre nuestras piernas, de rodillas, estaba el que nos chupaba el coño; el séptimo y el octavo esperaban nuestras órdenes, con el miembro en la mano, y nos encoñaban o enculaban en el momento justo en que, suficientemente excitadas por los acariciadores, les hacíamos una señal de introducirse. De esta manera obtuvimos ocho ataques todavía.

Mi compañera y yo estábamos agotadas cuando a Clairwil se le ocurrió una idea digna de su libertinaje.

— Enlazándose con habilidad —dice—, es posible que una mujer sea encoñada por dos hombres a la vez. Que se acerquen los que todavía la tienen tiesa; que el mejor provisto me enfile poniéndome sobre él; que el otro me lo meta del revés excitándome el agujero del culo; que venga un tercero a hacerse chupar; todo esto no me impedirá que todavía pueda excitar a dos.

Felizmente Clairwil era lo suficiente ancha para la ejecución de su proyecto. Sacudida vigorosamente por dos monstruosos pitos, uno de los cuales se retiraba mientras que el otro se hundía hasta el final, fornicada así durante más de tres horas por veintiséis monjes, que fueron lo suficiente hábiles para lograrlo, la puta salió de esta escena totalmente frenética: sus ojos echaban chispas, su boca espuma, sudaba a mares. Y aunque parecía harta, la zorra todavía deseaba más; se la veía, como una bacante, recorrer la fila de monjes y chupar los pitos para tratar de enderezarlos de nuevo. Demasiado joven y demasiado delicada para permitirme intentar la obscena irregularidad que mi compañera acababa de realizar, me había divertido durante estas orgías en prepararle pitos, pero no era posible ya hacer nada: sentía tal fuego, un escozor tan grande en ambas regiones del placer que apenas podía estar sentada.

Comimos... Era tarde. Clairwil dice que quiere acostarse en el convento.

— Harás que me pongan una cama en el altar mayor —dice al superior—, quiero joder allí toda la noche. Juliette hará lo mismo: hace calor, allí estaremos más frescas. O bien irá a la capilla de esa puta que, se dice, fue la madre del Dios colgado de la infame religión cristiana... Juliette, tú te acostarás en ese altar, amoldándote al puterio de la zorra en cuya casa estarás: en lugar de los soldados de la guarnición de Jerusalén, por quien se hacía follar todos los días, elegirás a los monjes que creas que todavía les queda algo de energía.

— ¡Ah!, ¡no puedo joder más! —exclamé.

— ¡Y bien!, los acaricias, te acarician; los chupas, te chupan: y siempre habrá semen derramado sobre los altares impíos de esa espantosa puta.

En cuanto a mí —prosiguió ella—, estoy muy lejos de parecerme a ti. Por mucho que haya sido frotada, todavía ardo en deseos de ser follada; los chorros de esperma que me han inundado el culo y el coño no han hecho más que inflamarme: estoy ardiendo... A mi edad cuanto más se jode más se quiere seguir jodiendo: sólo el joder calma la inflamación causada por el joder, y cuando una mujer tiene el temperamento que a mí me ha dado la naturaleza sólo jodiendo puede ser feliz. El puterío es la virtud de las mujeres; nosotras hemos sido creadas sólo para fornicar: ¡desgraciada la que por una estúpida virtud sigue encadenada a tontos prejuicios! Víctima de sus opiniones y de la sosa estima que espera casi siempre en vano de los hombres, habrá vivido sin placer y morirá sin ser llorada. El libertinaje de las mujeres fue honrado en toda la tierra; en todas partes tuvo partidarios y templos. ¡Ah!, ¡cómo soy su defensora!, ¡cómo juro ser puta el resto de mis días!... ¡Cuántas gracias tengo que dar a aquellos que me allanaron el camino del vicio: sólo a ellos les debo la vida! La había recibido de mis padres mancillada con indignos prejuicios: el fuego de las pasiones los ha consumido todos, y puesto que el día sólo es puro desde que conozco el arte de fornicar, sólo de esa época he recibido la existencia... ¡Pitos, sí, santo Dios!, ¡pitos!, ¡esos son mis dioses, mis padres, mis amigos: no respiro más que para ese miembro sublime, y cuando no está ni en mi coño ni en mi culo se filtra en mi cabeza de tal modo que si me disecasen lo encontrarían en mi cerebro!

Después de este impulso de efervescencia, pronunciado con el aire y el tono de una energúmena, Clairwil aga-

rró a dos carmelitas y se fue a acostar al altar. Yo hice lo mismo. Me había bañado con agua de rosas y trataba de prestarme a los nuevos ataques de dos soberbios novicios que había llevado, y ya gozaba de ellos, cuando Clairwil, bajándose del altar donde se había puesto, exclama que necesita nuevos hombres.

— Que una sea difícil y que elija en el seno de la abundancia —dice—, nada más sencillo. Pero ahora nos faltan; esos estúpidos están aniquilados: ¿puedes creerlo, Juliette? Me acaban de fallar... a mí, que nunca me hicieron esa afrenta. ¡Vamos, vamos!, hay otros pitos en este convento; hemos elegido sólo los más hermosos, ahora tanteémoslos; sígueme. Si el superior —prosiguió mientras ordenaba que fuesen a buscarlo— no ha sido bueno para satisfacer personalmente mis deseos, lo será para hacerlos calmar por los hermanos que, descansados, frescos y gallardos, y sin haber tenido nada todavía con nosotras, deben tener todas las fuerzas requeridas para contentarnos... ¡Vamos! —le dice en cuanto lo ve aparecer—, ¡llévanos a las celdas ocupadas por los monjes que no han estado en nuestras bacanales!

Lo seguimos; las puertas se abren ante nosotras; y fuese cual fuese la conformación de los que encontrábamos en esas habitaciones, tenían que gozar de nosotras. Todos se adhieren a la venta, todos la firman con su esperma; unos nos cogían por delante; otros, y fue la mayoría, sólo querían enfilar el culo; y nosotras, que no perseguíamos más que un objetivo, el de ser folladas, presentíamos indistintamente todo lo que se podía exigir de nosotras, contentas de obtener semen, en la parte del cuerpo que debiese correr: así es como deben pensar todas las mujeres. En efecto, ¿hay algo más absurdo que suponer que para recibir pitos no haya más que una parte de nuestro cuerpo, y que si desgraciadamente se aleja del camino principal se ha cometido un crimen? Como si

la naturaleza, al formarnos dos agujeros, no hubiese indicado al hombre que eran para ser tapados indistintamente; y que, sea el que sea el que prefiera, siempre cumpliría las leyes de una madre demasiado sabia para haber dado a una de sus más débiles criaturas el maravilloso derecho de ultrajarla.

Totalmente partidaria de esta forma de gozar y prefiriéndola sin comparación alguna a la otra, tuve bastante suerte en esta segunda vuelta para no oír pedir más que el culo, y yo no se lo negaba a nadie.

Por fin pasamos a las habitaciones de los viejos.

— No hay que excluir a nadie —dice Clairwil—, todos los hombres son interesantes en cuanto que descargan: no exijo de ellos más que el semen.

Algunos, acostados con novicios, nos rechazaron.

— No nos compensaríais de la infidelidad —nos dijeron—; aunque nos ofreciéseis el altar en que sacrificamos, habría un vecino demasiado temible para que pudiésemos intentar el homenaje:

*Por mucho que haga una mujer, por mucho que se vuelva,
Siempre será una mujer.*

MARCIAL, *Epig.*

Otros nos recibieron, pero ¡cuánto trabajo sólo para ponérsela tiesa... cuántas complacencias... cuántos cuidados... cuántas lúbricas atenciones!, ¡cuántos diferentes papeles jugados! Alternativamente víctimas o sacerdotisas, unas veces teníamos que despertar por crueles maceraciones una naturaleza agotada, otras eran los otros los que no salían del letargo más que haciéndonos daño a nosotras. Uno de esos viejos quiso azotarnos, nosotras lo soportamos; zurrarnos a otros; tuvimos que prestar nuestras bocas a cinco o seis, y, engañados por nuestros favores con aquéllos, sus fuerzas se agotaron sin que pudiésemos

mos sacar nada de ellas. Otros quisieron cosas mas singulares todavía; hicimos todo... Todo el mundo descargó, hasta el sacristán, hasta el portero, hasta los barredores, que nos follaron doscientas o trescientas veces a cada una. Y después de haber recorrido más de trescientas estaciones, en un lado y en otro, nos retiramos agotadas con todos los tipos de fatiga que pueden agobiar el cuerpo humano. Un régimen de nueve días, durante los cuales tomamos muchos baños y suero, nos puso tan frescas como si jamás hubiésemos imaginado esta partida.

Pero si no quedaban huellas en mi exterior, no por ello mi cabeza estaba menos trastornada; no es posible imaginarse en qué estado la había puesto: estaba exactamente en el delirio de la lubricidad. Para calmarme o para inflamarme más quise ir sola una vez a nuestra Sociedad de los Amigos del Crimen. Hay momentos en que por muy agradable que sea la compañía de un ser que piensa como nosotros se prefiere la soledad: parece que se es más libre, que se inventa más; entonces se está dispensado de esa especie de vergüenza de la que tanto cuesta desembarazarse con los otros, y por último nada importan los crímenes solitarios.

Hacía algún tiempo que no había aparecido en este círculo: rodeada perpetuamente de placeres, raramente sabía a cuál dar preferencia. En cuanto entré recibí mil elogios y mil cumplidos nuevos, y pronto me vi obligada a no ser más que víctima cuando yo iba para ser sacrificadora. Un hombre de cuarenta años me encoñó, y muy poco interesada en responder a sus fuegos, dejándome hacer como una máquina, yo observaba con mayor atención a un guapo abad, que enculaba alternativamente a dos jóvenes, mientras que era follado a su vez. Estaba a dos pies de mí; yo lo excité a propósito y me di cuenta en seguida de que me prestaba más atención a mí que a los individuos de que se servía. Así pues, desembarazándonos pronto de nuestros engorros, nos liamos.

— Vuestra forma de gozar me gusta mucho más que a la que me habéis visto entregada —le digo—: yo no concibo cómo hace un hombre para estar en esta sociedad y atreverse todavía a divertirse con un coño.

— Yo tampoco lo entiendo —me dice Chabert (porque era él, amigos míos, él que constituye hoy la delicia de nuestra casa de campo, y a quien pronto vais a ver jugar un papel en mis aventuras)—. Es decir —prosiguió mi amable abad—, ¡que este pito que todavía veis empinado os excitará más en el culo que en el coño!

— No me extraña —respondí.

— ¡Y bien! —dice, llevándose con nosotros al que lo follaba—, pasemos a un reservado y os mostraré que nuestros gustos se parecen.

Entramos. El fornicador de Chabert lo tenía como el de una mula, el mismo abad estaba muy bien provisto: mi culo los agotó a los dos. Prometí a Chabert que nos volveríamos a ver y pronto me esquivé hacia los serrallos, donde los estimulantes que acababa de recibir me pusieron totalmente ardiente. Después de haberme hecho dar tres horas en el de los hombres, me fui a buscar víctimas en el de las mujeres. Ardía en deseos de bajar a esos agujeros practicados bajo tierra, entre los dos muros y en los que parecía que se estuviese al final del mundo. Llevé allí a dos muchachitas de cinco o seis años, y jamás tuve tanto placer. Se gritaba, se desvariaba, se recorría el campo, todo lo que se quisiese: antes nos habrían oído los antípodas que los habitantes de nuestro hemisferio. Y después de los horrores que podéis imaginar sin que me vea obligada a describíroslos, subí sola aunque hubiésemos bajado tres.

Fue algún tiempo después de esto cuando me encontré en una cena en casa de Noirceuil con un hombre muy guapo de cuarenta y cinco años que fue anunciado bajo el nombre de Conde de Belmor.

— Aquí está nuestro nuevo presidente —me dice Noirceuil—, hoy es su día de entrada en la presidencia, y nos ha prometido por su recepción un discurso sobre el amor, que estoy encantado de que oigas para prevenir tu corazón contra ese sentimiento que las mujeres tienen la extravagancia de sentir por los hombres. Vos, amigo mío —continuó dirigiéndose a Belmor—, estaréis contento de que os presente a la famosa Juliette. ¿Se han encontrado en la Sociedad?

— No —dice el conde—, no recuerdo haber visto a la señora.

— ¡Pues bien! —dice Noirceuil—, la conoceréis aquí antes de que os marchéis. ¡Es el culo más blanco... y el alma más negra! ¡Oh!, ¡es digna de nosotros! Vendrá a oíros esta tarde... ¿Queréis hacer algo antes de cenar?... Estoy esperando a Clairwil... Pero antes de que se arregle serán las cuatro: y como no son más que las tres os pido que paséis conmigo un instante a mi reservado; mi ayuda de cámara nos seguirá.

Belmor consintió, el ayuda vino y nos encerramos los tres. La pasión de Belmor era simple: besaba, examinaba durante mucho tiempo las nalgas de la mujer mientras que el hombre lo enculaba; después, en cuanto el hombre había descargado, le excitaba el pito sobre el culo de la mujer, le hacía perder por segunda vez el semen, claro está en el agujero, y devoraba lo que acababa de perder ese hombre, mientras que la mujer peía; entonces se le azotaba. El conde satisfizo conmigo todos los episodios de sus gustos; pero reservándose para la noche no descargó. Volvimos. Clairwil, hermosa como un ángel, acababa de llegar; nos sentamos a la mesa.

— Juliette —me dice Noirceuil—, no penséis que el conde tiene siempre pasiones tan dulces como la que vos acabáis de satisfacerle: os ha tratado como a nuestra amiga.

— Como un hombre que se reserva —dice Clairwil.

— Entonces, señora, ¿vos sabéis lo que hace el señor en esos momentos de delirios? —digo yo a Clairwil sonriendo—. Si es así, decídmelo, por favor, porque me parece tan amable que no quiero ignorar nada con respecto a él.

— Conde —dice Noirceuil—, ¿estáis de acuerdo en que se lo digamos?

— No debería consentirlo, va a hacer que la señora tenga una mala impresión de mí.

— Conozco a mi amiga lo suficiente —dice Clairwil— para aseguraros que sólo os estimará en razón de la multitud o de la superioridad de vuestros vicios.

Pues bien —dice Noirceuil—, este malvado tiene como pasión favorita hacer atar a un muchachito de cinco o seis años sobre los hombros de una hermosa mujer; se hace correr la sangre de la víctima mediante mil llagas diferentes, pero de forma que el arroyo corra sobre el agujero del culo de esta mujer, obligada a cagar durante la operación. En cuanto a él, arrodillado delante del trasero, traga la sangre mientras tres hombres se excitan en su culo. Ya veis que lo que acabáis de hacer con él no es más que la mínima expresión de su fantasía preferida: tan es así que los pequeños hábitos, en los hombres, caracterizan a los grandes, y que el vicio dominante se anuncia siempre por algo.

— ¡Oh, joder! —digo al conde abrazándolo de todo corazón—, vuestra manía me inflama: os ruego que utilicéis mis nalgas con frecuencia para semejantes operaciones, y estad seguro de que no descuidaré nada que pueda perfeccionar vuestro éxtasis.

El S. de Belmor me aseguró que no pasaría el día sin que se diese eso y me pidió en voz muy baja que le reservase mi mojón.

— ¡Ah! —dice Clairwil—, estaba segura de que no disgustaríais a mi amiga si le contabais vuestro libertinaje.

— Es cierto —dice Noirceuil—, que la temperancia es una tonta virtud; el hombre ha nacido para gozar y sólo mediante sus excesos conoce los más dulces placeres de la vida: sólo los estúpidos se contienen.

— En cuanto a mí —respondió Clairwil—, pienso que es necesario entregarse ciegamente a todo, y que sólo por medio de estos extravíos se debe encontrar la felicidad.

— La naturaleza —dice el conde— indica al hombre que no la busque más que en los excesos; la inconstancia de que está dotado, al aconsejarle que aumente sus sensaciones cada día, prueba bien a las claras que las más dulces sólo están en los extravíos. Desgraciados aquellos que, conteniendo las pasiones del hombre en su juventud, le crean una costumbre de las privaciones, y le hacen por esto el más infortunado de los seres: ¡qué mal servicio se le presta entonces!

— No hay que engañarse sobre el objetivo de los que se conducen así —dice Noirceuil—, no dudemos de que es por maldad, por celos... por miedo a que los otros sean tan felices, como esos pedantes saben bien que se puede ser, entregándose a todas las pasiones.

— La superstición —dice Belmor— contribuye mucho a todo esto. Había que crear ofensas contra el Dios que la superstición creaba; un Dios que no se hubiese enfadado con nada se habría convertido en un ser sin poder: ¿y dónde encontrar el germen de los crímenes mejor que en el manantial de las pasiones?

— ¡Cuánto daño —dice Noirceuil— ha hecho la religión al universo! Yo la considero como la plaga más peligrosa de la humanidad; el primero en hablar de ella a los hombres debió ser necesariamente su mayor enemigo: el más terrible de los suplicios hubiese sido demasiado dulce para él.

— No vemos suficientemente —dice Belmor— la necesidad de destruirla... de extirparla en nuestra patria.

— Va a ser muy difícil —dice Noirceuil—: no hay nada a lo que el hombre se agarre tanto como a los principios de su infancia . Quizás un día, por un entusiasmo de prejuicios tan ridículos como los de la religión, veáis al pueblo destruir los ídolos. Pero semejante al niño tímido lamentará, al cabo de algún tiempo, el haber roto sus juguetes, y pronto los reedificará con un fervor mil veces mayor. ¡no, no!, jamás veréis al pueblo filósofo: jamás sus órganos embotados se abrirán bajo la llama sagrada de esta diosa: la autoridad sacerdotal, quizás debilitada durante un tiempo, no se restablecerá más que con más violencia, y hasta el fin de los siglos veréis a la superstición inyectándonos su veneno.

— Esa predicción es horrible.

— Es cierta.

— ¿Y el medio de oponerse a ella?

— Aquí esta —dice el conde—, es violento, pero seguro: hay que detener y masacrar a todos sus sacerdotes en un sólo día... tratar de la misma forma a todos los partidarios, destruir en el mismo minuto hasta el más ligero vestigio del culto católico... proclamar sistemas de ateísmo; en ese mismo momento confiar la educación de la juventud a filósofos; multiplicar, dar, repartir, poner en las paredes los escritos que propaguen la incredulidad durante medio siglo y hacer recaer severamente la pena de muerte sobre todo individuo que restablezca la quimera (9). Pero, se atreven a decirnos, con la severidad se hacen prosélitos: la intolerancia es la cuna de todos los mártires. Esta objeción es absurda: eso que se me dice sólo ha

(9) Que se comparen los chorros de sangre que han hecho correr esos malvados desde hace dieciocho siglos con los que haría verter el método que indica Belmor, y se verá que es preciso que el medio que él ofrece sea tan violento como dice: no es más que justo, y sólo después de su ejecución reinará la paz entre los hombres.

sucedido porque, al contrario, se ha puesto demasiada suavidad en el procedimiento: se ha tanteado la operación y jamás se ha llegado al final. No es una cabeza de la hidra lo que hay que cortar, es al monstruo entero a quien es preciso extirpar. El mártir de una opinión mira la muerte con valor porque esta fuerza le viene inspirada por el que lo precede: masacra a todos en un solo día, que no quede nada, y desde ese momento ya no tendréis ni partidarios ni mártires.

— Esa operación no es fácil —dice Clairwil.

— Infinitamente más de lo que pensamos —respondió Belmor— y yo me encargo de ejecutarla con veinticinco mil hombres, si el gobierno quiere confiármelos. Para esto sólo se necesita política, secreto, firmeza y sobre todo nada de delicadeza ni restos: teméis a los mártires, los tendréis en tanto quede un partidario del abominable Dios de los cristianos.

— Pero —digo yo—, ¿entonces habría que destruir dos tercios de Francia!

— Ni siquiera uno —respondió Belmor—, pero incluso suponiendo que la destrucción necesitada fuese tan grande como decís, ¿no es cien veces preferible que esta hermosa parte de Europa esté habitada por diez millones de gente honrada que por veinticinco millones de pícaros? Sin embargo, lo repito, no creáis que hay en Francia tantos partidarios de la religión cristiana como parecéis imaginar; la selección se haría pronto: un año en la sombra y el silencio me bastarían para realizarla, y yo no resurgiría más que seguro de mi acción.

— ¡Esa sangría sería prodigiosa!

— Estoy de acuerdo, pero aseguraría para siempre la felicidad de Francia: es un remedio violento aplicado sobre un cuerpo vigoroso: sacándolo rápidamente de la cuestión se le evita una infinidad de purgaciones que, al ser demasiadas, acaban por agotarlo completamente. Es-

tad seguras de que todas las plagas que desgarran Francia desde hace mil ochocientos años no proceden más que de las facciones religiosas (10).

—Según habláis, conde —dice Noirceuil—, no os gusta demasiado la religión.

—La veo pesar sobre los pueblos como una de las plagas con que la naturaleza aflige algunas veces a los hombres, y si no amase tanto mi país aborrecería menos todo lo que puede turbarlo y destruirlo.

— ¡Venga! —dice Noirceuil—, ¡ojalá el gobierno os confíe el cuidado que deseáis: gozaría sinceramente con vos del resultado, ya que desterraría de la parte del mundo que yo habito una abominable religión que odio por lo menos tanto como vos!

Y como era tarde, después de una cena muy suculenta y suntuosa, nos marchamos hacia la Sociedad.

Había una costumbre muy extraordinaria en la recepción de un nuevo presidente. Apoyado sobre el vientre, en un canapé debajo de su púlpito, todos los miembros de la Sociedad tenían que ir a besarle el culo, antes de que tomase posesión de su silla. El conde se coloca, y cada uno cumplió con el homenaje. El sube.

— Hermanos míos —dice— he prometido hablar hoy a la sociedad sobre el *amor*, y aunque este discurso parezca que sólo se dirige a los hombres, las mujeres, me atrevo a asegurarlo, encontrarán igualmente todo lo necesario para preservarse de un sentimiento tan peligroso.

Después, habiéndose cubierto, y escuchándolo la asamblea con el mayor silencio, así fue como se expresó:

“Se llama amor a ese sentimiento interior que nos arrastra, por así decir, como a pesar nuestro, hacia un

(10) ¡Cuán fácil sería probar que la revolución actual no es más que obra de los jesuitas, y que los *orleaneses-jacobinos* que la fomentaron no eran y no son todavía más que descendientes de Loyola! (*Nota añadida*).

objeto cualquiera, que nos hace desear vivamente unirnos a él... acercarnos a él constantemente... que nos enorgullece... que nos embriaga cuando logramos esta unión, y que nos desespera... nos desgarrar cuando algunos motivos extraños nos obligan a romper tal unión. Si esta extravagancia no nos arrastrase más que al goce tomado con este ardor, esta embriaguez no sería más que una ridiculez; pero como nos conduce a una cierta metafísica que, transformándonos en el objeto amado, nos hace sus acciones, sus necesidades, sus deseos tan queridos como los nuestros propios, sólo por esto se convierte en tan excesivamente peligroso, al olvidarnos demasiado de nosotros mismos y al hacernos descuidar nuestros intereses en favor de los del objeto amado; al identificarnos, por así decir, con este objeto, nos hace adoptar sus desgracias, sus penas, y las añade por consiguiente a la suma de las nuestras. Además, el temor o de perder a este objeto o de verlo enfriarse nos preocupa constantemente; y al adoptar esta cadena pasamos insensiblemente del estado más tranquilo de la vida al más cruel que, sin duda, pueda imaginarse en el mundo. Si la recompensa o la compensación de tantas penas fuese algo distinto a un goce ordinario, quizás aconsejaría que se corriese el riesgo; pero todos los éxitos, todos los tormentos, todas las espinas del amor no conducen jamás más que a lo que fácilmente se puede obtener sin él: entonces ¿dónde está la necesidad de sus hierros? Cuando una mujer hermosa se me ofrece y yo me enamoro de ella, no tengo con ella un final diferente de aquel que la ve y la desea sin engendrar ningún tipo de amor. Ambos queremos acostarnos con ella: *él* sólo desea su cuerpo, y *yo*, por una falsa metafísica, siempre peligrosa, cegándome sobre el verdadero motivo que, sin embargo, no es otro que el de mi competidor, me convengo de que sólo quiero el corazón, que está excluida cualquier idea de goce, y me convengo tan

bien que voluntariamente haría con esta mujer el acuerdo de no amarla más que por sí misma y de comprar su corazón al precio del sacrificio de todos mis deseos físicos. He aquí la causa cruel de mi error; esto es lo que me va a arrastrar a ese terrible pozo de penas; eso es lo que va a marchitar mi vida; desde ese instante todo va a cambiar para mí: las sospechas, los celos, las inquietudes serán los alimentos crueles de mi desgraciada existencia; y cuanto más me acerque a mi felicidad más se constatará, mas envenenará mis días el fatal temor de perderla.

“Renunciando a las espinas de este sentimiento peligroso, no imaginéis que me privo de sus rosas: entonces es cuando las recojo sin peligro; no tomaré más que el jugo de la flor, alejaré todas sus materias heterogéneas; de la misma forma tendré la posesión del cuerpo que deseo y no tendré la del alma que no es útil para nada. Si el hombre se clarificase mejor sobre sus verdaderos intereses en el goce, ahorraría a su corazón esta fiebre cruel que lo consume y diseca. Si pudiese convencerse de que de ninguna manera necesita ser amado para gozar bien, y que el amor perjudica a los transportes del goce mucho más de lo que les sirve, renunciaría a esta metafísica del sentimiento que lo ciega, se limitaría al simple goce del cuerpo, conocería la verdadera felicidad, y se ahorraría para siempre la pena inseparable de su peligrosa delicadeza.

“Es un ente de razón, una sensación completamente quimérica, esta delicadeza que ponemos en el deseo del goce. Puede servir de algo en la metafísica del amor: es la historia de todas las ilusiones, se embellecen mutuamente. Pero es inútil, incluso perjudicial en lo que se refiere a la sensación de los sentidos. Desde ese momento, podéis verlo, el amor se hace perfectamente inútil, y el hombre razonable ya no debe ver en el objeto de su goce más que un objeto por el que se inflama el fluido nervioso,

una criatura muy indiferente por sí misma que debe prestarse a la satisfacción puramente física de los deseos encendidos por el abrasamiento que ha causado sobre ese fluido, y que, una vez dada y recibida esta satisfacción, vuelve, a los ojos del hombre razonable, a la clase en que estaba antes. No es única en su especie: puede encontrarlas tan buenas, tan complacientes. El vivía bien en otro tiempo, antes de haberla conocido: ¿por qué no habría de vivir de la misma forma después? ¿Cómo puede turbarlo en algún sentido la infidelidad de esta mujer? ¿Acaso quita algo a su amante cuando prodiga sus favores a otro? Ya le ha tocado: ¿de qué se queja? ¿Por qué no podría tener lo mismo otro cualquiera?, ¿y qué perderá en esta criatura que no pueda encontrar en otra? Si además lo engaña por un rival, ella puede engañar igualmente a este rival por él; por lo tanto este segundo amante no será más amado que el primero: según esto ¿por qué los celos puesto que no están mejor tratados uno que otro? Estas quejas serían a todo lo más perdonables si esta mujer querida fuese la única en el mundo: son extravagantes desde el momento en que esta pérdida es reparable. Poniéndome por un momento en el lugar de este primer amante, ¿qué tiene esta criatura, por favor, para ocasionar de este modo mis dolores? Una cierta atención hacia mí, una cierta vuelta a mis sentimientos: aunque la ilusión me diese la fuerza de ese sentimiento, es el deseo de poseer a esta mujer, la curiosidad lo que la embellecía ante mis ojos, y si el goce no me desengaña es porque o todavía no he gozado suficiente o por un resto de mis primeros errores, es el velo que yo estaba acostumbrado a llevar antes de gozar el que todavía a pesar de mí me cubre los ojos. ¡Y no lo arranco! Es debilidad... pusilanimidad. Examinémosla detalladamente después del goce, a esa diosa que me cegaba antes... Aprovechemos el momento de tranquilidad y de agotamiento para consi-

derarle a sangre fría; echemos una ojeada, como dice Lucrecia, detrás de las *bambalinas de la vida*. ¡Pues bien! veremos a este objeto divino que nos trastornaba, lo veremos dotado de los mismos deseos, las mismas necesidades, las mismas formas de cuerpo, los mismos apetitos... afligido por las mismas enfermedades que todas las otras criaturas de su sexo; y al despojarnos en este examen a sangre fría del ridículo entusiasmo que nos arrastraba hacia este objeto enteramente semejante a los otros del mismo tipo, veremos que al no tenerlo ya sólo perdemos lo que fácilmente podemos reparar. Aquí no hacemos entrar para nada las concordancias del carácter: estas virtudes, debidas únicamente a la amistad, no deben ser apreciadas más que por ella. Pero en amor me engaño si creí que era esto lo que me había decidido: es el cuerpo lo único que amo, y es el cuerpo lo único que echo de menos, aunque pueda encontrarlo en cualquier instante: desde ese momento, ¡hasta qué punto son extravagantes mis lamentaciones!

“Atrevámonos a decirlo, en ningún caso está hecha la mujer para la exclusiva felicidad del hombre. Considerada desde el punto de vista del goce, seguramente no la hace completa, puesto que el hombre encuentra una mucho más viva con sus semejantes. Si es como amiga, su falsedad su sumisión, o más bien su abyección se oponen a la perfección del sentimiento de la amistad. En la amistad se necesita franqueza e igualdad; si uno de dos amigos domina al otro, la amistad se destruye; ahora bien, esta autoridad de uno de los dos sexos sobre el otro, fatal para la amistad, existe necesariamente entre dos amigos de sexo diferente: luego la mujer no es buena ni como amante ni como amiga. Ella no está realmente bien situada más que en la esclavitud en que la tienen los orientales: no es buena más que para el goce, más allá del cual como lo decía el buen rey Chilperico, es preciso deshacerse de ella lo más pronto posible.

“Si es fácil demostrar que el amor no es más que un prejuicio nacional, que las tres cuartas partes de los pueblos del universo, cuya costumbre es encerrar a sus mujeres, jamás han conocido ese delirio de la imaginación, entonces, remontándonos al origen de este prejuicio, nos será fácil estar seguros de que no es más que eso y de llegar al medio seguro de su curación. Ahora bien, es cierto que nuestro espíritu de galantería caballeresca, que ridículamente ofrece a nuestro homenaje el objeto que sólo está hecho para nuestras necesidades, es cierto, digo, que este espíritu procede del antiguo respeto que nuestros antepasados tenían en otro tiempo por las mujeres, en razón del oficio de adivinas que ejercían en las ciudades y en las villas: por temor se pasó del respeto al culto, y la galantería nació en el seno de la superstición. Pero este respeto no estuvo jamás en la naturaleza y perderíamos nuestro tiempo si lo buscásemos en ella. La inferioridad de este sexo respecto al nuestro está demasiado bien fijada para que jamás pueda excitar en nosotros ningún motivo sólido para respetarlo, y el amor, que nació de este respeto ciego, es un prejuicio igual que él. El respeto por las mujeres aumenta en razón de lo que se aleje de los principios de la naturaleza el carácter del gobierno; en tanto que los hombres no obedezcan más que sus leyes primeras, deben despreciar soberanamente a las mujeres: se convierten en diosas cuando ellos se envilecen, porque entonces el hombre se debilita, y porque necesariamente ocurre que el más débil manda cuando el más fuerte se degrada: de esta forma el gobierno es siempre débil cuando reinan las mujeres. No me habléis de Turquía; si su gobierno es débil es sólo desde la época en que las intrigas del serrallo han dirigido sus asuntos: los turcos destruyeron el imperio de Constantinopla cuando arrastraron a ese sexo encadenado, y cuando, frente a su ejército, Mahomet segundo cortaba la cabeza de Irene,

de quien se sospechaba que lo dominaba. Es bajeza y depravación rendir el menor culto a las mujeres; este culto es imposible incluso en el momento de embriaguez: ¿cómo es posible que se pueda dar después? Si para lo que una cosa sirve se convierte en un motivo para adorarla, entonces también hay que adorar su buey, su asno, su silla retrete, etc.

“En una palabra, lo que se llama amor no es otra cosa que el deseo de gozar; en tanto que existe, el culto es inútil; desde que satisface es imposible: lo que prueba que no fue del culto de donde nació el respeto, sino del respeto de donde nació el culto. Volved la vista hacia los ejemplos de envilecimiento en que estuvo en otro tiempo este sexo, donde está todavía en una gran parte de los pueblos de la tierra, y acabaréis de convenceros de que la pasión metafísica del amor no es de ninguna manera innata en el hombre, sino que es el fruto de sus prejuicios y de sus costumbres, y que el objeto que engendró esta pasión, despreciado generalmente en todas partes, jamás habría debido cegarlo.

“Este desprecio llega a tal punto entre los croatas, más conocidos por los geógrafos bajo el nombre de uscoques y morlaques (11), que cuando quieren hablar de sus mujeres utilizan esta misma expresión vulgar de la que se sirve el pueblo para un animal vil (12). Nunca las soportan en sus camas, ellas duermen en el suelo, están obligadas a obedecer a la menor señal, y desgarradas a golpes de zorros a la más ligera desobediencia. Su sumisión, su régimen, sus fatigas diarias no se interrumpen jamás, ni siquiera cuando el embarazo: con frecuencia se las ve alum-

(11) Este pueblo es el que servía en otro tiempo a la casa de Austria, bajo el nombre de Pandours. Ocupa la parte meridional de la Croacia austríaca. Pandour quiere decir ladrón de caminos.

(12) Salvo vuestro respeto.

brar en pleno campo, recoger a sus hijos, lavarlos en el primer arroyo, llevarlos a sus casas, y continuar sus ocupaciones. Se ha observado que en estos países los niños eran mucho más sanos, más robustos, y las mujeres más fieles. Parece como si la naturaleza no quisiera perder los derechos que nuestro lujo y nuestra falsa delicadeza intentan arrebatarse en nuestros climas, sin recoger otros frutos que el rebajamiento de nuestro sexo, al asimilarlo con el que ella no ha creado más que para ser nuestro esclavo.

“Entre los cosacos zaporianos las mujeres están absolutamente excluidas de las tribus; las que sirven para la propagación están relegadas en islas separadas, y allí van a servirse de ellas cuando las necesitan, pero sin elección, sin distinción; sólo manda la necesidad; la edad, el rostro, la sangre no establecen ninguna diferencia, de suerte que el padre tiene hijos de su hija, el hermano de su hermana, y no hay en estos pueblos otras leyes que las que establece la necesidad.

“Hay países en los que cuando las mujeres tienen sus reglas son tratadas como bestias; se las encierra bien y se las echa de comer desde lejos, como a tigres o a osos: ¿creéis que estos pueblos están enamorados de sus mujeres?

“En el reino de Luango, en Africa, las mujeres embarazadas son maltratadas todavía más. Una vez en este estado, no aparecen ya más que como más impuras, más deformes y repugnantes. Y en efecto, ¿hay algo más desagradable que una mujer embarazada? Para convencerse bien de todo el horror que inspira este sexo me parece que en tal estado debería ofrecerse a sus partidarios siempre desnuda.

“Los negros de Barré no tienen comercio con ellas más que cuatro años después de que han dado a luz.

“Las mujeres de Maduré no hablan de sus maridos

más que con circunloquios que expresan el profundo respeto que tienen por ellos.

“Los romanos y los celtas tenían el derecho de vida y muerte sobre sus mujeres, y lo utilizaban con frecuencia. Este derecho nos ha sido asegurado por la naturaleza: la desobedecemos y degradamos sus leyes cuando no lo ejercemos.

“Su esclavitud es terrible en casi toda Africa: en este país son muy felices cuando el marido se digna aceptar sus favores.

“Están tan maltratadas, son tan desgraciadas, en el reino de Juida, que las reclutadas para completar el serrallo del soberano prefieren, cuando pueden, matarse antes que dejarse conducir, ya que este príncipe no goza de sus mujeres más que imponiéndoles, se dice, execrables suplicios.

“¿Dirigimos nuestra mirada sobre esos magníficos retiros de Asia? Veremos orgullosos déspotas que hacen de sus deseos órdenes, someten la más pura belleza a los sucios caprichos de su imaginación, que reducen a la mayor sumisión a esas orgullosas divinidades que inciensa nuestra bajeza.

“Los chinos desprecian soberanamente a las mujeres: dicen que hay que apresurarse a rechazarlas en cuanto uno se ha servido de ellas.

“Cuando el emperador de Colconde quiere pasearse, doce de las más altas y vigorosas muchachas de su serrallo forman, disponiéndose unas sobre otras, una especie de dromedario cuyas piernas son las cuatro más altas; montan a su Majestad sobre la espalda de estas muchachas y se ponen en marcha. Os dejo a vuestra imaginación las costumbres de este monarca dentro de su harén, y cuál no sería su asombro si alguien le dijese que las criaturas de las que él se sirve para sus necesidades son objetos de culto en Europa.

“Los moscovitas no quieren comer nada que haya sido matado por una mujer.

“ ¡Ah!, creed, hermanos míos, que no ha sido para envilecernos por un sentimiento tan bajo como el del amor para lo que la naturaleza ha puesto la fuerza de nuestra parte: al contrario, es para mandar sobre este sexo débil y engañoso, para obligarlo a servir a nuestros deseos; y nosotros nos olvidamos totalmente de sus intenciones cuando dejamos algún poder a los seres que ella nos ha sometido.

“Imaginamos encontrar la felicidad en el cariño supuesto de las mujeres por nosotros. Pero este sentimiento es siempre pura apariencia, medido por la necesidad que creen tener de nosotros, o la especie de pasión que halagamos en ellas. Cuando nos hacemos viejos o cuando cambia la fortuna y ya no podemos servir a sus placeres o a su orgullo, nos abandonan al momento y con frecuencia se convierten en nuestras más mortales enemigas. En todos los casos, nosotros no somos más crueles de lo que son incluso las que nos adoran sinceramente: si gozamos con ellas, nos tiranizan; si las despreciamos, se vengán, y siempre acaban siendo nocivas. De donde resulta que, de todas las pasiones del hombre, el amor es la más peligrosa y de la que debemos guardarnos con mayor cuidado.

“Pero ¿se necesita algo más que su ceguera para juzgar su locura?, ¿se necesita algo más que esta ilusión fatal que le hace otorgar tantos encantos al objeto que incien-sa? No hay una falta que no se convierta en virtud; ni un defecto que no sea una belleza; ni un ridículo que no sea una gracia. ¡Y!, cuando la embriaguez desaparece y abre los ojos sobre el miserable objeto de su culto, cuando el hombre puede considerarlo fríamente, ¿no debería al menos, enrojeciendo ante su indigno error, tomar firmes resoluciones para no volverse a cegar en lo sucesivo?

“La inconstancia y el libertinaje: estos son, herma-

nos míos, las dos contraposiciones del amor. Ambos, al acostumbrarnos al comercio de estas falsas divinidades, hacen que la ilusión desaparezca insensiblemente: ya no se adora lo que se ve todos los días. Mediante la costumbre de la inconstancia y del libertinaje, el corazón pierde imperceptiblemente esa sensibilidad peligrosa que lo hace susceptible a las impresiones del amor; se hastía, se endurece, y la curación viene a continuación. ¡Y! ¿Y por qué habría de aburrirme esperando a esa criatura que me desafía, cuando si pienso un poco me doy cuenta de que una bolsa de luisas puede procurarme sin trabajo la posesión de un cuerpo tan hermoso como el suyo?

“Jamás perdamos de vista que la mujer que mejor intenta conquistarnos oculta con toda seguridad defectos que pronto nos desagradarían si pudiésemos conocerlos. Que nuestra imaginación vea esos detalles... que los sospeche, que los adivine; y esta primera operación, realizada en el momento en que nace el amor, quizás llegue a apagarlo. ¿Es muchacha?, ciertamente exhala un olor malsano; si no es ahora será después: ¿vale la pena entusiasmarse por una cloaca? ¿Es mujer?, estoy de acuerdo en que los restos de otro pueden excitar un momento nuestros deseos, pero ¿nuestro amor?... Y además, ¿qué se puede idolatrar en este caso? El patrón de una docena de hijos... Representáosla cuando dé a luz, a esa divinidad de vuestro corazón; ved esa masa informe de carne que sale, viscosa e infesta, del centro de donde creéis encontrar la felicidad; por último desnudadla, aunque en otro momento, a ese ídolo de vuestra alma: ¿acaso son esas dos piernas cortas y zambas lo que os vuelve loco? ¿o es ese pozo impuro y fétido que sostienen?... ¡Ah!, ¿o será quizá esa falda plisada que, cayendo en ondas flotantes sobre esas mismas piernas, excita vuestra imaginación?... ¿o esos dos globos flácidos que cuelgan hasta el ombligo? ¿O quizás vuestro homenaje va dedicado al re-

verso de la medalla? Y no son más que dos trozos de carne fofa y amarillenta, que encierran un agujero lívido que se une al otro; ¡oh!, sí, seguramente es en estos encantos en los que se complace vuestro espíritu!, ¡y para gozar de ellos es para lo que os rebajaréis por debajo de la condición de los animales más estúpidos!... Pero me engaño, no es nada de esto lo que os atrae: ¡otras cualidades mucho más hermosas son las que os encadenan! Es ese carácter falso y doble, ese estado perpetuo de mentira y engaño, ese tono desabrido, ese sonido de voz semejante al de los gatos, o ese puterío, o esa mojigatería (porque una mujer nunca está exenta de estos dos extremos), esa calumnia... esa maldad... esa contradicción... esa inconsecuencia... ¡sí, sí!, lo veo, esos atractivos son los que os retienen, y, sin duda, justifican vuestra locura (13).

“No creáis que exagero. Si todos estos defectos no están reunidos en un mismo ser, no hay duda de que el que adoráis posee una parte. Si no lo veis es porque os lo oculta, pero existen. Si el arreglo o la educación disimulan lo que os desagradaría, no por ello el defecto es menos real; buscadlo antes de ligaros, lo reconoceréis infaliblemente, y si sois sabios no sacrificuéis vuestra felicidad y vuestra tranquilidad al goce de un objeto que pronto os horrorizará.

(13) No hay duda que hay una diferencia tan cierta, tan importante, entre un hombre y una mujer como entre el hombre y el mono de los bosques. Estaríamos tan bien fundados negando que las mujeres forman parte de nuestra especie como lo estamos al negar que esa especie de mono sea nuestro hermano. Que se examine atentamente a una mujer desnuda junto a un hombre de su edad y desnudo como ella, fácilmente nos convenceremos de la sensible diferencia que existe (sexo aparte) en la composición de estos dos seres, veremos claramente que la mujer no es más que una degradación del hombre; las diferencias existen igualmente en el interior, y la anatomía de una y otra especie, realizada al mismo tiempo y con la más escrupulosa atención, descubre esas verdades.

“ ¡Oh, hermanos míos!, dirigid la mirada sobre la multitud de penas a las que arrastra a los hombres esta funesta pasión: las crueles enfermedades, fruto de los tormentos que da, la pérdida de los bienes, de la tranquilidad, de la salud, el abandono de todos los demás placeres; ved los enormes sacrificios que cuesta, y, sacando provecho de todos estos ejemplos, haced como el barquero prudente que no pasa junto al escollo donde acaba de encallar el navío que hendía los mares con él.

“ ¡Y!, ¿acaso la vida no nos ofrece otros placeres sino estos?... ¿Qué digo?..., os presenta los mismos y os los ofrece sin espinas. Ya que el libertinaje os asegura los mismos goces y sólo os pide que os desprendáis de esta fría metafísica que no añade nada a los placeres, gozad sin trabas de todos los objetos que se ofrecen a vuestros sentidos. Entonces, ¿qué necesidad hay de amar a una mujer para servirse de ella? Me parece que aquí estamos de acuerdo en que uno se sirve mucho mejor de ella cuando no se la ama o, al menos, en que es inútil amarla para llegar a eso. ¿Qué necesidad tenemos de prolongar estos placeres por una embriaguez loca y ridícula? Al cabo de cinco o seis horas ¿no hemos tenido todo lo que necesitábamos de esta mujer? Otra noche, cien noches más no nos reportarían más que los mismos placeres, mientras que otros objetos os ofrecen otros nuevos. ¡Qué! ¿Haréis la locura de limitaros a una cuando os esperan millones de bellezas? ¿No os reiríais acaso de la simplicidad de un convidado que en una comida magnífica no tomase más que de un solo plato cuando se le ofrecían más de cien a su apetito? Es la diversidad, el cambio lo que constituye la felicidad de la vida y no hay un solo objeto en la tierra que no pueda procuraros una voluptuosidad nueva: ¿cómo podéis llevar la extravagancia hasta el punto de enamoraros del que no puede presentaros más que una?

“Lo que he dicho de las mujeres, hermanos míos,

podéis aplicarlo a los hombres. Nuestros defectos son tan grandes como los suyos, y no merecemos tampoco limitarlas: todo tipo de cadena es una locura, todo lazo es un atentado contra la libertad física de que gozamos sobre la superficie del globo. Y mientras yo pierdo mi tiempo con este ser cualquiera, otros mil se marchitan alrededor de mí, los cuales merecerían mucho más mi homenaje.

“Además, ¿es una amante quien puede satisfacer a un hombre? ¿Es que entonces, esclavo de las voluntades y de los deseos de su diosa y no esforzándose más que en contentarla, podrá ocuparse de sus voluptuosidades personales? La superioridad es necesaria en el acto del goce: aquel de los dos que comparte, o que obedece, está excluido ciertamente del placer. Lejos de nosotros esta delicadeza imbécil que nos hace encontrar encantos incluso en nuestros sacrificios... ¿acaso pueden valer estos goces puramente intelectuales los de nuestros sentidos? Con el amor de las mujeres ocurre como con el de Dios: en ambos casos nos alimentamos de ilusiones. En el primer caso sólo queremos amar el espíritu, abstracción hecha del cuerpo; en el segundo, prestamos un cuerpo al espíritu; y en ambos sólo incesamos quimeras.

“Gocemos: tal es la ley de la naturaleza. Y como es totalmente imposible amar durante mucho tiempo al objeto del que se goza, sufrimos la suerte de todos los seres que injustamente rebajamos por debajo de nosotros, y que encadenamos por la fuerza mucho más que por la razón. ¿Acaso el perro o la paloma reconoce a su compañera cuando ha gozado de ella? Si el amor lo inflama un instante, este amor no es más que necesidad, y tan pronto como está satisfecho viene el disgusto o la indiferencia, hasta el momento de un nuevo deseo. Pero ya no será con la misma hembra: todas las que se encuentre serán alternativamente el objeto de los deseos del macho

inconstante; y si se origina una disputa, la favorita de la víspera será sacrificada como el rival del día. ¡Ah, no nos alejemos de estos modelos, más cerca de la naturaleza que de nosotros!, ellos siguen sus leyes mucho mejor; y si nosotros hemos recibido algunos sentidos más que ellos es para refinar sus placeres. Desde el momento en que la hembra del hombre sólo tiene por encima del animal precisamente lo que constituye sus defectos, ¿por qué queremos adorar en ella esa parte que sólo la distingue de ellos para humillarla? Amemos el cuerpo como hace el animal; pero no tengamos ningún sentimiento por lo que creemos que es distinto del cuerpo, ya que positivamente es aquí donde se encuentra lo que contrarresta el resto y lo que debería servir sólo para alejarnos de él. ¡Qué!, ¡es el carácter de una mujer, su espíritu desabrido, su alma pérfida lo que debería enfriar mi deseo de gozar de su cuerpo, y me atrevería a decir, en mi delirio metafísico, que no es el cuerpo lo que quiero sino el corazón, es decir, precisamente la cosa que debería alejarme de ese cuerpo! Esta extravagancia no puede compararse con nada. Y además, al no ser la belleza más que algo convencional, el amor no puede ser más que un sentimiento arbitrario, desde el momento en que estos rasgos de belleza que hacen nacer el amor no son uniformes.

“Al no ser el amor más que el gusto exigido por los órganos, sólo puede ser un impulso físico donde no tiene cabida la delicadeza; porque desde ese momento está claro que me gusta una rubia porque tiene aspectos que se encadenan a mis sentidos; vos... una morena, por parecidas razones; y, en ambos, al identificarse el objeto material con lo que hay de más material en nosotros, ¿cómo uniréis la delicadeza y el desinterés a ese único órgano de la necesidad y de la conveniencia? Toda la metafísica que introduzcáis en esto no será más que ilusoria, fruto de vuestro orgullo más que de la naturaleza, y que el

más mínimo examen debe disipar de un soplo. ¿No tratarais de loco a un hombre que fríamente os asegurase que de un clavel sólo le gusta el olor pero que la flor le es indiferente? Es imposible imaginarse en qué errores se incurre cuando nos apegamos a todas las falsas luces de la metafísica.

“Pero quizás se me objete que este culto existe desde siempre: los griegos y los romanos hicieron divinidades del Amor y de su madre. A esto yo respondo que ese culto pudo haber tenido en ellos los mismos orígenes que en nosotros. También entre los griegos y los romanos las mujeres predecían el futuro; sin duda que de ahí nacieron el respeto y del respeto el culto, como he demostrado. Además no hay que limitarse a los griegos y a los romanos sobre los objetos de culto; y los pueblos que adoraban la mierda bajo el nombre del dios *Sterculius*, y las cloacas bajo el de la diosa *Cloacine*, bien podían adorar a las mujeres, tan identificadas por el olor con esas dos antiguas divinidades.

“Por lo tanto, seamos sabios y hagamos con estos ridículos ídolos lo que los japoneses hacen con los suyos una vez que obtienen lo que desean. Adoremos, o hagamos que adoremos, si se prefiere, hasta la obtención de la cosa querida: despreciemos en cuanto sea nuestra. Si nos rechaza, demos cien bastonazos al ídolo para enseñarle a despreciar nuestros deseos; o, si se prefiere, imitemos a los ostiacos que fustigan a sus dioses con toda su fuerza en cuanto están descontentos con ellos. Es preciso pulverizar al Dios que no es bueno para nada: ya es bastante aparentar que se cree en él en los momentos de esperanza.

“El amor es una necesidad física, guardémonos de considerarlo alguna vez de otra manera (14). *El amor es,*

(14) Véase lo que dice de esto la celebre Ninon de Lenclos, aunque partidaria y mujer.

dice Voltaire, *la tela de la naturaleza que la imaginación ha bordado*. El fin del amor, sus deseos, sus voluptuosidades, todo en él es físico. Huyamos para siempre del objeto que parezca pretender algo más. La ausencia y el cambio son los remedios seguros del amor: pronto se deja de pensar en la persona que se deja de ver, y las nuevas voluptuosidades absorben el recuerdo de las antiguas; las penas de semejantes pérdidas se olvidan. Son los placeres irrecuperables los que pueden ofrecer penas bien amargas: pero los que se sustituyen tan fácilmente, los que renacen en cualquier minuto... en cualquier esquina de la calle, esos no deben costar ni una lágrima.

“ ¡Y!, si el amor fuese realmente un bien, si ciertamente estuviese hecho para nuestra felicidad, ¿transcurriría un cuarto de la vida sin poder gozar de él? ¿Quién es el hombre que puede jactarse de encadenar el corazón de una mujer cuando ha pasado de los sesenta años? Y sin embargo todavía le quedan quince por gozar, si está bien constituido; así pues, ¿debe renunciar a la felicidad durante esos quince años? Abstengámonos de admitir semejante sistema: si la edad llega a marchitar las rosas de la primavera, no por eso apaga ni los deseos ni los medios de satisfacerlos; y los placeres de los que goza el viejo, siempre más refinados... más superados... más liberados de esa fría metafísica, verdadera tumba de las voluptuosidades, esos placeres, digo, serán mil veces más deliciosos, recogidos en el seno de los excesos, de la crápula y del libertinaje, de lo que podían serlo los que procuraba en otro tiempo a su hermosa amante: entonces no se esforzaba más que para ella, hoy sólo se ocupa de él. Mirad sus refinamientos, observad cómo teme perder lo que sabe que sólo puede acariciar un minuto; ¿qué determinimiento en su lúbrico goce!..., ¿cómo es todo para él y cómo quiere que sólo se ocupen de él! La misma apariencia de placer en el objeto que lo sirve lo turbaría: él sólo

quiere la sumisión. La rubia Hébé baja sus ojos, no puede ocultar sus repugnancias: ¿qué le importa el septuagenario Philatre? El no quiere gozar para ella, sino sólo para él; esos movimientos de horror que él produce son en provecho de su misma voluptuosidad; es muy fácil inspirarlo. Está obligado a dominar, casi es necesario que amenace para conseguir que se dirija a su boca fétida una lengua dulce y fresca, que teme profanar la joven beldad a él sacrificada por ese sucio ministerio: y así, de repente tenemos la imagen de la violación y, por consiguiente, para Philatre, un placer más. ¿Acaso gozaba él de todos los placeres a los veinte años? Se le adelantaban a sus deseos, lo colmaban de caricias, apenas tenía tiempo de desearlas, y el goce, extinguido en sí mismo, jamás le dejaba nada. ¿Acaso es un deseo lo que el impulso satisface antes de nacer? ¿No es la resistencia la única alma del deseo?; en este caso, ¿dónde puede existir una más completa que en el seno de las repugnancias? Entonces, si el placer no se estimula más que por la resistencia y ésta no es real más que engendrada por la repugnancia, puede llegar a ser delicioso causarla, y todas las fantasías que originan esa repugnancia en una mujer pueden llegar a ser más sensuales y cien veces mejores que el amor... que el amor... la más absurda de todas las locuras, y cuyo ridículo y preligros creo haberos demostrado suficientemente”.

Podéis imaginaros que esta disertación no fue muy aplaudida por las mujeres; pero Belmor, que no quería tanto sus aplausos como sus sentimientos, fue ampliamente consolado por los aplausos masculinos que partieron de todos los rincones de la sala. Entregando los atributos de la presidencia a su antecesor, descendió para ir a conocer los serrallos y ejercer allí su autoridad. Noirceuil, Clairwil y yo nos unimos a él al final de la tribuna, y juntos pasamos a los harenes. Un hombre de sesenta años detiene

a Belmor cuando iba a salir de la sala con nosotros, y para testimoniarle lo que le había gustado el discurso que acababa de pronunciar, le suplica que le preste su culo. Belmor, que no podía negarse, se pone en posición. El sexagenario lo encula y no nos devuelve a Belmor más que después de haberle descargado en el trasero.

— Esto es lo que se dice buena suerte, que no me esperaba —dice el conde.

— Se debe a tu elocuencia —respondió Noirceuil.

— Partidario del físico, como acabáis de ver —dice Belmor—, preferiría debérsela a mi culo antes que a mi inteligencia.

El presidente manda que se abra todo y, durante todo este tiempo, sólo nosotros podemos penetrar con él, ya que nos había permitido escoltarlo. Podéis imaginar que con el tipo de carácter que acabáis de verlo el número de culpables que encontró fue prodigioso. En su paseo iba seguido por cuatro verdugos, dos degolladores, seis flageladores y cuatro carceleros. El primer serrallo que se abrió fue el de la mujeres. Condenó a treinta al látigo, de cinco a diez años; veintiocho de diez a quince; cuarenta y siete de quince a dieciocho; sesenta y cinco de dieciocho a veintiuno. En este mismo serrallo hubo tres condenados a ser desollados vivos, de la edad de seis a diez años; tres de esta misma clase recibieron su sentencia de muerte; en la de diez a quince hubo seis muchachas destinadas a este primer suplicio, cuatro al segundo; en la de quince a dieciocho seis desolladas y ocho sentencias de muerte; y en la última, solamente cuatro a muerte y cinco a ser desolladas. Estos tipos de ejecuciones no se hacían en seguida. Las criaturas condenadas pasaban a habitaciones separadas, y eran las primeras entregadas a los libertinos que querían sacrificar según estos gustos. Cuatro mujeres fueron condenadas al calabozo. Respecto a las flagelaciones, se hicieron todas ante nuestros ojos;

llevaban a la víctima desnuda hasta el presidente; éste la examinaba, la sobaba a su gusto un momento; a continuación, uno de los flageladores se apoderaba de ella, la doblaba fuertemente sobre sus rodillas y en cuanto estaba en esta posición de inmovilidad, un segundo flagelador armado de vergas o de zorros, según el gusto del presidente, aplicaba el número de golpes prescrito igualmente por él. Belmor nos hizo el honor de dejarnos a nosotros fijar casi siempre ese número, y fácilmente podéis imaginar que no estuvimos por debajo de su severidad. Seis de estas jóvenes recibieron tal cantidad de golpes que tuvieron que llevarlas medio muertas. Los cuatro, enlazados unos en brazos de otros, nos excitamos mucho durante estas lúbricas operaciones, y el semen brotaba con frecuencia.

Se pasó al serrallo de los hombres. Aquí Clairwil impulsa vivamente a Belmor a que no sea compasivo; y éste, cuyos gustos ya os he dicho que consistían en hacer masacrar a muchachitos sobre él, no necesitó estimulantes para mostrar su ferocidad. Cuarenta y dos niños de siete a doce años recibieron el látigo con el mayor rigor; en esta clase hubo seis sentencias de muerte y diez de desollamiento. Sesenta y cuatro muchachos de doce a dieciocho años fueron sacrificados; y entre éstos, tres sentencias de muerte y ocho de desollamiento. En la última clase, es decir, en la de dieciocho a veinticinco, hubo cincuenta y seis culos azotados, dos muertos y tres desollados; del total, seis fueron condenados al calabozo. También hubo dos matronas azotadas a causa de su relajación en el servicio, y fue Belmor quien las zurró con sus manos hasta que levantó la primera piel de sus nalgas.

Yo no había dejado de excitarlo durante todas estas operaciones; se excitaba excesivamente; pero debo hacer justicia a la firmeza de su carácter diciendo que no descargó ni una sola vez, y que no se apiadó ni un instante.

— Vamos —le dice Noirceuil—, ahora ocupémonos de placeres: muéstranos tu pasión, Belmor, nos lo has prometido.

—De acuerdo —dice el conde—, pero como estoy furiosamente excitado pretendo darle una extensión terrible.

— En buena hora —dice Noirceuil—, gozaremos mejor.

Entonces el presidente pasó revista a todos los muchachitos; eligió diez de siete años; le faltaba un número parecido de hermosas y altas muchachas, pero como yo deseaba ocupar el puesto de una de ellas, no hizo salir más que a nueve. Eran todas de dieciocho a veintiún años; observé, como algo bastante singular, que estos nueve sujetos estaban entre los que su maldad acababa de condenar a muerte o desollamiento. Diez hombres, pero elegidos únicamente por la superioridad del miembro, fueron nombrados para fornicarlo durante su operación, y así es como comenzó.

Primero se puso sobre una muchacha (a fin de que antes de servir a la cosa yo tuviese al menos el placer de juzgarla), se puso, digo, uno de los niños sobre los hombros de esta muchacha, pero atado tan estrechamente a ella que casi se habría dicho que formaban uno. Entonces la muchacha, con su paquete a la espalda, se puso boca abajo sobre un sofá, las nalgas prodigiosamente expuestas. El conde examinó, mordió, pellizcó con fuerza el culo del niño y golpeó igualmente el de la muchacha; otra muchacha, elegida a este efecto entre tres de doce años, se tumbó en el suelo entre las piernas de la que tenía el niño a la espalda, y Belmor, poniéndose de rodillas sobre un cojín, igualmente entre las piernas de la muchacha del paquete, jodió en la boca a la que estaba tendida; se la encoló en esta postura, y Clairwil debía encular al fornicador. Por la actitud del conde, su cabeza se encontraba a la altura de las nalgas de la muchacha apoyada sobre el sofá; dos verdugos se apoderaron entonces del

cuerpo del niño atado, y, por medio de mil diferentes heridas, hicieron correr la sangre en la raja de las nalgas frente a las cuales se encontraba la cabeza del conde.

— Vamos, cagad —dice a la muchacha, en cuanto se dio cuenta del primer arroyo de sangre—, ¡cagad, puta!, cagadme en la boca.

Es obedecido, y el disoluto, pegando sus labios al agujero del culo, recibió por este medio a la vez la sangre que corría del cuerpo del niño y la mierda que salía del culo de la muchacha. No se hacía ningún cambio hasta que la víctima atada no hubiese perdido toda su sangre. En cuanto no tenía más vida, la muchacha que lo llevaba a cuestas se levantaba, y sin dejar su fardo se ponía enfrente de la operación, de manera que el conde tuviese una perspectiva. Yo fui la única dispensada de esta ceremonia; fui la tercera y me desataron al niño en cuanto me levanté; así fueron masacrados los diez, mientras las diez muchachas cagaban y las tres chupadoras fueron relevadas. Belmor descargó una vez en cada boca, y siguió con su operación sin detenerse. Clairwil estaba agotada; había distribuido por lo menos más de diez mil latigazos en el culo de los fornicadores del conde. En cuanto a Noirceuil, había estado mirando con bastante sangre fría, en medio de dos muchachas de dieciséis años muy bonitas que lo excitaban y lo chupaban alternativamente, mientras él golpeaba sus nalgas.

— He aquí una pasión encantadora —le dice a Belmor cuando éste descargó por última vez—, pero yo, con el permiso del conde, voy a hacerle ver que se podría, me parece, dar otro matiz a esa misma fantasía. Que traigan —dice— diez niñas de cinco a siete años, y diez chicos de dieciséis a dieciocho; me parece que los fornicadores del conde la tienen empinada todavía: me serviré de ellos. Ahora mirad cómo voy a disponer este goce.

Mantuvo de pie a uno de los jóvenes de dieciséis a

dieciocho años, y sobre su pecho ató a la niña, de suerte que ella tenía el coño sobre la boca del joven; se les ató tan firme que el joven casi se ahogaba.

— Veis —nos dice Noirceuil— que el portador y la portada sufren, en mi operación, como no lo hacen en la del conde, donde la portadora no experimenta el menor dolor; y me parece que tales expediciones sólo se perfeccionan en tanto que se multiplican los dolores.

Noirceuil se arrodilló ante el portador y le chupó el pito; los verdugos pusieron manos a la obra con el niño; las chupadoras alternativamente chupaban el pito de Noirceuil y lo follaban; pronto la sangre de la víctima corrió sobre el miembro que chupaba Noirceuil, quien, por este medio, tragaba a la vez semen y sangre. Las víctimas se sucedieron y esta fantasía bárbara costó, como veis, la vida a veinte niños.

— Prefiero la escena de esta manera —dije—, y si no fuese tan tarde la ejecutaría así al instante.

Belmor, lejos de combatir el consejo de Noirceuil, pareció aprobarlo.

— Pero no obstante —nos dice—, lo que hace que yo no cambie es que Noirceuil sacrifica muchachas y yo tengo el mal gusto de sacrificar solamente niños.

— ¡Ah!, eso es lo que siempre me inclinará por vuestro método —exclama Clairwil—, no hay nada más delicioso en el mundo que elegir las víctimas entre los hombres; ¿qué es el triunfo de la fuerza sobre la debilidad?, ¿puede divertir lo que es muy simple? Pero cuán halagadoras, cuán dulces son las victorias conseguidas por la debilidad sobre la superioridad.

Después, dirigiéndose a los dos amigos con esa eferescencia que la hacía tan hermosa:

— ¡Hombres feroces! —exclamó—, masacrad tantas mujeres como queráis: soy feliz con tal de que yo vengue solamente a diez víctimas de mi sexo por una del vuestro.

Aquí nos separamos; Noirceuil y Belmor pasaron al serrallo de las mujeres, donde supimos que habían inmolidado aún una decena de criaturas de todas las formas y tipos posibles. Clairwil y yo permanecemos en el de los hombres, de donde salimos después de habernos hecho fornicar sesenta u ochenta veces cada una, y después de algunos pequeños horrores que podéis creer sin que me vea obligada a contároslos.

Muy pocos días después de las infamias a que nos habíamos entregado en la Sociedad con el conde de Belmor y su amigo, este amable presidente de nuestra reunión vino a verme y a convencerme de que Clairwil no me había engañado al asegurarme que él sentía el mayor deseo de unirse a mí. El conde, excesivamente rico, me ofreció cincuenta mil francos por mes, solamente por dos comidas por semana: nada se oponía a esto ya que Saint-Fond no se interfería de ninguna manera. Respondí al conde que me uniría a él de buena gana, pero que los cincuenta mil francos que me ofrecía no bastarían para pagar los gastos de las comidas. El conde me comprendió y dobló la suma, encargándose de pagar aparte todos los detalles... que eran tanto más considerables cuanto que el libertino quería tener en cada comida tres soberbias mujeres sobre cuyo cuerpo inmolaría, o haría inmolar, a tres jóvenes. Una vez consumados sus asesinatos se acostaría conmigo y retozaríamos algunas veces dos o tres horas aún, al cabo de las cuales se retiraría a su casa. Estas eran las condiciones; yo acepté.

Exceptuando a Noirceuil y Saint-Fond, pocos hombres había tan corrompidos como Belmor; lo era por principio... por temperamento... por gusto, y su perversa imaginación le hacía inventar con frecuencia cosas que superaban todo lo concebido... oído por mí hasta entonces.

— Esta imaginación que halagáis en mí, Juliette —me

dice un día—, es precisamente lo que me ha seducido en vos: es difícil tener una más lasciva... más rica... más variada; y vos habéis debido observar que mis más dulces goces con vos son aquellos en los que, dando salida a nuestras dos cabezas, creamos entes de lubricidad cuya existencia es desgraciadamente imposible. ¡Oh Juliette!, ¡qué deliciosos son los placeres de la imaginación y qué voluptuosamente se recorren todos los caminos que nos ofrece su brillante carrera! Convén, querido ángel, que nadie tiene ni idea de lo que nosotros inventamos, de lo que creamos en esos momentos divinos en que nuestras almas de fuego no existen ya más que dentro del órgano impuro de la lubricidad: ¡de qué delicias se goza masturbándose mutuamente durante la erección de esos fantasmas, con qué transporte se les acaricia!... ¡cómo se les abarca!... ¡cómo se les aumenta con mil episodios obscenos! En esos instantes deliciosos toda la tierra es nuestra; ni una sola criatura se nos resiste; todo ofrece a nuestros sentidos emocionados el tipo de placer de que nuestra efervescente imaginación los cree susceptibles: se devasta el mundo... se vuelve a poblarlo con objetos nuevos, que de nuevo inmолamos; tenemos en nuestro poder el medio para todos los crímenes, los ponemos en práctica todos, centuplicamos el horror, y los episodios de todos los espíritus más infernales y más malignos no llegarían, en sus más malignos efectos, a donde nosotros nos atrevemos a llevar nuestros deseos... “*¡Dichosos, cien veces dichosos, dice La Mettrie, aquellos cuya imaginación viva y lúbrica tiene siempre a los sentidos en el sabor anticipado del placer!...*” Verdaderamente, Juliette, no sé si la realidad vale más que las quimeras y si los goces de lo que no se tiene no valen cien veces los que se poseen: ahí están vuestras nalgas, Juliette, están ante mis ojos, las encuentro hermosas, pero mi imaginación, siempre más brillante que la naturaleza, y más hábil, me atrevo a decirlo,

ha creado otras más hermosas aún. ¿Y no es preferible el placer que me da esta ilusión a aquel del que va a hacerme gozar la realidad? Lo que vos me ofrecéis es solamente hermoso, lo que yo invento es sublime; no voy a hacer con vos más que lo que todo el mundo puede hacer, y me parece que con ese culo, obra de mi imaginación, haría cosas que ni los mismos dioses inventarían.

No es de extrañar que con semejante cabeza el conde hubiese ido a parar a muchos extravíos. Pocos hombres, sin duda, habían llegado tan lejos como él, y pocos hombres eran más amables. Pero tengo que contaros tantas cosas todavía que me es imposible detenerme en los horrores que cometimos juntos; que os baste saber que llegaron a su más alta expresión, y que lo que podríais concebir se hallaría siempre por debajo de la verdad.

Habían pasado unos cuatro meses desde que concedí a mi padre el honor de mi lecho; al haber sido tan crítico el momento en que me había visto, me moría de miedo de haberme quedado embarazada. Este funesto temor se cumplió demasiado bien; no me fue posible ya permanecer ciega; pronto tomé mi resolución. Acudí a un célebre partero que, de ninguna manera escrupuloso sobre este respecto, introdujo hábilmente una aguja tan larga como afilada en mi matriz, alcanzó el embrión y lo pinchó: dos horas después lo echaba sin el menor dolor. Este remedio, más seguro y mejor que la sabina, porque no afecta para nada al estómago, es el que aconsejo a todas las mujeres que, como yo, tengan el suficiente valor para preferir su talle y su salud a algunas moléculas de semen organizadas que, una vez maduras, constituirían con frecuencia la desesperación de las que las hubiesen vivificado en su seno. Una vez en la fosa el hijo de mi señor padre, reaparecí con un talle más hermoso y más ligero que nunca.

— Escucha —me dice Clairwil un día—, tengo la direc-

ción de una mujer extraordinaria, tenemos que ir juntas; elabora y vende venenos de todo tipo; dice, además, la buenaventura y raramente falta a la verdad.

— ¿Y da —digo yo— la receta de los venenos que vende?

— Por cincuenta luises.

— ¿Probados?

— Delante de ti, si quieres.

— Por supuesto, te sigo, Clairwil; siempre pienso lo mismo de los venenos.

— ¡Ah!, ángel mío, ¡es delicioso ser dueño de la vida de los otros!

— No hay duda —digo— de que tiene que constituir un gran goce, porque en el mismo instante en que me has hablado de ese proyecto he sentido vibrar mis nervios; una llama inconcebible encendía su masa, y estoy segura de que si me tocases me encontrarías de nuevo totalmente mojada.

— ¡Ah!, santo Dios —me dice Clairwil remangándome para verificarlo—, ¡qué cabeza la tuya, querida!... ¡Cuánto te quiero!... eres un dios para mí... Pero ¿no me has dicho, me parece, que Saint-Fond te había confiado una caja entera? ¿Qué has hecho con ella?

— Está acabada, y ya no me atrevo a pedirle otra.

— ¿Cómo, la has usado?

— Todo.

— ¿Para sus necesidades?

— Un tercio a todo lo más, el resto para mis pasiones.

— ¿Venganzas?

— Algunas, pero muchas más lubricidades.

— ¡Deliciosa criatura!

— ¡Oh! ¡Clairwil!, jamás podrás imaginarte hasta dónde he llevado el horror en esto... ¡las voluptuosidades que me han hecho experimentar estos extravíos! Con una caja de pastillas envenenadas en mis bolsillos recorría

a pie, disfrazada, los paseos públicos, las calles, los burdeles; repartía indiferentemente estos funestos caramelos; llevaba la perfidia hasta el punto de dar preferencia a los niños. Después comprobaba mis fechorías; encontré un ataúd a la puerta de un individuo al que había administrado el día antes mis crueles engaños, un fuego divino circulaba por mis venas... estaba fuera de mí... era preciso que me contuviese y la naturaleza, que, sin duda para mis necesidades, me organizó de forma diferente a los otros, coronaba con un éxtasis indecible lo que los estúpidos habrían creído que la ultrajaba.

— Nada más fácil de concebir —me respondió Clairwil— y los principios con que Saint-Fond, Noirceuil y yo te hemos alimentado desde hace tiempo deben abrirte los ojos a los grandes secretos de la naturaleza sobre todo esto. No es más extraordinario llegar a eso que el que te guste azotar; es el mismo placer refinado, y desde el momento en que está probado que de la conmoción del dolor sentido por los otros surge una vibración sobre la masa de nuestros nervios, que necesariamente debe disponer a la lubricidad, todos los medios posibles de infundir dolor serán para nosotros medios de gozar placeres, y empezando por cosas pequeñas pronto llegaremos a las execraciones. Las causas son las mismas, sólo difieren los efectos. Gracias a un aumento insensible, consecuencia necesaria de las leyes de la naturaleza, y más que nada de la saciedad, se empieza por un pinchazo y se acaba con una puñalada. Hay además una especie de perfidia en la utilización del veneno que incrementa singularmente sus delicias. Aquí estás, Juliette, superior a tus maestros: quizás yo habría concebido más, pero no habría ejecutado tanto...

— ¡Concebido más! —digo a mi amiga— ¿Y qué diablos más podías concebir tú, por favor?

— Me gustaría —dice Clairwil—, encontrar un crimen

cuyo efecto perpetuo actuase incluso cuando yo ya no estuviese actuando, de suerte que no hubiese ni un sólo momento de mi vida, incluso durmiendo, en que no fuese yo la causa de un desorden cualquiera, y que este desorden pudiese extenderse hasta el punto de traer consigo una corrupción general o un trastorno tan completo que su efecto se prolongase todavía más allá, incluso de mi vida.

— Angel mío —respondí—, para satisfacer tus ideas sobre eso no veo más que lo que se puede denominar el asesinato moral, al cual se llega por consejo, por escrito o por la acción. Belmor y yo hemos hablado sobre este tema; pocas imaginaciones como la suya hay y aquí tienes un mínimo cálculo de su puño y letra que bastará para hacerte ver la rapidez de este contagio y cuán voluptuoso puede ser el hacer, si es verdad, como tú y yo creemos, que la sensación gane en razón de la atrocidad del crimen.

Y Mme. de Lorsange enseñó a sus amigos el mismo papel que en otro tiempo recibió de Belmor. Aquí está:

Un libertino decidido a este tipo de acción puede corromper fácilmente a lo largo de un año a trescientos niños; al cabo de treinta años habrá corrompido a nueve mil; y si cada niño corrompido por él lo imita solamente en un cuarto de sus corrupciones, lo que es verosímil, y cada generación actúa de la misma manera, al cabo de sus treinta años, el libertino, que habrá visto nacer dos edades de esta corrupción, tendrá ya cerca de nueve millones de seres corrompidos, bien por él o por los principios que haya infundido.

— ¡Encantador! —me respondió Clairwil—, pero una vez adoptado el proyecto hay que ponerlo en práctica.

— Es preciso —dije— no solamente que todos los años sea corrompido regularmente el número de trescientas víctimas, sino además hay que ayudar en tanto se pueda a la corrupción del resto.

— ¡Santo cielo! —dice Clairwil—, ¡si diez personas se pusiesen de acuerdo para el mismo plan, lo que es extremadamente imposible, el grado de corrupción, ante sus mismos ojos, llegaría a ser más rápido que los más violentos avances de la peste o de la fiebre maligna!

— Por supuesto —respondí—, pero cuando se emprende un proyecto semejante hay que utilizar a la vez, para mayor seguridad de éxito, los tres medios que acabo de señalar: *consejos, acciones, escritos*.

— ¡Cuán peligroso puede ser todo eso! —dice Clairwil.

— Estoy de acuerdo —respondí— pero recuerda que Maquiavelo dijo que más valía ser *impetuoso* que *circunspecto*, porque la naturaleza es una mujer a quien sólo se logra mediante los tormentos. Vemos por experiencia, continúa el mismo escritor, que ella concede sus favores a los *feroces* más que a los *fríos*.

— ¿Sabes —continuó Clairwil— que tu Belmor debe ser delicioso?

— También lo es —respondí— pocos hombres son tan amables; pero no los hay más libertinos que él.

— Le gustarán las compras que vamos a hacer: habrá que vendérselas a peso de oro.

— Así pues, ¿crees que a pesar de todo lo que se ame a un hombre, cualesquiera que sean sus relaciones con nosotras, crees pues que debemos, a pesar de eso, engañarlo de la misma manera?

— Claro que sí —respondió Clairwil— su sola condición de hombre nos obliga a tratarlo como él lo hace cuando vive con nosotras, y desde el momento en que no hay un solo hombre franco ¿por qué quieres que nosotras lo seamos con ellos? Diviértete con los gustos de tu amante puesto que se entroncan con tus caprichos, goza de sus facultades morales y físicas, imbúyete de su espíritu y talento; pero no pierdas de vista que pertenece a un sexo

enemigo declarado del tuyo, que nunca debes perder la ocasión de vengarte de los ultrajes que tu sexo ha recibido de él, y que tú misma estás todos los días a punto de recibirlos: en una palabra, es hombre y debes engañarlo... Tú todavía eres una increíble tontaina en esto: respetas a los hombres, cuando lo que hay que hacer es servirse de ellos y engañarlos. No sacas de Saint-Fond ni la cuarta parte de lo que yo tendría en tu lugar: con la gran debilidad que tiene por ti, yo obtendría millones todos los días.

Y como toda esta conversación la teníamos en el coche de Clairwil que nos llevaba a casa de la bruja, los caballos, que sentimos que se paraban, nos obligaron a suspenderla.

Era al final del barrio Saint-Jacques, en una casita aislada y situada entre un patio y un jardín, donde vivía la aventurera que íbamos a consultar. Nuestra gente tocó; habiendo informado a una vieja sirvienta de lo que queríamos nos introdujo, en cuanto lo supo, en una sala de techo bajo, rogándonos que ordenásemos a nuestra gente que se fuesen con nuestro coche a esperarnos a una taberna bastante lejana, lo que se ejecutó al instante.

Al cabo de un cuarto de hora apareció la Durand. Era una mujer muy hermosa de cuarenta años, de formas muy pronunciadas, asombrosamente atractiva, el talle majestuoso, una cabeza romana, ojos muy expresivos, un gran saber estar, maneras nobles, y en general todo lo que anuncia gracia, educación e inteligencia.

— Señora —le dice mi amiga—, personas que os conocen bien y están satisfechas de vos nos envían hasta aquí... En primer lugar es necesario que nos digáis lo que nos depara el futuro: aquí tenéis veinticinco luses para eso. A continuación tenéis que darnos los medios para dominar ese futuro vendiéndonos una colección completa de todos los venenos que preparáis: aquí está —prosiguió

Clairwil dándole otros cincuenta luises— la suma que ordinariamente exigís por enseñar a preparar esos mismos venenos, por mostrar vuestro cuarto y vuestro jardín de plantas venenosas; estad segura de que no nos quedaremos ahí.

— Lo primero que observo —respondió la Durand— es que sois dos damas muy bonitas y que, antes de satisfaceros sobre los objetos que pedís, tenéis que sufrir ceremonias preliminares que, quizás, no os gusten.

— ¿De qué se trata? —dice Clairwil.

— Es preciso —respondió la bruja— que me sigáis a un cuarto muy oscuro donde voy a haceros pasar, y que una vez allí, totalmente desnudas, seáis fustigadas por mí.

— ¿Muy fuerte?

— Hasta sangrar, mis bellas amigas... sí... hasta sangrar; jamás concedo nada sin este favor preliminar; necesito vuestra sangre para descubrirnos el porvenir, y tiene que ser la sangre caliente resultante de una fustigación previa.

— Entremos —digo a Clairwil—; en semejantes circunstancias no hay que negarse a nada.

El cuarto donde entramos era demasiado singular para no merecer una descripción particular, y aunque no estuviese iluminado más que por una lámpara, distinguíamos bastante bien sus objetos para poder explicarlos detalladamente. Este cuarto, pintado de negro, tenía más o menos veinte pies cuadrados: toda la parte derecha estaba repleta de alambiques, dos hornillos y otros instrumentos de química; a la izquierda se veían repisas con tarros y libros; había algunas mesas debajo; enfrente, una cortina negra disimulaba una pieza de la que hablaré en seguida, y el centro estaba adornado con una columna de madera, cubierta de velos negros a los que nos ató Mme. Durand una enfrente de otra.

— Así que —nos dice la ejecutora— ¿estáis dispuestas a sufrir algunos dolores para conseguir los consejos que deseáis?

— Actuad —respondimos—, actuad señora, estamos dispuestas a todo.

Y la Durand entonces nos besó a las dos muy amorosamente en la boca, manoseó nuestras nalgas, y nos puso una venda en los ojos. A partir de entonces se guardó el mayor silencio; se acercó suavemente hasta nosotras, y sin saber demasiado bien quién nos golpeaba, recibimos alternativamente cincuenta golpes cada una; se servían de varas, pero estaban tan verdes y tan duras, las utilizaban con tal violencia que, a pesar de nuestro hábito a estos placeres, estoy segura de que la sangre aparecía ya. Sin embargo no se oía ni una palabra, y nosotras no nos atrevíamos a quejarnos. Nuestras nalgas fueron palpadas y ciertamente no eran las manos de Mme. Durand las que las manejaron.

Se volvió a empezar. Aquí ya no pudimos dudar de qué sexo era el verdugo; un pito se acercó a nuestras nalgas, lo frotaron en la sangre que corría; se hicieron oír algunos suspiros, algunos gemidos, y dos o tres besos fueron dedicados al agujero de nuestros culos, incluso penetró en él por unos instantes una lengua. Tuvo lugar una tercera escena, pero ya sin varas: aunque nuestros culos estuviesen abotargados nos fue fácil discernir que los golpes que se nos aplicaba sólo podían provenir de zorros muy agudos; debían serlo, sin duda, porque en seguida sentí mis muslos y mis piernas inundadas de sangre. El pito se acercó, la lengua se hizo sentir de nuevo, y la ceremonia finalizó. Nos quitaron la venda de los ojos y ya no vimos más que a Mme. Durand, con un plato en la mano que, cuidadosamente colocado por ella bajo nuestras nalgas, se iba llenando rápidamente de sangre. Nos desató, nos roció el trasero con agua y vinagre, después nos preguntó si habíamos sufrido.

— Es lo mismo —respondimos—, ¿hay que hacer algo más?

— Sí —respondió la Durand— hay que excitaros el clítoris, no puedo hacer ninguna predicción si no os he visto en el placer.

Entonces la bruja nos tumbó a las dos, cerca la una de la otra, sobre un canapé de forma que nuestras cabezas, detrás de la cortina de la que os he hablado, no se encontraban ya en la misma habitación. Aquí fue donde llegó la dueña del lugar, quien, pasando un cordón por encima de nuestros senos, nos quitó así la posibilidad de levantarnos y poder distinguir a la persona con quien tratábamos.

Estaba sentada cerca de nosotros, medio desnuda; su soberbio pecho estaba casi a la altura de nuestros rostros. Primero se nos excitó en el clítoris, después, con mucho más arte, en el coño y en el agujero del culo; se nos acarició cada uno de estos orificios; después, levantando y atando nuestras piernas con cordones que las mantenían en el aire, un pito bastante mediocre se introdujo alternativamente en nuestros coños y en nuestros culos.

— Señora —digo a la Durand en cuanto me di cuenta de esta superchería—, ¿estáis al menos bien segura del hombre que nos visita?

— Simple criatura —respondió la Durand— no es un hombre el que goza de vosotras, es Dios.

— Estáis loca, señora —dice Clairwil— no hay ningún Dios; y si hubiese alguno, como todo lo que hiciese se acercaría a la perfección, quizás se le diese por el culo, pero él no follaría a las mujeres.

— ¡Silencio! —dice la Durand—, entregaos a las impresiones de la carne sin preocuparos de quiénes os lo hacen sentir: si decís una palabra más, todo está perdido.

— No diremos nada —respondí— pero sobre todo reflexionad en que no queremos ni sífilis ni hijos.

— No tenéis que temer ninguna de estas dos cosas con Dios —respondió la Durand—. Una vez más, silencio, porque ya no puedo responderos nada.

Y sentí claramente cómo el pito del personaje que se servía de mí descargaba abundantemente en mi culo; incluso juró, se puso furioso; y casi sin darnos cuenta éramos elevadas al instante, incluido el mismo sofá.

Nos encontramos en una habitación sin muebles que, por el tiempo que habíamos tardado en subir, nos pareció extremadamente alta. Allí más cortinas separando nuestras cabezas de nuestros cuerpos. La Durand nos había seguido: el mismo artificio la había subido con nosotras. Dos niñas de trece a catorce años se hallaban en esta habitación; estaban atadas a sillones... Por su timidez, su palidez, juzgamos fácilmente que estas criaturas debían haber nacido en la más extrema miseria; cerca de allí descansaban en una cuna dos niños de nueve meses. En la habitación había una mesa grande y sobre esta mesa muchos paquetes que se parecían a los que envuelven las drogas en una farmacia. También había en esta pieza una cantidad de tarros mayor que la que habíamos visto en la otra.

— Aquí es donde voy a hablaros —dice la Durand— y nos desató. Vos, Clairwi! — dijo fijando la mirada en la copa que contenía su sangre— (y veis que sé vuestro nombre sin que lo hayáis dicho) vos, digo, Clairwil, no viviréis más de cinco años; habríais vivido sesenta sin los excesos a los que os lanzáis; vuestra fortuna aumentará a medida que vuestra salud se debilite, y *el día en que la Osa pase por Libra lamentaréis las flores de la primavera.*

— No os comprendo —dice Clairwil.

— Escribid mis palabras —dice la Durand—, y un día veréis que son exactas. En cuanto a vos, Juliette... (y quién me ha dicho vuestro nombre, por favor), vos, Juliette, seréis iluminada por un sueño; un ángel se os aparecerá, os desvelará verdades incomprensibles; pero entretanto, lo que yo puedo predeciros es que *allí donde el vicio cese aparecerá el infortunio.*

Llegadas a este punto, una nube muy espesa se elevó en la habitación. La Durand cayó en síncope, gritó, hizo extrañas contorsiones, durante las cuales su hermoso cuerpo apareció completamente desnudo, y volvió en sí cuando la nube se disipó. Este vapor había dejado en la habitación un olor mezcla de ámbar y de azufre. Se nos devolvieron nuestros vestidos. En cuanto nos los pusimos, la Durand nos preguntó cuáles eran los tipos de venenos que deseábamos.

—Vuestra predicción me atormenta —dice Clairwil—... ¡Morir dentro de cinco años!...

— Quizás lo evitéis —respondió la Durand—, yo he dicho lo que he visto, mis ojos me engañan algunas veces.

— Esa esperanza abrigo —dice Clairwil—, me es necesaria... Por lo demás, qué me importa, aunque no tuviese más que ocho días de vida, necesito que estén manchados de crímenes. Vamos, mostradme todos los venenos que tenéis: queremos ver vuestros tarros y todas las plantas curiosas de vuestro jardín. Nos explicaréis las propiedades de todas esas cosas; apartaremos las que nos gusten; nos diréis el precio después.

— Todavía me faltan veinticinco luses —dice la bruja—, lo demás tendrá su precio aparte. Si queréis probarlos sois muy dueñas; las dos niñas que veis allí están a vuestra disposición: si no os basta, a cincuenta luses la pieza, os daré cuantos hombres y mujeres queráis.

— ¡Sois deliciosa, señora! —digo saltando al cuello de la Durand—... sí, sois una mujer adorable, y quedaréis contenta de nosotras.

Entonces la bruja, apoderándose de una vara de ébano y bajando todos los tarros que se encontraban en los estantes, comenzó la explicación de los afrodisíacos y de los filtros amorosos, así como de los emenagogos y electuarios anti-afrodisíacos. Apartamos una amplia provisión de los primeros, entre los cuales mucha cantárida,

jengibre y algunos frascos de licor de la alegría, del Japón, que la Durand nos hizo pagar por su rareza y sus sorprendentes propiedades a diez luises el frasco.

— Añadid a mi cuenta algunos de los últimos —dice Clairwil—, tengo muchos hombres a quienes perderé con sumo gusto.

— Ahora vamos con los venenos —dice la Durand—; si algunas veces es hermoso trabajar en la procreación de la especie humana, con frecuencia es delicioso detener su curso.

— No pongáis esas dos acciones en el mismo lugar —digo a la Durand—: una es horrible, la otra es divina. No es para trabajar por la procreación para lo que compramos esos filtros, es para doblar nuestra lubricidad; y para destruir con delicia esa procreación, constantemente aborrecida, es por lo que vamos a comprar lo demás.

— Abrazadme —dice la Durand—, estas son las mujeres que me gustan; cuanto más nos conozcamos, más, espero, estaremos de acuerdo.

Estos venenos estaban clasificados en su mayor parte según su género. En la nomenclatura de los primeros que vimos, la Durand hizo que nos fijásemos en concreto en el polvo del sapo verderón: los efectos que nos contó de él excitaron de tal forma nuestra imaginación que al momento testimoniamos a la Durand el deseo de hacer una prueba.

— Con mucho gusto —nos dijo—, elegid una de las dos niñas que nos acompañan.

Y habiendo desatado a la que parecía convenirnos, nos preguntó si teníamos la fantasía de hacerla fornicar por un hombre mientras la envenenábamos: respondimos que este episodio nos divertiría. La Durand tocó el timbre: un hombre alto, seco, pálido y bilioso, de alrededor de cuarenta años, apareció en un estado bastante desordenado.

— Ese es —digo muy bajo a mi compañera— el hombre que acaba de divertirse con nosotras.

— Lo creo —me respondió Clairwil.

— Almazor —dice la Durand—, tienes que *desvirgar* a esta virgen mientras estas damas la *desorganizan* con este polvo; ¿la empalmas?

— Entregadme a la niña —dice Almazor—, ya veré lo que puedo hacer.

— Señora —digo a la Durand—, ¿quién es este hombre?

— Es un viejo silfo —me respondió la Durand—, ¿queréis que lo haga desaparecer con una sola palabra?

— Sí —digo.

La Durand pronunció dos terribles palabras que me fue imposible retener y no vimos ya más que humo.

— Haced que el silfo vuelva —dijo Clairwil.

Una palabra parecida y una segunda nube lo trajeron. Esta vez el silfo la tenía tiesa y fue con el pito al aire como se apoderó de la niña. Este hombre era de una energía prodigiosa; en dos minutos desvirgó a la niña e hizo correr la sangre por la habitación. Entonces fue cuando Clairwil hizo tragar a la chiquita el polvo del sapo verdo-so en un caldo. Sus convulsiones fueron instantáneas. En medio de estas convulsiones, Almazor la dio la vuelta rápidamente para encularla: entonces sus contorsiones y sus gritos aumentaron; daba horror mirarla. En seis minutos reventaba y el silfo no le descargó en el culo más que cuando estuvo absolutamente sin vida. Sus angustias fueron espantosas; él mismo lanzó gritos terribles y por la violencia de este éxtasis acabamos de convencernos de que este hombre era el mismo que había gozado de nosotras. La bárbara palabra fue repetida; Almazor desapareció y la víctima con él.

La Durand prosiguió con sus venenos, y después de habernos dado algunas explicaciones del segundo tipo.

— Este es —nos dice— de la carne calcinada del *engri*, especie de tigre de Etiopía: su efecto es de una sutilidad que merece ser observada por damas tan curiosas como vosotras.

—Entonces hagamos una prueba —dice Clairwil—, pero sobre un joven.

— ¿De qué edad lo queréis? —preguntó la Durand.

— Dieciocho o veinte años.

En seguida apareció uno guapo, bien formado, portador de un soberbio miembro, pero en un estado de miseria y ruina tales que nos demostró cuál era la clase donde nuestra bruja elegía sus víctimas.

— ¿Vos también os divertiréis con él? —dice la Durand.

— Sí —digo—, pero no queremos que te quedes de tercera; tiene que follarnos a las tres.

— ¡Cómo!, ¿deseáis verme joder?

— Muchísimo —respondí.

— Soy una malvada, os aterrorizaría.

— No, puta, no —dice Clairwil saltando a su cuello—, no nos aterrorizarás; tú eres digna de nosotras y ardemos en deseos de verte en acción.

Y sin más formalidades Clairwil vuela hasta el joven; lo excita mientras yo subo la falda de la Durand y devoro con los ojos, las manos y la lengua todas las partes de su hermoso cuerpo. Era imposible estar mejor hecha, tener unas carnes más frescas, más firmes y más blancas; sobre todo, Durand tenía las nalgas más bellas y las más bonitas tetas que fuese posible ver, y un clítoris... ¡Oh!, en mi vida había visto uno tan largo y erecto. Confieso que desde entonces sentí una invencible inclinación por esta mujer, y la acariciaba ya con todo mi corazón cuando Clairwil, trayendo al joven por el pito, me separó para introducir este pito en el coño de la bruja: pero ésta se opuso con un grito terrible.

— ¿Por qué exigís de mí que me someta a ese horror? —dice— No me gusta joder en el coño; además no puedo: ¿acaso me tomáis por una mujer ordinaria?

Y rechazando al hombre con un enérgico puñetazo le presenta al momento las nalgas. Clairwil conduce el miembro, que desaparece sin ninguna preparación en el ano, con la misma facilidad que se habría metido en el más vasto coño. Y entonces fue cuando la puta se revolvió de la forma más lúbrica; Clairwil y yo alimentábamos su éxtasis masturbándola, lamiéndola, besándola, acariciándola con todos nuestros medios físicos y morales. No es posible describir el ardor de la imaginación de esta mujer, la suciedad de sus propósitos, la falta de ilación original de sus ideas lujuriosas, en una palabra, el desorden que reinaba en toda su persona, impuesto por el increíble ardor de sus pasiones. En mitad de la crisis quiso besar nuestros culos; y la puta los masturbó y los fornicó como lo hubiese hecho un hombre.

— ¡Envenenad!..., ¡envenenad ya! —nos grita en el momento en que el delirio iba a apoderarse de sus sentidos.

— ¡No, pardiez! —dice Clairwil—, antes tiene que follarnos a las dos este palurdo.

En este momento la Durand lanza espantosos gritos, se retuerce, cae en un terrible ataque de nervios y pierde tal cantidad de flujo que mi boca, que la chupaba en ese instante, se encontró completamente llena.

— No ha perdido nada —nos dice rechazando al joven—, impedidle descargar para que os joda mejor.

Y habiéndose presentado mi culo el primero, fue dentro de él donde el fornicador vino a lanzar su esperma, cuya eyaculación había preparado tan bien el trasero de la Durand. Mientras me enculaba yo seguía chupando los chorros de flujo que aún brotaban de la vagina de la Durand, cuyo ano lengüeteaba Clairwil.

Pronto me sustituyó mi amiga, y mientras el joven la sodomizaba la Durand le hizo tragar los polvos. Las convulsiones se apoderaron de él antes de que tuviese tiempo de salir del culo de mi amiga, de manera que murió dándola por el culo, lo que llevó a Clairwil a una crisis de placer tan violenta que creí que también ella expiraría.

— Santo Dios —nos dice la zorra—, creo que tengo su alma y su semen a la vez. No imagináis hasta qué punto se puso gordo el pito de ese zorro según se iban apoderando de él las convulsiones; no se tiene ni la más ligera idea del placer que da semejante operación.

¡Oh mujeres voluptuosas!, envenenad a vuestros fornicadores cuando están en vuestros culos o en vuestros coños y veréis lo que ganáis con esto... En efecto, nos dio un gran trabajo retirar el pito del muerto del ano de mi compañera, y cuando lo logramos vimos que las convulsiones de la muerte no le habían impedido descargar.

— ¡Y bien! —dice Clairwil—, ¿no os había dicho que había exhalado su alma junto con su semen y que mi culo lo había recogido todo?

Se llevan el cadáver y seguimos con nuestro examen.

Este tercer examen nos ofreció entre otros el veneno real (el que bajo el reinado de Luis XV hizo perecer a tantos individuos de su familia): alfileres y dardos envenenados, venenos de serpientes conocidos bajo los nombres de cucurucu, kokob y aimorus, el de polpoch, especie de serpiente que se encuentra en la provincia de Yupatán.

— El licor en que lo tengo —nos dice la Durand— está lo suficientemente impregnado de este veneno para llegar a ser muy peligroso: jamás me han fallado las pruebas que he hecho con él. ¿Queréis ver una?

— Por supuesto —respondí—, podéis estar segura de que nunca rechazaremos tales proposiciones.

— ¿Qué víctima elegís?

— Un hermoso joven —dice Clairwil.

— Vamos —digo—, me arrastras a todos tus extravíos; tengo que corromperme contigo.

Un simple campanillazo hizo aparecer a un joven de dieciocho años, más guapo que el último y en el mismo estado de miseria.

— ¿Queréis —dice la Durand— que Almazor lo dé por el culo delante de vosotras?

— Encantadas.

Se levanta una nube y aparece el silfo.

— Follad a ese muchacho —dice la Durand—, estas damas quieren probar en él el licor de polpoch.

— Esperad —dice Clairwil—; mientras, tiene que encullarme a mí.

— ¿Y qué haremos Durand y yo?

— Tú acariciarás el culo de Almazor, Juliette; y la Durand, encima de la cual estaré tumbada, me encoñará con su clítoris; nada impedirá a mi fornicadora que actúe, y cuando vea al joven dispuesto a descargarme en el culo, le dará un vasito del veneno cuya prueba deseamos ver.

Todo se dispone al gusto de mi amiga; pero, una vez tragado el contenido del vaso, el joven entra en una crisis tan fuerte que todo el grupo se descompone. Cedemos el centro de la habitación al paciente; Almazor excita a Clairwil. Yo me echo en brazos de la Durand que me acaricia de ensueño: no es posible tener más arte ni más experiencia, todos los centros de la voluptuosidad son igualmente recorridos por los dedos libertinos de esta deliciosa mujer, cuya boca amorosa me cubre con los besos más ardientes. Sin embargo, la desgraciada víctima se tambalea como un borracho; poco a poco el infortunado cae, siempre ante nuestros ojos, en un terrible vértigo. Las conmociones sentidas en el cerebro eran tan

terribles que se creería la cabeza llena de agua hirviendo. Este estado fue seguido de una hinchazón general de todo el cuerpo; el rostro se puso lívido, los ojos se le salían de sus órbitas, y el desgraciado, debatiéndose de una forma horrible, cae por fin a nuestros pies en medio de las contorsiones y convulsiones más extrañas, mientras que nosotros cuatro derramábamos chorros del más impuro y abundante semen.

— ¡Esta es la más divina de todas las pasiones —dice Clairwil—, estas son las que siempre me volverán loca, y a las que constantemente me entregaré con placer, todas las veces que pueda hacerlo sin temor!

— Jamás puede inspirarlo —dice la Durand— el asesinato causado por el veneno: ¿qué testigos os traicionarán en este caso?, ¿qué pruebas alegarán contra vos? El arte del más hábil cirujano fracasa ante esto y le es casi imposible distinguir los efectos del veneno de las causas de una enfermedad natural de entrañas. Negad y manteneos firme; que el crimen sea gratuito; que no os encuentren interés en haberlo cometido, y siempre estaréis a cubierto.

— Prosigue, seductora, prosigue —le dice Clairwil—, si te creyese, ¡creo que despoblaría París esta noche!

La Durand pronunció su palabra bárbara: el silfo desapareció.

— Ahora bajemos al jardín —nos dice la bruja—: os hago la propuesta para contentaros porque el rigor del último invierno hizo perecer todas mis plantas: no me queda casi nada.

El jardín, extremadamente sombrío, se parecía mucho a un cementerio. Excepto en la parte de las plantas raras, el resto estaba cubierto por altos árboles. Nuestra curiosidad nos llevó en seguida a un rincón aislado donde la tierra parecía haber sido removida poco antes.

— Aquí es donde ocultas tus crímenes ¿no es verdad, Durand? —preguntó Clairwil.

— Venid, venid —dice la bruja arrastrándonos—; vale más mostraros con qué se mata que lo que se ha matado.

La seguimos. Después de varias explicaciones que nos dio, le digo:

— Escucha, la vista de este cementerio, junto a nosotras, me vuelve asombrosamente loca. Me gustaría que hicieses tragar de la planta que origina las más violentas crisis a una niña de catorce o quince años. Se abriría un agujero dispuesto a recibirla, nos encerraríamos en este cementerio, y cuando las convulsiones del veneno arrastrasen de forma natural a la víctima al agujero preparado la cubriríamos con la tierra y descargaríamos.

— Estoy decidida a no negaros nada —nos dice la Durand—. Veis que he previsto vuestra propuesta porque ahí tenéis una joven y, si tenéis a bien mirar el cementerio, veréis allí, hacia el oriente, una fosa preparada.

Efectivamente, una niña muy bonita se hallaba completamente desnuda tras un árbol de Cayena y el agujero que anunciaba la Durand se abrió ante nuestros ojos sin que nos fuese posible adivinar por qué magia.

— ¡Y bien! —dice la bruja al vernos petrificadas—, ¿acaso tenéis miedo de mí?

— ¡Miedo!, no: pero no te comprendemos.

— Toda la naturaleza está a mis órdenes —nos respondió la Durand— y siempre lo estará a las órdenes de los que la estudien: con la química y la física se consigue todo. Arquímedes no pedía más que un punto de apoyo para levantar la tierra y yo sólo necesito una planta para destruirla en seis minutos.

— Deliciosa criatura —dice Clairwil abrazándola—, ¡cuán feliz soy de haber encontrado a alguien cuyo comportamiento responde tan bien a mis opiniones!

Nos encerramos en el cementerio con la niña. En cuanto se tomó el veneno empezaron sus contorsiones.

— Sentémonos —digo— en la tierra más recientemente removida.

— Ya os veo venir —respondió la bruja.

Saca una caja de su bolsillo, siembra el cementerio con los polvos contenidos en esta caja, y el terreno, transformándose al momento, nos ofrece un suelo erizado de cadáveres.

— ¡Oh!, ¡joder, qué espectáculo! —dice Clairwil revolcándose entre este montón de muertos— ¡Vamos, rediós!, masturbémonos aquí las tres mientras vemos sufrir a esa zorra.

— Desnudémonos —dice la Durand—: es necesario que nuestras carnes opriman y triturén estos huesos; de esta voluptuosa sensación obtendremos una de las mejores ramas de la lubricidad.

— Hay algo muy fácil de hacer —digo—: hagamos consoladores con los huesos de estas víctimas.

Y Clairwil, que encuentra la idea deliciosa, se apresura a darnos ejemplo.

— ¡Bien! —digo a mi compañera—, pero nos tenemos que sentar sobre cabezas para que el agujero de nuestros culos sea cosquilleado con una presión aguda... Mirad dónde me pongo...

— ¡Ah! —dice Durand—, es justamente sobre la cabeza todavía fresca del último muchacho que habéis inmolado. Espera, Juliette, voy a coger una de sus manos para excitarte con ella.

¡Qué puedo decir... amigos míos!, el delirio y la extravagancia llegaron a su culmen, imaginamos... ejecutamos otras cien cosas más infames todavía, y la víctima expiró ante nuestros ojos en execrables convulsiones. Y habiéndole llevado maquinalmente las últimas hacia su agujero, cayó dentro de él; yo descargué entre los brazos de mis dos amigas, quienes a su vez me inundaron de flujo chupando una mi pecho, otra mi boca. Nos vestimos y nuestro examen prosiguió con la misma sangre fría que habrían tenido unos estúpidos que acabaran de entregarse

a la virtud. Después de haber recorrido el resto del jardín, subimos.

— Los dos niños que veis en esa cuna —nos dice la Durand— son los materiales de que voy a servirme, si queréis ante vosotras, para preparar el más querido y más activo de mis venenos. ¿Deseáis gozar de este espectáculo?

— Por supuesto —respondimos.

— No me asombro de que queráis —dice la Durand—; ahora os reconozco como mujeres filósofas que no ven la desorganización de la materia más que como una operación de química, y en vosotras el poderoso interés de los resultados prevalece sobre el pretendido crimen que encuentran los estúpidos en esta acción... Voy a manipular.

La Durand cogió uno tras otro los niños que estaban en la cuna; los cuelga al techo por los pies y los desgarró a vergazos. La boca de estos infortunados se cubre de espuma: la bruja recoge preciosamente esta crema y nos la vende a cien luises, asegurándonos que de todos los venenos que prepara éste es el más violento, y era verdad. Los niños expiraron sin que la Durand, que los dejó atados, pareciera darse cuenta. ¡Feliz flema la del crimen!, ¡así hay que ser para comerte con placer!

— ¡Oh!, ¡mi querida amiga! —dice Clairwil reflexionando sobre todo lo que acababa de ver— Tenéis terribles secretos.

— Tengo otros muchos, señoras —respondió la Durand—. La vida de los hombres está en mis manos. Puedo propagar pestes, envenenar ríos, difundir epidemias, emponzoñar el aire de las provincias, corromper casas, viñas, vergeles, transformar en veneno la carne de los animales, incendiar casas, hacer morir repentinamente al que respire una flor o abra una carta: en una palabra, soy una mujer única en mi género, nadie puede discutirme.

— Pero, señora —digo a la Durand— ¿cómo alguien que conoce tan bien la naturaleza puede admitir la existencia de un Dios? Cuando os preguntamos antes por quién éramos folladas nos respondisteis que era por Dios.

— ¿Hay algo más poderoso que un miembro? —respondió la Durand.

— Prefiero que me respondáis así que de la otra forma... Vamos, sinceridad, querida, ¿no es cierto que no creéis en Dios?

— Amigas mías —nos dice la Durand—, cuanto más se estudia la naturaleza y más se le arrancan sus secretos, cuanto mejor se conoce su energía, más se convence uno de la inutilidad de un Dios. El haber erigido ese ídolo es la más odiosa, la más ridícula, la más peligrosa y despreciable de todas las quimeras; esa fábula indigna nacida en todos los hombres del temor y la esperanza, es el último efecto de la locura humana. Una vez más, suponerle un autor a la naturaleza es desconocerla; es cegarse sobre todos los efectos de esta primera fuerza el admitir una que la dirija, y sólo a los estúpidos veréis admitir o creer en la existencia de un Dios. El pretendido Dios de los hombres no es más que el conjunto de todos los seres, de todas las propiedades, de todas las potencias; es la causa inmanente e indistinta de todos los efectos de la naturaleza; es porque se ha abusado de las cualidades de este ser quimérico, porque alternativamente se le ha creído bueno, malo, celoso, vengativo, por lo que a partir de aquí se ha supuesto que debía castigar o recompensar; pero Dios no es más que la naturaleza y totalmente idéntico a la naturaleza; todos los seres que ella produce le son indiferentes, ya que no le cuesta más crear uno que otro, y que no hay mayor mal en destruir a un buey que a un hombre.

— ¿Y cuál es vuestro sistema acerca del alma, señora? —preguntó Clairwil—, porque vuestra filosofía está

demasiado de acuerdo con nuestros principios como para que tengamos deseos de analizarla.

— Tan materialista sobre el sistema del alma como sobre el de la divinidad, os confesaré —nos dice la Durand— que después de haber leído atentamente todas las fantasías de los filósofos sobre este tema, he llegado a convenirme de que el alma del hombre, absolutamente semejante a la de todos los animales pero estructurada de otra forma a causa de la diferencia de sus órganos, no es más que una parte de ese fluido etéreo, de esa materia infinitamente sutil cuya fuente está en el sol. Este alma, que yo considero como el alma general del mundo, es el fuego más puro que existe en el universo, no arde por sí mismo, pero, al introducirse en la concavidad de nuestros nervios, donde reside, imprime tal movimiento a la máquina animal que la hace capaz de todos los sentimientos y de todas las combinaciones. Es uno de los efectos de la electricidad cuyo análisis todavía no nos es suficientemente conocido, pero en absoluto es algo distinto. A la muerte del hombre, como a la de los animales, ese fuego se exhala y se une a la masa universal de la misma materia, siempre existente y siempre en acción. El resto del cuerpo se descompone y se reorganiza bajo diferentes formas que van a animar otras partes de ese fuego celeste. Según esta definición, juzgad lo que deben significar para los que admiten esto las cómicas ideas del infierno y el paraíso.

— Querida —dice Clairwil—, después de esta sincera manera de razonar con nosotras y de acuerdo con la sinceridad que veis aceptamos vuestras opiniones, deberíais confesarnos, con el mismo candor, cuál es el Dios por quien nos habéis hecho azotar y joder antes. Desde el momento en que nos reveláis los misterios de la naturaleza ¿por qué habéis de temer desvelarnos los de vuestra casa?

— Porque los de la naturaleza son de todo el mundo —respondió la Durand— y los de mi casa sólo a mí me pertenecen. Según esto, yo puedo confesarlos o hacerlos según mi voluntad: ahora bien no estoy por decíroslos, y si persistís en preguntármelos, aunque me cubrieseis de oro, no os llevaríais ningún secreto de mi casa.

— Pues bien —digo—, no insistamos más sobre algo que le place a la señora ocultarnos; simplemente sigamos preguntándole algunas cosas a las que me parece que puede responder... Es cierto que en esta casa se hace libertinaje y nosotras hemos pagado para tener esa seguridad: ¿cuál es el que podemos hacer? porque nosotras somos extremadamente libertinas.

— No hay una sola pasión —respondió la Durand—, ni una sola fantasía, ni un ser vivo sobre la tierra, ni un extravío, por raro que pueda ser, del que no podáis gozar aquí. Indicadme solamente unas horas antes a lo que deseáis entregaros y, por muy irregular, por muy terrible que pueda ser, os prometo que os lo haré realizar. Digo más, si hay hombres o mujeres en el mundo cuyos gustos o pasiones queráis conocer, haré que los encontréis aquí, y sin que puedan sospechar mi traición, los observaréis a través de una gasa. Esta casa es toda mía; la facilidad con que se llega desde todos los lados sin ser visto, su posición aislada, la severidad en la admisión, en una palabra, el misterio que la rodea, asegura, me parece, la discreción y el placer a un tiempo. Por lo tanto, ordenad y seréis servidas: todos los individuos, todas las naciones, todos los sexos, todas las edades, todas las pasiones, todos los extravíos, todos los crímenes, todo... todo está aquí a vuestra disposición. Sé que pagáis bien y con el dinero se consigue todo en mi casa.

— Sin embargo, señora, ¿no debéis tener una gran necesidad de él? Vuestras riquezas deben ser inmensas.

— Sí —respondió la Durand—, pero también tengo

caprichos y como me como casi todo lo que gano, no soy, ni con mucho, tan rica como podría creerse... Sí, señora, sí, el misterio y la distracción tienen aquí su centro; vosotras habéis inmolado cinco o seis víctimas: aunque asesinarais a quinientos no tendría mayor importancia. ¿Deseáis repetir algunas experiencias con muchachos, muchachas, personas maduras, niños, viejos? Hablad y en un momento seréis servidas.

— Quiero —dice Clairwil— dar por el culo con consoladores de hierro forjado a dos muchachos de quince años mientras vos los martirizáis y que dos guapos hombres, completamente envenenados ya, me enculen.

— Cien luises por cada víctima —dice la Durand— y seréis satisfecha.

— Entonces a mí me daréis dos jovencitas —digo— porque me gusta hacer a mi sexo lo que esta puta quiere hacer a los hombres. Yo las encoñaré con iguales consoladores, y vuestro silfo desgarrará el cuerpo con zorros de acero, forjado igualmente; durante la operación se me azotará.

— Cincuenta luises por muchacha —dice la Durand.

Pagamos y en menos de diez minutos estaba todo en marcha.

Nada más bonito que las chiquitas que me trajeron, y nada más feroz que los procedimientos del silfo. Las desgraciadas víctimas expiraron en nuestros brazos, y nuestro delirio es imposible de pintar; el silfo y los cadáveres desaparecieron, pero nada nos apaciguaba. Clairwil desmelenada como una bacante, echaba espuma de lujuria, y tampoco yo estaba más tranquila. La Durand nos exhortó a que nos entregásemos a alguna otra pasión, y que si eso nos complacía nos haría observar entretanto por libertinos.

— Dadnos una víctima a cada una —respondimos— y los observadores quedarán contentos.

Me trajeron una chica encantadora, desnuda y agarrotada; un holocausto semejante del sexo masculino fue ofrecido a mi compañera. Comenzamos a zurrarlos con un manojo de ortigas y zorros de puntas. En este punto, la Durand, que se había retirado, vino a llamar suavemente a la puerta.

— Los que os miran —nos dice— os exhortan a que prolonguéis el suplicio y a que os volváis de ese lado cuando operéis: quieren ver vuestros culos, todavía no han podido juzgarlos.

— Vete y di que serán satisfechos —respondió Clairwil.

Seguimos. La feroz criatura abre el vientre del joven que se le había dado, le arranca el corazón y se lo mete totalmente caliente en el coño; se masturbaba con él.

— ¡Oh!, ¡santo cielos! —dice totalmente extasiada—, ¡hace siglos que tengo la fantasía de masturbarme con corazones de niños!, ya verás cómo voy a descargar.

Tumbada sobre el cadáver de su desgraciada víctima le seguía chupando la boca fornicándose con el corazón.

— Quiero que entre por completo en el coño —dice.

Y para que le fuese fácil retirarlo pasó una cuerdecilla por medio y la víscera desapareció.

— ¡Oh, joder!, ¡cuán delicioso! —dice Clairwil aullando de placer—, ¡pruébalo, Juliette, pruébalo!, no hay en el mundo una voluptuosidad mayor.

— Conocí a un hombre —respondí— que tenía más o menos el mismo gusto. Hacía un agujero en un corazón todavía palpitante, metía su miembro y descargaba dentro de él.

— Eso podría ser encantador —dice Clairwil— pero menos bonito que lo que yo hago: Pruébalo, Juliette, te lo ruego.

Nada como semejante ejemplo para una imaginación como la mía: decide, anima, electriza. Pronto destripé a

mi víctima y su corazón palpitante estuvo rápidamente en mi coño. Pero las vías, más estrechas que las de mi compañera, se resistían: no logré introducirlo.

— Córdalo —me dice Clairwil viendo mi embarazo— con tal de que entre una parte es todo lo que hace falta. Lo hago y por los mismos procedimientos que Clairwil me meto una mitad del corazón en la matriz. La terrible zorra tenía razón: no hay consolador que supere esto; no hay ninguno que tenga tanto calor y elasticidad... Y la parte mental, amigos míos, ¡cómo se encendía con estos horrores! ¡Oh! sí, sí, lo confieso, Clairwil había tenido una idea deliciosa, y desde hacía mucho tiempo no había descargado tan deliciosamente. Al cabo de una hora pasada en estas infamias, hicimos subir a la Durand.

— ¡Joder! —dice al ver estos horribles restos—, me parece que sólo se trata de hacer que os vean.

— Nosotras masacraríamos así a todas las horas del día —dice Clairwil— mira, querida, el crimen nos es tan familiar como a ti... lo idolatramos igual que tú, y puesto que se mata en tu casa, aquí tienes en nosotras dos excelentes practicantes.

— Mis buenas amigas —nos dice la Durand— eso no es todo, todavía tengo algo que proponeros. ¿Queréis hacerme ganar cincuenta luisas?

— Por supuesto.

— Pues bien, haced el favor de prestaros ambas un momento al observador: arde en deseos de divertirse con vosotras, está furiosamente excitado.

— De acuerdo —digo— pero nosotras también queremos dinero: ninguno produce tanta felicidad como el que se gana en el burdel. Pedidle cien luisas, nosotras queremos veinticinco cada una.

— Opino como mi compañera —dice Clairwil—: pero ¿qué nos hará ese hombre? Hay que hacerse pagar en razón de los favores.

— ¡Ah!, os hará múltiples cosas —dice la Durand— es extremadamente libertino. Pero sabe que sois damas como es debido, y os tratará con miramientos.

— Que entre —digo— y que pague bien, nosotras no deseamos ser tratadas con miramientos: somos putas y queremos ser tratadas como tales.

El personaje apareció. Era un hombre bajito de alrededor de sesenta años, gordo, y con el aspecto de un opulento financiero; estaba casi desnudo, sodomizado en ese momento, su enculador se lo hacía incluso andando.

— ¡Hermosos culos... Joder!..., ¡hermosos culos! —exclamó mientras nos sobaba— ,habéis hecho cosas deliciosas... (y seguía excitándose) habéis matado... habéis masacrado: ¡cómo me gustan todas esas cosas! Cuando queráis lo hacemos juntos.

Con estas palabras, el disoluto me tira sobre la cama y me encula mientras soba las nalgas de Clairwil. Al cabo de algunas idas y venidas hechas de forma bastante grosera, cambia de puesto y sodomiza a mi compañera mientras examina y besa mi trasero. En este punto descargó su fornicador. El hombrecillo, convencido de que no puede mantenerse valerosamente si no tiene un buen pito en el trasero, desencula al instante y apoderándose de un manojo de varas, ordena a su fornicador que nos sujete mientras él nos azota a la vez. ¡Pero en qué postura tan extraña nos pone el pequeño malvado! Su hombre estaba en medio de las dos, nosotras estábamos cada una bajo uno de los brazos de este hombre y sujetas por el pelo. De este modo, el Sr. Mondor tenía un miembro hermoso para acariciar y dos soberbios culos para azotar. Pone manos a la obra: nuestros traseros, ya muy sufridos, reciben todo lo que a este disoluto le place administrar; la operación es tan larga como sangrienta, usó seis puñados de varas y nuestros muslos fueron tan maltratados como nuestras nalgas; en los intermedios chupaba el pito de su

hombre, y en cuanto logró empinarlo nos hizo joder por este soberbio miembro. Después de haber sido flageladas tan sumamente bien, podéis imaginar fácilmente que necesitábamos este bálsamo. Mientras este hombre nos fornicaba alternativamente, el financiero manoseaba el culo del fornicador e introducía en él su pito de vez en cuando. Cuando su pasión llegó al culmen, el criminal deseó un asesinato. Le trajeron un muchachito de once años, al que enculó; lo fornicaron, el villano nos ordenó que abriésemos a la víctima y le arrancásemos el corazón como acabábamos de hacer y le untásemos la nariz con él mientras descargaba: todo se hizo, y el monstruo, inundado de sangre, pierde su semen mugiendo como un toro. Apenas acaba desaparece como un rayo sin dirigirnos ni una palabra. Esos son los efectos del libertinaje sobre las almas indecisas: el remordimiento y la vergüenza siguen de cerca al instante del delirio, porque esas gentes no saben tener principios, y porque siempre se imaginan que han obrado mal porque no han actuado como todo el mundo.

— ¿Quién es este extravagante? —preguntamos a la Durand.

— Es un hombre excesivamente rico —nos respondió— pero cuyo nombre no sabréis: ¿no os gustaría que le dijese los vuestros, no?

— ¿Y sus manos se manchan de asesinatos?

— Con frecuencia los hace él mismo; hoy no estaba en vena y por eso os ha encargado de la operación; es tímido... incluso devoto... va a rezar a Dios cuando hace horrores.

— ¡Imbécil! Lo compadezco. Cuando uno se lanza a la carrera que nosotras seguimos, hay que haber franqueado muchos prejuicios; hay que andar por ella con paso firme, o uno mismo se busca su desgracia.

Y arreglándonos, hicimos un paquete con todos los

venenos que habíamos comprado, pagamos ampliamente tan buena amistad, y subimos a nuestro coche prometiéndonos que cultivaríamos a una mujer tan útil y que haríamos nuestras compras en su casa con la mayor frecuencia posible.

— Se lo daré —me dice Clairwil— a todas las criaturas que encuentre, con la sola intención de cometer una acción que, lo sé, será la más halagadora para mis sentidos y la más querida para mi corazón.

Yo ardía en deseos de presentar la Durand a Belmor; los encontraba tan dignos al uno del otro que me excitaba desde hacía tiempo con la idea de ver a mi amante en los brazos de esta arpía. Le hablé de ella, no la conocía; fuimos a su casa. Yo no había tenido tiempo de volver allí desde la famosa visita que le había hecho con Clairwil. Después de algunos reproches por haberla descuidado tanto tiempo, recibió al conde a las mil maravillas. Encantado con todo lo que vio allí, después de un gran número de compras, no pudo contener los cosquilleos voluptuosos que le inspiraba esta hermosa mujer. La escena se realizó ante mis ojos tal y como yo deseaba. Después de haber sodomizado a la zorra, Belmor le rogó que satisficiera su pasión favorita: me tocó explicársela. Las víctimas aparecían al momento y Belmor, ayudado por mí, se satisfacía deliciosamente.

— Esta pasión es encantadora —nos dice la Durand—; si queréis venir pasado mañana a mi casa, os mostraré una más o menos del mismo tipo, aunque mil veces más extraordinaria.

No faltamos a la cita; pero la Durand había desaparecido; la casa, cerrada a cal y canto, no se abrió; y aunque hice algunas pesquisas me fue imposible saber lo que había sido de esta mujer.

Así pasaron dos años sin que me sucediese nada de particular. Mi lujo, mis orgías se multiplicaban hasta tal

punto que ya no gozaba de los simples placeres de la naturaleza, y que si no había nada de extraordinario o de criminal en las fantasías que se me proponían, me quedaba totalmente impasible. Es verosímil que sea en este estado de aniquilamiento cuando la virtud hace un último esfuerzo, bien porque nuestro agotamiento nos pone en esa situación de debilidad en que su voz recobra su imperio, bien porque, por una inconstancia natural, querríamos, aburridos de crímenes, intentar en cierta medida lo contrario. Siempre hay un momento en que los prejuicios reaparecen, y si llegan a triunfar cuando se ha tomado el camino del vicio, nos hacen con toda seguridad más desgraciados: no hay nada peor que los regresos. Los acontecimientos que os voy a contar os convencerán de esta afirmación.

Acababa de alcanzar mis veintidós años cuando Saint-Fond me hizo partícipe de un proyecto execrable. Empeñado constantemente en sus intentos de despoblación, se trataba de hacer morir de hambre a dos tercios de Francia por medio de terribles acaparamientos. Yo debía realizar la mayor parte de este propósito. Lo confieso, por muy corrompida que estuviese, la idea me hizo estremecer. ¡Funesto impulso que tan caro me costaste! ¿Por qué no pude vencerte? Saint-Fond, que lo sorprendió, se retiró sin decir palabra. Y como era tarde me acosté. Tardé mucho tiempo en dormirme; un sueño terrible vino a turbar mis sentidos: creí ver una espantosa figura que abrasaba con una llama mis muebles y mi casa; en mitad de este incendio, una joven criatura me tendía los brazos... intentaba salvarme y perecía ella misma en las llamas. Me desperté en sueños, en seguida se me viene a la mente la predicción de la bruja: *Donde el vicio cese, me dijo, la desgracia llegará.* ¡Oh cielos!, ¡estoy perdida!, por un momento he dejado de ser viciosa; me he estremecido ante la propuesta de un horror; la desgracia va a apoderarse de

mí, eso es seguro... La mujer que he visto en mi sueño es mi hermana, es la triste Justine con la que me he enfadado porque ha querido seguir la carrera de la virtud; se ofrece a mí y el vicio pierde fuerza dentro de mi corazón. ¡Fatal predicción!..., y tú que podrías explicármelo desapareces en el momento en que necesito tus consejos... Todavía estaba en mi cama, abatida ante estas terribles reflexiones, cuando un desconocido, sin ser anunciado, me entrega un billete y huye. Reconozco la letra de Noircueil...

“Estáis perdida —me dice—; jamás habría sospechado debilidad en la que yo había formado... la que tan bien se ha conducido siempre. En vano intentaríais reparar vuestra tibieza, el ministro ya no se dejará engañar por vos, el impulso os ha traicionado. Dejad París hoy mismo, llevaos el dinero que podáis tener, pero no contéis ya con nada más. Todos los bienes que habéis adquirido por las larguezas de Saint-Fond están perdidos para vos. Además conocéis su influencia, su cólera cuando se le falla: por lo tanto marchaos rápidamente, y, sobre todo, silencio; vuestra vida va en ello. Os dejo las diez mil libras de renta que os he concedido, os serán pagadas en cualquier parte contra recibo. Huid, y que vuestros amigos lo ignoren todo.”

Un rayo que me hubiese caído no me habría hecho tanto daño; pero yo conocía demasiado bien a Saint-Fond como para no tomar mi propia decisión. Me levanto corriendo. Como he depositado todas mis riquezas y mis ahorros en el notario de Saint-Fond, no me atrevo a ir a sacarlas. Quinientos luises... eso es todo lo que me queda; en seguida hago paquetitos con ellos y los oculto cuidadosamente dentro de mí, y salgo sola... a pie, de esta casa donde tanto fausto me rodeaba la víspera... de esta casa a la que llorando miro por última vez. Ardo en deseos de ver a Clairwil; no me atrevo, me lo han prohibido severa-

mente; además, ¿no será ella quien me ha traicionado?..., ¿no es ella quien quiere usurpar mi puesto?... ¡Ah!, ¡cuán injustos nos hace la desgracia, y cómo me equivocaba (pronto lo veréis) al sospechar así de mi mejor amiga! Vamos, me digo, ¡valor!, no esperes ayuda más que de ti misma... Todavía soy joven... hay que volver a empezar la carrera; los errores de mi juventud me han enseñado... ¡Oh funesta virtud!... ¡por una vez has podido engañarme! ¡Ah!, no temas que me vayan a ver de nuevo al pie de tus execrables altares; no he cometido más que un solo error, y han sido impulsos de probidad los que me han hecho cometerlo. Destruyámoslos para siempre en nosotros: sólo se hicieron para perder al hombre, y la mayor desgracia que puede acaecer en un mundo completamente corrompido es querer ser la única en preservarse del contagio general. ¡Cuántas veces había pensado yo esto, gran Dios!

Sin ningún proyecto definido, y sin otro propósito que el de sustraerme prontamente a la venganza de Saint-Fond, me lancé maquinalmente al primer coche público; era el de Angers; llegué allí en seguida. Extranjera en esta ciudad y sin conocer en ella absolutamente a nadie, decidí tomar una casa y dedicarla al juego. Pronto tuve en mi casa a toda la nobleza del país... Se me declararon una infinidad de amantes; pero el aire de pudor y de recatada que yo afectaba, pronto convenció a mis aspirantes de que sólo me entregaría al que hiciese mi fortuna. Un cierto conde de Lorsange, el mismo cuyo nombre llevo hoy, me pareció más asiduo y más rico que los otros. Tenía cuarenta años... un rostro muy bonito, y la forma en que se expresaba me convenció de que tenía miras más altas y más legítimas que sus competidores. El conde no tardó mucho tiempo en declararme sus intenciones. Soltero, gozando de cincuenta mil libras de renta, sin padres, si yo me hacía digna de su mano, prefería casándose con-

migo dejarme su fortuna que hacerla pasar a colaterales desconocidos; y si yo quería ser sincera con él, no ocultarle ninguna circunstancia de mi vida, me convertía en su mujer al día siguiente y me concedía veinte mil libras de renta. Semejantes propuestas eran demasiado hermosas como para que no me rindiese pronto. El conde necesitaba una confesión general: me atreví a contárselo todo.

— Escuchadme, Juliette —respondió el Sr. de Lorsange después de haberme oído—, las confesiones que acabáis de hacerme demuestran una sinceridad que me gusta. La que confiesa sus faltas con tal candor está mucho más cerca de no volver a cometerlas que la que sólo ha conocido la virtud: la primera sabe a qué atenerse, la segunda quizás quiera probar lo que no conoce. Exijo de vos, señora, que tengáis a bien escucharme unos momentos. Vuestra conversación me es preciosa y quiero sacaros de vuestros errores. No pretendo daros un sermón, quiero deciros verdades, verdades que por mucho tiempo os ocultó la venda de las pasiones, y que siempre encontraréis en vuestro corazón cuando queráis escucharlo solamente a él.

¡Oh, Juliette!, el que pudo deciros que las buenas costumbres eran inútiles en el mundo os tendió la trampa más cruel en la que es posible cogeros, y el que pudo añadir a esto que la virtud era inútil y la religión una fábula hubiese hecho mejor asesinandoos de una vez: en este último caso no os hacía sentir más que un momento de dolor; en el otro, siembra vuestros días de espinas e infortunios. El abuso de palabras pudo arrastraros a todos esos errores: por lo tanto sabed analizar con justeza esa virtud que quisieron haceros despreciar. Lo que así se llama, Juliette, es la constante fidelidad en cumplir nuestras obligaciones hacia nuestros semejantes. Ahora bien, yo pregunto cuál es el ser tan insensato para atre-

verse a poner la felicidad en aquello que rompe todos los lazos con que nos encadena la sociedad. ¿Creerá este ser, se atreverá él a jactarse de ser el único feliz cuando sume a todo el mundo en el infortunio?, ¿será lo bastante fuerte, poderoso, audaz, para resistir solo a la voluntad de todos y para que la suma de las voluntades generales pueda ceder ante las irregularidades de la suya?, ¿se vanagloria de ser el único en tener pasiones?, si todos los demás también las tienen, ¿cómo espera someter a las suyas las de los otros?

Reconoceréis, Juliette, que sólo un loco puede pensar de esta manera. Pero suponiendo que cediesen ante él, ¿está al abrigo de las leyes?, ¿acaso cree que su espada no le alcanzará como a los otros? Pero, incluso si supera todo esto: ¿y su conciencia?... ¡Ah!, creed, Juliette, que jamás se escapa a esta voz terrible: vos misma lo habéis visto, lo habéis probado; os jactabais de haber apagado este órgano a fuerza de imponerle silencio, pero, más fuerte que vuestras pasiones, las ha hecho callar persiguiéndolas.

Al dar al hombre la inclinación por la sociedad, era necesario que el ser cualquiera que se la inspirase le diese al mismo tiempo la inclinación por los deberes que podían mantenerlo en ella de forma agradable. Ahora bien, sólo en el cumplimiento de sus deberes se encuentra la virtud. Por lo tanto la virtud es una de las primeras necesidades del hombre, es el único medio de su felicidad sobre la tierra.

¡Oh!, ¡cuán fácilmente se desprenden ahora las verdades religiosas de estas primeras verdades morales, y cuán fácil es demostrar la existencia de un Ser supremo en el corazón del hombre virtuoso! Las sublimidades de la naturaleza, Juliette, ésas son las virtudes del Ser creador, como la bondad y la humanidad son las del ser creado, y del encadenamiento de unas y otras nace la armonía del universo.

Dios es el hogar de la sabiduría suprema de la que el alma del hombre es un rayo; en cuanto cerréis vuestra alma a ese fuego divino, ya no habrá más que error e infortunio para vos sobre la tierra. Dirigid la mirada sobre los que han querido infundiros principios diferentes, analizad fríamente sus motivos: ¿acaso eran otros que los de seduciros y abusar de vuestra buena fe?, ¿alimentaban otros que los de halagar sus despreciables y peligrosas pasiones? Y una vez más se engañaban, eso es lo peor en todo esto, eso es lo que el hombre deshonesto no calcula jamás: para asegurar uno de sus goces pierde mil, y para pasar un día feliz se prepara un millón horribles. El contagio del vicio es tal que aquel que es alcanzado por él quiere envenenar todo lo que le rodea; la virtud daña sus ojos, querría ocultarla a los otros y el desgraciado no sabe que los esfuerzos que hace por aniquilarla se convierten en triunfos para ella. El goce del que hace el mal es agravarlo todos los días: ¿pero no le prueba su debilidad el instante en que tiene que detenerse? ¿Ocurre lo mismo con la virtud? Cuanto más perfecciona sus goces, más delicados son, y si quiere alcanzar sus límites, no los encuentra más que en el seno de un Dios al que se une su existencia para revivir eternamente.

¡Oh, Juliette!, ¡cuántas dulzuras tienen la religión y la virtud! He vivido como los demás hombres, ya lo veis, puesto que ha sido en una casa de placer donde he tenido la suerte de conocerlos; pero en medio de todas mis pasiones, en el mayor fuego de los reveses de mi juventud, la virtud siempre me ha parecido hermosa, y fue siempre en los deberes que me impuso donde encontré mis más dulces goces. Sinceramente, Juliette, ¿cómo podéis suponer que pueda haber más encanto en hacer correr las lágrimas del infortunado que en aliviar los males del miserable? Quiero concederos por un momento que puedan existir almas lo bastante depravadas para admitir

un goce en el primer caso: ¿creéis que es valedero el goce del segundo? ¿Puede compararse lo que es excesivo, lo que no afecta más que un instante, con un goce puro, dulce y prolongado? En una palabra, ¿pueden valer el odio y las maldiciones de nuestros semejantes más que su amor y su bondad? ¿Sois inmortal, sois impasible, hombre inmoral y depravado? ¿Acaso no flotáis, como nosotros, en ese océano peligroso de la vida, y acaso no necesitáis, como nosotros, ayuda si naufragáis? ¿Creéis que encontraréis a los hombres cuando los habéis insultado?, ¿y acaso os creéis un dios para poder pasaros sin los hombres?

Si estáis de acuerdo conmigo en estos primeros principios, si amáis las virtudes, con qué facilidad voy a llevaros a la adopción del Ser que las reúne todas... ¡Oh Juliette!, ¿cuál es entonces la funesta ceguera del ateo? ¡Ah!, sólo os pido que examinéis las bellezas del universo para convenceros de la necesidad de la existencia de su divino creador. Es el prestigio de las pasiones lo que impide que el hombre reconozca a su Dios: el que se ha hecho culpable prefiere dudar de la existencia de su juez, encuentra más fácil negarlo que temerlo, y se le hace menos penoso decir: *No hay Dios en absoluto*, que verse obligado a temer al que ultrajó. Pero, alejando de él esos prejuicios que lo han engañado, que eche una ojeada imparcial sobre la naturaleza: reconocerá en ella, en todo, el arte infinito de su autor.

¡Ah! Juliette, la teología es una ciencia sólo para el vicioso; es la voz de la naturaleza para aquel que está animado por la virtud: imagen de Dios al que adora y sirve, se sentiría muy enojado si su consuelo no fuese más que una fábula. Sí, el universo lleva la huella de una causa infinitamente poderosa y hábil, y el azar, triste y débil recurso de la gente deshonesto, es decir, el concurso fortuito de causas necesarias y privadas de razón, no podría haber formado nada.

Una vez admitido el Ser supremo, ¿cómo negarse al culto que le es debido? ¿No merece nuestros homenajes lo más sublime que hay en el mundo?, ¿no tiene derecho a nuestro agradecimiento aquel del que obtenemos todos nuestros goces? Una vez llegados a este punto, ¿cuán fácil me será probaros que, de todos los cultos de la tierra, el más razonable es aquel en el que habéis nacido!... ¡Ah! Juliette, si amaseis la virtud, pronto amaríais la sabiduría del divino autor de nuestra religión. Dirigid vuestra mirada hacia la sublime moral que la caracteriza y ved si hubo un solo filósofo de la antigüedad que predicase una más pura y más bella. El interés, la ambición, el egoísmo aparecen en la moral de todas las demás: sólo la de Cristo no tiene más miras que el amor de los hombres. Platón, Sócrates, Confucio, Mahoma esperan fama y partidarios: el humilde Jesús no ve más que la muerte y su misma muerte es un ejemplo.

Yo escuchaba a este hombre sensato... ¡Justo cielo! —me digo a mí misma—, sin duda que este es el ángel del que me habló la Durand, este es el que debe anunciarme virtudes incomprensibles... Y yo apreté maquinalmente la mano de este nuevo amigo; las lágrimas corrían por sus ojos, me apretaba entre sus brazos.

— No, señor —le digo—, no me siento digna de la felicidad que me ofrecéis... He hecho demasiadas cosas malas, volver atrás sería imposible.

— ¡Ah! —me respondió—, ¿qué mal conocéis la virtud y al Dios poderoso del que emana! Jamás estuvo cerrado el seno de este Dios al arrepentimiento: imploradlo, Juliette, imploradlo con fuerza, y su gracia será vuestra. No son vanas fórmulas ni prácticas supersticiosas lo que exijo de vos; es la fe y la virtud. Es el conjunto de todas esas formas de conducirnos lo que puede asegurarnos sobre la tierra los largos años que tenéis que vivir en ella, y es por vuestra felicidad por lo que os lo digo. Los que

sólo han amado de vos los vicios, porque en ellos encontraban un atractivo más, estaban lejos de hablar este lenguaje: sólo a vuestro amigo del alma le correspondía atreverse a hablar así, y vos señorita se lo perdonaréis por el ardiente deseo que tengo de veros feliz.

Sí, hay que confesarlo, amigos míos, el bonito sermón del Sr. de Lorsange no me había convencido de ninguna manera: la razón había hecho dentro de mí demasiados progresos para que todavía me fuese posible oír la voz del prejuicio y de la superstición. Además, ¿qué métodos empleaba el pobre Lorsange! No había nada tan ridículo como apoyar (y sobre todo ante mis ojos) la felicidad del hombre sobre la necesidad de la virtud: entonces, ¿de dónde procedían todas mis desgracias si no de mi debilidad de haberla escuchado un instante? Después, os pregunto si la capciosa inducción que Lorsange extraía de su sistema podía cegar, incluso un instante, a alguien tan firme como yo. Si la virtud se hacía necesaria, decía él, la religión lo era igualmente, de donde resultaba que apilando mentiras sobre prejuicios, todas las máximas de mi institutor se venían abajo en cuanto se escarbaba en las bases. ¡Y!, no, no, —me digo— la virtud no es necesaria, sólo es dañina y peligrosa: ¿no tengo yo una fatal experiencia de ello? y todas las fábulas religiosas que se quieren edificar sobre ella no pueden tener, como ella, por principio más que el absurdo. El egoísmo es la única ley de la naturaleza; ahora bien, la virtud contraría al egoísmo, ya que consiste en un perpetuo sacrificio de sus inclinaciones a la felicidad de los otros: si la virtud prueba a Dios, como lo establece Lorsange, ¿qué es un Dios que se basa en la mayor enemiga de la naturaleza? ¡Oh Lorsange!, todo vuestro edificio se destruye por sí sólo, y no habéis construido más que sobre arena. La virtud no es útil al hombre y el Dios que establecéis sobre ella es la más absurda de todas las quimeras. El

hombre, creado por la naturaleza, no debe escuchar más que las impresiones que recibe de ella, y cuando libere a este órgano de todos los prejuicios de su existencia, jamás encontrará en ella ni la necesidad de un Dios ni de la virtud. Pero tengo que fingir, se lo debo al desgraciado estado al que me ha reducido la suerte; la mano de Lorsange me es indispensable para volver a la carrera de la fortuna; apoderémonos de ella al precio que sea; que el fingimiento y la falsedad sean siempre mis primeras armas: la debilidad de mi sexo las hace urgentes, y mis principios particulares deben constituir la base de mi carácter.

Desde hacía mucho tiempo me había acostumbrado a la mentira, para poder imponerla con facilidad en las circunstancias que se me pudiesen presentar. Aparenté que me entregaba a los consejos de Lorsange; dejé de recibir gente en mi casa; cada vez que él venía me encontraba sola y sus pretendidos progresos sobre mi alma fueron tales que pronto se me vio en misa, Lorsange cayó en la trampa; se me entregaron veinte mil libras de renta y me casaba con él seis meses después de mi llegada a la ciudad de Angers. Como yo había caído muy bien en este país y mis antiguos errores no eran conocidos por nadie, la elección del Sr. de Lorsange fue aplaudida de modo general, y pronto me vi a la cabeza de la mejor casa de la ciudad. Mi hipocresía volvía a darme la comodidad que me había quitado el temor del crimen... Y una vez más tenemos al vicio en el pináculo: ¡oh amigos míos!, por mucho que se diga, así será siempre, en tanto que haya hombres.

No os hablaré de mis placeres conyugales con el Sr. de Lorsange: el caro hombre no conocía más que los sencillos, como su espíritu. Ignorante en lubricidad como en filosofía, durante los dos años que tuve la desgracia de ser su mujer, el pobre diablo no pensó ni en un sólo refinamiento. Harta de esta monotomía, pronto deseé

algunas distracciones en la ciudad: el sexo me daba lo mismo, y con tal de encontrar imaginación el objeto me era indiferente. Mis búsquedas fueron largas; la educación severa de las provincias, la rigidez de las costumbres, la mediocridad de la población, la de las fortunas, todo dificultaba mis gestiones, todo ponía obstáculos a mis placeres.

Una joven de dieciséis años, muy bonita, hija de una vieja amiga de mi esposo fue la primera que atacé. Caroline, seducida por la inmoralidad de mis sistemas, cedió pronto a mis deseos. Pero Caroline, que sólo tenía su hermosura, ¿podía atraer a una persona que como yo sólo se excitaba con la imaginación? La pobre niña no la tenía de ninguna forma. Pronto la dejé por otra, y ésta por una tercera. Encontraba personas bastante bonitas ;pero tan frías cabezas!..., ni el más pequeño extravió. ¡Oh! Clairwil, ¡cómo te echaba de menos! Por mucho que se diga, el que ama el vicio, el que lo quiere desde su infancia, o por gusto o por costumbre, éste, digo, encontrará siempre su felicidad en la continua práctica de sus costumbres depravadas con mayor seguridad de la que lo puede encontrar el que sólo se ha abierto camino por el aburrido sendero de la virtud.

Probé con los hombres: no tuve más suerte. Iba por el décimo cuando un día, hallándome en misa junto a mi virtuoso esposo, creí reconocer en el celebrante a cierto abad Chabert con el que tuve alguna relación en la Sociedad de los Amigos del Crimen... muchacho encantador que aún hoy veis en mi casa. Jamás la misa me pareció tan larga: por fin acabó. El Sr. de Lorsange se retira; yo finjo quedarme para algunos rezos. Hago llamar al sacerdote que acaba de officiar... Viene: ¡era Chabert!

Pronto pasamos a una capilla aislada, y allí el amable abad, después de haberse felicitado mil veces por la suerte de haberme encontrado, me dice que grandes be-

neficios que poseía en esta diócesis lo obligaban a disimular, pero que no debía dejarme engañar por los simulacros a los que le obligaba su política; que su forma de pensar, sus costumbres seguían siendo las mismas y que me daría pruebas de ello cuando quisiera. Por mi parte, le conté mi historia. Al no llevar él más que ocho días en la ciudad ignoraba que yo estuviese en ella y me apremiaba para que renovásemos ampliamente nuestra amistad.

— Abad —le digo— no esperemos tanto: fornicadme en este mismo lugar; esta iglesia está cerrada, ese altar nos servirá de cama. Date prisa en reconciliarme con placeres cuya pérdida lloro todos los días. ¡Puedes creer que, desde que estoy en esta maldita ciudad, ni a uno de los seres a los que me he entregado se le ha ocurrido mirar mi culo, yo que no amo más que esos ataques y que veo los otros sólo como accesorios o las primicias de éste!

— ¡Y bien, entreguémonos a él! —dice Chabert apoyando mi vientre sobre el altar y remangando mis faldas por detrás—...

Después, admirando mis nalgas:

— ¡Ah!, Juliette —exclamó— tu culo sigue siendo el mismo..., ¡siempre el de Venus!...

El abad se inclina, lo besa. ¡Me gusta sentir en mi trasero esta lengua donde acaba de reposar un Dios!... pronto la sustituye su miembro... y heme aquí sodomizada hasta los cojones... ¡Oh!, amigos míos, ¡cuán deliciosas son las recaídas! no puedo pintaros el placer que tuve: es tan cruel interrumpir los hábitos del mal como delicioso retomarlos. Desde la abstinencia forzada de este tipo de placer, había sentido los más violentos deseos de él; se manifestaba por picazones en esta parte, tan violentas, que me obligaban a apaciguarlas con consoladores. Chabert me devolvió la vida: dándose cuenta del extremo placer que me proporcionaba, prolongó su goce, y el bribón, joven y fuerte todavía, me descargó tres veces seguidas en el culo.

— ¡Convén en que sólo esto es bueno, Juliette! —me dice levantándose.

— ¡Oh!, abad ¡a quién se lo dices!, ¡no encontrarás en toda tu vida una defensora más fiel de la sodomía! Es preciso que nos veamos, querido, totalmente.

— Sí, Juliette, es preciso, y quiero que tengáis que estar doblemente contenta con mi encuentro.

— ¿Cómo así?

— Tengo amigos.

— ¿Y me destináis a que sea su puta?

— Ese camino le va mejor a un físico como el vuestro que el que habéis tomado.

— ¡Oh!, ¡cuán preciosa me es la justicia que me haces! ¡Qué triste papel en la vida es el de una mujer honrada!, sólo este título supone ya la tontería. Toda mujer púdica es una imbécil que, a falta de fuerza para sacudirse los prejuicios, permanece sometida por estupidez o por falta de temperamento, y desde este momento no es más que un ser fallido de la naturaleza, o un error de sus caprichos. Las mujeres, máquinas de la impudicia, han nacido para la impudicia, y las que se niegan a ella sólo están hechas para languidecer en el desprecio.

Chabert conocía a mi marido; me lo pintó como un santurrón, y me animó a sembrar algunas rosas en las espinas del himeneo. Sabía que el Sr. de Lorsange debía ir al día siguiente a una de sus tierras: me aconsejó que aprovechase este momento para ir a ver, a una casa de campo a la que me llevaría, una muestra de nuestras orgías parisinas.

— Lo que me hacéis es terrible —digo en son de guasa—, ¡destruís todos mis proyectos de virtud! ¿Debéis halagar mis pasiones? ¿Debéis allanar el camino del crimen? ¿Debéis quitar una mujer a su marido? ¡Responderéis de ello con vuestra conciencia! Cesad en vuestros intentos, todavía hay tiempo; no son más que proyectos.

Tengo que consultar a un director espiritual menos pervertido que vos: me enseñará a resistir deseos tan criminales; me probará que sólo son el fruto de un alma corrompida; que debemos prepararnos, cuando nos entregamos a ellos, a remordimientos eternos, remordimientos tanto más terribles cuanto que hay tipos de males que jamás podremos reparar... No me dirá, como vos, que puedo hacerlo todo... que no tengo nada que temer; no animará mis extravíos con la esperanza de la impunidad; no me allanará el camino del adulterio y de la sodomía; no me animará a engañar a mi esposo... un esposo bueno... virtuoso, que se sacrifica por su mujer... ¡Oh!, no, al contrario, me asustará con los grandes horrores de la religión: me recordará, como el virtuoso Lorsange, un *Dios, muerto* para proporcionarme la gracia eterna (15); me hará sentir cuán culpable soy al descuidar semejantes favores... Pero, lo confieso, mi querido abad, la que es tan libertina... tan malvada como tú me conociste en otro tiempo, enviaría al diablo al que le hablase así. Le diría: Amigo mío, aborrezco la religión; me mofo de tu Dios y me río de tus consejos; torpe renegado, la virtud me desagrada, el vicio me divierte, y la naturaleza me ha puesto en el mundo para que me deleite.

— Loca —me dice Chabert al separarnos— sigues siendo la misma... ¡siempre tan encantadora! Y en la soledad en que vivimos aquí, me alegro de haberte encontrado.

Fui puntualmente a la cita. Había cuatro hombres y cuatro mujeres, sin contar a Chabert y a mí. Tres de las mujeres eran del grupo con el que yo me había masturbado; los cuatro hombres me eran carnalmente desconoci-

(15) ¡Un *Dios muerto!* Nada tan agradable como esta incoherencia de palabras del diccionario de los católicos: *Dios* quiere decir eterno; *muerto* quiere decir no eterno. Imbéciles cristianos ¿qué queréis hacer entonces con vuestro *Dios muerto?*

dos. El abad nos ofreció una gran comida y nos atiborramos de libertinaje. Las mujeres eran bonitas, los hombres fuertes: mi culo fue fornicado por todos los hombres, mi coño acariciado... chupado por todas las mujeres. Descaragué prodigiosamente. No os describiré esta partida ni las ocho o diez que la siguieron durante mi estancia en Angers. Estáis cansados de descripciones lúbricas, y no os detallaré ya más que las que crea dignas de serlo por el carácter de los crímenes o de las singularidades que aportaron.

Volvamos ahora a algunos detalles esenciales. Once meses después de mi matrimonio con el Sr. de Lorsange, le di, como fruto de su primer himeneo, una niña encantadora a la que, por interés, me esforcé en dar a luz. Este comportamiento era esencial; tenía que asegurar sobre mi cabeza la fortuna del que me había dado su nombre: no podía hacerlo sin un hijo... Pero ¿era de mi virtuoso esposo?... Eso es lo que queréis saber ¿no es verdad, curiosos inoportunos?... ¡Pues bien!, permitidme que os dé aquí la respuesta de la Polignac a su marido a una pregunta tan indiscreta: “*¡Oh!, señor, cuando uno se frota con un ramo de rosas, ¿cómo saber la que nos ha pinchado?*”

Pero ¿qué importaba eso? ¡Lorsange tomó todo y no rechazó nada! Le quedaba el honor y la paternidad: ¿se necesita más para mi avaricia? Esta niña, a la que mi esposo llamó Marianne, cumplía su primer año y su madre veinticuatro cuando las más sólidas reflexiones me impulsaron a abandonar Francia.

Yo había recibido algunas cartas anónimas que me advertían que Saint-Fond, siempre con la mayor influencia y temiendo mis indiscreciones, se arrepentía de no haberme hecho encerrar, y preguntaba en todas partes por mí. Temiendo que mi cambio de nombre y de fortuna no me pusiese suficientemente a cubierto, resolví poner

los Alpes entre su odio y yo. Pero tenía que romper mis vínculos: ¿podría ejecutar este proyecto mientras estuviese bajo el poder de un esposo? Poco afectada por este freno, no me ocupé ya más que de los medios de destruirlo con tanto misterio como seguridad. Todo lo que yo había hecho a este respecto allanaba a mis ojos un crimen de tan poca importancia; me excité mientras lo maquinaba, y la gran voluptuosidad de que me hizo gozar este complot me decidió pronto a su ejecución. Me quedaban seis tomas de cada uno de los venenos comprados en casa de la Durand: administré a mi querido esposo el *real*, por respeto a su persona y porque el tiempo que debía transcurrir desde la toma de este veneno hasta la muerte de este tierno esposo me ponía absolutamente a salvo.

Nada tan sublime como la muerte del Sr. de Lorsange. Hizo y dijo las cosas más hermosas del mundo: su habitación se convirtió en una capilla donde se celebraron todos los sacramentos. Me exhortó, me sermoneó, me aburrió, me recomendó a su pretendida hija, y entregó su alma en brazos de tres o cuatro confesores. Realmente, si hubiese durado dos días más, creo que lo habría dejado morir solo.

Los cuidados debidos, según se afirma, a los moribundos son todavía una de esas obligaciones sociales que no entiendo. Hay que sacar todo el partido posible de una criatura viva; pero cuando la naturaleza nos advierte afligiéndonos con enfermedades que trabaja por unirnos con ella, ya no debemos mezclarnos, en el temor de contrariar sus leyes: hay que dejarla hacer, incluso ayudarla en sus intenciones. En una palabra, los enfermos deben ser abandonados; hay que ponerles algunos objetos de alivio... después retirarse. Va contra la naturaleza que gente sana, por un procedimiento que contraría las leyes de esa misma naturaleza, vaya a respirar por anticipado el aire infecto de la habitación del enfermo, y exponerse

ellos mismos a enfermar, por hacer algo criminal: creo que no hay nada más criminal que querer obligar a la naturaleza a retroceder. Como siempre pongo mis principios en práctica, juro que jamás se me verá dar ningún cuidado a enfermos ni aliviarlos en nada. Que no se me diga que lo que me fuerza a pensar así es la dureza de mi carácter: esta opinión sólo procede de mi cabeza y ésta raramente me engaña en lo que a sistemas se refiere.

Tomé con gran placer el duelo de mi casto esposo en la tierra. Se dice que jamás hubo una viuda tan encantadora con ese traje, con él me hice joder ese mismo día en la sociedad de Chabert. Pero lo que encontré más delicioso todavía que estos atavíos lúgubres fueron las cuatro hermosas tierras evaluadas en cincuenta mil libras de renta en cuya dueña me convertí, así como de los cien mil francos en dinero contante que encontré en los cofres de mi marido. Aquí tengo ampliamente con qué hacer mi viaje a Italia, me dije, haciendo pasar estos paquetitos de la caja de mi marido a la mía...

Así pues, aquí tenemos la mano de la suerte... siempre amiga del crimen, y coronándolo una vez más en una de sus más fieles partidarias.

Por un azar muy feliz para mí, el abad Chabert, que había estado mucho tiempo en Italia, pudo darme las mejores recomendaciones. Yo le dejé a mi hija, a quien me prometió que cuidaría lo mejor posible, cuidados necesarios más bien por mi propio interés que por un cariño materno, demasiado alejado de mis sistemas como para que pueda ser sentido alguna vez por mi corazón. Como objetos de lujo sólo llevé conmigo a un alto lacayo de rostro encantador, llamado Zéphyr, del que con frecuencia era yo su Flore, y una camarera, llamada Augustine, de dieciocho años de edad, y hermosa como la aurora. Acompañada de estos dos honrados individuos, de otra mujer sin importancia, y el cofre bien provisto,

cogí el coche y no me detuve hasta Turín, donde hice mi primera estancia.

— ¡Oh! ¡Dios! —me digo al respirar un aire más puro y más libre—, aquí estoy en esta parte de Europa tan interesante y tan deseada por los curiosos. Aquí estoy en la patria de los Neronos y de las Mesalinas: ¡quizás pueda, al pisar el mismo suelo que esos modelos de crímenes y orgías, imitar a la vez las fechorías del incestuoso hijo de Agripina y las lubricidades de la adúltera mujer de Claudio! Esta idea no me dejó dormir en toda la noche y la pasé en brazos de una joven y bonita muchacha del hotel de Inglaterra, a donde había ido yo... deliciosa criatura a quien encontré el medio de seducir en cuanto llegué, y en el seno de la cual degustaba placeres divinos.

No hay en toda Italia ciudad más regular y más aburrida que Turín: el cortesano es fastidioso, el ciudadano muy triste, el pueblo devoto y supersticioso. Además, con muy pocos recursos para los placeres. Al marcharme de mi casa yo había formado el proyecto de una verdadera libertina y fue en Turín donde comencé su ejecución. Mi propósito era viajar como cortesana célebre, exhibirme en todas partes, unir a mi fortuna el tributo obtenido de mis encantos, y aprovechar a cuenta de mi libertinaje todo lo que sólo se me hubiese presentado por obra de la juventud y de la fuerza. Desde el día siguiente de mi llegada, hice decir en consecuencia a la signora Diana, la más famosa alcahueta de Turín, que se alquilaba una joven y bonita francesa, y que la animaba a que viniese a verme para llegar a un acuerdo. La patrona no faltó. Le conté mis proyectos, y le declaré que desde los quince a los veinticinco años yo me entregaba por nada cuando se me garantizaba la salud; que de los veinticinco a los treinta y cinco cobraba cincuenta lises; cien de los treinta y cinco a los sesenta; y doscientos de los sesenta hasta la última edad del hombre; que respecto a las fantasías las satisfacía todas, incluso me prestaba a las fustigaciones.

— ¿Y el culo?, mi reina —me dice la signora Diana—, ¿y el culo?... ¡Es lo más buscado en Italia! Ganaréis más dinero con vuestro culo en un mes, si lo prestáis, que en cuatro años si no presentáis más que el coño.

Aseguré a Diana que, totalmente complaciente sobre esto, por el doble estaría a las órdenes de mis partidarios.

No estuve mucho tiempo de brazos cruzados. Al día siguiente, Diana me avisó que debía ir a casa del duque de Chablais, que me esperaba a comer. Después de uno de esos arreglos voluptuosos con que yo sabía embellecer la naturaleza por la mano sabia del arte, llegué a casa de Chablais, por entonces con cuarenta años, y conocido en toda Italia por refinamientos libidinosos en los placeres de Venus. El dueño del lugar estaba con uno de sus cortesanos, y los dos me previnieron de que debía ser estupenda con ellos.

— Quitaos todos esos trapos —me dice el duque llevándome a un gabinete muy elegante—, el artificio oculta con tanta frecuencia defectos que, con las mujeres, mi amigo y yo hemos decidido no aceptar en adelante más que la desnudez.

Obedezco.

— Jamás se debería ir vestida cuando se posee un cuerpo tan hermoso —me dijeron mis asaltantes.

—Es la historia de todas las francesas —dice el duque—, su talle y su piel son deliciosos: nosotros no tenemos aquí nada parecido.

Y los libertinos me examinaban, me daban la vuelta una y otra vez mirándome de hito en hito de forma que pronto me dejaron sospechar que no sin razón se les acusaba a los italianos de predilección por los desconocidos encantos de Mme. de Lorsange.

— Juliette —me dice el duque—, no está de más preveniros de que antes de tener relación con nosotros, vais a mostrarnos vuestras facultades con algunos muchachos

que haremos pasar uno a uno a este gabinete. Poneos en ese canapé: los hombres que os destino desfilarán por ahí uno tras otro; entrarán por esa puerta y saldrán por la que está enfrente. A medida que lleguen, les menearéis con todo el arte que debéis de haber traído de Francia, porque no hay país en el mundo donde mejor se sepa menear los pitos. En el momento en que estén a punto de descargar, los acercaréis a la boca de mi amigo o de la mía, y allí perderán su semen. A continuación, e igualmente uno por uno, mi amigo y yo los enclaremos. Vos nos serviréis, individualmente, sólo cuando estemos cansados de estas primeras voluptuosidades, y solamente entonces sabréis los últimos deberes que os quedan por cumplir para dar fin a esta escena de lujuria.

Una vez informada, empezó la escena. Todos los jóvenes que tenía que excitar eran de la edad de catorce a quince años; de los treinta que despaché de esta forma, ni uno sólo pasaba de esta edad y tenían el rostro más delicioso. Todos descendieron, y algunos por primera vez en su vida. Los dos amigos tragaron el semen de todos, excitándose a sí mismos ¡y los enclaron a los treinta! Se sujetaban mutuamente al paciente, se refocilaban cinco o seis minutos en sus culos, y no descendían. Al salir de esta expedición les había inflamado la lujuria de tal forma que espumeaban de rabia.

— Ahora vos —exclamó el duque—, ¡sois vos, hermosa francesa, la que va a recibir el incienso encendido por tantos guapos muchachos!; sin duda, vuestro culo no será tan estrecho como el suyo, pero nosotros lo supliremos.

Y humedecieron el agujero de mi culo con una esencia cuyo efecto fue tal que me desgarraron y me hicieron sangrar a la hora de enclarme; ambos pasaron por él uno después de otro, y ambos descendieron con increíbles señales de placer. En ese instante seis muchachitos los rodeaban; dos besaban sus traseros, dos los acariciaban, y

dos se turnaban para cosquillearles en el culo manoseándoles los cojones por debajo. Una vieja vino a recogerme y me llevó a mi hotel, después de haberme cobrado mil cequíes. ¡Valor —me dije—, mis paseos por Italia no me costarán muy caros, y economizaré el dinero de Mlle. de Lorsange, si encuentro una ganga semejante en todas las ciudades por donde pase! ¡Ah!, pero las flores no siempre nacen al paso de las cortesanas públicas; y desde el momento en que yo aceptaba por mi gusto ese título, era justo que con los beneficios aceptase igualmente sus cargas: pero todavía no hemos llegado a los peligros.

Por muy devoto que sea el rey de Cerdeña, le gusta el libertinaje. Chablais le había contado nuestra entrevista: quiso verse conmigo. Diana me previno de que sólo se trataba de recibir de esta mano real algunas lavativas que él se divertiría en verme expulsar mientras yo le excitaba el pito, y que tendría dos mil cequíes por esta operación. Curiosa por ver si los soberanos descargaban como los otros hombres no dudé en aceptar. El rey de los deshollinadores se rebajó al papel humillante de ser mi boticario; le eché seis lavativas en la boca; y como yo se lo meneaba muy bien, descargó voluptuosamente. Me ofreció la mitad de su chocolate y acepté; hablamos de política. Los derechos que mi nación y mi sexo me concedían, los que acababa de adquirir, mi franqueza natural, todo contribuyó a que estuviese a mi gusto, y esto es más o menos lo que me atreví a decirle a este pequeño déspota.

— Respetable guardián de Italia, tú que descienes de una casa cuyo engrandecimiento es un verdadero milagro de política, tú cuyos ancestros, hasta hace poco simples particulares, no se hicieron poderosos más que permitiendo a los príncipes de allende las montañas que atravesasen tus estados para enriquecerse en Italia... permiso que tus hábiles ancestros sólo les concedían a con-

dición de repartir con ellos las ganancias, en una palabra, reyezuelo de Europa, dignate escucharme un momento.

Situado más allá de tus montañas como el pájaro de presa que espera a la paloma para devorarla, empiezas a comprender que en las condiciones en que estás, sólo cuentas para engrandecerte con la estupidez de las cortes o con sus falsas gestiones. Esto es, lo sé, lo que te decían hace treinta años; ¡pero cuánto ha cambiado el sistema desde entonces! La estupidez de las cortes es tan desventajosa ahora para ti como para ellos, y ninguna de sus falsas gestiones puede aportarte ningún provecho. Por lo tanto, amigo mío, deja allí tu espectro, abandona la Saboya a Francia, y restringete a los límites naturales que te ha prescrito la naturaleza. Mira esas montañas soberbias que te dominan del lado de mi patria: ¿no te demuestra la mano que las elevó, al juntarlas así, que tus derechos no pueden sobrepasar esos montes? ¿Qué necesidad tienes de reinar en Francia, tú que ni siquiera sabes reinar en Italia?

¡Y, amigo mío!, no propagues la raza de los reyes; ya tenemos sobre la tierra demasiados individuos inútiles que, engordando con la sustancia de los pueblos, los vejan y tiranizan so pretexto de gobernarlos. No hay nada más inútil en el mundo que un rey; renuncia a ese vano título antes de que se pase la moda y te obliguen quizás a descender de un trono cuya elevación empieza a cansar los ojos del pueblo. A los hombres filósofos y libres se les hace difícil ver por encima de ellos a un hombre que, bien mirado, no es necesario, ni tiene fuerza, ni merece más. El ungido del Señor ya no es para nosotros un personaje sagrado, y la sabiduría se ríe hoy de un pequeño individuo como tú que, porque ha guardado en sus archivos algunos pergaminos de sus padres, se imagina que está en el derecho de gobernar a los hombres. Amigo mío, tu autoridad no consiste ya más que en la opinión: que

ésta cambie... y está muy cerca ya el momento, y te verás en la clase de los mozos de cuerda de tu imperio.

No creas que se necesita gran cosa para hacerla variar: a medida que los hombres se iluminan, saben apreciar lo que en otro tiempo les cegaba. Ahora bien, tú y los otros como tú no ganáis nada en la operación: empieza a ser sentido unánimemente que un rey no es más que un hombre como otro cualquiera (a todo lo más, sólo por su prudencia podría gobernar a los otros), y que debilitado por el lujo y el despotismo, no existe ya un solo soberano en el mundo que tenga las cualidades necesarias para semejante función. La primera virtud del que quiere gobernar a los hombres es conocerlos: ¿y cómo lo logrará aquel que, perpetuamente cegado por sus adulaciones... y siempre demasiado alejado de ellos, jamás ha podido apreciarlos ni juzgarlos? No es en el seno de la felicidad como se aprende a conducir a los semejantes: el que siempre ha sido feliz, e ignora lo que le conviene al infortunado ¿podrá mandar a seres gravados siempre por la desgracia? Sí, hazte agricultor, te lo aconsejo, es el único partido que puedes tomar.

El emperador de las marmotas, un poco sorprendido por mi franqueza, no me respondió más que con zalameñas tan falsas como lo es todo lo que emane de un italiano, y nos separamos.

Por la noche me llevaron a un círculo bastante brillante donde vi, alrededor de un tapiz verde, a la sociedad reunida en dos clases: la de los bribones por un lado y la de los engañados por otra. Allí supe que en Turín había la costumbre de robar en el juego, y que un hombre no podía hacer la corte a una mujer si no se dejaba estafar por ella.

— Esta sí que es una agradable costumbre —le digo a una de las jugadoras que me ponía al corriente.

— Es muy sencillo —me respondió mi informadora—.

El juego es un comercio: por lo tanto, deben estar permitidas todas las trampas. ¿Se pone pleito a un negociante porque pone en su ventana planchas que nos inducen a error al ocultar la luz?, está demostrado que todos los medios de enriquecerse son buenos, señora: tanto este como otro.

Entonces me acordé de las máximas de Dorval sobre el robo, y me di cuenta de que no tenían nada que no pudiese aplicarse al juego. Le pregunté a la mujer que me informaba cómo se podía perfeccionar esta forma de sustraer el bien de otro, asegurándole que yo conocía perfectamente los otros.

— Existen maestros —me respondió—, y si queréis mañana mismo os envío uno.

Acepté. Vino el maestro y en ocho días me formó tan bien en el arte de manejar las cartas que durante los tres meses que estuve en Turín recogí dos mil lises. Cuando llegó el momento de pagar a mi maestro, no me exigió más que mis favores, y como los exigía a la italiana y eso me convenía infinitamente, después de haberme asegurado de su salud, lo dejé gozar como conviene a un hombre cuyo oficio es la traición.

Sbrigani (era el nombre de este maestro) unía a un rostro seductor, a un hermoso pito, la edad de la fuerza y de la salud; treinta años a todo lo más, mucho libertinaje... filosofía y el mayor arte en apropiarse del bien de los demás, de la manera que fuese. Creí que un hombre semejante podía serme útil en mis viajes; se lo propuse y aceptó.

En Italia, los que buscan a una cortesana no encuentran repelente que ésta vaya acompañada por un hombre, sea con el título que sea. Es habitual que el hermano, el padre, el marido se retiren cuando aparece el cliente. Una vez apagados sus fuegos, el pariente vuelve a aparecer, hace círculo con ellos, y vuelve a pasar al guardarropa si

descubre nuevas tentaciones en el *señor*: se sabe que ampara el encuentro, por el que a su vez es amparado, y el complaciente italiano se presta muy bien a estos arreglos. Como yo sabía lo bastante bien la lengua de este hermoso país para hacerme pasar por nativa, asigné al momento a Sbrigani el papel de mi esposo, y partimos para Florencia.

Ibamos despacio; nada nos apremiaba, y yo estaba contenta de contemplar con tranquilidad un país que daría la idea del cielo si se pudiese atravesarlo sin ver a los hombres. El primer día dormimos en Asti. Esta ciudad, prodigiosamente despojada de su antigua grandeza, no es ya hoy casi nada. Al día siguiente no pasamos de Alexandria: como Sbrigani me había asegurado que allí residían muchos nobles, decidimos pasar algunos días para encontrar timoratos.

En cuanto llegábamos a alguna parte, mi solícito esposo hacía una especie de proclama secreta, pero suficiente, y se cuidaba muy bien de ello, para que todos aquellos que estaban en condiciones de pagar mis encantos, pudiesen enterarse más o menos de la mercancía y el precio.

El primero que se presentó fue un viejo príncipe piemontés, retirado de la corte desde hacía diez años; sólo quería, decía, ver mi trasero. Sbrigani le hizo pagar primero cincuenta cequíes; pero pronto el duque, excitado por la perspectiva, exigió mucho más. Siempre sumisa con mi marido, le digo que no puedo hacer nada sin su participación. El duque, que no estaba en condiciones de emprender un ataque serio, testimonia el deseo de azotarme: esta manía consuela a los amantes del culo, les gusta ultrajar al dios cuyo templo no pueden entreabrir. Al precio de un cequí por golpe, Sbrigani le asegura que puede intentarlo, y, al cabo de un cuarto de hora, tengo trescientos cequíes en mi bolsa. Mi esposo, viendo por la

largueza con que actúa el gran señor que será posible atraerlo a alguna trampa, se informa de todo lo concerniente a éste, y le ruega que conceda a su mujer el favor de comer con ella. Totalmente engreído por este favor, el viejo cortesano acepta.

— Respetable favorito del mayor príncipe de Italia —dice mi esposo, presentándole a Augustine, con quien nos habíamos puesto de acuerdo—, ya es hora de que la naturaleza actúe en vuestra alma. Recordad el lío que tuvisteis en otro tiempo en Venecia con la signora Delphine, esposa de un noble de segunda clase: ¡y bien! Excelencia, aquí está el fruto de esa intriga, Augustine es vuestra hija; abrazadla, señor, es digna de vos. Fui yo quien la formó en su infancia, y decidme si no lo he logrado; me atrevo a jactarme de haber hecho una de las más hermosas y sabias criaturas que haya en Europa. Deseaba encontraros, Excelencia, os llevo buscando desde hace mucho tiempo; habiendo oído decir que habitabais en Alexandria, he querido convencerme por mis propios ojos; veo que no me engañé, Monseñor; espero que recompensaréis mis trabajos y que tendréis algunas bondades para un pobre italiano que no tiene más riquezas que la belleza de su mujer.

El talle esbelto y elegante de Augustine, que hablaba italiano tan bien como yo, sus bonitos ojos negros y la extrema blancura de su piel no tardaron en inflamar al duque piemontés. Y como los atractivos del incesto aumentaban en mucho la dosis de lujuria que esperaba de esta bonita muchacha, después de algunas explicaciones, algunas aclaraciones perfectamente dadas por Sbrigani, el pobre duque aseguró que la sangre le hablaba, que reconocía a Augustine y que iba a asignarle al momento el rango que debía ocupar en su familia.

— Más despacio, Monseñor —dice mi ilustre esposo—, ¡vuestra Excelencia se imagina ya las cosas hechas!, esta

muchacha es mía hasta que no me paguéis los inmensos gastos que me cuesta: diez mil cequíes apenas los pagarían. Sin embargo, el singular honor que habéis querido hacer a mi mujer es causa de que me contente con esa pequeña suma: si queréis que Augustine os siga, haced el favor de pagarla, Monseñor, de otra forma no podría dejarla marchar.

El duque, tan rico como disoluto, creyó que no sería demasiado pagar por tan bonito bocado; dio el dinero esa misma noche y mi ayuda de cámara siguió a su pretendido padre. Perfectamente instruida por nosotros, la querida muchacha, tan hábil como yo al menos en cuanto se trataba de mermar la propiedad de otro, no tardó en dar un excelente golpe. Habíamos ido a esperarla a Parma: volvió quince días después y nos contó que el duque, perdidamente enamorado de ella, había exigido el tálamo esa misma noche. Cuanto más había representado ella los lazos que se oponían a semejante intriga, más se había excitado el disoluto, más había deseado el goce, asegurando que no eran tan estrechos en Italia. Más cómodamente en su casa, pudiendo utilizar incluso terceros o comidas de las que no se había atrevido a hacer uso aparentemente en mi casa, el libertino había salido airoso de la prueba, y el encantador culo de Augustine, después de haber sido azotado enérgicamente, había acabado por ser follado. La extrema complacencia de esta bella hija había inflamado de tal forma al pobre duque que la había colmado de presentes y la había dado su absoluta confianza. Dueña de todas las llaves, la zorra había puesto pies en polvorosa con el cofre, donde encontramos más de quinientos mil francos. Después de semejante captura, comprenderéis fácilmente que no nos quedamos mucho tiempo por los alrededores, aunque el peligro fuese muy pequeño. En Italia no había más que cambiar de provincia para estar al abrigo de la justicia: la

de un Estado no puede perseguir en el otro; y como se cambia de administración todos los días, y con frecuencia dos veces al día, el crimen cometido por la *tarde* no puede ser perseguido por la *noche*. Nada tan cómodo para viajeros como nosotros, que deseábamos cometer muchos por el camino.

Sin embargo, dejamos los Estados de Parma y nos quedamos en Bolonia. La belleza de las mujeres de esta ciudad no me permitió pasar de largo sin antes hartarme: Sbrigani, que me servía de maravilla, y al que yo cubría de oro, me procuró los medios de satisfacer mi lubricidad en la casa de una viuda amiga suya, apasionada como yo por su sexo. Esta encantadora criatura, de treinta y seis años y hermosa como Venus, conocía a todas las tortilleras de Bolonia: en ocho días me masturbaba con más de ciento cincuenta mujeres, a cual más bonita.

Acabamos por ir a pasar una semana entera a una célebre abadía, cerca de la ciudad, donde mi introductora iba de vez en cuando a hacer incursiones. ¡Oh!, amigos míos, el pincel de Arétin pintaría sólo imperfectamente las inconcebibles lujurias a que nos entregamos en este asilo sagrado. Todas las novicias, varias religiosas, cincuenta pensionistas, ciento veinte mujeres en total, pasaron por nuestras manos; y puedo decir que en mi vida me masturbaron como allí. Las religiosas boloñesas poseen, más que ninguna otra mujer de Europa el arte de acariciar los coños: pasan su lengua con tal rapidez, del clítoris al coño, y del coño al culo, que, aunque dejan un momento uno para ir al otro, no parece que varíen; sus dedos tienen una flexibilidad y una agilidad sorprendentes, y no los dejan ociosos con sus Safos... ¡Deliciosas criaturas!, jamás olvidaré vuestros encantos, ni la inconcebible habilidad con que sabéis despertar y mantener los cosquilleos voluptuosos; y los instantes más lúbricos para mí serán aquéllos en que recuerde estos placeres.

Eran todas tan bonitas, tan frescas, que me fue imposible hacer una elección; si en algún momento quería decidirme, la multitud de bellezas que venían a turbar mi atención, sólo me dejaba ofrecer mi homenaje al conjunto. Allí fue, amigos míos, donde realicé lo que las italianas llaman el rosario. Todas, en una sala inmensa y provistas de consoladores, nos enfilamos en número de cien; las mayores en el coño, las pequeñas en el culo, para preservar la virginidad. Una de las mayores se ponía en cada novena, se la llamaba cuenta gruesa del rosario; sólo éstas tenían derecho a hablar: ordenaban las descargas, prescribían los desplazamientos, y en general presidían todo el orden de estas singulares orgías.

Pronto inventaron otra forma de darme placer: ahora sólo se ocupaban de mí. Tumbada sobre un grupo de seis que me subían y bajaban mediante sus movimientos voluptuosos, las demás se acercaban de seis en seis a consultar mis sensaciones y saciarlas de lubricidades: una me hacía chupar su coño y a otras dos se lo acariciaba con la mano; otra, a caballo sobre mi pecho, se servía de la punta de mis tetas para masturbarse; aquella se frotaba contra mi clítoris, y la sexta se masturbaba ante mis ojos: todas descargaban, todas me inundaban de su jugo y juzgad si el mío podía negarse a salir.

Por último las rogué que me enculasen. Ponían un coño bajo mi boca, cuyo semen tragaba yo: este coño se sustituía cada vez que un nuevo consolador me entraba en el culo. Mi amiga se hizo hacer otro tanto en el coño, y era un culo lo que ella besaba.

Durante todo este tiempo Sbrigani compensaba con su profunda destreza los gastos locos que yo hacía, y mediante cinco o seis extranjeros que desvalijó fueron reparadas mis dilapidaciones. ¡Dichoso talento el de aquel que aprende a asentar siempre sus gastos sobre la fortuna de otro, y que cubre las brechas de la suya por medio de las del otro!

Dejamos Bolonia más o menos tan ricos como lo éramos cuando llegamos, aunque hubiese gastado yo dos o tres mil cequíes en extravagancias.

Yo estaba aniquilada; pero como los excesos del libertinaje, al fatigar el cuerpo, no hacen más que encender más la imaginación, ya proyectaba mil nuevas orgías: me arrepentía de no haber hecho suficientes, le echaba la culpa de esto a la esterilidad de mi cabeza, y entonces fue cuando comprobé que el remordimiento que se tiene por no haber hecho todo en el crimen, es superior al que sienten las almas débiles por haberse alejado de la virtud.

Tal era el estado de mi físico y mi moral cuando atravesamos los Apeninos. Esta inmensa cadena de montañas, que divide Italia, posee un gran interés para el viajero curioso: es imposible representarse lo pintoresco de los sitios que se ofrecen a todo momento en ciertos lugares; por un lado, se descubre la vasta llanura de Lombardía, por el otro el Mar Adriático; provistos de un telescopio, nuestra vista alcanzaba más de cincuenta leguas.

Cenamos en Pietra-Mala, con la intención de ir a ver el volcán. Celosas partidarias de todas las irregularidades de la naturaleza, adorando todo lo que caracteriza sus desórdenes, sus caprichos, y las terribles fechorías de las que su mano nos da ejemplo cada día, después de una comida bastante mala, a pesar de nuestras precauciones de tener siempre un cocinero delante, avanzamos a pie por la pequeña llanura seca y quemada desde donde se ve tal fenómeno. El terreno que la rodea es arenoso, yermo y lleno de piedras; a medida que se avanza se siente un calor excesivo, y se respira el olor de cobre y de carbón de tierra que exhala el volcán. Por fin vimos la llama, que una ligera lluvia sobrevenida fortuitamente hacía más ardiente: este foco puede tener treinta o cuarenta pies de contorno. Si se cava el suelo por los alrededores, el fuego se enciende en seguida, bajo el instrumento que lo desgarrá...

— Es —digo a Sbrigani, que observaba conmigo esta maravilla—, es mi imaginación encendiéndose bajo los vergazos que recibe mi culo...

La tierra que se encuentra en medio del foco está cocida, consumida y negra; la de los alrededores es como la arcilla, y con el mismo olor que el volcán. La llama que sale del foco es extremadamente ardiente, hace arder y consume al instante todos los materiales arrojados a él, su color es violeta como el del espíritu de vino.

A la derecha de Pietra-Mala se ve otro volcán que no se enciende más que cuando se le echa fuego. Nada me pareció tan agradable como la experiencia que hicimos: mediante una vela encendimos toda la llanura. Es necesario que convenga con vosotros, amigos míos, en que con una cabeza como la mía no se deben ver tales cosas; pero la vela que yo le presentaba al suelo lo encendía más despacio de lo que la llama evaporada de este terreno encendía mi espíritu.

— ¡Oh!, querido —le digo a Sbrigani— ¡cómo realizo aquí el deseo de Nerón!, ¿no te dije que al respirar el aire natal de ese monstruo, pronto adoptaría sus inclinaciones?

Cuando ha llovido y el centro de este segundo volcán está lleno de agua, este elemento asciende hirviendo y sin perder nada de su frescor. ¡Oh naturaleza!, ¡cuán caprichosa eres!... ¿y no habías de querer que los hombres te imitasen?

Se teme que todos los volcanes que rodean Florencia le causen un día algún daño: el trastorno tan total que se percibe en toda esta parte legitima ampliamente estos temores.

Aquí se me ocurrieron algunas ideas comparativas. ¿No es probable —me digo— que el incendio de las ciudades de Sodoma, Gomorra, etc, del que hemos hecho un milagro, con el fin de aterrorizarnos sobre el vicio na-

cional de los habitantes de estas ciudades, no es, digo, muy posible que este incendio no se haya producido más que porque estas ciudades se encontraban asentadas sobre un suelo semejante a éste? Los alrededores del lago Asfaltita, donde estaban situadas, no eran más que volcanes sin extinguir; era un suelo igual a éste: ¿por qué obstinarse en ver lo sobrenatural cuando lo que nos rodea puede ser producido por medios tan simples? Incluso se me ocurrieron otras ideas, nacidas de la influencia del clima; y cuando vi que en Sodoma como en Florencia, en Gomorra como en Nápoles y en los alrededores del Etna como en los del Vesubio, los pueblos sólo quieren y adoran la bribonería, me convencí fácilmente de que la irregularidad de los caprichos del hombre se parece a los de la naturaleza, y que allí donde ella se deprava, también corrompe a sus hijos (16).

Entonces me vi transportada a esas dichas ciudades de Arabia. Aquí es donde estaba Sodoma —me decía— rindamos homenaje a las costumbres de sus habitantes, e, inclinándome sobre el borde del foco presenté las nal-

(16) Aquí se plantea una pregunta importante: su respuesta estaría a la altura, me parece, del testimonio de la gente de letras, y nosotros se la proponemos con el deseo de verla resuelta por ellos. En un pueblo, ¿procede la corrupción de las costumbres de un gobierno blando, de su enclavamiento, o de su excesiva población en las grandes ciudades? A pesar de lo que dice en este caso Juliette, la corrupción moral no depende de su enclavamiento ya que hay tantos desórdenes morales en las ciudades septentrionales de: Londres y París como en las ciudades meridionales de: Mesina y Nápoles; tampoco de un gobierno débil, ya que sobre estas cuestiones son mucho más severos en el Norte que en el Sur, y sin embargo el desorden es el mismo. La corrupción de las costumbres, cualquiera que sea el suelo o el gobierno, sólo depende entonces del excesivo apiñamiento de individuos en un mismo lugar: todo lo que constituye masa se corrompe, y todo gobierno que no quiera corrupción deberá oponerse a la población excesiva, y, sobre todo, dividir las asociaciones para mantener su pureza.

gas a Sbrigani, mientras que, delante de nosotros, Augustine nos imitaba con Zéphyr. Cambiamos: Sbrigani se introdujo en el hermoso culo de mi criada, y yo me convertí en la presa de mi camarero. Augustine y yo, enfrente la una de la otra, nos acariciábamos mientras tanto.

— *¡Ciertamente, esta es una ocupación encantadora!* —nos grita de repente una voz terrible que nos pareció salida de detrás de un matorral... *No se molesten, sólo quiero compartir sus placeres, no turbarlos* —prosiguió una especie de centauro que se acercaba a nosotros, y mostrándonos una figura gigantesca como no la habíamos visto nunca en nuestra vida.

El personaje que nos hablaba, de siete pies y tres pulgadas de alto, con enormes bigotes retorcidos sobre un rostro tan moreno como terrorífico, nos hizo creer por un momento que hablábamos con el Príncipe de las tinieblas... Sorprendido por la forma en que le mirábamos exclama:

— ¡Cómo!, entonces ¿no conocíais al eremita de los Apeninos?

— Por supuesto que no —dice Sbrigani—, ¡jamás habíamos oído hablar de un animal tan terrible como tú!

— ¡Pues bien! —nos dice el eremita—, seguidme los cuatro, y yo os mostraré cosas todavía más asombrosas: las ocupaciones en las que os sorprendo me convencen de que sois dignos de observar lo que tengo que enseñaros, y de compartirlo todo conmigo.

— Gigante —dice Sbrigani— nos gustan las cosas extraordinarias, y, para observarlas, no hay nada que no hagamos; pero la suprema fuerza de que parece gozar ¿no perjudicará nuestra libertad?

— No, porque os creo dignos de mi amistad —dice este singular personaje— sin eso, no hay duda de que la perjudicaría; por lo tanto, tranquilizaos y seguidme.

Decididos a todo por conocer la continuación de esta

aventura, avisamos a nuestra gente para que se volvieran a esperarnos en el albergue, hasta que fuésemos a recogerlos. Una vez tomada esta precaución, nos pusimos en marcha bajo la dirección de nuestro gigante.

— No os impacientéis ni os canséis —nos dice nuestro guía— tenemos un largo camino por hacer, pero todavía nos quedan siete horas de luz, y llegaremos antes de que los velos de la noche se hayan extendido sobre el universo.

A continuación se hizo el mayor silencio, y yo tuve tiempo de observar el camino y las inmediaciones del lugar a que nos conducía.

Cuando dejamos la llanura volcánica de Pietra-Mala, remontamos durante una hora una alta montaña situada a la derecha. Desde la cima de esta montaña vimos abismos de más de dos mil toesas de profundidad, a donde nos dirigía nuestra escalada. Toda esta parte está envuelta por bosques tan tupidos, tan prodigiosamente espesos, que apenas era posible ver para orientarse. Después de haber bajado en vertical durante más de tres horas, llegamos al borde de un vasto estanque. En una isla situada en medio de esta agua, se veía la torre del palacio que servía de retiro a nuestro guía; la altura de las murallas que lo rodeaban era la causa de que no se pudiese distinguir el techo. Hacía seis horas que andábamos sin que hubiésemos encontrado ni el menor rastro de casas... ni un individuo se había ofrecido a nuestras miradas. Una barca negra como las góndolas de Venecia nos esperaba al borde del estanque. Allí fue donde pudimos considerar la terrible cuenca en la que estábamos: rodeada por todas partes de montañas hasta perderse de vista, cuyas agrestes cima y laderas estaban cubiertas de pinos, malezas y encinas. Era imposible ver algo más agreste y sombrío; uno se creería en el fin del universo. Subimos a la barca; el gigante la conducía él solo. Del puerto al casti-

llo había trescientas toesas; llegamos al pie de una puerta de hierro, practicada en el grueso muro que rodea al castillo; allí se nos aparecen unas fosas de diez pies de ancho, las atravesamos por un puente que se elevó en cuanto lo pasamos; un segundo muro se nos aparece, pasamos una vez más una puerta de hierro, y nos encontramos en un macizo de bosques tan apretado que creímos imposible el ir más lejos. Y en efecto ya no podíamos seguir al presentar este macizo, formado por un seto, una serie de puntas y al no ofrecer ningún paso. Dentro de él estaba la última muralla del castillo; tenía diez pies de grosor. El gigante levanta una piedra enorme y que sólo él podía manejar; aparece una escalera tortuosa; la piedra se vuelve a cerrar, y por las entrañas de la tierra llegamos (siempre en tinieblas) al centro de las bodegas de esta casa, desde las cuales subimos por una abertura, tapada por una piedra semejante a la que acabo de citar. Por fin estamos en una sala de techo bajo tapizada de esqueletos; los asientos de este local estaban hechos de huesos de muertos, y había que sentarse encima de cráneos a pesar de uno mismo; nos pareció que salían gritos terribles de debajo de la tierra, y pronto supimos que bajo las bóvedas de esta sala estaban situados los calabozos donde gemían las víctimas de este monstruo.

— Ya os tengo —nos dice en cuanto nos sentamos— estáis en mi poder; puedo hacer con vosotros lo que me apetezca. Sin embargo, no os asustéis: los actos que os he visto cometer son demasiado análogos a mi forma de pensar para que no os crea dignos de conocer y compartir los placeres de mi retiro. Escuchadme, tengo tiempo de informaros antes de la comida; la prepararán mientras os hablo.

Yo soy moscovita, nacido en una pequeña ciudad que se encuentra al borde del Volga. Me llaman Minski. Mi padre me dejó al morir riquezas inmensas, y la naturaleza

me proporcionó mis facultades físicas y mis gustos por los favores con que me gratificaba la fortuna. Como no me sentía hecho para vegetar en el fondo de una oscura provincia como aquella donde había visto la luz, me dediqué a viajar; entonces, el universo entero no me parecía lo bastante vasto para la extensión de mis deseos; me presentaba límites: yo no los quería. Nacido libertino, impío, disoluto, sanguinario y feroz, no recorrí el mundo más que para conocer sus vicios y no los adopté más que para refinarlos. Comencé por China, Mongolia y Tartaria; visité toda Asia; remontando hacia Kamtchatka, entré en América por el famoso canal de Bering. Recorrí esta vasta parte del mundo, pasando alternativamente de pueblos civilizados a pueblos salvajes, no copiando jamás más que los crímenes de unos, los vicios y las atrocidades de otros. Traje a vuestra Europa inclinaciones tan peligrosas que fui condenado a ser quemado en España, molido a golpes en Francia, colgado en Inglaterra, y aporreado en Italia: mis riquezas me preservaron de todo.

Pasé a Africa; allí fue donde me di perfecta cuenta de que lo que vosotros tenéis la locura de llamar depravación no es más que el estado natural del hombre y con mayor frecuencia todavía el resultado del suelo donde la naturaleza lo ha echado. Estos valientes hijos del sol se burlaron de mí cuando quise reprocharles la barbarie con que trataban a sus mujeres. ¿Y qué es una mujer, me respondían, sino el animal doméstico que la naturaleza nos ofrece para satisfacer a la vez nuestras necesidades y nuestros placeres?, ¿cuáles son sus derechos para merecer de nosotros algo más que la bestia de nuestros corrales? La única diferencia que vemos entre los dos, me decían estos pueblos sensatos, es que nuestros animales domésticos pueden merecer alguna indulgencia por su dulzura y sumisión, mientras que las mujeres no merecen más que el rigor y la barbarie, en vista de su perpetuo estado de

fraude, maldad, traición y perfidia. Nosotros las fornica-
mos: además, ¿qué mejor cosa se puede hacer con una
mujer que se ha fornicado sino servirse de ella como un
buey, un asno, o matarla para alimentarse con ella?

En una palabra, allí fue donde observé al hombre vi-
cioso por temperamento, cruel por instinto, feroz por
refinamiento; este carácter me gustó, lo encontré más
cerca de la naturaleza, y lo preferí a la simple tosquedad
americana, a la picardía europea y a la cínica suavidad del
asiático. Habiendo matado a hombres en cacería con los
primeros, habiendo bebido y mentido con los segundos,
habiendo follado mucho con los terceros, comí hombres
con los últimos. He conservado sus gustos: todos los res-
tos de cadáveres que veis aquí son restos de las criaturas
que he devorado; no me alimento más que de carne hu-
mana; espero que estéis contentos del regalo que cuento
haceros de ella, y han matado para nuestra comida a un
joven de quince años que follé ayer, y que debe estar de-
licioso.

Después de diez años de viaje, volví a dar una vuel-
ta por mi patria; mi madre y mi hermana vivían todavía.
Yo era el heredero natural de las dos; como no quería
volver a poner los pies en Moscovia, creí esencial para
mis intereses reunir estas dos sucesiones: las violé y ma-
sacré en el mismo día. Mi madre era todavía muy hermo-
sa, tan alta como yo, y aunque mi hermana no tuviese
más que seis pies, era la criatura más soberbia que fuese
posible ver en las dos Rusias.

Recogí lo que me podía corresponder de estas heren-
cias, y encontrándome con cerca de dos millones para co-
mer todos los años, pasé de nuevo a Italia con la inten-
ción de afincarme en ella. Pero yo quería una posición
singular, agreste, misteriosa, y en la que pudiese entregar-
me a todos los pérfidos extravíos de mi imaginación; y
estos extravíos no son pequeños, amigos míos: por pocos

días que pasemos juntos, os daréis cuenta de ello, o eso espero. No hay una sola pasión libertina que no sea querida por mi corazón, ni una fechoría que no me haya divertido. Si no he cometido crímenes ha sido por falta de ocasiones; no tengo que reprocharme el haber desperdiciado una sola, y he hecho surgir aquellas que no se decidían con bastante fuerza. Si hubiese tenido la suerte de doblar la suma de mis fechorías, ahora me quedarían más agradables recuerdos; porque los del crimen son goces imposibles de multiplicar.

Este principio va a hacer que aparezca a vuestros ojos como un criminal; lo que vais a ver en esta casa me confirmará, espero, esta reputación. Podéis imaginar la extensión de este lugar: es inmenso y encierra a doscientos chiquitos de quince a dieciséis años, que en general pasan de mi lecho a mi carnicería, y más o menos el mismo número de jóvenes destinados a fornicarme. Me gusta infinitamente esta sensación: no hay en el mundo una más dulce que la de tener el culo frotado con energía, mientras uno mismo se divierte de cualquier otra forma. Los placeres de que os he visto gozar al borde del volcán me demuestran que compartís esta forma de perder el semen, y he aquí por qué os hablo con tanta franqueza: sin eso, habría hecho de vosotros unas simples víctimas.

Tengo dos harenes. El primero tiene doscientas muchachitas, de cinco a veinte años: me las como cuando, a fuerza de lujuria, se encuentran suficientemente mortificadas; doscientas mujeres de veinte a treinta en el segundo: ya veréis cómo las trato. Cincuenta criados de los dos sexos están empleados en el servicio de este considerable número de objetos de lubricidad, y para su reclutamiento tengo a cien agentes dispersos por todas las grandes ciudades del mundo. ¿Podéis creer que con el movimiento tan prodigioso que exige todo eso no haya para entrar en mi isla más que el camino que acabáis de hacer? No es

posible imaginarse la cantidad de criaturas que pasan por este misterioso sendero.

Jamás serán desgarrados los velos que tiendo sobre todo esto. No es que tenga la menor cosa que temer; esto pertenece a los Estados del gran duque de Toscana; allí se conoce toda la irregularidad de mi conducta, pero el dinero que distribuyo me pone al abrigo de todo.

Ahora, para acabar de hacerme conocer por vosotros, me falta un pequeño desarrollo de mi persona. Tengo cuarenta y cinco años; son tales mis facultades lúbricas que jamás me acuesto sin haber descargado diez veces. Es verdad que la gran cantidad de carne humana con que me alimento contribuye en mucho a aumentar y espesar la materia seminal. Cualquiera que pruebe este régimen triplicará con seguridad sus facultades libidinosas, independientemente de la fuerza, de la salud, de la lozanía que este alimento le proporciona. No os hablo de mi complacencia: básteos saber que una vez se ha probado no es posible volver a comer otra cosa, y que no hay una sola carne, de animales o de pescado, que pueda compararse a esta. No se trata más que de vencer las primeras repugnancias, y, una vez franqueados los diques, no es posible hartarse de ella. Como espero que descarguemos juntos, es necesario que os prevenga de los terribles síntomas de esta crisis en mí. La preceden, la acompañan espantosos gritos, y los chorros de esperma lanzados se elevan al techo, con frecuencia en número de quince o veinte. Jamás me agota la multiplicidad de los placeres: mis eyaculaciones son tan tumultuosas, tan abundantes, la décima vez como la primera, y al día siguiente jamás siento el cansancio de la víspera. Respecto al miembro del que sale todo esto, aquí está, dice Minski sacando un boquerón de dieciocho pulgadas de largo por dieciséis de circunferencia, remontado por una seta bermeja y ancha como el culo de un sombrero. Sí, aquí está, siempre está

en el mismo estado en que lo veis, incluso cuando duermo, incluso cuando ando...

— ¡Oh!, ¡santo cielo! —exclamé, al ver este instrumento—... Pero mi querido anfitrión, ¿matáis entonces tantas mujeres y muchachos como veis?...

— Más o menos —me respondió el moscovita—, y como me como lo que jodo, eso me evita el trabajo de tener un carnicero. Se necesita mucha filosofía para comprenderme... lo sé: soy un monstruo vomitado por la naturaleza para cooperar con ella en las destrucciones que exige... soy un ser único en mi especie... un... ¡Oh!, sí, conozco todos los insultos que me dedican, pero, bastante fuerte para no necesitar a nadie, bastante sabio para complacerme en mi soledad, para detestar a todos los hombres, para hacer frente a su censura, y reírme de sus sentimientos respecto a mí, bastante instruido para pulverizar todos los cultos, para mofarme de todas las religiones y joderme en todos los dioses, bastante orgulloso para aborrecer todos los gobiernos, para ponerme por encima de todos los lazos, de todos los frenos, de todos los principios morales, soy feliz en mi pequeño dominio. En él ejerzo todos los derechos de soberano, gozo de todos los placeres del despotismo, no temo a ningún hombre, y vivo contento. Tengo pocas visitas, incluso ninguna, a menos que en mis paseos encuentre seres que, como vosotros, me parezcan lo suficiente filósofos como para que vengan a divertirse un tiempo a mi casa: éstos son los únicos que invito y encuentro a pocos. Las fuerzas con que me ha dotado la naturaleza me hacen llegar muy lejos en estos paseos: no hay día que no haga doce o quince leguas...

— Y por consiguiente algunas capturas —interrumpí yo.

— Capturas, robos, incendios, asesinatos: todo lo criminal que se me presenta lo ejecuto, porque la naturaleza

me ha dado el gusto y la facultad de todos los crímenes y porque no hay ninguno que no quiera y que no convierta en mis más dulces placeres.

— ¿Y la justicia?

— Es nula en este país; por eso me he situado aquí: con el dinero se hace todo lo que se quiere... y yo reparto mucho (17).

Dos esclavos masculinos de Minski, morenos y de rostro horripilante, vinieron a avisarnos de que la comida estaba servida; se pusieron de rodillas delante de su amo, le besaron respetuosamente los cojones y el agujero del culo y pasamos a otra sala.

— No hay nada especial por vosotros —dice el gigante—: aunque viniesen a verme todos los reyes de la tierra yo no me apartaría de mis costumbres.

Pero el local y los accesorios de la pieza adonde entramos merecen alguna descripción.

— Los muebles que veis aquí —nos dice nuestro anfitrión— están vivos: todos andarán a la menor señal.

Minski hace la señal y la mesa se adelanta: estaba en un rincón de la sala, llegó a ponerse en el medio; cinco sillones se disponen igualmente a su alrededor; dos arañas descenden del techo y planean por encima de la mesa.

— Esta mecánica es sencilla —dice el gigante según nos hace observar de cerca la composición de estos muebles—. Ved que la mesa, las arañas, los sillones están com-

(17) No habría ningún gran inconveniente dentro de un Estado en permitir a la gente rica que hiciese todo lo que quisiera por dinero, y que, por sus tesoros, obtuviese la absolución de todos los crímenes. Seguro que sería mucho mejor que hacerles perecer en un cadalso: este último medio no reporta nada al gobierno; el otro podría convertirse en un medio muy importante de conseguir riquezas, con las que se haría frente a una infinidad de gastos inesperados, que sólo se cubren multiplicando los impuestos onerosos que pesan igualmente sobre el culpable y el inocente, mientras que lo que yo propongo sólo afectaría al culpable.

puestos por grupos de muchachas artísticamente dispuestos; mis platos serán colocados calientes encima de los riñones de estas criaturas; mis velas están introducidas en sus coños, y mi trasero, así como los vuestros, al aposentarse en estos sillones, estarán apoyados en los dulces rostros o en las blancas tetas de estas señoritas: por eso os ruego que os arremanguéis las faldas, señoras, y vosotros, señores, que os quitéis los pantalones, para que, de acuerdo con las palabras de la Escritura, *la carne pueda descansar sobre la carne*.

— Minski —hice notar a nuestro moscovita—, el papel de estas muchachas es cansado, sobre todo si estáis mucho tiempo en la mesa.

— Lo peor que puede suceder —dice Minski— es que reviente a alguna, y estas pérfidas se reparan demasiado fácilmente como para que se me ocurra preocuparme un momento por ello.

En el momento en que nosotras nos arremangábamos y los hombres se bajaban los pantalones, Minski exigió que le presentásemos nuestras nalgas; las manoseó, las mordió, y observamos que de nuestros cuatro culos el de Sbrigani fue el que festejó más, por un refinamiento de caprichos fácil de suponer en un hombre semejante; lo acarició durante más de un cuarto de hora. Realizada esta ceremonia, nos sentamos a pelo sobre las tetas y los rostros de las sultanas, o más bien de las esclavas de Minski.

Doce muchachas desnudas, de veinte a veinticinco años, sirvieron los platos sobre las mesas vivas, y como eran de plata y estaban muy calientes, quemaban las nalgas o las tetas de las criaturas que formaban estas mesas, de lo que resultaba un movimiento convulsivo muy gustoso, y que se parecía al de las olas del mar. Más de veinte entradas o platos de asado guarnecían la mesa, y sobre mesas auxiliares formadas por cuatro muchachas agrupa-

das, y que se aproximaron igualmente a la menor señal, se colocaron vinos de todos los tipos.

— Amigos míos —nos dice nuestro huésped—, os he avisado de que aquí no nos alimentábamos más que de carne humana; ninguno de los platos que veis está falto de ella.

— Los probaremos —dice Sbrigani—, la repugnancia es un absurdo: nace tan sólo de la falta de costumbre; todas las carnes están hechas para alimentar al hombre, todas nos han sido ofrecidas a este efecto por la naturaleza, y no es más extraordinario comerse a un hombre que a un pollo.

Y diciendo esto, mi esposo pinchó un tenedor en un cuarto de muchacho que le pareció muy bien apretado, y habiendo puesto al menos dos libras en su plato, las devoró. Yo lo seguí. Minski nos animaba; y como su apetito igualaba a todas sus pasiones pronto había vaciado una docena de platos.

Minski bebía como comía: estaba ya en su botella de Bourgogne número treinta cuando se sirvió el segundo plato que regó de champán; el aleático, el Falerno, y otros vinos exquisitos de Italia fueron tragados con el postre.

Más de treinta nuevas botellas de vino habían entrado ya en las entrañas de nuestro antropófago cuando el villano, con sus sentidos suficientemente embriagados por todas estas orgías físicas y morales, nos declaró que deseaba descargar.

— No quiero follaros a ninguno de vosotros cuatro —nos dice— porque os mataría; pero, al menos, serviréis a mis placeres... los miraréis: os creo dignos de que os calentéis con ellos... Vamos, ¿a quién queréis que folle?

— Yo quiero —digo a Minski, que se inclinaba lúbricamente sobre mi seno y que parecía desearme mucho—, quiero que encoñes y que encules delante de mí a una niñita de siete años.

Minski hace una señal y la niña aparece. Una máquina muy ingeniosa servía para las violaciones de este libertino. Era una especie de escabel de hierro sobre el que la víctima apoyaba solamente los riñones o el vientre, según la parte que debía ofrecer; los miembros de la víctima eran atados a cuatro ramas que caían en cruz al suelo... aquélla, por su posición, ofrecía al sacrificador, en la mayor separación posible, o el coño, si se la ataba por los riñones, o el culo, si lo era por el vientre. No había nada tan bonito como la criaturita que iba a inmolar este bárbaro, y nada me divertía tanto como la increíble desproporción que había entre el asaltante y la víctima. Minski se levanta de la mesa hecho una furia:

— Desnudaos —nos dice a los cuatro—; vosotros —prosiguió mientras señalaba a Zéphyr y Sbrigani— me encularéis mientras yo actúo, y vosotras —añade tocando a Augustine y a mí— me dejaréis que bese vuestros culos juntos.

Todo se dispone; atan a la niña primero por la espalda. No exagero al asegurar que el miembro por el que iba a ser perforada era más grueso que su cintura. Minski jura, relincha como un animal, olfatea el orificio que va a perforar. Yo me complacía en dirigir este miembro. Ningún arte fue empleado aquí, era necesario que la naturaleza sola hiciese todos los esfuerzos necesarios cuando se trataba de una fechoría que la divertía, la servía y la deleitaba. En tres embates, el instrumento está dentro, las carnes se abren, la sangre corre y la virgen pierde el conocimiento.

— ¡Ah!, ¡bien! —dice Minski, que comenzaba a rugir como un león—, bien, era lo que deseaba.

¡Oh!, amigos míos, el crimen se remata, se encula a Minski, él besa, muerde, acaricia alternativamente las nalgas de Augustine y las mías; un grito terrible anuncia su éxtasis, profiere terribles blasfemias... ¡El criminal!, ha-

bía estrangulado a su víctima al descargar; la desgraciada ya no respiraba.

— Es igual —nos dice—, ahora ya no se defenderá, no será necesario atarla.

Y dándole la vuelta, muerta como está, el libertino la sodomiza, estrangulando igualmente a una de las muchachas que acababan de servir en la comida, y que a propósito había hecho que se acercase a él...

— ¡Y!, ¡qué! —dije yo en cuanto acabó de descargar por segunda vez—, ¿no hay una vez que no gocéis de este placer sin que cueste la vida a un individuo?

— Por lo menos —me respondió el ogro— es necesario que muera una criatura humana mientras yo follo: no descargaría sin la unión de los suspiros de la muerta con los de mi lubricidad, y siempre debo la eyaculación de mi semen a la idea de esta muerte que ocasiono.

Pasemos a otra pieza —continúa este antropófago—, allí nos esperan los helados, el café y los licores. Después, volviéndose a mis dos hombres: Amigos —les dice—, me habéis fornicado maravillosamente; habéis encontrado ancho mi culo, ¿verdad? No importa, estoy convencido de que os ha dado placer: el semen que ambos habéis expulsado me responde de lo que digo. En cuanto a vosotras, mujeres encantadoras, vuestras nalgas me han deleitado poderosamente, y para testimoniarnos mi agradecimiento os abandonaré durante dos horas a todas las bellezas de mi serrallo, para que podáis hartaros de voluptuosidades a vuestro placer.

— Hombre amable —digo al gigante—, es todo lo que pedimos; la voluptuosidad debe coronar la lujuria, y las recompensas del libertinaje sólo deben ser ofrecidas por la mano de la lubricidad.

Entramos. Por el olor que reinaba en este lugar adivinamos en seguida qué tipo de helados eran los que nos habían ofrecido. En cinco cuencos de porcelana blanca

estaban dispuestos doce o quince mojones de la forma más bonita y del mayor frescor.

— Estos son —nos dice el ogro— los helados que acostumbro tomar después de la cena; no hay nada que facilite tanto la digestión y que al mismo tiempo dé tanto placer. Estos mojones proceden de los más hermosos culos de mi serrallo, y podéis comerlos con toda confianza.

— Minski —respondí—, se necesita tener mucha costumbre para estos postres; quizás podríamos adoptarla en un momento de extravío, pero a sangre fría, imposible.

— En buena hora —dice el ogro apoderándose de un cuenco y devorando su contenido— haced como queráis, no os obligo. Tened, ahí hay licores: en cuanto a mí, sólo beberé después.

Nada tan lúgubre como la iluminación de esta sala; era digna de todo lo demás. Veinticuatro cabezas de muertos sujetaban entre sí una lámpara cuyos rayos salían por los ojos y los maxilares: jamás había visto algo tan terrible. Aquí, el ogro, que se excitaba de nuevo, quiso acercarse a mí: puse tanto arte en evitarlo que le hice desistir de sus deseos. Jóvenes muchachos servían en esta pieza, le hice encolar uno de doce años, que cayó muerto al salir de sus brazos.

Minski se dio cuenta por fin de que agotados por el cansancio, no estábamos ya en condiciones de seguirlo. Nos hizo llevar por sus esclavos a una galería soberbia, donde cuatro nichos de espejos, enfrente unos de otros, contenían las camas necesarias para que descansáramos. Un número igual de muchachas tenía orden de velarnos para alejar los insectos y quemar incienso durante nuestro sueño.

Era tarde cuando nos despertamos. Nuestras guardianas nos mostraban cuartos de baño donde, servidos por ellas, nos refrescamos maravillosamente, y pasándonos de allí a excusados, nos hicieron cagar de una forma tan

cómoda como voluptuosa, y que nosotros no conocíamos todavía. Metían sus dedos en esencia de rosa y después los introducían en el ano; sacaban dulce y suavemente todas las materias que hubiese dentro... pero con tal arte y una habilidad tan prodigiosa que se tenía todo el placer de la operación sin ninguno de sus dolores. En cuanto esto acabó, limpiaron todas las partes con su lengua, con una ligereza y destreza sin igual.

Sobre las once, Minski nos hizo saber que se nos haría el honor de poder visitarlo en la cama. Entramos; su dormitorio era muy grande, se veían soberbios frescos que representaban diez grupos de libertinaje, cuya composición bien podía pasar por el *non plus ultra* de la lujuria.

Al fondo de esta pieza había una vasta recámara rodeada de espejos y adornada con dieciséis columnas de mármol negro, a cada una de las cuales estaba atada una joven vista por detrás. Por medio de dos cordones, colocados como cordones de llamada a la cabecera de la cama de nuestro héroe, podía hacer llegar, sobre cada uno de los culos presentados, un suplicio siempre diferente, que duraba hasta que retiraba el cordón. Independientemente de estas dieciséis muchachas, había otras seis y doce jóvenes, tanto agentes como pacientes, alojados en gabinetes vecinos para el servicio libertino de su dueño durante la noche. Durante su sueño dos dueñas vigilaban todo.

Lo primero que hizo cuando nos acercamos fue hacernos ver que la tenía empalmada; se rió de una forma horrible al mostrarnos su instrumento monstruoso. Nos pidió el culo; obedecimos; al palpar el de Augustine, aseguró que lo enricularía antes de que acabase el día: la desgraciada se estremeció; excitó mucho a Sbrigani y pareció divertirse con sus nalgas; se acariciaron el ano y obtuvieron el mayor placer. Nos preguntó si queríamos ver la

forma en que podría herir a la vez a las dieciséis muchachas atadas a las columnas. Yo lo presioné para que nos mostrase esa singular máquina. Tira de sus funestos cordones y las dieciséis desgraciadas, gritando todas a la vez, reciben individualmente una herida diferente. Unas fueron pinchadas, quemadas, flageladas; otras, atenazadas, cortadas, pellizcadas, arañadas, y todo se hacía con tal fuerza que la sangre corrió por todas partes.

— Si redoblase la fuerza —nos dice Minski—, y eso me sucede algunas veces según el estado de mis huevos, pero en fin, si redoblase, esas dieciséis putas perecerían de un solo golpe ante mis ojos; me gusta dormirme con la idea de poder cometer dieciséis asesinatos a la vez, al más pequeño de mis deseos.

— Minski —digo a mi anfitrión—, tenéis las suficientes mujeres para hacer ese pequeño sacrificio: mis amigos y yo os pedimos que nos deis una prueba de esa encantadora escena.

— De acuerdo —dice Minski—, pero quiero descargar mientras actúo: dejadme que sodomice a vuestra dama de compañía, su culo me gusta, y veréis perecer a mis dieciséis mujeres cuando lance mi esperma en el ano.

— ¡Entonces serán diecisiete! —exclamó Augustine al tiempo que nos suplicaba que no la entregásemos a ese monstruo—, ¿cómo queréis que soporte semejante operación?

— De la mejor forma del mundo —dice Minski.

Y haciéndola desvestir por sus mujeres, en seguida la puso en la postura propicia a sus deseos.

— No tengáis miedo —continuó—, jamás se me ha resistido ninguna mujer, y todos los días fornico a otras más jóvenes que vos.

Adivinando por los ojos del moscovita que el rechazo sólo serviría para irritarlo, únicamente nos atrevimos a testimoniarle la pena que nos daba un deseo parecido.

— Dejadme hacer —me dice Minski muy bajo—, os lo he dicho, esta muchacha me excita, tiene un culo que me encoleriza; si la mato o la estropeo os la sustituiré por otras dos infinitamente más hermosas.

Y diciendo esto, dos de las jóvenes que estaban de servicio en la habitación preparan las vías humedeciendo el instrumento y presentándolo al agujero. Minski estaba tan acostumbrado a todos estos horrores que para él sólo fue cuestión de un instante: dos embates meten el puñal en el fondo del culo de la víctima tan rápidamente que apenas lo vimos desaparecer; el villano se reía mientras tanto. Augustine se desmaya y sus nalgas se inundaron de sangre. Minski, en las nubes, se excita todavía más; cuatro muchachas y otros tantos muchachos lo rodean: todos están tan acostumbrados a qué cuidados tienen que prestarle en esos momentos que en un segundo todo está en su lugar. Augustine está cubierta, ya no la vemos. El ogro blasfema, está a punto de alcanzar su objetivo, descarga: los cordones parten, dieciséis diferentes maneras de cortar la vida quitan la luz a las dieciséis criaturas atadas. Sólo dan un grito, y todas expiran en el mismo momento, una apuñalada, otra ahogada, aquélla muerta por una bala; en una palabra, ni una había sido golpeada de la misma manera y todas habían expirado a la vez.

— Vuestra Augustine tenía razón, creo —nos dice Minski fríamente, saliendo del culo—, sí, ciertamente, tenía mucha razón cuando decía que sería la diecisiete...

Y en seguida pudimos ver a la desgraciada, estrangulada y a la vez cubierta de diez puñaladas: el criminal había actuado no sé cómo, y nosotros no nos habíamos dado cuenta de nada.

— No hay nada que me guste tanto como estrangularlas mientras las jodo —dice flemáticamente este terrible libertino—... Nada de lamentaciones: os prometí daros dos más bellas, mantendré mi palabra... Pero era neces-

rio que ella pasase por esto, su jodido culo me volvía loco, y mis deseos son siempre órdenes de muerte para los objetos de mis orgías.

Las dueñas tiraron el cadáver de mi desgraciada amiga en medio de la habitación; a ella se unieron los de las dieciséis muchachas atadas a las columnas; y Minski, después de haber examinado un momento este montón, después de haberlas manoseado a todas, mordido algunas nalgas y algunas tetas, designó a tres para su cocina, entre las cuales se hallaba la desgraciada que acabábamos de perder.

— Que las preparen para nuestra cena —dice— mientras paso a una de mis salas a solas con Juliette.

En este punto, Sbrigani me dice al oído que creía prudente desconfiar de un monstruo semejante, y que haríamos bien pidiendo la salida de sus estados lo más pronto posible. Como yo hallaba tanto peligro en quedarnos como en pedir nuestra salida, al entrar con Minski en la sala a la que me conducía, me contenté con probarle por mi aire frío hasta qué punto la indignidad de su proceder me infundía sospechas sobre lo que quizás se permitiría hacer de un momento a otro con mi persona.

— Escuchadme —me dice el ogro atrayéndome a una silla cerca de él—, os creía bastante filósofa para no lamentar tanto a esa muchacha, y para estar convencida de que los derechos de la hospitalidad no podían tener acceso a un alma como la mía.

— Jamás repararéis esta pérdida.

— ¿Por qué no?

— Yo la amaba.

— ¡Ah!, si todavía sois lo suficiente necia en lubricidad para amar al objeto que os sirve, es cierto que no hay nada que decir; en vano buscaría razonamientos para convencerlos: no los hay con la estupidez.

— ¡Y bien!, es por mí misma: tengo miedo, ya que

no respetáis nada. ¿Quién me dice que no vais a tratar-me como lo habéis hecho con mi amiga?

— Nadie, nadie en absoluto —dice Minski— y si yo desease asesinaros no existiríais más de un cuarto de hora. Pero os creí tan criminal como yo, desde el momento en que os parecéis a mí, prefiero teneros como cómplice que como víctima. Los dos hombres que os acompañan me parecen lo mismo, como vos los creo menos propios para servir mis lujurias que para compartirlas: vuestra seguridad está en esta hipótesis. Era preciso que Augustine se fuese al otro mundo; yo soy un buen fisonomista: más complaciente que criminal se prestaba a lo que vos deseabais, pero distaba de hacer lo que ella quería: ¡Oh Juliette! no hay nada sagrado para mí: conservar la vida de los cuatro hubiese sido creer en los derechos de la hospitalidad... La apariencia... la sola idea de una virtud me da horror; tenía que violar esos derechos... al menos de alguna manera: ahora ya estoy satisfecho, estad tranquila.

— Minski, me habláis con una franqueza que se merece la mía. En todo esto hay más temor por mí misma que pena por Augustine. Conocéis lo suficiente mi corazón como para creerlo incapaz de llorar a un objeto de libertinaje; he sacrificado a muchos en mi vida, y os juro que jamás he lamentado a ninguno. —Y como iba a levantarse—: No, le digo, rogándole que se volviese a sentar— acabáis de hacer un proceso contra la virtud de la hospitalidad, Minski; me gustan los principios: sugeridme los vuestros sobre este tema. Aunque no respete ninguna virtud, yo no me había deshecho de mis máximas sobre la hospitalidad, quizás incluso todavía me atreva a creerlas inviolables: destruid, combatid, extirpad, Minski, os escucho.

— La mayor de todas las extravagancias sin duda alguna —dice el gigante con aire de agradecerme la oportunidad que le brindaba de desarrollar su inteligencia—

es la que nos hace considerar sagrado a un individuo a quien la curiosidad, la necesidad o el azar llevan a nuestro hogar. Lo que nos puede hacer caer en este error no es más que un motivo personal: cuanto más cerca está un pueblo de la naturaleza, menos tiene en cuenta los derechos de la hospitalidad; por el contrario, infinidad de salvajes tienden emboscadas a los viajeros para atraerlos a sus casas, y los inmolan en cuanto los capturan. En cambio, algunas naciones débiles y burdas actúan de diferente manera y se apresuran a festejar a los que los visitan y, en este punto, llevan la honradez hasta presentarles a sus mujeres y sus hijos de uno y otro sexo. No nos dejemos engañar por este comportamiento: sigue siendo el fruto del egoísmo. Los pueblos que así se conducen buscan apoyo, protección entre los extranjeros que los visitan; al encontrarlos más fuertes, más hermosos que ellos, desearían que estos extranjeros se afincasen en su país, bien para defenderlos, bien para que les den, con sus mujeres, hijos que regeneren su nación. Este es el objetivo de esa hospitalidad seductora y que a los estúpidos se les ocurre alabar: convenceos de que no la infunde ningún otro sentimiento.

Otros pueblos esperan goces de los huéspedes que reciben, y los miman para servirse de ellos: los joden. Pero ninguna nación, podéis estar segura, ejerce gratuitamente la hospitalidad. Leed la historia de todas las naciones y en todas descubriréis los motivos que las llevaron a recibir generosamente a los huéspedes.

Porque, efectivamente, ¿hay algo más ridículo que acoger en la casa de uno a un individuo del que no se espera nada? ¿En virtud de qué se siente impulsado un hombre a hacer bien a otro hombre? ¿La semejanza moral o material de un cuerpo con otro trae consigo, para uno de esos cuerpos, la necesidad de hacer bien al otro? Estimo a los hombres en la medida en que me sirven; los

desprecio y detesto igualmente en cuanto no pueden serme útiles; porque al no tener ya más que vicios que oponerme y al ser sólo temibles desde mi punto de vista, debo huir de ellos como de las bestias feroces que, desde ese momento, sólo pueden perjudicarme.

La hospitalidad fue la virtud predicada por el débil: sin asilo, sin energía, esperando su bienestar sólo de los otros, debe preconizar efectivamente una virtud que le asegure una protección. ¿Pero qué necesidad tiene el fuerte de semejante acción?... Utilizada por él sin obtener nunca nada de ella ¿sería un tonto si se sometiese a ella! Ahora bien, yo os pregunto si una acción cualquiera puede ser reputada realmente de virtud cuando no sirve más que a una de las clases de la sociedad.

¿En qué peligros precipitan los que la ejercen a los infortunados que albergan! Al acostumbrarlos a la holgazanería, pervierten las cualidades morales de estos huéspedes perezosos, que pronto acabarán por ir a instalarse en vuestras casas a la fuerza, cuando vuestra generosidad no les abra ya sus puertas, de la misma forma que los mendigos acaban por robaros cuando les negáis limosna. Entonces, si analizamos una acción cualquiera ¿en qué se queda, por favor, cuando por una parte veis que es inútil y por otra que es peligrosa? Responded con franqueza, Juliette, ¿es de una acción semejante de lo que os atrevéis a hacer una virtud?, y si queréis ser justa ¿no relegaríais más bien esta acción al rango de los vicios? No lo dudemos, la hospitalidad es tan peligrosa como la limosna. Todos los comportamientos que emanan de la bondad, sentimiento nacido de la debilidad y del orgullo, son en general perniciosos por una infinidad de aspectos; y el hombre sabio, protegiendo su corazón contra todos estos impulsos pusilánimes, debe cuidarse muy mucho de las funestas consecuencias a las que éstos nos arrastran.

Los habitantes de una de las islas Cícladas son tan

enemigos de la hospitalidad que son absolutamente inaccesibles para los extranjeros. Los temen y los detestan hasta el punto de no coger de sus manos lo que les ofrecen: lo reciben entre hojas verdes y a continuación lo atan a la punta de un bastón. Si por casualidad toca su piel un extranjero, se la purifican al instante frotando la parte con hierbas.

Con una tribu brasileña no se trata más que a cien pasos de distancia, y siempre con las armas en la mano (18).

Los africanos de Zanguebar son tan enemigos de la hospitalidad que masacran sin piedad a todos los que se acercan a su país (19).

Los tracios y los habitantes de Taurida saquearon y mataron durante siglos a todos los que iban a visitarlos (20).

Todavía hoy, los árabes despojan y reducen a la esclavitud a todos los seres que los vientos lanzan a sus costas.

Durante mucho tiempo Egipto fue inaccesible para los extranjeros: el gobierno ordenó reducir a la servidumbre, o matar, a aquel que era sorprendido a lo largo de la costa.

En Atenas, en Esparta, estaba prohibida la hospitalidad: se castigaba con la muerte a los que la imploraban (21).

Varios gobiernos se arrogan derechos sobre los extranjeros: los condenan a muerte y confiscan sus bienes.

El rey de Aquem se apodera de todos los navíos que naufragan en sus costas.

La asociabilidad endurece el corazón del hombre y

(18) Véase el segundo viaje de Cook.

(19) Véase Ramusio Dapper.

(20) Véase la *Historia de los pueblos de Europa*, tomo III.

(21) Véase Herodoto.

de esta manera lo hace más útil para las grandes acciones. A partir de aquí, el robo y el asesinato se erigen en virtud, y sólo en las naciones donde esto ocurre se ven grandes hazañas y grandes hombres.

En Kamtchatka, el asesinato de extranjeros es una buena acción.

Los negros de Luango llevan más lejos su horror por las virtudes hospitalarias: ni siquiera soportan que se entierre a un extranjero en su país.

En una palabra, el universo entero nos da ejemplos del odio de los pueblos que lo habitan por las virtudes hospitalarias. Y de estos ejemplos y de nuestras reflexiones debemos sacar la conclusión de que sin duda no hay nada más pernicioso, más contrario a la propia fuerza y a la de los otros, que una virtud cuyo objeto es impulsar al rico a conceder al pobre un asilo del que éste se aprovechará sólo en detrimento suyo y del individuo que se lo ofrece. Sólo dos motivos llevan a los extranjeros a un país, la curiosidad o el placer de engañar: en el primer caso, que paguen; en el segundo, que sean castigados.

— ¡Oh!, Minski —respondí—, me habéis convencido. Desde hace mucho tiempo abrazaba yo máximas muy semejantes a las que vos tenéis sobre la hospitalidad, sobre la caridad y la bondad, para que no sea de la misma opinión que vos en este caso. Pero todavía hay algo que quiero me aclaréis. Augustine, con quien estaba encariñada desde hacía algún tiempo, tiene padres en el infortunio que me encomendó cuando salimos, rogándome que cuidase de ellos en el caso en que a ella le ocurriese algo durante el viaje: ¿debo darles una recompensa?

— Por supuesto que no —respondió Minski—. ¿Y por qué deberíais algo a los padres de vuestra amiga?, ¿qué pretensiones pueden tener a vuestras bondades? Vos habéis pagado, mantenido a esa muchacha mientras os ha servido; no hay ninguna relación entre sus padres y ella;

vos no debéis absolutamente nada a sus padres. Si vuestras ideas sobre la nada del vínculo fraternal entre los hombres son tan claras como vuestra filosofía parece demostrar, si vuestra cabeza ha madurado esas ideas, debéis comprender en primer lugar que entre Augustine y los servicios prestados por ella no existe ningún tipo de lazo, porque esos servicios sólo son ya una acción pasada y la que los prestó ya no tiene posibilidad de acción alguna. Por lo tanto, sólo hay ilusión, quimera, entre una y otra cosa. El único sentimiento que podría quedarnos sería el del agradecimiento y vos sabéis que el reconocimiento no puede existir en un alma orgullosa. El que niega un favor al otro o el que, habiéndolo recibido se imagina no deber nada, porque la acción sólo ha servido para orgullo del bienhechor, éste, digo, es más grande que el que encadenándose a ese bienhechor le prepara el placer de arrastrarlo a su carro como una víctima triunfal. Voy más lejos, y quizás os lo haya dicho ya, pero se debe desear la muerte del bienhechor con el que no se ha cumplido; aunque alguien llegase a dársela por su propia mano, no me sorprendería. ¡Oh Juliette!, ¡cómo sirven el estudio y la reflexión para conocer el corazón del hombre, y cómo se desea hacer frente a esos principios desde el momento en que se sabe quién los creó!, ¡porque todo pertenece al hombre, todo procede del hombre!, ¿y con qué derecho queréis hacerme respetar lo que no es más que obra de mi semejante? Sí, lo repito, una vez realizado este estudio profundo, muchos crímenes que les parecerían atroces a los estúpidos, no nos parecen ya más que muy simples. Que se les diga a las almas vulgares que Pedro, después de haber recibido cien lises de Pablo en una necesidad urgente, le ha clavado un puñal en el pecho por todo reconocimiento... los imbéciles darán rienda suelta a su cólera, gritarán ante esa atrocidad, y sin embargo el alma de ese asesino es mucho más grande que la de su ad-

versario, ya que el primero, obligándose, no ha hecho más que sacrificar su orgullo, y el segundo no ha podido soportar ver el suyo humillado: y por tanto esta es la ingratitud de una hermosa acción.

¡Débiles mortales!, ¡cuán ciegamente os creáis vicios y virtudes!, ¡y cuán rápidamente invierte sus puestos el más mínimo examen! No te imaginas, Juliette, la invencible inclinación que sentí siempre por la ingratitud: es la virtud de mi corazón, y me he rebelado siempre que han querido obligarme. Un día yo decía a cierta persona que me ofreciese sus servicios: ¡ah!, tened cuidado de que no os tome la palabra, si queréis que os deteste.

Además, esta especie de caridad que queréis hacer con los padres infortunados de Augustine, ¿no caería acaso en todos los inconvenientes de la limosna y de la piedad de los que me habéis parecido tan convencida? Juliette, la caridad sólo estafa, la bondad sólo hace ingratos; convenceos de éstos sistemas y consolaos, ya que no seré yo quien os haga la víctima de ellos.

— Esos principios me hacen igualmente feliz —digo al gigante—. La virtud siempre me ha horrorizado; jamás me infundió ningún placer.

Y para convencer al moscovita, le conté la terrible catástrofe por la que se había hundido toda mi fortuna, por haber sido un día virtuosa.

— Yo no tengo que hacerme reproches parecidos —dice Minski—, y desde mi más tierna infancia, mi corazón no fue combatido ni un momento por esos sentimientos pusilánimes cuyos efectos son tan peligrosos. Odio la virtud tanto como la religión, ambas las considero funestas por igual, y jamás se me verá doblegarme bajo su yugo. No conozco otro remordimiento que el de no haber hecho bastantes crímenes. En una palabra, el crimen es mi elemento, sólo él me hace vivir y me inspira, sólo vivo para él, y no haría más que vegetar sobre la tierra si dejase de cometer al menos uno por hora.

— Con esa forma de pensar —respondí al gigante— ¿debéis haber sido el verdugo de vuestra familia?

— ¡Ay desgraciado de mí!, me faltó mi padre, y es lo que me aflige: yo era demasiado joven cuando él murió. Pero los demás pasaron todos por mi mano. Ya os he referido la muerte de mi madre y de mi hermana: me hubiese gustado verlas renacer para tener el placer de masacrarlas de nuevo; ahora soy muy desgraciado porque no puedo sacrificar ya más que víctimas ordinarias; mi corazón está aburrido, ya no gozo.

— ¡Oh Minski! ¡Feliz vos! —exclamé—. Yo, como vos, he tanteado esos placeres, pero no con tanta extensión... Amigo, me volvéis loca hasta un punto prodigioso. Tengo que pedir os una gracia: que me dejéis cosechar a mi gusto en vuestras innumerables posesiones. ¡Abridme ese inmenso campo de crímenes y de lubricidad, para que lo fertilice con semen y cadáveres!

—Lo concedo —dice Minski— pero con una condición: no os propongo sodomizaros: os destrozaría; pero exijo la entrega total de ese joven, hablo de Zéphyr.

Dudo... Al instante se eleva un puñal sobre mi seno.

— Elegid —dice ese hombre feroz— entre la muerte o los placeres que puede ofreceros mi casa.

¡Ay!, a pesar de mi afecto por Zéphyr, cedí... ¿podía hacer otra cosa?

jeros heridas por las intemperancias del ogro o las que caían enfermas.

— Si la enfermedad llega a ser grave —me dice Minski abriendo una de las ventanas de esta sala— aquí es donde la pongo.

Pero ¡cuál no sería mi asombro cuando veo el patio al que daba la ventana lleno de osos, leones, leopardos y tigres!

— No hay duda —digo al ver este horrible lugar—, esas son medicinas que deben sacarlas rápidamente del apuro.

— Por supuesto. En ese lugar no se necesita más de un minuto para curarlas: así evito el aire enrarecido. Por otra parte, ¿qué utilidad puede tener para la lujuria una mujer mancillada, corrupta por la enfermedad? Mediante este procedimiento me ahorro gastos; porque convendréis, Juliette, en que una mujer enferma no vale lo que cuesta.

La misma ley era válida para los otros serrallos.

Minski visita a las enfermas; seis, que encuentra solamente un poco peor que las otras, son arrancadas sin piedad de su cama y lanzadas, ante nuestros ojos, a la casa de fieras, donde son devoradas en menos de tres minutos.

— Este es —me dice muy bajo Minski— uno de los suplicios que más excitan mi imaginación.

— Te digo otro tanto, querido —respondo al gigante mientras devoraba el espectáculo con mis ojos—, pon tu mano aquí —continué, poniéndola sobre mi coño— y verás si comparto tu delirio...

Yo estaba descargando. Minski, adivinando entonces que me pondría muy contenta viéndole hacer una segunda limpieza, volvió a visitar las camas, y esta vez hizo arrastrar a desgraciadas muchachas que no estaban allí más que por heridas casi curadas. Se estremecieron ante su suerte. Para divertirnos durante más tiempo y más cruelmente, les hicimos observar a los furiosos animales en cuyo pasto iban a convertirse. Minski les arañaba las

nalgas y yo les pellizcaba las tetas. Las echan. El gigante y yo nos excitamos durante el suplicio: en mi vida he perdido semen de un modo más lúbrico.

Recorrimos las otras salas donde se ejecutaron diferentes escenas, a cuál más feroz, y en las cuales pereció Zéphyr, víctima de la rabia de este monstruo.

— ¡Y bien! —digo al gigante cuando mi pasión estuvo satisfecha—, estaréis de acuerdo con que lo que aquí os permitís, y lo que yo tengo la debilidad de imitar, es una abominable injusticia.

— Sentémonos —me dice este libertino tomándome aparte— y escuchadme. Antes de condenarme por la acción que cometo, porque veis en esta acción un barniz de injusticia, sería preciso, me parece, sentar mejor las bases sobre lo que se entiende por justo y por injusto. Si reflexionaseis bien acerca de las ideas que dan estas palabras, reconoceríais que no son más que relativas, y que intrínsecamente no tienen nada de real. Parecidas a las ideas de vicio y virtud, son puramente locales y geográficas, de suerte que igual que lo que es vicioso en París es una virtud en Pekín, de la misma forma lo que es justo en Ispahan se hace injusto en Copenhague. Las leyes de un país, los intereses de un particular, esas son las únicas bases de la justicia. Pero esas leyes son relativas a las costumbres del gobierno en que existen, y esos intereses lo son también respecto al físico del particular que las tiene. De suerte que el egoísmo, como veis, es en este caso la única regla de lo justo o lo injusto, y que de acuerdo con semejante ley será muy justo hacer morir a un individuo en este país por una acción que le habría valido laureles en otra parte, así como tal interés particular encontrará justa una acción que, sin embargo, será considerada muy inicua por aquel al que dañe. Citemos algunos ejemplos. En París, la ley castiga a los ladrones; los recompensa en Esparta: he aquí entonces una acción justa

en Grecia y muy ilegal en Francia, y por consiguiente, la justicia es tan quimérica como la virtud. Un hombre rompe los dos brazos a su enemigo; según él, ha hecho una acción muy justa: preguntadle a la víctima si lo ve así. Por lo tanto, Themis es una diosa fabulosa cuya balanza pertenece siempre al que la hace inclinarse, y sobre cuyos ojos hay razón en poner una venda.

— Minski —respondí—, siempre he oído decir, sin embargo, que había una especie de justicia natural de la que el hombre no se alejaba jamás, o de la que se alejaba con remordimientos.

— Eso es falso —dice el moscovita—; esa pretendida justicia natural no es más que el fruto de su debilidad, de su ignorancia o de sus prejuicios, en tanto no tenga ningún interés por la cosa. Si es el más débil se pondrá maquinalmente de este lado, y encontrará injustas todas las lesiones del fuerte sobre los individuos de su clase; si se convierte en el más poderoso, sus opiniones, sus ideas sobre la justicia cambian al momento: ya no habrá nada más justo que aquello que lo halague, más equitativo que lo que sirva a sus pasiones, y esta pretendida justicia natural, bien analizada, no será jamás más que la de sus intereses. Amoldemos nuestras leyes a la naturaleza, es el medio de no engañarnos nunca: ahora bien, ¡cuántas injusticias la vemos cometer diariamente! ¿Hay nada más injusto que las heladas con que destruye la esperanza del pobre, mientras que por un extraño capricho respeta la cosecha del rico, y las guerras con que desuela al mundo entero tan sólo por los intereses de un tirano, y las fortunas de las que permite que goce el malvado, mientras el hombre honrado está en la miseria? ¿Esas enfermedades con que asuela provincias enteras, esos triunfos multiplicados que otorga al vicio, mientras día tras día humilla a la virtud, esa protección que concede diariamente al fuerte sobre el débil: todo eso es justo, pregunto, y podemos creernos culpables cuando la imitanos?

Por consiguiente, no hay ningún tipo de mal en violar todos los principios imaginarios de la justicia de los hombres, para crearse una a nuestro gusto, que siempre será la mejor cuando sirva a nuestras pasiones y nuestros intereses, porque esto es lo único sagrado que hay en el mundo, y porque verdaderamente sólo nos engañamos cuando preferimos las quimeras a sentimientos dados por la naturaleza, ultrajada sólo por los sacrificios que tendríamos la debilidad de hacer. Como dice vuestro semi-filósofo Montesquieu, es falso que la justicia sea eterna, inmutable en todo tiempo y lugar: no depende más que de las convenciones humanas, de los caracteres... de los temperamentos... de las leyes morales de un país. *Si así fuese*, continúa el mismo autor (1), si la justicia no fuese más que una consecuencia de convenciones humanas, *de los caracteres, de los temperamentos, etc., sería una verdad terrible que habría que ocultarse a uno mismo...* ¿Y por qué ocultarse verdades tan esenciales?, ¿hay una sola que el hombre deba evitar?... *Sería peligrosa*, prosigue Montesquieu, *porque pondría al hombre en constante temor del hombre, y nunca tendríamos seguros nuestro bien, nuestro honor y nuestra vida.* Pero para adoptar ese miserable prejuicio ¿qué necesidad hay de cegarse sobre verdades tan grandes... tan esenciales? ¿No nos haría un favor el que, al vernos entrar en un bosque donde él hubiese sido atacado por ladrones, nos previniese de los peligros que podían acecharnos? Sí, sí, atrevámonos a decir a los hombres que la justicia es una quimera, y que cada individuo no tiene más que la suya; atrevámonos a decírselo sin temor. Al anunciárselo, al hacerles sentir por este medio todos los peligros de la vida humana, los ponemos en condiciones de protegerse de ellos y de armarse a su vez de injusticia, ya que sólo haciéndose

(1) Página 192 de sus *Cartas persas*.

tan injustos, tan viciosos como los otros, podrán ponerse al abrigo de sus trampas...

La justicia, prosigue Montesquieu, *es una relación de conveniencias que se encuentra realmente entre dos cosas, cualquiera que sea el ser que las considera. ¿Hay en el mundo un sofisma más grande que éste? Jamás fue la justicia una relación de conveniencias que existiese realmente entre dos cosas. La justicia no tiene ninguna existencia real, es la divinidad de todas las pasiones; éste la encuentra en una cosa, aquél en otra, y aunque esas cosas se contrapongan, ambos la encontrarán justa. Por lo tanto dejemos de creer en la existencia de esta quimera, que no es mayor que la de Dios, de la que los estúpidos la creen imagen: no hay ni Dios, ni virtud, ni justicia en el mundo; y no hay nada más bueno, útil y necesario que nuestras pasiones; no hay nada más respetable que sus efectos.*

Voy más lejos, y considero las cosas injustas como indispensables para el mantenimiento del universo, necesariamente turbado por un orden equitativo de cosas. Una vez establecida la verdad, ¿por qué motivo tendría que negarme a todas las iniquidades concebidas por mi espíritu, desde el momento que está demostrado que son útiles para el plan general? ¿Es culpa mía que la naturaleza haya querido servirse de mi mano para mantener el orden en este mundo? Por supuesto que no, y si sólo se puede llegar a este fin mediante atrocidades, horrores, execraciones, entonces entreguémonos a ellos sin ningún temor: hemos cumplido el fin de la naturaleza mientras nos deleitábamos.

Continuamos nuestra visita de las habitaciones y pusimos en práctica los principios que acababa de desarrollarme el gigante. Las execraciones que hicimos me agotaron de tal forma que testimonié a Minski el deseo de dedicar el resto del día al descanso.

— Con mucho gusto —me dice—, entonces pospondré hasta mañana el enseñaros dos piezas de mi casa que todavía no conocéis, y cuyas disposiciones y examen os asombrarán sin duda.

Me retiré con Sbrigani y al encontrarme sola con el único compañero de viaje que me quedaba, le digo:

— Amigo mío, no está la cosa en haber entrado en el palacio del vicio y del horror, hay que salir de él. Mi confianza en el ogro no es tan completa como para prolongar más tiempo nuestra estancia en su casa. Tengo medios seguros para deshacerme de tal personaje, después de cuya muerte nos sería muy fácil apoderarnos de sus riquezas y huir. Pero este hombre es demasiado dañino para la humanidad, comparte demasiado mis principios para que le prive al universo de él. Sería en ese caso jugar el papel de las leyes, sería servir a la sociedad desterrar de ella a este criminal, y no siento tanto amor por la virtud como para servirla hasta ese punto. Dejaré vivir a este hombre tan necesario para el crimen: no será el amigo del crimen el que destruya a un partidario suyo. Hay que robarlo, eso es esencial: tiene más dinero que nosotros, y la igualdad fue siempre la base de nuestros principios. Hay que huir: por goce y quizás por el placer de despojarnos a nosotros, nos mataría infaliblemente. Por lo tanto, cumplamos nuestros dos objetivos, pero dejándolo vivir. Tengo estramonium en mi bolsillo: durmámoslo, robémosle, quitémosle sus dos muchachas más hermosas, y huyamos.

Sbrigani combatió un rato mi proyecto: el estramonium podría no hacer nada en un cuerpo tan grande; una dosis de veneno muy violento le parecía más seguro. Por muy hermosas que fuesen mis consideraciones se desvanecían ante nuestra seguridad, y, según Sbrigani, mientras el ogro viviese no sería completa. Pero, firme en mi resolución de, mientras pudiese, no hacer caer jamás bajo mis golpes a los que fuesen tan criminales como yo,

persistí. Convinimos en que después de haber dormido al ogro al día siguiente, mientras desayunábamos con él, lo haríamos pasar por muerto a fin de no encontrar ningún obstáculo en su gente para apoderarnos de sus riquezas, y que una vez realizadas las operaciones nos largaríamos rápidamente.

El más asombroso éxito coronó nuestros propósitos. Pocos minutos después de que Minski hubiese tragado el chocolate en el que habíamos deslizado el somnífero, cayó en un letargo tal que no nos costó ningún trabajo convencer de su muerte. Su mayordomo fue el primero en suplicarnos que reinásemos en su lugar; hicimos que aceptáramos, y después de hacerle abrirnos el tesoro, ordenamos que diez hombres cargasen con todo lo más precioso que contenía. De allí pasamos al harén de mujeres, de donde nos llevamos a Elise y Raimonde, dos francesas encantadoras de diecisiete y dieciocho años, y volvimos a nuestros coches asegurando al mayordomo de Minski que no tardaríamos en volver a por el resto; que era seguro que consentíamos suceder en todo a su amo, pero que era necesario transportar a la llanura tan brillantes posesiones y renunciar a vivir, como los osos, en un reducto tan terrorífico. Encantado, el hombre nos facilita todo, lo acepta todo, y sin duda fue bien recompensado por el gigante cuando se enterase al despertar de sus pérdidas y de nuestra evasión.

Después de meter en nuestros coches los tesoros que robamos y de subir con nuestras mujeres, despedimos a nuestros mozos tras haberlos recompensado y aconsejado que huyesen como nosotros y que no volvieresen a una caverna donde sus días estaban constantemente amenazados. Nos lo prometieron y nos separamos. Ese mismo día fuimos a dormir a Florencia donde nuestro primer cuidado, en cuanto llegamos, fue examinar cómodamente a nuestras mujeres y nuestros tesoros: nada más bonito como estas dos criaturas.

Elise, de diecisiete años, unía a todas las gracias de Venus los seductores atractivos de la diosa de las flores; Raimonde, un poco mayor, tenía un rostro tan excitante que era imposible mirarla fijamente sin emocionarse; ninguna de las dos, nuevas en la casa de Minski, había sido tocada todavía, y podéis imaginar que esta circunstancia era una de las que más me habían decidido a elegir las. Nos ayudaron a contar nuestros tesoros: había seis millones en metálico y cuatro en pedrerías, plata y letras para Italia. ¡Ah!, ¡cómo se llenaban mis ojos de estas riquezas, y cuán dulce es contar el oro cuando nos pertenece por un crimen! Una vez satisfechos estos cuidados, descansamos y pasé entre los brazos de mis dos nuevas conquistas la noche más deliciosa que hubiese tenido desde hacía mucho tiempo.

Permitidme ahora, amigos míos, que os hable un momento de la soberbia ciudad a la que llegamos. Estos detalles descansarán vuestra imaginación, ensuciada desde hace demasiado tiempo por mis relatos obscenos: semejante diversión, me parece, sólo puede hacer más excitante lo que la verdad, que habéis exigido de mí, necesitará quizás muy pronto.

Florenia, obra de los soldados de Sila, embellecida por los triunviros, destruida por Totila, reconstruida por Carlomagno, engrandecida a expensas de la antigua ciudad de Fiesolo, de la que hoy sólo es posible ver sus ruinas, expuesta durante mucho tiempo a revoluciones intestinas, subyugada por los Médicis, quienes después de haberla gobernado durante doscientos años se la entregaron por fin a la casa de Lorraine, está regida ahora, así como la Toscana de la que es capital, por Leopoldo, archiduque y hermano de la reina de Francia (2), príncipe

(2) Hay que observar que estos detalles son exactos en la época en que Mme. de Lorsange viajaba por Italia. Se conocen los

déspota, orgulloso e ingrato, crápula y libertino, como toda su familia, como mis relatos demostrarán en seguida.

La primera observación política que hice al llegar a esta capital fue convencerme de que los florentinos todavía echaban de menos a los príncipes de su nación y que no sin gran trabajo se habían sometido a los extranjeros. La simpleza externa de Leopoldo no se impone a nadie; toda la altanería alemana brilla en él a pesar de su traje popular, y los que conocen el espíritu de la casa de Austria saben bien que siempre le será más fácil destruir virtudes que adquirirlas.

Florenia, situada al pie de los Apeninos, está dividida por el Arno; esta parte central de la capital de la Toscana se parece un poco a la que corta el Sena en París; pero sería preciso que esta ciudad fuese tan grande y estuviese tan poblada como aquélla con la que la comparamos un momento. El color marrón de las piedras, que sirven para la construcción de sus palacios, le da un aire de tristeza que la hace desagradable a la vista. Si me gustasen las iglesias, sin duda habría podido hacer hermosas descripciones; pero mi horror por todo lo relativo a la religión es tan fuerte que ni siquiera me permito entrar en ninguno de sus templos. No ocurrió lo mismo con la soberbia galería del gran duque: fui a verla al día siguiente de mi llegada. Jamás podré expresar el entusiasmo que sentí en medio de todas esas obras de arte. Me gustan las artes, me vuelven loca; la naturaleza es tan hermosa que se debe amar todo aquello que la imita... ¡Ah!, ¡nunca podré animar con la suficiente fuerza a los que la aman y la copian! La única forma de arrancarle algunos de sus misterios es estudiándola constantemente; sólo escrutándola hasta en sus más secretos repliegues es posible llegar a la destrucción total de todos los prejuicios. Adoro

cambios operados después, tanto en esta ciudad como en otros lugares de esta hermosa región. (*Nota añadida*).

a una mujer con talento: el rostro seduce pero los talentos fijan para siempre la atención, y creo que para el amor propio lo uno es mucho más halagador que lo otro.

Mi guía, como fácilmente podéis imaginar, no dejó de llamarme la atención sobre una de las piezas que formaba parte de esta célebre galería, en la que Cosme I de Médicis fue sorprendido en una operación bastante singular... El famoso Vasari pintaba la bóveda de esta sala cuando Cosme entró en ella con su hija, de la que estaba muy enamorado: creyendo que el artista trabajaba en las alturas, el príncipe incestuoso acarició al objeto de su ardor de una forma inequívoca. Un canapé se le presenta a sus ojos, Cosme se aprovecha y el acto se consuma ante la mirada del pintor, quien, en ese mismo instante, abandona Florencia convencido de que utilizarían medios violentos para ahogar semejante secreto, y que el que tuviese conocimiento de él pronto sería puesto en condiciones de no hablar de ello. Vasari tenía razón: vivía en un siglo y en una ciudad donde el maquiavelismo hacía grandes progresos: era muy inteligente por su parte no exponerse a los crueles efectos de esa doctrina.

Me hicieron observar, no lejos de allí, un altar de oro macizo, adornado con hermosas piedras preciosas, que no pude ver sin codiciar. Esta inmensidad de riquezas, se me explicó, era un ex-voto que el gran duque Ferdinand segundo, que murió en 1630, ofreció a San Carlos Borromeo para la recuperación de su salud. El presente estaba en camino cuando el príncipe murió: los herederos decidieron, bastante filosóficamente, que ya que el santo no había realizado el deseo, estaban exentos de recompensarlo e hicieron devolver el tesoro. ¡Cuántas extravagancias surgen de la superstición y con cuánta verdad puede asegurarse que de todas las locuras humanas, aquélla, sin duda, es la que más degrada el espíritu y la razón!

De allí pasé a la famosa *Venus* de Tiziano y confieso que mis sentidos se emocionaron más con la contemplación de este cuadro sublime que con la del ex-voto de Ferdinand; las bellezas de la naturaleza tienen interés para el alma, las extravagancias religiosas la hacen estremecerse.

La *Venus* de Tiziano es una hermosa rubia con los ojos más hermosos que puedan verse, los rasgos un poco demasiado pronunciados para una rubia, en las que parece que la mano de la naturaleza debe dulcificar sus encantos igual que su carácter. Se la ve sobre un sofá blanco, esparciendo flores con una mano, ocultando su bonito montecillo con otra. Su postura es voluptuosa, y uno no se cansa de examinar detalladamente las bellezas de este sublime cuadro. Sbrigani encontró a esta *Venus* prodigiosamente parecida a Raimonde, una de mis nuevas amigas: tenía razón. Esta hermosa criatura se ruborizó inocentemente cuando se lo dijimos. Un fogoso beso que puse sobre su boca de rosa la convenció hasta qué punto aprobaba la comparación de mi esposo.

En la siguiente sala, llamada la cámara de los ídolos, vimos una infinidad de obras maestras de Tiziano, de Pablo Veronés y de Guido. En esta sala se ha puesto en práctica una idea extravagante. Se ve un sepulcro lleno de cadáveres en los que pueden observarse todos los diferentes grados de descomposición, desde el momento de la muerte hasta la destrucción total del individuo. Esta sombría ejecución es de cera y está coloreada de una forma tan natural que la propia naturaleza no habría podido ser ni más expresiva ni más verídica. Al considerar esta obra de arte se tiene una impresión tan fuerte que los sentidos parecen advertirse unos a otros: uno se lleva la mano a la nariz sin querer. Mi cruel imaginación se divirtió con este espectáculo. ¡A cuántos seres ha hecho experimentar estas terribles degradaciones mi maldad!... Prosigamos: sin duda la naturaleza me impulsó a esos crímenes ya que me deleita una vez más sólo con su recuerdo.

Después, mis ojos recayeron sobre el *Hermafrodita*. Sabéis que los romanos, muy apasionados por este tipo de monstruo, los preferían para sus libertinas orgías: sin duda éste es uno de los que tenían mayor reputación lúbrica. Es indignante que el artista, al cruzarle las piernas, no haya mostrado lo que caracteriza el doble sexo; se le ve tumbado en una cama, exponiendo el culo más hermoso del mundo... culo voluptuoso que deseó Sbrigani, asegurándome que había jodido uno de una criatura parecida, y que no había un placer más delicioso en el mundo.

Muy cerca hay un grupo de *Calígula acariciando a su hermana*: estos dueños orgullosos del universo, lejos de ocultar sus vicios, los hacían eternizar por obras de arte. También se ve en esta misma pieza la famosa efigie del *Priapo*, sobre el que las jóvenes, por devoción, debían ir a frotar los labios de su vagina. Tiene tal grosor que la introducción hubiese sido imposible si por casualidad este rito hubiese formado parte de los misterios.

Nos enseñaron cinturones de castidad. Y ante la amenaza que hice a mis dos amigas de revestirlas con aparatos semejantes para estar segura de ellas, la cariñosa Elise me aseguró tiernamente que sólo necesitaba el amor que yo le inspiraba para mantenerse en los límites de la más estricta templanza.

A continuación vimos la más hermosa y más singular colección de puñales; algunos estaban envenenados. Ningún pueblo ha refinado el asesinato como los italianos: es muy fácil ver en sus casas todo lo que puede servir para esta acción, de la forma más cruel y más traidora.

El clima es muy malo en Florencia; el otoño es mortal: un trozo de pan que se dejase impregnar por las miasmas de los Apeninos, durante esta estación, envenenaría al que lo comiese; en esta época son muy frecuentes las muertes repentinas, las hemorragias cerebrales. Pero como estábamos al comienzo de la primavera creí poder

— Mis hermosas amigas —nos dice el soberano— voy a sumaros, si estáis de acuerdo, a los jóvenes objetos que deben servir hoy a mi lujuria.

— Leopoldo —respondí yo con esa noble altivez que me caracterizó en todas las épocas— mis hermanas y yo nos sometemos a tus caprichos, satisfaremos tus deseos; pero si estás dominado, como toda la gente de tu clase por fantasías peligrosas, dínoslo: nuestra intención es entrar sólo si estamos seguras de no tener nada que temer.

— Las víctimas están allí —nos dice el gran duque— vosotras sois las sacerdotisas... el abad y yo los sacrificadores...

— Entremos —digo a mis compañeras— por muy tramposos que sean los soberanos, no se corre ningún riesgo creyendo en su palabra algunas veces, sobre todo cuando se llevan encima medios seguros de venganza...

Y al mismo tiempo dejé ver la punta del mango de un puñal que siempre llevaba conmigo desde que había entrado en Italia.

— ¡Cómo!, —me dice Leopoldo poniendo sus manos sobre mis hombros— ¿acaso atentaríais contra la vida de un soberano?

— Querido —digo con descaro— no seré la primera en atacarte, pero si te desmandas conmigo, esto —proseguí mostrando el puñal— te haría recordar que estás hablando con una francesa... En cuanto a tu carácter sagrado, amigo mío, permítame que me ría un momento. No te creas, por favor, que el cielo, al formarte, te ha dado una existencia diferente de la del último individuo de tus Estados y para mí no eres más digno de respeto que éste. Celosa partidaria de la igualdad, jamás he creído que hubiese en el mundo una criatura que valiese más que otra, y como no tengo fe en las virtudes, tampoco creo que las virtudes puedan diferenciarlas.

— Pero yo soy rey.

cambió de templo y nos hacía lamer por su ministro; el villano nos *lengüeteó* el culo mientras nos acariciaban las embarazadas.

— Estoy excitadísimo —nos dice Leopoldo— ya es hora de pasar a algo más serio. Aquí hay cuatro hierros ardiendo, marcados —prosiguió—; sobre cada uno está grabada la condena de las embarazadas; voy a vendarles los ojos y ellas mismas vendrán a elegir uno de estos hierros.

Se realiza esto pero con una diferencia: a medida que la gallina ciega elegía su hierro, Leopoldo se lo aplicaba ardiendo en el vientre. Las cuatro inscripciones diferentes eran: la más joven, la de catorce años, recibió de la mano del azar la inscripción que decía: *abortará a latigazos*; la de la siguiente, y que parecía de la misma edad, tuvo la inscripción: *abortará por una bebida*; la tercera, de quince años, recibió la orden: *abortará pisoteada*; la sentencia de la cuarta, de alrededor de dieciséis años, fue: *se le arrancará el hijo del vientre*.

Una vez acabada la ceremonia, se les quitaron las vendas, y las desgraciadas, al mirarse, pudieron leer su condena. Entonces Leopoldo hizo que se subiesen de pie a un canapé, enfrente de él; me tendió sobre ese canapé y me encoñó mientras regocijaba su vista con la perspectiva de los cuatro vientres hinchados, cada uno con la sentencia que debía vaciarlos. Mientras tanto Elise fustigaba al Monseñor y el abad se masturbaba con las tetas de Raimonde.

— Leopoldo —digo mientras jodía— no me embaraces, por favor, porque posiblemente si tuviese la desgracia de ser fecundada por ti podría muy bien dar a luz como esas señoritas.

— Nada más cierto —dice el gran duque lanzándome miradas y embestidas cuya causa no era ciertamente la galantería— pero lo que debe tranquilizarte es que soy muy difícil para descargar.

Y al mismo tiempo me dejó para desvirgar a Elise, que lo zurraba desde hacía un cuarto de hora, y que pronto fue sustituida por Raimonde, mientras yo hacía lo propio con el abad, quien tomó a Elise después de mí. Jamás se vio nada tan tieso y con tanta furia como los miembros de estos dos libertinos.

— ¿No enculamos hoy? —nos dice el abad que, desde hacía tiempo, acariciaba y manoseaba mi trasero como hombre que desea follarlo.

— Todavía no —dice Leopoldo— hay que despachar antes una víctima.

La chiquita condenada al aborto a latigazos fue agarrada por el soberano, quien armado primero con un puñado de varas, después con unos zorros de puntas de acero, le trabajó el trasero durante cerca de media hora, con tanta violencia que en seguida lo hizo sangrar. Entonces la víctima fue atada de pie, las manos hacia arriba y los pies al suelo, y el duque la golpeó con un vergajo en el vientre, con una fuerza tan prodigiosa que en seguida se desprendió el embrión. La madre grita; aparece la cabeza del niño y Leopoldo, sacándolo él mismo, lo tira a la hoguera y echa a la madre.

— Joded en un culo, Monseñor —dice el respetable capellán—: las venas hinchadas de vuestro pito, la espuma que cubre vuestra boca real, el fuego que despiden vuestros ojos, todo anuncia vuestra necesidad de un culo; no temáis perder vuestro semen, os lo volveremos a poner tieso, y despacharemos a las otras.

— No, no —nos dice el gran duque, que me besaba y manoseaba muchísimo durante todas estas lubricidades— descargué mucho ayer: quiero despacharlas a todas antes de perder mis fuerzas.

Y agarró la segunda. Su sentencia decía: abortará por una bebida. Allí estaba el fatal brebaje; la joven opone muchas resistencias; el feroz eclesiástico la agarra por los

pelos con una mano y le abre la boca con una lima; soy la encargada de hacerle tragar la poción, y el duque, excitado por Elise, manosea entretanto mis nalgas y las de la víctima... ¡Qué efecto!, ¡gran Dios!, jamás habría sospechado nada parecido. Apenas ha alcanzado el veneno las entrañas de la pequeña, lanza gritos terribles; se debate, rueda por el suelo, y el niño aparece. Esta vez es el abad quien lo retira. Leopoldo, que nos manoseaba lúbricamente a Elise y a mí mientras Raimonde lo chupaba, estaba tan agitado que le fue imposible llevarlo a cabo él mismo; creí que iba a descargar, pero se retiró a tiempo.

La tercera muchacha estaba atada al suelo de espaldas: su fruto debía perecer pisoteándola. Sujetado por Elise y por mí, mientras que Raimonde, de rodillas con el cuerpo de la víctima entre sus piernas, le mueve el pitto con sus tetas, el libertino pisotea tan fuertemente el estómago de la desgraciada que pone su fruto. Como los otros, es lanzado a la hoguera sin siquiera tomarse el trabajo de ver el sexo, y la madre más muerta que viva, es expulsada rápidamente de la sala.

Si la última era la más guapa, también fue la más desgraciada. Había que arrancarle el niño del vientre: ¡os dejo imaginar qué suplicio!

— No saldrá de esta —nos dice Leopoldo— mi descarga se deberá a sus terribles dolores. Así debe ser puesto que, cuando la jodí, es la que me dio más placer de las cuatro: la putilla quedó embarazada el mismo día en que la hice perder su virginidad.

La tumban sobre una cruz diagonal que más elevada en su parte central le mantenía el vientre en una gran altura. Los cuatro miembros fueron comprimidos con fuerza, bajados con respecto al vientre, y cubiertos después, de forma que no se viese más que la masa redonda e hinchada que contenía al niño. El abad opera... Leopoldo, enfrente, me encula... con cada una de sus manos excita

a la derecha el culo de Elise, a la izquierda el coño de Raimonde. Y mientras el pérfido capellán raja en cuatro el vientre de la víctima y la lleva a la tumba al arrancarle su fruto, el gran sucesor de los Médicis, el célebre hermano de la puta mayor de Francia, me descarga un torrente de semen en el agujero del culo, blasfemando como un cochero.

— Señoras —nos dice el duque mientras limpiaba su pito—, considero que el secreto va incluido en los tres mil cequíes acordados.

— Será guardado rigurosamente —respondí— pero pongo una condición.

— ¿Crees que puedes hablar así?

— Claro... tus crímenes me dan derecho a ello desde el momento en que puedo perderte divulgándolos.

— Esto es lo que pasa, Monseñor —dice el abad— por ponerse en manos de estas zorras: o no se les deja ver nunca nada, o hay que matarlas en cuanto han visto algo. Toda esa compasión os perderá y arruinarán, os lo he dicho cien veces; ¿es propio de vos hacer arreglos con semejantes bribonas?

— Más despacio, abad —respondí— el tono que adoptas sería adecuado a todo lo más con zorras como las que tu patrón y tú veis sin duda ordinariamente: no lo es con mujeres de nuestra clase que, quizás tan ricas como tú, —digo dirigiéndome al duque— se prostituyen por gusto o por avaricia. ¡Acabemos esta discusión!, el duque nos necesita, nosotras le necesitamos: que servicios mutuos restablezcan la balanza. Leopoldo, te prometemos el más absoluto secreto, si tú por tu parte nos aseguras la impunidad más completa durante el tiempo que estemos en Florencia. Júranos que sea lo que sea lo que hagamos en tus Estados jamás seremos buscadas por nada.

— Podría negarme a esa propuesta —dice Leopoldo— y sin mancharme con la sangre de estas criaturas podría

jeros?, entonces eran las putas del cuerpo de guardia; y como mejor podía satisfacerla era procurándole lo más horrible y terrorífico que tuviese. Una vez encerrada en mi casa con esta canalla, la zorra tenía sesiones de siete u ocho horas, y a los placeres de Venus les seguían los de la mesa; acababa su jornada perdiendo la razón entre las más sucias orgías.

La embajadora tenía un marido muy devoto, muy celoso, al que hacía creer que todo el tiempo de su ausencia se lo pasaba en casa de una amiga, la cual, como ella, frecuentaba mi casa con la mayor asiduidad.

Viendo que podía sacar mucho partido de todo esto, un día voy a buscar al embajador.

— Excelencia —le digo—, un hombre como vos no merece ser engañado: la mujer que lleva vuestro nombre es indigna de poseerlo. Os pido que abráis los ojos; se lo debéis a vuestro honor y a vuestra tranquilidad.

— ¿Yo, engañado? —respondió el embajador—, es imposible: conozco demasiado bien a mi mujer.

— No la conocéis, Monseñor; estáis muy lejos de sospechar los terribles excesos a los que se entrega, y quiero que os convenzáis por vuestros propios ojos.

Florella, confundido, duda un momento; no sabe si se atreverá a añadir a las desgraciadas sospechas que infundo en su alma la convicción que le ofrezco. No obstante, saliendo de la encrucijada y con más firmeza de la que yo le había supuesto:

— ¿Estáis en condiciones de probarme lo que me decís, señora? —me pregunta.

— Esta misma noche, Monseñor, si queréis. Esta es mi dirección, estad en mi casa sobre las cinco, veréis qué gente es la que elige vuestra esposa para perderos y deshonraros.

El embajador acepta, lo que me viene de maravilla.

— Monseñor —digo entonces—, pero tened en cuenta

la enorme pérdida que obtengo al denunciaros a vuestra esposa. Soy yo quien la proporciona los hombres, y ella me los paga muy caros; una vez castigada por vos, ya no volveré a recibirla: quiero ser indemnizada o no hay trato.

— Es justo —dice Florella—, ¿cuánto pedís?

— Cincuenta mil escudos.

— Ahí están en esa cartera; los llevaré conmigo, serán vuestros si me abris los ojos.

— No hay más que hablar, Monseñor, os espero.

Pero yo no limitaba el horror meditado sobre este desgraciado asunto a este solo engaño. Al hacer caer a la mujer en una trampa, quería envolver en ella al marido, y veréis los métodos que utilicé para conseguirlo. Voy a ver a la embajadora.

— Señora —le digo—, os preocupáis por vuestro marido, lo creéis bueno y tomáis precauciones para evitar sus reproches: venid esta noche temprano a mi casa; os mostraré que él viola los lazos conyugales al menos con tanta impunidad como vos, y dado que su conducta os libera de todo compromiso, debéis renunciar a todas las precauciones que diariamente turban vuestros placeres.

— Ya sospechaba yo lo que dices —me respondió la embajadora— y no te oculto que recibiré la convicción de esto con mucho placer: ¿cuándo quieres darme la prueba?

— Esta misma noche; sabéis que os espera una partida deliciosa en mi casa: seis cocheros de veinte años, hermosos como el Amor. ¡Y bien!, tres jóvenes muchachos, pedidos igualmente por vuestro esposo, deben saciar su lujuria esta noche.

— ¡El monstruo de él!

— Es un bribón.

— ¡Ah!, ya no me extrañan sus persecuciones para encularme... sus fantasías... sus hermosos lacayos... ¡Oh! Juliette, muéstrame eso, te lo suplico... Es absolutamente necesario que lo sepa todo.

— Estoy de acuerdo, pero lo pierdo al descubrirlo, y como parroquiano es mejor que vos.

— ¡Pues bien!, ¿qué pides?; pide, Juliette, no hay sacrificio que no esté dispuesta a hacer para conseguir mi tranquilidad.

— ¿Serían demasiados cincuenta mil francos?

— Aquí están en esta cartera, vete y cuenta conmigo.

Una vez fijadas las dos citas, vuelo a prepararlo todo. La trampa de la mujer era segura: su natural libertinaje la envolvía en ella. La que preparaba para el esposo no lo era tanto. Se necesitaba habilidad, seducción: tenía que vérmelas con un español... un devoto. Nada me asustó. Una vez distribuidos los lugares de las escenas para que, por medio de una hendidura practicada de un apartamento a otro, el marido pudiese verse ultrajado por su mujer, y la mujer por su marido, espero pacientemente a mis víctimas. El esposo es el primero en llegar.

— Monseñor —le digo—, después de la forma en que se conduce vuestra mujer, ya no debéis, me parece, ir contra vuestros gustos y vuestros placeres.

— No; no me gustan esa clase de cosas.

— Con mujeres, estoy de acuerdo, ¡hay tantos peligros! Pero, mirad, Monseñor, esos guapos muchachos —proseguí levantando una cortina tras la cual había hecho esconder, completamente desnudos y arreglados simplemente con guirnaldas de rosas, a tres muchachitos más hermosos que el mismo Amor...—, esos Ganimedes deliciosos; convendréis en que su goce no os depara ningún disgusto, no tendrá la menor consecuencia: ¡se han portado tan mal con vos!...

Y mientras charlábamos, los bonitos pepones, siguiendo mis órdenes, rodean al español, lo besan, lo acarician, y enderezan a pesar suyo su virilidad vacilante. El hombre es débil, y los devotos más, cuando se les ofrece muchachos. No es posible dudar de la gran analogía que se ve entre los creyentes en Dios y los tontos.

— Monseñor —le digo una vez que todo está en marcha—, os dejo; cuando vuestra esposa esté en situación, vendré a avisaros y, convencido por vuestros propios ojos de sus terribles infidelidades, os preocuparéis menos de las vuestras.

Vuelo hasta la embajadora; acababa de entrar.

— Mirad, señora —le digo poniéndola en el agujero—, ved en qué gasta su tiempo vuestro marido...

Y en efecto, el querido hombre, lejos de sospechar la trampa que se le tendía, seducido por mis palabras, por las bellezas que lo rodeaban, casi desnudo en medio de esos tres guapos muchachos, gozaba ya de los más dulces preludios de la lubricidad sodomita.

— ¡Oh! ¡Hombre execrable! —dice la embajadora—... ya es suficiente. Que se atreva ahora a criticar mi conducta... ¡Ah!, ¡cómo voy a recibirlo! ¡Oh! Juliette, todo esto es terrible... ¡Mis hombres!, ¡mis hombres!, ¡que me vengue, Juliette!, que me vengue con creces.

Y una vez en marcha las lubricidades de la mujer, no pierdo el tiempo para ir a hacérselas observar al marido.

— Mil perdones si os molesto, Monseñor —digo al entrar—, pero ya ha llegado el momento, no quiero que se os escape. Mirad —le digo llevándolo a un agujero diferente de aquel por el que le había visto su mujer—, ved cómo os traiciona.

— ¡Oh cielos! —dice Florella—... ¡Con seis hombres, y encima de qué clase!..., ¡oh!, ¡la criminal!... Juliette, aquí está vuestro dinero; ese espectáculo es como un rayo para mí... no puedo acabar... tened vuestros muchachos... no me habléis jamás de placeres. Ese monstruo envenena mi vida... estoy desesperado.

Poco me importaba que sus lubricidades acabasen o no, su mujer las había visto empezar, y eso era todo lo que me hacía falta. Lo que fue más delicioso para mi maldita cabeza fue que las cosas no quedaron ahí, y mi pe-

pero vuestro hijo no está solo en este terrible complot contra vuestros días: sus dos hermanas también participan, y una de ellas es la que ha ido a pedirme el veneno necesario para cortar el hilo de vuestros días.

— ¡Oh, cielos!, ¡hacéis que me estremezca!

— En el mundo hay verdades terribles: muy penoso es el trabajo de aquellos que se ven obligados a desvelarlas por el amor de la humanidad. Hay que vengaros, señora, y es necesario hacerlo a no más tardar. Os traigo lo que esos monstruos querían daros; usadlo contra ellos al momento: la ley más justa es la del talión. No divulgéis nada, os deshonraría, vengaos en silencio. No existe el menor mal en procurar a los otros el suplicio que intentan infligirnos: seréis loada por toda la gente honrada.

Le hablaba a la mujer más vengativa de Florencia, y yo lo sabía. Coge mis polvos, me los paga. Al día siguiente los mezcla con los alimentos de sus hijos, y como este veneno era muy activo, el hermano y las dos hermanas expiraron a la vez; ocho días después los siguió la madre. Todos estos entierros pasaron por delante de mi puerta.

— Sbrigani —digo mientras los oigo—, fornícame, amigo mío, mientras que inclinada en la ventana mis ojos se quedan prendados en mi obra. Haz brotar rápida y ardentemente un semen que desde hace ocho días hacen hervir los horrores a los que me entrego; es necesario que descargue mientras veo mis fechorías.

Quizás me preguntéis por qué había envuelto a las dos hijas en esta terrible sentencia. Es muy fácil. Eran hermosas como ángeles; desde hacía dos meses había hecho lo imposible para seducirlas, y siempre se habían resistido: ¿se necesitaba más para encender mi ira contra ellas? ¿Y no es acaso la virtud un error a los ojos del crimen y de la infamia?

Fácilmente podéis imaginar, amigos míos, que no me olvidaba de mi lubricidad personal en medio de estas

pérfidas maldades. Dueña de elegir entre los soberbios hombres y las sublimes mujeres que procuraba a los demás, podéis comprender que siempre tomaba lo que más me convenía: pero los italianos la empalman muy mal, y además su salud, siempre sospechosa, me lanzó al safismo. La condesa de Donis era por aquel entonces la mujer más hermosa, más rica, más elegante y más tortillera de Florencia; pasaba públicamente por amante mía y había cierto fundamento en todo esto.

Mme. de Donis era viuda, treinta y cinco años, digna de ser pintada, con un rostro encantador, muy inteligente, llena de gracias. Unida a ella por los lazos del libertinaje y por los vínculos del interés, nos entregábamos juntas a los más extravagantes y monstruosos desenfrenos de la impudicia. Le había enseñado a la condesa el arte de aguzar sus placeres con todos los refinamientos de la crueldad, y la puta, dirigida por mí, era ya casi tan malvada como yo; juntas hacíamos múltiples horrores.

— ¡Oh amiga mía! —me decía un día—, ¡cuántos tipos de deseos infunde la idea de un crimen! La comparo con una chispa que en seguida prende fuego a cualquier cosa combustible que encuentra... cuyos estragos aumentan en razón de los alimentos que halla a su paso, y que termina produciendo en nosotros un incendio que sólo se apaga ya con chorros de semen. Pero, Juliette, debe haber una teoría sobre esto como sobre todo, debe haber principios, reglas... Ardo en deseos de conocerlas. Instrúyeme, ángel mío; ves mis disposiciones, mis inclinaciones; amor mío, enséñame a resolver todo esto.

— Adorable mujer —respondí—, creed que amo lo suficiente a mi alumna para formarla completamente. Prestadme aunque sea un poco de atención, y os desvelaré los principios que me han conducido a donde me veis. Aquí están, mi querida condesa.

¿Cuáles son las precauciones generales que debéis

adoptar cuando deseáis cometer un crimen, abstracción hecha de las precauciones concretas que sólo debe prescribir la naturaleza de los acontecimientos? En primer lugar, elaborad vuestro proyecto unos días antes, reflexionad sobre todas sus consecuencias, examinad con atención lo que podrá seros útil... lo que podría traicionaros, y calculad todo esto con la misma sangre fría que si fuese seguro que vais a ser descubierta. Si se trata de un asesinato, recordad que no hay un solo ser en el mundo lo suficientemente aislado como para que sus allegados no puedan perjudicaros; quienesquiera que sean éstos, lo reclamarán tarde o temprano. Por lo tanto, antes de entregaros, considerad la forma de responderles y de reducirles al silencio. Una vez decidida, actuad sola en tanto que sea posible; si os veis obligada a contar con un cómplice, interesadle de tal forma en vuestro crimen, ligadle tan fuertemente a la acción, que le sea imposible perderos. El interés es el primer móvil de los hombres; por lo tanto, según esto, no dudéis de que si habéis descuidado estas precauciones y el cómplice obtiene provecho en traicionaros... un provecho mayor que el que encuentre en guardar vuestro secreto, no dudéis, digo, que os traicionará, sobre todo si es débil y cree que con la confesión encontrará un medio de tranquilizar su conciencia.

Si debéis sacar algún beneficio de vuestro crimen, ocultad cuidadosamente este interés; no aparezcáis en público preocupada, porque eso os traicionará; se os escaparían palabras involuntarias producto de vuestra preocupación, y una vez cometida la acción se recordarán esas palabras; desde ese momento se convertirán en probabilidades, y muy a menudo en semi-pruebas. Si el crimen cometido ha duplicado vuestra fortuna, no cambiéis en mucho tiempo ni vuestro tren de vida ni vuestras comodidades: a partir de ahí tendrían motivos para buscaros.

perdida si dejáis que tenga alguna fuerza sobre vos; os atormentará, llenará vuestra alma de temores y quimeras, y acabaríais por ser vos misma vuestra delatora. Una vez pesadas y combinadas todas estas cosas a sangre fría (porque deseo que concibáis el crimen en el delirio de las pasiones, incluso os exhorto a ello, pero también quiero que, aunque concebido en la embriaguez, sea tramado en la calma), entonces, echáis una ojeada sobre vos misma, veis lo que sois, lo que podéis; examinad vuestra fortuna, vuestros medios, vuestra influencia, vuestras atribuciones; ved hasta qué punto puede alcanzaros la ley, de qué temple es el escudo que puede protegeros en todo esto; seguid adelante; pero una vez que estéis decidida, no os detengáis. Cuando no tengáis que haceros ningún reproche en lo que a la prudencia se refiere, no os asombréis si sois descubierta. En realidad, ¿qué es lo peor que puede suceder? Una muerte muy dulce y rápida. Mejor que la del lecho; verdaderamente, se sufre menos y se acaba antes; ¡qué importa la deshonra!, no la sentiréis puesto que ya no existís: y un individuo filósofo no se alarma por lo que puede incidir sobre la familia, por la que se preocupa muy poco. ¿Temeréis al que pueda aplastaros, sabiendo que se contenta con infamaros sin quitaros la vida? ¡Qué quimera!... ¿Y qué es el honor? Una palabra vacía de sentido, que en sí misma no es nada... que depende de la opinión de los demás, y que, por esta sola definición, no debe ni halagaros cuando gocéis de él ni alarmaros cuando lo perdáis. Atrevámonos a creer, con Epicuro, que al ser la reputación algo que no depende de nosotros, hay que saber pasar sin ella cuando no nos es posible conseguirla. Por último, recordad que no hay crimen en el mundo, por mediocre que sea, que no aporte un placer mayor al que lo ejecuta que la pena aportada por la deshonra. Y ¿acaso se vive menos por estar mancillado? ¡Y qué me importa si me quedan mi tranquilidad

y mis facultades! En ellas es donde encuentro mi felicidad, y no en una vana opinión que no depende de mí, puesto que todos los días vemos en el mundo a gente sin honor y sin reputación que, sin embargo, encuentran una existencia, una consideración que jamás podrían pretender seres débiles que hayan venerado la virtud toda su vida.

Mi querida condesa, estos son los consejos que daría a una persona ordinaria. Ahora ved cuánto descanso y tranquilidad os aseguran vuestro estado, vuestra gente, vuestra riqueza, vuestra influencia; estáis por encima de las leyes por vuestro nacimiento, de la religión por vuestra inteligencia, de los remordimientos por vuestra sabiduría. ¡Y!, ¡no, no!, no hay extravío cuya idea no debáis acariciar, ninguno en el que no podáis sumergiros ciegamente.

Sin embargo, os diría sin cesar: evitad la apariencia, perjudica siempre sin aportar nada nuevo al placer; os diría: elegid bien a vuestros cómplices, porque no podéis pasaros sin ellos en vuestra situación; pero os los asegura vuestra fortuna: encadenadlos con bondades, y no os traicionarán: además, si se atreviesen como vos, ¿cuántos riesgos tendrían que correr?, ¿no seríais la primera en hacerlos castigar? Por lo tanto, veis que lo que constituye una barrera infranqueable para los demás es casi una alfombra de flores para vos.

Después de haberos largado un sermón, mi bella amiga, quiero indicaros ahora el secreto más bonito para descubriros cuál es el tipo de crimen que mejor va con vuestro temperamento; porque siempre os hará falta para el hecho en cuestión. Sois de un tipo de mujer a la que debe excitar el crimen sin cesar; antes de descubriros mi secreto os explicaré por qué concibo así vuestro temperamento.

Tenéis una sensibilidad excesiva; pero habéis dirigido sus efectos de forma que sólo pueda llevaros ya al vicio.

Todos los objetos exteriores que tengan alguna particularidad irritan prodigiosamente las partículas eléctricas de vuestro fluido nervioso, y la conmoción recibida sobre la masa de los nervios se comunica al instante a los que rodean el centro de la voluptuosidad. En seguida sentís un cosquilleo; esta sensación os agrada, la embellecéis, la renováis; la fuerza de vuestra imaginación os hace concebirla aumentada, con más detalles... la irritación se hace más viva, y así multiplicaríais, si quisieseis, vuestros goces hasta el infinito. Por lo tanto, el objetivo principal es extender, agravar... Os diré algo muy fuerte: una vez que habéis franqueado todas las barreras como lo habéis hecho, una vez que ya no estáis sujeta a nada, tenéis que ir más lejos. Por lo tanto, sólo será ya con los excesos mayores, más execrables, más contrarios a las leyes divinas y humanas, como se encenderá en adelante vuestra imaginación. De esta manera, tened cuidado, porque desgraciadamente los crímenes no se nos ofrecen en razón de la necesidad que tenemos de cometerlos, y la naturaleza, al crearnos almas fogosas, debía habernos dado al menos un poco más de alimento. ¿No es cierto, amiga mía, que ya descubríis en vos deseos muy superiores a vuestros medios?

— ¡Oh!, sí, sí —respondió suspirando la hermosa condesa.

— Conozco ese terrible estado, es la desgracia de mis días; sea como sea, aquí está mi secreto (4). Estad quince días enteros sin dedicaros a lujurias, distraeos, divertíos con otras cosas; pero ni siquiera el día quince deis paso a

(4) Todas las personas que tienen alguna inclinación al crimen ven en este párrafo su retrato; por lo tanto que se aprovechen cuidadosamente de todo lo anterior y de todo lo que le sigue sobre la manera de vivir deliciosamente en el tipo de vida para el que los ha creado la naturaleza, y que se convenzan de que la mano que escribe esta opinión tiene la experiencia de ello.

Una vez inculcados los primeros principios, ya nada debe deteneros. Convengo en que no podréis conseguir esta tranquilidad más que a expensas de los otros; pero la conseguiréis. ¡Y qué importa el prójimo cuando se trata de uno mismo! Aunque la inmolación de tres millones de víctimas no deba procuraros una voluptuosidad más viva que la de hacer una buena cena, por pequeño que fuese este placer en relación con su precio no debéis dudar un momento en dároslo; porque el sacrificio de esa buena cena tendría como resultado una privación para vos, mientras que no os resultaría ninguna de la pérdida de los tres millones de criaturas indiferentes que habría que sacrificar para obtenerla, porque existe una relación, por pequeña que pueda ser, entre la cena y vos, pero no existe ninguna entre vos y los tres millones de víctimas. Ahora bien, si el placer que esperáis de su pérdida se convierte en una de las más voluptuosas sensaciones que podáis hacer sentir a vuestra alma, os pregunto si debéis vacilar siquiera un momento (5).

Todo depende de la total destrucción de esa absurda

(5) Se puede aclarar esta idea diciendo que la buena cena puede producir una voluptuosidad física y que salvar a tres millones de víctimas no produciría más que una voluptuosidad moral, incluso en un alma honrada; lo que establece una gran diferencia entre estos dos placeres, porque las voluptuosidades del espíritu no son más que goces intelectuales que dependen únicamente de la opinión, de tal forma que un alma viciosa no siente los de la virtud, mientras que las voluptuosidades del cuerpo son sensaciones físicas absolutamente separadas de la opinión, sentidas igualmente por todos los seres, e incluso por los animales; de tal forma que la vida salvada a tres millones de hombres no sería más que un placer de opinión, que sólo sentiría un tipo de seres; mientras que la buena cena sería un placer sentido por todo el mundo, y por consiguiente muy superior: de donde resulta que no hay que dudar entre un dulce y el universo entero. Este razonamiento sirve para demostrar las inmensas ventajas del vicio sobre la virtud.

dáveres y en su sangre donde coronemos nuestros últimos placeres.

Mme. de Donis, que no había dejado de masturbarse mientras me hacía la confesión, se desvaneció al descargar. Extraordinariamente excitada yo misma por lo que acababa de oír, me costó un gran trabajo hacerla volver en sí; me abrazó en cuanto abrió los ojos.

— Juliette —me dice—, te he contado horrores; pero, por el estado en que me han puesto, puedes ver el efecto prodigioso que tienen sobre mis sentidos... Estoy muy lejos de arrepentirme de lo que te he dicho; ejecutaré lo que he concebido, y sin demora: es preciso que esta infamia ocupe mañana nuestro día...

— Hermosa y deliciosa amiga —digo a esta mujer encantadora—, ¡no temáis, y me enorgullezco de ello, encontrar un censor en mí! Estoy muy lejos de censurar vuestras ideas, pero exijo de ellas algunos refinamientos y episodios. Me parece que podrían añadirse cosas deliciosas a todo eso. ¿De qué manera pretendéis que vuestras víctimas derramen sangre sobre nosotras? ¿Acaso no es esencial, para completar nuestro goce, que corra sólo por los más violentos suplicios?

— ¡Ah! —me respondió vivamente la condesa—, ¿acaso crees que mi perversidad no los ha concebido ya... dispuesto todo? Quiero que esos suplicios sean tan largos como terribles, quiero embriagarme con sus execraciones durante diez horas seguidas, quiero que descarguemos veinte veces una sobre otra, alimentándonos con los gritos de las víctimas, alimentándonos con sus lágrimas. ¡Ah! ¡Juliette! —prosiguió esta mujer, ya transportada masturbándome con tanto ardor como ponía para ella misma—, todo lo que mi alma desahoga en la tuya no es más que el fruto de tus consejos... de tus instrucciones. ¡Cuánto derecho a tu indulgencia me da esta verdad!... Escucha, Juliette, ya que he llegado al punto de abrirme a ti sobre

de un año, vuestra querida Fontange gozará de la suerte a que la destináis. Pero en este momento, amor mío, ocupémonos, te lo suplico, únicamente de la ejecución proyectada: no podéis imaginar cómo me enfría la virtud cuando mi alma está entregada al crimen.

— ¡Ah!, Juliette —me dice Mme. de Donis—, ¿acaso censuras esta buena acción?

— No —me apresuré a responder, y tenía mis razones para apresurarme—, no, ciertamente, no censuro nada, pero me gustaría que separásemos dos cosas tan distintas.

— ¡Pues bien! —me respondió la condesa—, no nos ocupemos más que de lo que acaba de producirme un efecto tan prodigioso. Me has prometido algunos detalles, Juliette, tengo algunos en la cabeza, comuniquémonos nuestras ideas: quiero ver si nuestras imaginaciones se corresponden.

— Y bien —digo—, en primer lugar es preciso que la escena sea trasladada al campo; las lujurias crueles sólo son buenas allí; el silencio y la tranquilidad de que se goza en él no se encuentran en ninguna otra parte; a continuación, hay que añadirle a todo eso algunos detalles lujuriosos... ¿Aglaré es virgen?

— Claro.

— Es necesario que se inmolen sus primicias en los altares del asesinato; que sus dos madres la presenten al sacrificador, es preciso...

— ¡Ah!, ¡que los suplicios sean terribles! —interrumpió bruscamente la condesa.

— Indudablemente, pero no los dispongamos ahora; que las circunstancias nos den la idea: serán mil veces más voluptuosos.

El resto de la noche transcurrió en lo más refinado que puede tener el safismo. Nos besamos, nos chupamos, nos devoramos; ambas, armadas con consoladores, nos embestimos con los golpes más terribles. Y habiéndolo

ellos, dos bonitas muchachas a mi disposición, y, además, el asesinato refinado de una mujer con la que me he masturbado el suficiente tiempo para estar cansada de ella. En cuanto a la vieja, ¡oh!, que pase por ello, nada más simple; pero concedamos la gracia, al menos hasta nueva orden, a esta dulce y encantadora criatura de la que todavía no estoy hastiada.

Estas ideas, muy aplaudidas por mi esposo, al que di parte de ellas, nos hicieron tomar la decisión de ordenar al instante a mis mujeres que desapareciesen en seguida con nuestras riquezas, y que nos esperasen en Roma, adonde debíamos ir al dejar Florencia. Nuestros deseos fueron ejecutados con toda la exactitud y puntualidad que cabía esperar de dos mujeres que me eran tan adictas como Elise y Raimonde. Desde ese mismo día, convencí a Mme. de Donis de que para la seguridad y perfección de la obra que meditaba se hacía indispensable que hiciese volver a toda su gente y que, por el contrario, ordenase traer a su casa de campo todas sus posesiones en oro y joyas, a fin de tener al menos este recurso si nos ocurría alguna desgracia en la ejecución de nuestro proyecto. Convencida de la pérfida cordura de estas precauciones, Mme. de Donis, que no sospechaba las que yo tomaba por mi parte, quiso informar a todos sus amigos de que se iba a Sicilia y que se despedía de ellos por seis meses. Y como no conservó más que a la vieja ama de la que acabo de hablar, la imprevisora criatura se entregó completamente a nosotros... Era imposible caer mejor en la trampa que la tendíamos para perderla. El segundo día todo estaba en orden ya, y la condesa tenía con ella seiscientos mil francos en objetos, una cartera con dos millones y tres mil cequíes en metálico; por toda defensa, una vieja; mientras que yo tenía, independientemente de Sbrigani, dos vigorosos criados para ayudarnos.

Una vez dispuestos los preparativos, como yo me di-

vertía infinitamente con la idea de hacer cometer a la hija el crimen del que la madre quería hacerle víctima, animé a la condesa a que descansáramos tres o cuatro días antes de emprender nada, y que pospusiese al viernes nuestra expedición.

— Utilicemos el engaño y la coerción —le digo—. Puesto que estamos en vísperas de perder a esta encantadora Aglaé, que me habéis hecho conocer para separarme de ella en seguida, dejadme que al menos pase con vuestra hija las dos o tres noches que deben preceder a nuestras operaciones.

La condesa tenía tal ceguera conmigo que nada en el mundo podía abrirle los ojos. Estos son los errores en que caen casi siempre aquellos que meditan fechorías: cegados por sus pasiones, no ven más que éstas, y convencidos de que sus cómplices tienen tanto interés o placer en compartir las acciones de que se trata, cierran absolutamente los ojos a todo lo que puede alejar o enfriar a los otros del proyecto que les embriaga. Mme. de Donis se avino a todo; Aglaé recibió la orden de aceptarme en su cama, yo me aproveché desde esa misma noche. ¡Oh amigos míos, cuántos encantos! No imaginéis que sea entusiasmo ni metáfora, pero realmente no exagero cuando os aseguro que Aglaé habría podido servir ella sola de modelo a aquel que ni siquiera encontró en las cien mujeres más hermosas de Grecia las suficientes bellezas para componer la sublime Venus que yo había admirado en la casa del gran duque. Jamás, no, jamás había visto yo formas tan deliciosamente torneadas, un conjunto tan voluptuoso y partes aisladas tan interesantes; nada más estrecho que su bonito coño, nada tan rollizo como su encantador culito, nada tan fresco, tan bien moldeado como su pecho, y ahora puedo juraros, fríamente, que Aglaé era la criatura más divina que hubiese festejado hasta entonces. Apenas descubrí sus encantos los devoré a cari-

— Entonces esa es la causa de la distancia que me muestra desde hace un tiempo, sus tratos...

— ¿Qué trato habéis recibido de ella?...

Aglaé me confesó que su madre, cruel en el placer, la atormentaba, la abofeteaba, la fustigaba, y le decía las cosas más duras. Teniendo curiosidad por saber hasta qué punto había llevado la Donis el desorden y el extravío en las voluptuosidades que se había permitido con su hija, descubrí que exigía de esta niña una de las desviaciones libidinosas cuya repugnancia apresura su violencia. Sensible a todos los tipos posibles de libertinaje, esta madre impúdica no tenía ya más goce que el de hacerle cagar en su boca, y ella se lo tragaba.

— Amor mío —digo a esta joven—, tendríais que haber sido más comedida en los favores que habéis concedido a vuestra madre; una excesiva complacencia ha engendrado la saciedad: ya no hay tiempo, ha llegado la hora, ahora sólo es cuestión de prevenirla.

— Pero ¿cómo escapar?

— No se trata de escapar. No os propongo que paréis el golpe, Aglaé, os aconsejo que lo llevéis a cabo vos misma.

Yo gozaba verdaderamente con la maldad que cometía; porque, en el primer caso, sólo servía a la pasión de una criminal; en este, seducía a una joven de natural dulce y virtuoso; la impulsaba al parricidio, y por muy merecido que se lo tuviese la madre, ¿no era de todos modos un crimen?, además, la traición a mi amiga me divertía asombrosamente.

Aglaé, débil, delicada y sensible, no pudo soportar el golpe, y la pobre desgraciada no supo más que llorar y precipitarse a mi pecho ante esta terrible propuesta.

— Hija mía —le digo con vehemencia—, no son lágrimas lo que se precisa en este caso, sino resoluciones. Mme. de Donis ya no es para vos más que una mujer ordinaria

con el espectáculo; ni el estado de su abuela ni el de su madre la ablandan: yo había tenido la astucia de darle a entender que la condesa había actuado en todo esto siguiendo las instigaciones de la vieja... Y empezó el suplicio.

Seguí la idea de la condesa; pero en lugar de ser la agente, la desgraciada fue paciente. Tumbadas su hija y yo en el fondo de una bañera, y mientras nos masturbábamos, Sbrigani nos regaba con la sangre de las dos madres; la hacía correr por mil llagas diferentes. Puedo decir en honor de Aglaé que su valor y firmeza no decayeron ni un momento; pasando con rapidez del placer al éxtasis, el fin de la operación fue el único límite de su delirio, y la escena fue larga. No es posible imaginarse los refinamientos que inventó Sbrigani para prolongar los suplicios; el monstruo los coronó sodomizando a sus víctimas: expiraron bajo su cuerpo.

— Ya somos los dueños de la casa —digo a mi bárbaro esposo en cuanto hubo acabado todo—; alejémonos rápidamente, no hay tiempo que perder. Aglaé, comprenderéis ahora el objeto de mi crimen; amiga de vuestra madre, no hacía más que compartir sus riquezas: ahora son mías. Los fuegos que habéis encendido en mi corazón no se han extinguido: conocéis a Elise y a Raimonde, os uniré a ellas. Pero, como ellas, tendréis que prostituiros a las más pequeñas necesidades, a los más débiles caprichos de la sociedad, tendréis que engañar, robar, seducir, en una palabra, como nosotros, cometer todos los crímenes que exijan nuestros intereses: o esto, o el abandono y la miseria; elegid.

— ¡Oh!, mi querida amiga, no te abandonaré jamás —exclamó esta niñita con lágrimas en los ojos—, no es mi situación lo que me fuerza a ello, sino mi corazón, soy toda tuya.

Mi esposo, todavía muy encendido, no veía sin emo-

ción esta escena de ternura; sus ojos y su pito me dieron a entender que quería fornicar, y pronto me lo confirmaron sus palabras.

— ¡Santo Dios! —me dice—, siento remordimientos por el crimen que acabo de cometer, y sólo la violación de la hija puede consolarme del asesinato de sus madres: concédemela, Juliette.

Y sin esperar mi respuesta, el libertino, que la tenía totalmente empinada, cogió a la puta y la desvirgó. En cuanto los muslos están teñidos de la sangre que sale de este joven coño, el italiano da la vuelta a la medalla y en tres embestidas está en el culo.

— Juliette —me dice mientras entra y sale—, ¿qué haremos ahora con esta cosa? Sólo las primicias de esta muchachita habrían podido darnos pasta; ya están recogidas: ¿de qué puede servirnos ahora la puta? Esta cosa no tiene ni gracia ni carácter (y seguía fornicando), Juliette, créeme, juntemos lo que la naturaleza había unido, que no exista ya más familia. ¡Cuántos detalles excitantes puede ofrecernos el asesinato de esta niña! ¡Oh!, joder, estoy a punto de descargar.

Y en ese momento, lo confieso, amigos míos, mi ferocidad natural lo llevó a otras consideraciones; el consejo de Sbrigani me había emocionado; el bribón lo sabía, y la sentencia de Aglaé fue firmada al instante con semen.

— Vais a seguir a vuestros padres —le digo—, nos excitamos ante la idea de haceros morir, y criminales como nosotros no tuvieron jamás otras leyes que las de sus pasiones.

La entregamos a nuestros criados a pesar de sus súplicas y sus lágrimas; y mientras los bribones la sometían a todas sus fantasías, Sbrigani me hacía probar lo más excitante de la lujuria. Nuestros criados pasan pronto de los placeres a las brutalidades; insultando sin delicadeza

alguna al objeto que acababan de incensar, pasan de las injurias a las amenazas, de las amenazas a los golpes... Y yo no vengaba a Aglaé: sus bonitas manecitas, levantadas hacia mí, me imploraban, yo ya no escuchaba. La infortunada parecía recordarme tácitamente nuestros secretos placeres, y rogarme que escuchase de nuevo el sentimiento que entonces me guiaba: yo permanecía sorda. Increíblemente excitada por Sbrigani, que me enculaba mientras, lejos de apiadarme del destino de esta desgraciada, me convertía a la vez en su acusadora y su verdugo.

— ¡Azotadla! —digo a mis criados—, ensangrentad ese bonito culito que tanto placer me ha dado.

Estaba tendida sobre una estrecha banqueta, unas correas sujetaban su cuerpo, y su cabeza, muy elevada por un collar de hierro, se ofrecía a los besos con que yo cubría su boca mientras presentaba el culo a Sbrigani, que me sodomizaba mientras la vieja lo fustigaba. Con cada una de mis manos meneaba el pito de los criados, quienes, armados cada uno con un látigo, desgarraban a placer todas las partes del trasero de nuestra interesante víctima. Descargué dos veces en esta escena, y cuando vi las rosas de esas encantadoras nalguitas marcadas de tal forma que no se distinguía ya, sobre el satén de esa piel tan fresca, más que heridas y moratones, la hice colgar por el pelo de una araña; después, separando sus dos piernas mediante cordones, hice que los atasen a las dos puntas del salón, y yo misma la fustigué en esta postura, en las partes más delicadas del cuerpo y principalmente en el interior del coño. Nunca he visto nada tan agradable como lo saltos convulsivos de esta pobre niña mientras la zurraba de esta manera; tan pronto se echaba hacia atrás para evitar mis golpes de delante, como hacia delante para evitar los de detrás; no había una sacudida que no le costase un puñado de pelo. Y ya descargaba yo como una zorra ante las convulsiones de esta infortunada, cuando

una idea deliciosa vino a perfeccionar mi delirio: era demasiado del gusto de Sbrigani para que no la ejecutásemos al momento. Desenterramos los cadáveres de las dos madres, los ponemos hasta medio cuerpo en los agujeros; frente a ellos colocamos a Aglaé, enterrada sólo hasta el pecho, y enfrente de este terrible espectáculo la dejamos expirar lentamente. Un pistoletazo nos liberó del ama; y cargados con riquezas inmensas, Sbrigani, nuestros dos criados y yo, ganamos rápidamente la capital de los Estados cristianos, donde encontramos a nuestras dos muchachas, que habían llegado igualmente con el resto de nuestros bienes, en la dirección que habíamos convenido en Florencia.

— ¡Oh Sbrigani! —exclamé al entrar en Roma—, ¡he nos por fin aquí, en esta soberbia capital del mundo! ¡Cómo me gusta establecer el curioso paralelo que hay entre la Roma antigua y la Roma moderna! ¡Con qué desprecio voy a ver las estatuas de Pedro y María en los altares de Bellona y Venus! Ninguna idea como esta para exaltar mi imaginación. Pueblo embrutecido por la superstición —proseguí, buscando en el rostro de los nuevos romanos algunos rasgos de esos antiguos dueños del globo entero—, ¡hasta qué punto ha llegado a degradaros la más infame... la más repugnante de las religiones! ¿Y qué dirían los Catones, Brutos, si viesen a los Julios, los Borgia, pisotear insolentemente las augustas cenizas que confiadamente dejaron estos héroes del mundo a la respetuosa admiración del universo?

A pesar del juramento que había hecho de no entrar en ninguna iglesia, al llegar a Roma, no pude contener el deseo de visitar la de San Pedro. Ese monumento, hay que convenir en ello, está no sólo por encima de todas las descripciones, sino que incluso es superior a todo lo que puede concebir una fértil imaginación. Pero esta parte del espíritu del hombre se aflige al ver que se hayan ago-

Dos días después aparecí en la casa del cardenal Albani, el mayor libertino del sagrado Colegio, y que desde el primer día quiso que su pintor me pintase desnuda para adornar su soberbia galería.

A continuación, la casa de la duquesa de Grillo, mujer encantadora, ridículamente sacrificada al esposo más desabrido, y con la que me volví loca en cuanto la vi.

Mis conocimientos particulares se limitaron a esta gente, y en este círculo delicioso me veréis renovar todos los extravíos de mi juventud... de mi juventud, sí, amigos míos, puedo servirme de esta expresión ya que entonces entraba en mi año veinticinco. Sin embargo, no tenía que quejarme de la naturaleza; lejos de degradar mis rasgos, les había dado ese aire de madurez, energía, negado en general a la tierna edad, y puedo decir sin modestia que si hasta entonces había pasado por bonita, ahora podía pretender, en justicia, la más extrema belleza. La delicadeza de mi talle se había conservado perfectamente, mi pecho, siempre fresco y redondo, se había sostenido maravillosamente. Mis nalgas, altas, y de un agradable frescor, no se resentían de los excesos de lujuria a los que me había entregado; cierto que su agujero era un poco ancho, pero con un hermoso color moreno rojizo, sin pelos, y que siempre se ofrecía para atraer lenguas; mi coño tampoco era muy estrecho, pero con coquetería, esencias y habilidad, recuperaba el estallido de las rosas y de la virginidad. Respecto a mi temperamento, que adquiriría fuerza con la edad, era verdaderamente excesivo, y siempre a las órdenes de mi cabeza: una vez en funcionamiento, era imposible agotarlo. Pero, para encenderlo con mayor seguridad, empezaba a desear el vino y los licores, y una vez que mi cabeza estaba embriagada, no había exceso a que no me entregase; también utilizaba opio y otros estimulantes del amor, cuyas indicaciones había recibido en casa de la Durand, y que en Italia se

que no tenía más de ocho pulgadas de altura totalmente cubierto de cojines; unos espejos, multiplicados hasta el infinito, acababan de hacer a esta habitacioncita uno de los más bonitos templos que Venus tenía en Italia. Las muchachas se retiraron en cuanto encendieron varios quinqués con aceite oloroso, y cuyas llamas ocultas con gasas verdes no podían dañar la vista.

— Amor mío —me dice la princesa—, llamémonos por nuestros nombres de pila: aborrezco todo lo que me recuerda mis lazos del himeneo. Olympe es el nombre de mi infancia, no me llames de otra forma; por mi parte, sólo te llamaré Juliette, ¿me lo permites, no, angel mío?

Y un beso ardiente vino a imprimirse en mis labios.

— Querida Olympe —digo cogiendo a esta criatura encantadora en mis brazos—, ¿qué no te permitiría a ti? ¿Acaso la naturaleza, al crearte con tantos encantos, no te ha dado un derecho sobre todos los corazones, y acaso no debes seducir necesariamente a todos los seres a los que quema tu mirada?

— Eres divina, mi querida Juliette, ¡bésame mil y mil veces! —me dice Olympe dejándose caer sobre la otomana—... ¡Oh mi más tierna amiga!, presiento que vamos a hacer muchas cosas juntas... Pero temo abrirme a ti, ¡soy tan libertina!; puedes creerme, alma mía, te adoro; pero no es el amor lo que me inflama: no conozco el amor en lujuria, sólo adopto la lubricidad.

— ¡Oh cielos! —exclamé—, ¿es posible que a quinientas leguas de distancia la naturaleza haya creado almas tan parecidas?

— ¡Qué! Juliette —me respondió vivamente Olympe—, ¿tú también eres libertina? ¡Nos masturbaremos sin amarnos, descargaremos como zorras sin pudor, sin delicadeza, introduciremos terceros en nuestros placeres!... ¡Ah!, ¡te voy a comer, ángel mío, te besaré miles de veces! Es la saciedad lo que nos lleva a esto, es la cos-

— Juliette —me dice la princesa—, siéntate frente a mí; estas cinco muchachas te rodearán y te harán eyacular tu semen con las más amorosas caricias, con las posturas más lascivas; yo te veré descargar, es todo lo que quiero. No te imaginas el placer que experimento viendo a una mujer bonita embriagada; yo me masturbaré entretanto, dejaré que mi cabeza vague, y te aseguro que llegará muy lejos.

La propuesta era demasiado hermosa para mi lubricidad como para que me negase. Olympe dispuso los grupos; una de estas bonitas muchachas, arrodillada sobre mí, me hacía chupar su bonito coño; yo estaba sujeta por una especie de cinchas blandas cubiertas de satén negro, mis nalgas descansaban sobre el rostro de una segunda, que me lamía el agujero del culo; la tercera, tumbada encima de mí, me masturbaba mientras yo acariciaba a cada una con una mano; frente a este espectáculo, Olympe que lo devoraba con la vista, tenía en la mano un cordón de seda unido a las cinchas de las que yo estaba suspendida, y moviendo este cordón con suavidad, me imprimía un movimiento activo y retroactivo que multiplicaba los lengüetazos que yo daba y recibía, y que les confería un increíble aumento de voluptuosidad con este delicioso movimiento. Creo que en mi vida había gozado de tanto placer. Hasta ese momento yo ignoraba el aumento de voluptuosidad que me preparaba Olympe, y entonces una música deliciosa se dejó oír, sin que fuese posible distinguir de dónde procedía. Dejándome llevar por las quimeras del Corán, me creí transportada a su paraíso, y allí rodeada por las huríes que promete a los fieles, creí que sólo me acariciaban para sumergirme en los últimos excesos de la más deliciosa lubricidad. Los movimientos que me comunicaba Olympe se hicieron entonces cadenciosos; yo estaba en las nubes y sólo existía por el profundo sentimiento de mi lujuria. Al cabo

de una hora de éxtasis, Olympe se puso en el columpio, rodeada como yo por las cinco muchachas. Deliciosamente emocionada por la música, que cambiaba a cada instante los tiernos fragmentos que nos embriagaban, la masturbé durante cinco cuartos de hora seguidos en esta voluptuosa máquina; después de un rato de descanso cambiamos de placeres.

Tumbadas ambas en el suelo, sobre la pila de cojines que cubrían el suelo de este encantador cuarto, pusimos en medio a la muchacha más bonita. Nos masturbaba a cada una con una mano; otras dos, colocadas entre nuestras piernas, nos acariciaban, y las dos últimas, a caballo sobre nuestros pechos, nos ofrecían sus coños para chuparlos: de esta forma nos sumergimos durante cerca de una hora en el más voluptuoso éxtasis. A continuación cambiaron las muchachas: masturbamos a las que acababan de chuparnos, y las que acababan de ser masturbadas por nosotras nos masturbaron a su vez. Seguía la música; Olympe me preguntó si quería que entrasen los músicos.

— Encantada —respondí—, me gustaría que el universo entero me viese en el estado de embriaguez en que me encuentro.

— ¡Oh, querida, querida! —me dice Olympe besando mi boca ardorosamente—, eres una puta, te adoro; así me gustaría que fuesen todas las mujeres. Qué imbéciles son las que no lo sacrifican todo a sus placeres: ¡ah!, ¡cuán estúpidas son las que pueden tener otros dioses distintos de Venus... otras costumbres que las de prostituirse constantemente a todos los sexos, a todas las edades, a todas las criaturas vivas! ¡Oh Juliette!, la más santa de las leyes para mi corazón es el puterío; no respiro más que para derramar semen; no conozco ni otras necesidades ni otros placeres: me gustaría ser prostituta, pero serlo por por muy poco dinero. Esta idea me vuelve loca hasta un

punto inexplicable. Quiero que me muestren libertinos con gustos difíciles; quiero verme obligada a utilizar mil recursos para reanimarlos; quiero ser su víctima; que hagan conmigo lo que quieran... lo soportaría todo... incluso tormentos...

Juliette, prostituyámonos... vendámonos... entreguémonos... seamos putas en todas las partes de nuestro cuerpo... ¡Ah!, joder, ángel mío, se me va la cabeza; semejante al corcel fogoso, me introduzco yo misma el dardo que me destruye; vuelo hacia mi perdición, lo sé... es infalible... y la hago frente. Estoy casi indignada por la influencia y las prerrogativas que favorecen mis extravíos; me gustaría que estuviesen todas bajo tierra; me gustaría que pudiesen arrastrarme, como la última de las criaturas, a la suerte a las que las lleva su abandono... ¿Crees que entonces temería esa suerte?... No, no, fuese la que fuese correría hacia ella sin miedo... Incluso el cadalso sería para mí el trono de las voluptuosidades, haría frente a la muerte en él, y descargaría gozando del placer de expirar víctima de mis fechorías y de aterrorizar un día al universo. A esto es a lo que he llegado, Juliette, aquí es donde me ha conducido el libertinaje, aquí es donde quiero vivir y morir, hago el juramento en tus manos, te quiero lo bastante para confesártelo. ¿Hay algo más que decir? Siento que estoy a punto de lanzarme a un extravío espantoso; todos los prejuicios se diluyen ante mi vista, todos los frenos se rompen ante mí; me decido por los mayores extravíos, la venda cae: veo el abismo, y me lanzo a él con placer. Pisoteo ese honor quimérico, al que las mujeres inmolan su felicidad imbécilmente, sin que nada las compense de los sacrificios ofrecidos. El honor reside en la opinión, pero la opinión que hace feliz es la de uno mismo y no la de los demás. ¡Seamos lo bastante sabios para despreciar esa opinión pública, que en nada depende de nosotros, lo bastante clarividentes para destruir el sen-

timiento imbécil que no nos lleva a la felicidad más que mediante privaciones, y pronto veremos que es posible vivir tan felices convertidos en el objeto del desprecio universal como bajo las tristes coronas del honor! !Oh compañeras mías del libertinaje y del crimen, reíros de ese vano honor como del más vil de todos los prejuicios!, ¡un extravío del espíritu, un goce, vale mil veces más que todos los falsos placeres que da el honor! ¡Ah!, algún día sentiréis, como yo, hasta qué punto se perfeccionan las voluptuosidades cuando se ha desechado esta quimera y, como yo, gozaréis tanto mejor cuanto más completamente la hayáis despreciado.

— Adorable criatura —le respondí a Olympe (hermosa como la aurora en ese momento de efervescencia)—, con la inteligencia... con las disposiciones que demuestras, llegarás muy lejos algún día, y sin embargo temo que todavía no estés en el punto que desearía. Quizás admitas todos los extravíos de la lubricidad, pero no creo que conozcas... que concibas siquiera todavía todos aquellos que pueden derivarse de ella. Aunque tenga algunos años menos que tú, lanzada a una carrera infinitamente más disipada, posiblemente tenga más experiencia. ¡Y!, no, no, querida Olympe, no, tú no sabes a dónde conducen los crímenes de la lujuria; estás muy lejos de admitir los horrores a los que pueden arrastrarte tus fechorías.

— ¿Horrores?... —interrumpió vivamente Borghèse— ¡Ah!, creo que no te voy a la zaga en un tema que parece serte tan esencial. Envenené a mi primer marido, la misma suerte le espera al segundo.

— Deliciosa mujer —exclamé tomando en mis brazos a Olympe—, ahí es donde yo quería verte; pero ese crimen cometido, ese otro crimen proyectado, son crímenes necesarios, y los que yo exigiría de ti serían crímenes gratuitos. ¡Y!, ¿acaso no es el crimen suficientemente delicioso en sí mismo para cometerlo sin ningún objeto?,

¿se necesitan pretextos para cometerlo? ¿Y la sal con que está impregnado no basta para agudizar nuestras pasiones? Angel mío, no quiero que haya una sola sensación en el mundo que no hayas experimentado; con el tipo de cabeza que tienes, me sentiría desolada sabiendo que existe un tipo de placer que no te hayas procurado. Convéncete de que no hay en el mundo nada que no haya sido hecho, que no se haga todos los días, y sobre todo nada que pueda contrariar las leyes de una naturaleza que sólo nos inspira el mal cuando necesita que lo hagamos...

— Explícate, Juliette —me dice Olympe totalmente emocionada—...

— ¿Qué sentimiento quemaba tu alma —respondí— cuando hiciste morir a tu marido?

— Venganza... repugnancia... aburrimiento, ardiente deseo de romper todos mis frenos.

— ¿Y no hablaba la lubricidad en todo esto?

— No se me ocurrió planteármelo, no se hizo oír.

— ¡Y bien!, si alguna vez cometes crímenes semejantes, atrévete a planteártelo cuando actúes. Que la llama del crimen se encienda con la de la lubricidad; une ambas pasiones y verás lo que obtienes de las dos juntas.

— ¡Oh!, Juliette, la chispa que acabas de encender en mi alma la electriza: con una sola palabra has conseguido despertar mil ideas... ¡Ah!, no era más que una niña, no había concebido nada, ahora me lo demuestras.

Entonces expliqué a Mme. de Borghèse todo lo que podía sacar un ser libertino de la unión de la crueldad y de la lujuria, y sobre este tema le desarrollé todos los sistemas que ya conocéis, amigos míos, y que tan bien habéis puesto en práctica. Me comprendió a las mil maravillas, su cabeza se extravió, y la zorra me juró que no nos separaríamos sin haber ejecutado juntas algunos de esos voluptuosos horrores.

— ¡Oh amor mío! —me dice llena de fuego—, lo sé:

los caminos estaban vacantes, bien fuese el del culo o el del coño, introducía su lengua y lamía durante un cuarto de hora: aquel cuya plaza había ocupado la jodía entonces. Siempre más diligente que ella, yo estimulaba el celo de los combatientes con enérgicas palmadas en las nalgas, o bien jugueteaba con sus cojones, chupaba su boca, lengüeteaba en la de las muchachas, polucionaba su clítoris. En una palabra, no había nada que yo no inventase para precipitar la emisión del semen, y lo decidí en casi todos. Pero era en mi culo donde se eyaculaba: no dejaba que las muchachas gozasen de mi trabajo, y era sólo por interés personal por lo que parecía inflamar a sus amantes.

Una vez acabada esta escena, propuse la siguiente. Se trataba de tumbarse boca abajo sobre la boca de una de las jóvenes, que nos masturbaría, de masturbar a otra ante nosotras, y presentar las nalgas a los diez jóvenes que, servidos por la quinta muchacha que no utilizábamos nosotras, nos enricularían alternativamente. Olympe, a quien yo no había creído tan libertina, no cambió más que una cosa en este cuadro: quería besar un culo en lugar de chupar un coño, y la puta, por sí misma y sin consejo alguno, llena de ideas, mordió tan vivamente el culo que sangró. Yo no me contuve y agarrando las tetas de aquella a la que masturbaba el coño, las apreté de tal forma que la hice soltar gritos. En ese momento, Olympe descargó.

— ¡Ah!, ya te tengo, bribona —le digo—, empiezas a ver el placer que hay en la conmoción del dolor impuesto sobre los demás; estoy orgullosa de poderte llevar bien pronto mucho más lejos.

Después de haber sido enculadas diez veces seguidas, presentamos el delantero. Una muchacha, arrodillada sobre nuestra cabeza, nos hacía besar a la vez su coño y sus nalgas; una segunda nos acariciaba con las dos manos

día añadir a los encantos que me había prestado la naturaleza; era imposible, me atrevo a decirlo, estar más hermosa y más elegante.

Si no temiese interrumpir mis relatos, sin duda os haría una descripción de esta casa de campo encantadora que puede verse en el extremo de Europa y que quizás es el lugar de Roma que encierra antigüedades más preciosas. Tendría que pintaros esos jardines en terrazas, los más frescos, los más cuidados, los más agradablemente diseñados de toda Italia. Pero, como tengo menos interés en narraros detalles descriptivos que en transmitir hechos, pasaré en seguida a los acontecimientos, segura de no disgustaros por hacer un inciso para los unos en apoyo de los otros.

Confieso que mi asombro fue enorme cuando vi a la princesa Borghèse entrando en casa del cardenal Albani. ¡Charlaba con Bernis en el vano de una ventana!, ambos se interrumpieron para venir a mi encuentro en cuanto me vieron.

— ¡Cuán hermosa es! —dice Olympe—... Cardenal —continuó dirigiéndose al viejo Albani, que no dejaba de mirarme—, ¿estaréis de acuerdo en que no tenemos una mujer más hermosa en Roma?

— Nada más cierto —dijeron a la vez los dos cardenales.

Y nos retiramos.

La costumbre de los italianos, para aprovechar mejor el frescor, es poner en la parte más alta de sus casas las habitaciones que más utilizan: este aire —dicen con razón— es necesariamente más puro y mucho más ligero. No hay nada más elegante en el mundo que los apartamentos superiores de la Villa Albani; unas gasas dejan circular el aire e impiden el paso a los insectos que hubiesen podido turbar los voluptuosos proyectos cuyas intenciones me anunciaba todo aquello que veía.

En cuanto estuvimos instalados, Olympe se acercó a mí.

— Juliette —me dice—, recomendada a los dos cardenales que ves aquí por cartas del duque de Toscana muy parecidas a las que me trajiste de este príncipe, no te ocultaré que han querido saber quién eras... cuáles eran tus costumbres... tu carácter... Infinitamente ligada a esta gente, y conociéndonos ya como nos conocemos los dos, creí que no debía ocultarles nada; se lo he contado todo, y no te imaginas hasta qué punto les he vuelto locos. Te desean; entrégate, por favor: la influencia de estos personajes ante el Papa es enorme. Ambos constituyen el puente de las gracias, de los favores; sólo mediante ellos se obtiene algo en Roma. Por muy buena que sea la situación en que estés, siete u ocho mil cequíes no pueden perjudicarte; con frecuencia se es bastante rica para vivir, pero jamás se es suficiente para las fantasías, sobre todo para gente como nosotras. Imítame, con frecuencia he recibido dinero de ellos, y sigo recibiendo aún. ¡Y!, las mujeres están hechas para ser fornicadas, también lo están para ser apoyadas, y nunca debemos rechazar la ocasión de un presente. Bernis y su compañero tienen además una manía singular, no gozan de ningún placer si no lo pagan; estoy segura de que lo comprendes. Te exhorto además a la más absoluta complacencia; se necesita con libertinos semejantes; sólo a fuerza de habilidad se pueden reanimar sus deseos; ni una restricción, da el todo por el todo, yo te daré ejemplo: es absolutamente necesario que pierdan el semen, y no debemos descuidar nada para conseguirlo. Estáte atenta a hacer todo lo que en general pueda llevarnos a ese fin.

Este discurso me asombró, lo confieso. No hubiese producido ese efecto en mí si hubiese conocido mejor las costumbres romanas. Sea como fuese, me sorprendió, no me repugnó, y yo había pasado por suficientes pruebas

como para no espantarme de ésta. En cuanto Bernis se dio cuenta de que estaba al corriente, se acercó a mi oído.

— Sabemos que sois encantadora —me dice—, muy inteligente y sin prejuicios: Leopoldo nos lo ha escrito todo, Olympe no ha sido mucho más reservada. Por lo tanto, Albani y yo creemos que no os haréis la mojigata con nosotros, y como primera prueba os pedimos que os mostréis tan zorra como de hecho lo sois, porque una mujer no es verdaderamente amable más que en tanto es puta. Me confesaréis que sería muy tonta si cuando la naturaleza le da el gusto por los placeres, no buscase con sus encantos tantos admiradores como hombres puede encontrar sobre la tierra.

— Amable chantre de Vaucluse —respondí para demostrarle que conocía sus encantadoras poesías— que supisteis dar rienda suelta al libertinaje con un arte que hacéis adorarle en cuanto se os ha leído (7), tendría que tener yo muchas más virtudes de las que creo que tengo para resistirme a los que se me parecen. Y dándole la mano con afectación: ¡Ah!, creed —le digo— que soy vuestra para toda la vida, y que siempre encontraréis en mí a una discípula, digna del gran maestro que tiene a bien galantearla.

La conversación se hizo general y pronto la animó la filosofía. Albani nos enseñó una carta de Bolonia, en la que se le informaba de la muerte de uno de sus amigos que, aunque ocupaba uno de los primeros puestos en la Iglesia, habiendo vivido siempre en el libertinaje, no había querido convertirse ni siquiera en sus últimos momentos.

— Vos lo conocisteis —le dice a Bernis— nunca hubo forma de convertirlo: conservando su cabeza y su carácter hasta el último momento, ha entregado la vida en bra-

(7) Ved sus *Poesías*, tomo I, página 28, última edición.

dad? Hubo un tiempo en que nadie quiso creer en la existencia de los antípodas; se perseguía a los que tenían la temeridad de sostenerla. ¡Cuántos pueblos creyeron en los brujos, en los fantasmas, en las apariciones, en los espíritus! ¿Acaso esta opinión tan extendida hacía una realidad de todas estas cosas? No cabe duda de que no; pero la gente más sensata se cree en la obligación de creer en un espíritu universal, sin ver, sin reflexionar que todo desmiente las hermosas cualidades que se atribuyen a ese Dios. En la numerosa familia de ese padre tan cariñoso, no veo sin embargo más que desgraciados... Bajo el imperio de ese soberano tan justo no veo más que el crimen en el pináculo y la virtud bajo cadenas. En esas bondades que me prometéis con la adopción de tal sistema, veo una masa de males de todo tipo ante los que os obstináis en cerrar los ojos. Obligados a reconocer que vuestro buen Dios, en constante contradicción consigo mismo, distribuye con la misma mano el bien y el mal, os veis forzados para justificarlo a reenviarme a las quiméricas regiones de la otra vida. Por lo tanto, en ese caso, inventad un Dios diferente al Dios de la teología, porque este último es tan contradictorio como absurdo. Un Dios bueno, que hace el mal, o que permite que se haga, un Dios lleno de equidad y en cuyo imperio la inocencia está siempre oprimida, un Dios perfecto que no produce más que obras imperfectas: ¡ah!, convenid en que la existencia de un Dios semejante es más perniciosa para los hombres que útil, y que lo que mejor podría hacerse sería destruirlo para siempre.

— Charlatán —exclamé—, ¡hablas contra las drogas que distribuyes! ¿Qué sería de tu poder y del de tu sagrado Colegio si todos los hombres fuesen tan filósofos como tú?

— Sé perfectamente —dice Bernis— que el error nos es necesario; hay que imponérselo a los hombres, y sólo

podemos hacerlo engañándolos; pero de aquí no se sigue que tengamos que engañarnos a nosotros mismos. ¿Ante quién desenmascararemos al ídolo si no es ante nuestros amigos o ante los filósofos que piensan como nosotros?

— En ese caso —dice Olympe— aclarad mis ideas, por favor, sobre un punto de moral esencial para mi tranquilidad. Mis oídos han sido golpeados dos mil veces con ese sistema, y nunca he quedado satisfecha con su definición. Se trata de la libertad del hombre: ¿Qué pensáis vos, Bernis, de esa doctrina? Es a vos a quien interpelo, y son vuestras luces lo que deseo.

—De acuerdo —dice el célebre amante de Pompadour— escuchadme con tanta más atención cuanto que la materia es un poco abstracta para las mujeres.

La facultad de comparar las diferentes maneras de actuar y de decidirse con aquélla que nos parece mejor es lo que se llama *libertad*. Ahora bien, ¿tiene sí o no el hombre esta facultad de decidirse? Me atrevo a afirmar que no la tiene, y que es imposible que pueda tenerla. Todas nuestras ideas deben su origen a causas físicas y materiales que nos arrastran a pesar nuestro, porque esas causas dependen de nuestra organización y de los objetos exteriores que nos mueven; los motivos son el resultado de esas causas, y, por consiguiente, nuestra voluntad no es libre. En lucha por diferentes motivos, dudamos, pero el instante en que nos decidimos no nos pertenece; está forzado, necesitado por las diferentes disposiciones de nuestros órganos; siempre somos arrastrados por ellos, y jamás ha dependido de nosotros la elección de un partido en lugar de otro; movidos siempre por la necesidad, esclavos siempre de la necesidad, el instante mismo en que creemos haber puesto mejor en práctica nuestra libertad es aquél en que más invenciblemente hemos sido arrastrados. La vacilación, la incertidumbre nos hacen creer en nuestra libertad, pero esa pretendida liber-

tad no es más que el instante de la igualdad de pesos en la balanza. En cuanto está tomado el partido, es que uno de los dos lados se ha visto más cargado que el otro, y no somos nosotros la causa de la desigualdad, son los objetos físicos que actúan sobre nosotros y que nos convierten en el juguete de todas las convenciones humanas, el juguete de la fuerza motora de la naturaleza, igual que lo son los animales y las plantas. Todo reside en la acción del fluido nervioso, y la diferencia entre un criminal y un hombre honrado no consiste más que en la mayor o menor actividad de los espíritus animales que componen ese fluido.

Siento —dice Fénelon— *que soy libre, que estoy absolutamente en manos de mi capacidad de decisión.* Esta aserción gratuita es imposible de probar. ¿Quién le asegura al arzobispo de Cambrai que cuando se decide a abrazar la dulce doctrina de Mme. de Guyon es libre de elegir el partido contrario? A todo lo más podrá probarme que ha dudado, pero le desafío a que me convenza de que ha sido libre para tomar el partido opuesto, desde el momento en que ha tomado aquél: *Yo me modifico a mí mismo con Dios,* continúa este autor, *soy causa real de mi propia voluntad.* Pero Fénelon, al decir eso, no ha tenido en cuenta que al ser Dios el más fuerte lo convertía en la causa real de todos los crímenes; tampoco ha tenido en cuenta que nada destruía con mayor seguridad el poder de Dios que la libertad del hombre, porque este poder de Dios que suponéis, y que yo os concedo por un instante, no es realmente tal más que porque Dios ha regulado todas las cosas desde el principio, y como consecuencia de esta regla invariable, el hombre sólo debe ser ya un ser pasivo que no puede cambiar nada del movimiento recibido y que, por consiguiente, no es libre. Si fuese libre, podría en todo momento destruir ese primer orden establecido, y entonces sería más poderoso que

Dios. Esto es lo que un partidario de la divinidad como Fénelon tendría que haber considerado con mayor exhaustividad.

Newton tocó ligeramente esta gran dificultad, y no se atrevió a profundizar ni a arriesgarse en ella; Fénelon, más tajante, aunque menos instruido, añade: *Cuando quiero una cosa, soy dueño de no quererla; cuando no la quiero, soy dueño de quererla.* No; puesto que no la habéis hecho cuando la queríais, es que no erais dueño de hacerla, porque todas las causas físicas que deben dirigir la balanza la habían inclinado esta vez del lado de lo que habéis hecho, y no habéis sido dueño de elegir una vez que estabais determinado. Por lo tanto, no habéis sido libre, y no lo seréis jamás. Cuando os dejáis llevar al partido que tomáis es porque era imposible que tomaseis otro. Es vuestra incertidumbre lo que os ha cegado: os habéis creído dueño de la elección porque os habéis sentido dueño de dudar; pero esta incertidumbre, efecto físico de dos objetos exteriores que se presentan a la vez, y la libertad de elegir entre esos dos objetos, son dos cosas diferentes.

— Ya estoy convencida —dice Olympe—; la idea de haber podido no cometer los crímenes a que me he entregado atormentaba algunas veces mi conciencia: una vez demostradas mis cadenas, estoy tranquila y proseguiré sin remordimientos.

— Os lo suplico —dice Albani—, no hay nada más inútil que el remordimiento: al llegar siempre demasiado tarde a nuestra alma, no impide que el mal sea hecho, y como las pasiones hablan más fuerte que él, cuando se quiere volver a hacer el mal, es mucho más débil para impedirlo.

— ¡Y bien!, ¡entreguémonos entonces a ese mal delicioso, para conservar su hábito, y para aturdirnos sobre el que hemos hecho! —dice Olympe entusiasmada.

— Sí —respondió el cardenal de Bernis—, pero para

que ese mal proyectado nos deleite más, hagámoslo con tanta extensión como reflexión. Hermosa Juliette —prosiguió el embajador de Francia—, sabemos que tenéis dos muchachas bonitas en vuestra casa, que con toda seguridad deben de ser tan complacientes como vos; su belleza está dando mucho que hablar en Roma; sólo se trata de teneros a las tres: os rogamos que enviéis a recogerlas y permitáis que jueguen un papel en la escena libidinosa que mi colega y yo nos proponemos realizar esta noche con vos.

Dada la situación en que yo estaba con Olympe, no creí que debiese negarme a una propuesta que ella me recomendaba por lo bajo que aceptase, y por lo tanto envié rápidamente a buscar a Elise y a Raimonde, y desde ese momento la conversación tomó un giro muy diferente.

— Juliette —me dice Bernis—, a pesar del celo que mi compañero y yo acabamos de mostrar por conocer a las dos bonitas mujeres que poseéis, no vayáis a creer que tenemos un gusto especial por un sexo al que no perdonamos la equivocación de ser mujeres más que con la condición de que sean hombres con nosotros. A este respecto es incluso esencial que os declaremos que todo deseo de diversión sería nulo si no nos aseguráis, para vos y vuestras compañeras, una absoluta resignación a las fantasías que este enunciado os expone.

— Realmente —dice Olympe— esas aclaraciones son superfluas con Juliette; me ha dado ejemplos que deben tranquilizaros por completo, y estoy convencida de que las mujeres que adopta deben tener al menos, por el solo hecho de protegerlas, tanta filosofía como ella.

— Amigos míos —digo tratando de tranquilizar a todo el mundo—, felizmente mi reputación en lujuria está lo suficientemente bien asentada como para que no pueda quedar la menor duda sobre mi forma de comportarme en semejantes partidas. Mi lubricidad, modelada siem-

pre al capricho de los hombres, no se enciende jamás más que en el fuego de sus pasiones; me encienden sus deseos, y no conozco más voluptuosidad que satisfacer sus extravíos. Si lo que exigen de mí es muy simple, mis voluptuosidades son mediocres; si necesitan refinamientos, en seguida experimento, por simpatía, el más violento deseo de contentarlos, y jamás he conocido ni concebido restricciones en los actos de libertinaje, en vista de que cuanto más ultrajan las costumbres, más superan los límites del pudor y de la honestidad y más favorecen mis goces.

— No se puede ser más amable —dice Bernis—; es cierto que una mujer que se niega a esas cosas es una moji-gata que no merece ni la consideración de sus amigos ni la estima de la gente honrada.

— Semejantes negativas son absurdas —dice Albani, uno de los más celosos partidarios de todos los gustos extravagantes de la lubricidad—, sólo prueban en la mujer que lo hace tontería o frigidez, y os confieso que una mujer fría o estúpida para los que no perdonan su sexo más que en favor de su complacencia es un individuo despreciable a mis ojos.

— ¡Y!, en ese caso —digo—, ¿cuál sería la mujer lo suficientemente estúpida para imaginar que un hombre hace mal metiéndole el pito en el trasero en vez de introducirse en el coño? ¿Una mujer no es acaso mujer en todas sus partes, y no es una extravagancia querer consagrar al pudor una de las partes de su cuerpo, cuando consiente en entregar las otras? Es ridículo decir que esta manía puede ultrajar a la naturaleza: ¿nos inspiraría este gusto si la ofendiese? Por el contrario, atrevámonos a asegurar que lo quiere, que le es favorable; que las leyes del hombre, dictadas siempre por el egoísmo, no tienen sentido en este tema, y que las de la naturaleza, mucho más simples, mucho más expresivas, deben inspirarnos nece-

el más escrupuloso examen de las bellezas traseras que les prometían dos mujeres tan bonitas. La misma Olympe revoloteaba alrededor de ellas con el mismo ardor que los hombres. Fue entonces cuando, cogiendo a Albani aparte, le solté más o menos el discurso siguiente:

— Santo hombre —le digo—, no te habrás imaginado que estas dos bonitas mujeres y yo hemos venido aquí a satisfacer todas tus fantasías brutales únicamente por amor a ti. Sólo tienes que tener en cuenta la idea que tienen de mí en Roma; no es más que el fruto de mis prostituciones, son las únicas que me hacen vivir y me sostienen; yo me entrego por dinero y necesito mucho.

— Bernis y yo ya lo habíamos pensado —me dice el cardenal.

— Perfecto —respondí—; en ese caso, decidme lo que destináis a mis amigas y a mí: de otra forma no hay nada de lo dicho, creo que debo preveniros.

Albani se acerca a su compañero, le habla en voz baja un momento, y viniendo ambos hacia mí, me aseguran que quedaría satisfecha con su forma de actuar.

— Esas promesas son demasiado vagas para que me contenten —respondí—. Sabéis que cada uno vive de su trabajo; el de mascar pequeños ídolos de pasta os proporciona quinientas o seiscientas mil libras de renta; estaréis de acuerdo con que el mío, infinitamente más agradable para la sociedad, me reporte igualmente en razón de su mérito. Vais a realizar muchas bajezas ante mí; seré dueña de vuestro secreto, puedo comprometeros abusando de él. ¿Os vengaréis con proezas? Mediante mi oro conseguiré ser oída igual que vos, y mis defensores os perderán al descubriros. Por seis mil cequíes y la promesa de conseguirme una partida con el papa, se arregla todo, y ya sólo tendré placeres que daros. Pocas mujeres hay en el mundo tan lúbricas, tan complacientes, tan malvadas como yo, y lo que mi imaginación desenfrenada

añadirá a vuestros placeres los convertirá quizás en los más vivos y más deliciosos de la tierra.

— Amable criatura —me dice Bernis—, no os dais barata; pero demasiado amable para que sea posible negaros nada, os introduciremos en la casa del papa. El deseo que manifestáis ya ha sido concebido por él mismo, y puesto que es preciso decíroslo todo, esta partida preliminar ha sido dispuesta por sus órdenes: antes de conoceros, quiere que le informemos de vos.

— Vamos —digo—, sólo falta el dinero, y estoy a vuestra disposición.

— ¡Qué! ¿Ahora mismo?

— Por supuesto.

— Pero si después...

— ¡Ah!, ¡mal conocéis a las francesas! Francas como el país cuyo nombre llevan, quieren estar seguras de su obra antes de concluir el trato; pero son incapaces de infringirlo una vez que han recibido el dinero.

Entonces Albani, a una señal de su compañero, me hizo pasar a un gabinete y abriendo un escritorio sacó en billetes al portador la suma exigida por mí. Tan pronto como eché el ojo sobre el escritorio me pareció lleno de riquezas que me sedujeron. ¡Bien!, me digo en cuanto hube tramado el engaño que me permitiría apropiármelas, puedo emprender el golpe tanto mejor cuanto que estos criminales, por la multitud de horrores que se permitirán conmigo, van a encadenarse hasta el punto de que no se atreverán a perseguirme jamás. Aprovechando con rapidez el momento en que el mueble estaba todavía abierto, finjo un desvanecimiento con tal verosimilitud que Albani se asusta y sale rápidamente para pedir ayuda. Me levanto con prontitud, echo mano a los billetes, en las carteras, y con una redada me apodero de cerca de un millón. Cierro el escritorio. Con lo trastornado que está, pensaba yo, no recordará cómo ha dejado su tesoro,

y seré menos sospechosa si lo encuentra de esta forma. Una vez hecho todo lo que os digo, ejecutado en menos tiempo del que tardo en contároslo, me vuelvo a tumbar en el suelo en la postura en que me había dejado mi fingido desvanecimiento. Albani vuelve seguido de Olympe y de Bernis. En cuanto los veo, recupero el conocimiento, en previsión de que dando demasiadas vueltas alrededor mío me descubran lo que apenas he tenido tiempo de ocultar bajo mis vestidos.

— No es nada —digo con prontitud—, mi extrema sensibilidad me hace a veces víctima de estos calambrazos, ahora ya estoy mejor y totalmente a vuestra disposición...

Yo había previsto a la perfección las ideas de Albani: viendo su escritorio cerrado, creyó haberlo dejado de esta forma, y sin la menor apariencia de sospecha, pasamos a una sala deliciosa donde debían ejecutarse las proyectadas orgías.

Allí nos encontramos a ocho nuevos personajes cuyos papeles eran de mucha importancia en los misterios que íbamos a celebrar. Estas ocho personas estaban repartidas entre cuatro muchachitos de quince años, guapos como el Amor, y cuatro fornicadores de dieciocho a veinte años, cuyos miembros eran monstruosos. Así pues, en total éramos doce para los placeres de estos dos criminales, porque Olympe, neutra en esta escena, estuvo siempre infinitamente más cerca de las víctimas que de los sacrificadores; el libertinaje, el interés, la ambición, la entregaban a estos libertinos y cumplía absolutamente el mismo papel que nosotros.

— Vamos —dice Bernis—, empecemos. Juliette, vos Elise, y vos Raimonde, al haceros pagar tan caro, nos dais el derecho de hablaros como a putas: por lo tanto, servidnos con la misma obediencia.

—Eso es justo —respondí—, ¿queréis vernos desnudas?

— Sí.

cuadrilla esté compuesta por dos fornicadores, dos muchachos y dos mujeres: la primera operará sobre mi viejo amigo, la segunda sobre mí. Colocados cerca de nosotros, uno tras otro, os haréis excitar por nosotros, nos chuparéis y nos cagaréis en la boca...

Ante esta repugnante operación se desarrugan los miembros de nuestros agonizantes, y a partir de ese momento nuestros disolutos se creen en condiciones de intentar ataques más serios.

— La sexta escena será de la siguiente manera —dice el maestro de ceremonias—: Albani, que creo que está en las mismas condiciones que yo, sodomizará a Elise; yo encularé a Juliette; los cuatro fornicadores, preparados por Olympe y Raimonde, se ocuparán de nuestros culos; dos muchachos, tumbados encima de nosotros, nos darán a besar unos sus pitos, otros dos sus nalgas.

Los grupos se disponen; pero nuestros dos campeones, engañados por sus deseos, se dan de cabeza contra el tabernáculo y ni siquiera logran entreabrir sus puertas.

— ¡Bien sabía yo —dice Albani— que no podríamos encular a mujeres!... Con un muchacho no hubiese sufrido esta afrenta.

— Y bien, cambiemos —dice el embajador—, ¿no tenemos acaso los medios?

Pero tampoco este intento tiene éxito; nuestros cardenales son fornicados, pero no fornican; por más que los excitamos, los chupamos, sus viejos instrumentos se repliegan en lugar de desplegarse, y Bernis anuncia que al no haber triunfado en la empresa ni su compañero ni él, nos ocuparemos de otra cosa.

— Señoras —nos dice el gran maestro—, ya que el buen comportamiento que tenemos con vosotras no sirve de nada, hay que probar otro más duro. ¿Conocéis los efectos de la fustigación? Lo probaremos con vosotras.

A estas palabras, se apodera de mí y me pone sobre

únicos dientes cascados que han dejado en su boca impura cinco o seis viruelas y otras tantas cristalinas. El trasero de Raimonde, besado por Bernis, no salió mucho mejor parado; pero fue a puñetazos, a alfilerazos como la maltrató este libertino: sangraba cuando sobrevino la crisis. Siguió un rato de descanso y las orgías volvieron a empezar.

En la primera escena los libertinos nos hicieron ponernos una tras otra en brazos de cuatro fornicadores, que nos encoñaban mientras que ellos gozaban de la vista de nuestras nalgas, y mientras, para excitarnos a joder mejor, los bárbaros nos zaherían, nos pinchaban y nos flagelaban de mil formas diferentes. Hecho esto, las parejas se dieron la vuelta, y ahora eran los hombres los que mostraban sus culos; los cuatro muchachos los sodomizaron, y los cardenales fornicaron a los muchachos, pero sin descargar. Las mujeres tomaron en sus brazos a los muchachos, los fornicadores encularon a los Ganimedes; a continuación encularon a las mujeres, cuyo clítoris era lamido por los muchachos. Después, pusieron a los muchachos contra la pared, las planchas de acero se levantaron contra ellos como antes contra nosotras, y los zurraron hasta hacerlos sangrar. Entonces fue cuando una vez más se apoderó de nuestros dos faunos el deseo de perder su semen. Semejantes a tigres en busca de presa, yerran entre nosotros lanzándonos miradas furibundas. Ordenan a los hombres que nos cojan y nos azoten delante de ellos; mientras tanto, sodomizan a un muchacho y besan las nalgas de otro. Su semen sale por segunda vez, y nos sentamos a la mesa.

La comida que nos sirvieron fue deliciosa; lo que tuvo de pintoresco merece algunos detalles.

En medio de un círculo bastante estrecho había una mesa redonda con sólo seis cubiertos: dos eran para los cardenales; los otros cuatro para Olympe, Elise, Raimonde

y yo. La mesa estaba rodeada por cuatro pisos de gradas circulares. En ellas, cincuenta de las más hermosas cortesanas de Roma, ocultas bajo una masa de flores, dejaban ver sólo sus traseros, de forma que los culos agrupados de esta manera, entre lilas, claveles y rosas, se veían aquí y allá sin simetría y daban la imagen de las más completas delicias que la naturaleza y la voluptuosidad podían ofrecer. Veinte pequeños amores, representados por guapos putos, formaban una cúpula, y la sala estaba iluminada solamente con las velas que sujetaban estos diosecillos. Un resorte hacía cambiar los cubiertos: en el momento en que se ponía en marcha, el anillo de los cubiertos permanecía entre los convidados, el centro de la mesa se hundía, y volvía a aparecer cargada con seis gondolitas de oro que contenían los platos más exquisitos y delicados. Seis jóvenes desnudos, vestidos como Ganimedes, realizaban el servicio interior, y vertían a los convidados los vinos más exquisitos. Nuestros libertinos, que nos habían hecho arreglarnos para la comida, exigieron que la nueva desnudez en que querían ponernos se hiciese gradualmente, como entre las cortesanas de Babilonia. En el primer servicio nos quitamos una pañoleta, en el segundo quedó al descubierto el busto, y así sucesivamente hasta los postres, en los que nuestros vestidos cayeron por completo; entonces aumentaron el libertinaje y el embrutecimiento. El postre se sirvió en quince barquitas de porcelana verde y oro. Doce muchachas de seis a siete años, medio desnudas y adornadas tan sólo con guirnaldas de mirtos y rosas, aparecieron para escanciar en nuestros vasos los vinos extranjeros y los licores. Las cabezas se encienden, Baco devuelve a los espíritus de nuestros dos libertinos la fuerza necesaria para la decidida tensión del nervio erector y el desorden es completo.

— Encantador poeta —dice el dueño de la casa al cardenal de Bernis—, circulan por Roma dos fragmentos que

la gente ingeniosa te atribuye: nuestros convidados son dignos de oírlos, dínoslos, por favor.

— No son más que paráfrasis —respondió Bernis— y me asombra su publicidad porque no se los he mostrado más que al papa.

— Es lo justo para que nadie los ignore... En una palabra, léenoslos, cardenal, queremos oírlos.

— Con mucho gusto —dice Bernis—, no tengo ningún secreto para filósofos como ustedes... Uno es una paráfrasis del famoso soneto de Des Barreaux, el otro de la *Oda a Priapo*. Empezaré por el primero (8).

*¡Dios bobo!, tus juicios están llenos de atrocidad,
Tu único placer reside en la injusticia:
Pero yo tanto mal he hecho, que tu divinidad
Debe, por orgullo al menos, detenerme en la liza.*

*¡Dios jodido!, la magnitud de mi impiedad
Sólo deja en tu poder del suplicio la elección,
Y yo me río de los frutos de tu ferocidad.
Si tu vana cólera espera mi perdición,*

*Contenta, destruyéndome, tu monstruoso deseo;
Sin temer que corran lágrimas de mis ojos,
¡Truena entonces!, no me importa; devuélveme
guerra por guerra:*

(8) Jacques Vallé, señor Des Barreaux, íntimamente unido a Théophile de Viau, nació en París, en 1602. La impunidad y el libertinaje de estos dos amigos llegaron a su máxima expresión. El famoso soneto que se cita de él (que, entre paréntesis, es una de las peores piezas de verso que sea posible leer) fue, se dice, hecho durante una enfermedad; no lo reconoció como suyo y ciertamente no estaba hecho para reconocerlo. —Parafraseado de esta manera, nuestros lectores lo hallarán quizás un poco más soportable.

Como esta poesía fue muy aplaudida, Bernis nos recitó la otra en seguida.

*¡Esperma de los Santos y de la Virgen,
Esperma de los Angeles y de Dios!
Sobre todos ellos empalmo mi verga,
Cuando quiero encenderla...
¡A ti te invoco en mi ayuda,
A ti que en los culos, de un pito tieso,
Lanzaste el esperma a borbotones!
Du Chanfour, sostén mi aliento,
Y, por un momento, a mis venas
Presta el ardor de tus cojones (9).*

*Que todo se excite, que todo se encienda;
Acudid, putas y cabrones:
Para excitar mi vivo éxtasis,
Mostradme vuestros culos frescos y redondos,
Ofreced vuestras nalgas torneadas,
Vuestros muslos firmes y rellenos,
Vuestros miembros tiesos y carnosos,
Vuestros anos llenos de cagarrutas;
Pero, sobre todo, ocultad los montes:
Sólo me gusta joder culos.*

*¡Fijaos, encantadoras imágenes,
Reproducíos bajo mis ojos;
Sed el objeto de mis homenajes,
Mis legisladores y mis dioses!
Que a Cabrón se levante un templo
Donde día y noche se os contemple,*

(9) Todo el mundo ha conocido a este héroe de la bribonería, quemado públicamente en la plaza de Grève por el juicio de las putas que entonces dirigían todo en París.

*Me puede creer celoso,
Abades, prelados, vivid a lo grande:
Cuando yo enculo y descargo,
Que vosotros más placeres tengo.*

*De enculadores la historia está repleta,
Se los encuentra en todas las épocas.
Borgia, de su propia hija,
Frota a placer el culo encantador;
Dios Padre encula a María;
El Espíritu-Santo jodió a Zacarías:
Todos joden al revés.
Y sobre un trono de nalgas
Con sus soberbias promesas
Del universo Dios se mofa.*

*También San Javier, ese gran sabio
Del que se alaba el espíritu divino,
San Javier vomita peste y rabia
Contra el sexo femenino.
Pero el grave y encantador apóstol
Obtuvo compensación con otro.
Interpretemos mejor sus lecciones:
Si, de cólera, un coño lo irrita,
Es que el culo de un jesuita
Vale a sus ojos cien mil coños.*

*Cerca de allí, ved a San Antonio
En el culo de su querido puerco,
Mientras dicta las reglas del monje (11),
Introducir un pito bastante hermoso.
Ante ningún peligro sucumbe;*

(11) Es considerado generalmente como el patriarca de los monjes y el autor de sus reglas.

*Me río de tu vano esfuerzo;
Con las leyes del hombre hago otro tanto:
El verdadero partidario de Sodoma
Se jode en Dios y en la suerte.*

Se redoblaron los aplausos. Se vio que esta oda era mucho más fuerte que la de Pirón, acusado unánimemente de cobardía por haber metido en ella a los dioses de la fábula, cuando sólo habría debido ridiculizar los del cristianismo.

Con las cabezas más electrizadas que nunca, nos levantamos de la mesa en tal estado de embriaguez que apenas podíamos andar. Un nuevo salón magnífico nos recibió, y en él se encontraban las cincuenta cortesanas cuyas nalgas habíamos observado durante la comida, los seis hermanitos sirvientes y las doce vírgenes del postre. La delicada edad de estas pequeñas ninfas, sus interesantes rostros, encendieron prodigiosamente a nuestros disolutos. Se lanzaron como leones sobre las dos más pequeñas y, al no poder joderlas, aumentó su furor. Las atan a las pérfidas máquinas y las desgarran a golpes de zorros provistos de alfileres; entretanto nosotras los excitábamos, los chupábamos; se les empina. Cogen otras dos nuevas vírgenes; a fuerza de habilidad, los libertinos llegan a sodomizarlas; pero como querían conservar sus fuerzas, se precipitan sobre otras víctimas; unas veces las niñas, otras los niños, se convierten en la presa de su lubricidad; todo pasa por sus manos, y sólo después de haber desvirgado cada uno a siete u ocho niños de ambos sexos apagan la llama de su lujuria, uno en el culo de un muchacho de diez años, otro en el de una niña de seis. Borrachos perdidos los dos se caen sobre canapés y se duermen... Nosotras nos arreglamos.

Por muy aturdida que yo estuviese también, el gusto del robo no me había abandonado y recordé que el tesoro

un napolitano al que ama, y que ha dejado Roma unos días antes que ella... Todas esas declaraciones están tan bien encadenadas, sabemos dar a todas tanto aire de verdad, que la pobre criatura es condenada a muerte al séptimo día. Se la decapitó en la plaza Santo Angel y tuve el placer de asistir a su suplicio junto a Sbrigani, que me acariciaba entretanto. ¡Ser supremo!, exclamé en cuanto acabó la operación, ¡así es como vengas la inocencia; así es como haces triunfar a los hijos que mejor te sirven practicando sobre la tierra esa virtud imagen de tus atributos! Robo al cardenal, su nieta huye de él para evitar servir al crimen al que se la destina: yo gozo de mi fechoría, ella perece en el cadalso... ¡Ser santo y sublime!, así es como tú conduces a los hombres... ¡No es muy justo que te adoren!

Pero mientras nadaba en todos estos placeres, no se me iba de la cabeza la encantadora duquesa de Grillo. Con apenas veinte años, Honorine de Grillo, casada desde hacía dieciocho meses con un hombre de sesenta al que detestaba, seguía siendo tan virgen con ese viejo fauno como cuando su madre la sacó del convento de las Ursulinas, en Bolonia, para entregársela. No era porque el viejo duque no hiciese esfuerzos para triunfar sobre las resistencias de su mujer; pero, aborrecido por ella, todavía no había podido vencerlos. Yo no había estado más que dos veces en la casa de la duquesa; la primera, en visita de cortesía para presentarla mis cartas de recomendación; la segunda, para gozar un poco más de tiempo del inconcebible placer que me ofrecía su compañía. Fui por tercera vez, decidida a declararle mi pasión y resuelta a satisfacerla fuesen los que fuesen los obstáculos que me podía ofrecer su virtud.

Después de un arreglo lúbrico, tan propio para seducir y atraer todos los corazones, me presenté en su casa. El azar favorecía mis proyectos, ya que la encontré sola.

Una vez cumplidos los saludos de rigor, dejé que mis ojos hablasen... Por pudor, los evitó. En seguida cambio el amor por las alabanzas y la seducción, y agarrando una de las manos de la duquesa le digo:

— Deliciosa mujer, si existe un Dios en el cielo y es justo, vos debéis ser la mujer más feliz de la tierra puesto que sois la más hermosa.

— Vuestra indulgencia os hace hablar así, pero yo me hago justicia.

— ¡Ah!, si os hicieseis justicia, señora, habría que ponerlos en el altar de los dioses: la que tantos homenajes recibe del universo entero no debería habitar más que un templo...

Y, mientras le decía esto le apretaba las manos, se las besaba...

— ¿Por qué me halagáis? —me dice Honorine enrojeciendo.

— ¡Ah!, porque os adoro.

— ¿Es que las mujeres pueden amarse de esta forma?

— ¿Por qué no? Cuanto mayor es su sensibilidad, mejor puede idolatrar lo que es hermoso, sin importar el sexo bajo el que se presente. Las mujeres inteligentes huyen del comercio de los hombres: es tan peligroso... la unión entre ellas es tan dulce... ¡Ah!, mi querida Honorine, ¿por qué no podría ser yo a la vez... vuestra amiga... vuestro amante... vuestro esposo?...

— ¡Loca! —dice la duquesa—, ¿podrías ser acaso todo eso?

— ¡Y!, sí, sí —proseguí con calor, mientras la abrazaba—, sí, lo último sobre todo, ¡lo seré si tú quieres, ángel mío!...

Y mi lengua inflamada se desliza en su boca. Honorine recoge el beso de amor, lo recibe sin indignarse, y cuando intento el segundo, es el amor mismo lo que la rinde: la lengüecilla más fresca, más bonita se acerca temblorosa

a mis labios ardientes. Me hago más atrevida; separando las gasas que ocultan a mis ojos los pechos más hermosos del mundo, lleno de deliciosas caricias estos senos de alabastro, mi lengua mordisquea amorosamente su botón de rosa, mientras que mis ávidas manos esparcen sus lirios. Honorine, emocionada, se deja hacer, se encienden insensiblemente sus grandes ojos azules llenos del más vivo interés se empañan con las lágrimas de la voluptuosidad, y yo... semejante a una bacante... furiosa... ebria de lubricidad... franqueando todos los límites, intento comunicarle todo el ardor que me devora...

— ¡Qué haces! —me dice Honorine—, ¿olvidas mi sexo y el tuyo?

— ¡Ah!, querido amor —exclamé—, ¡ultrajemos de vez en cuando a la naturaleza para mejor rendirle homenaje! ¡Ay!, ¡cuán desgraciadas seríamos si no supiésemos vengarnos de sus errores!

Y, volviéndome cada vez más emprendedora, me atrevo a soltar los lazos de una falda de lino, que ponía en mi poder casi todos los encantos cuya posesión busco con tanto ardor. Honorine extraviada... electrizada con mis ardientes suspiros, no opone ninguna resistencia. La tumbo sobre el canapé en que estamos, separo ávidamente sus piernas y palpo con comodidad el montecillo más rollizo que se pueda ver. La duquesa estaba reclinada entre mis brazos, la mano que la rodeaba, colocada sobre su seno de rosa, acariciaba uno mientras mi boca deshojaba el otro; mis dedos se movían ya sobre su clítoris; ponía a prueba su sensibilidad... ¡Gran Dios, cuán viva era! Honorine creyó que se desmayaba ante las salvajes poluciones con que yo sabía entregarla al placer. A pesar de todos los combates de la virtud agonizante, algunos suspiros me anuncian su derrota: entonces mis caricias se redoblan.

Ningún ser sabe actuar en las crisis de voluptuosidad

como yo... Siento la necesidad que tiene mi amante de ser ayudada: hay que sorber su semen para facilitar los chorros. Pocas mujeres están convencidas, como deberían, de la necesidad de ser acariciadas cuando va a salir su semen: sin embargo, no se puede prestar un servicio más delicioso. ¡Con qué ardor se lo presté yo a mi amiga! De rodillas entre sus piernas, levanto sus caderas con mis manos, meto mi lengua en su coño, lo chupo, lo sorbo, y mientras, con mi nariz pegada a su clítoris, sigo determinándola al placer. ¡Qué nalgas manosean mis manos!, ¡eran las de la misma Venus! Yo sentía la necesidad de encender un desorden general; nunca se podrán servir bien estas crisis... no hay que imponerse restricciones, y si la mujer que se masturba hubiese recibido de la naturaleza veinte salidas que pudiesen alargar o perfeccionar su éxtasis, habría que atacarlas todas para centuplicar su desorden (13). Así pues, busco su bonito ano para meter un dedo y unir las titilaciones de que es susceptible a todas las que mi boca despierta por delante. Es tan pequeño, tan estrecho este agujero delicioso, que apenas si puedo encontrarlo: por fin lo tengo: uno de mis dedos penetra dentro... ¡Delicioso episodio! ¡Ah!, jamás fallaréis con mujeres sensibles. Apenas ha sido desflorada esa folla cuando Honorine suspira.. se extasía, ¡mujer celeste!... descarga, está en el éxtasis más divino, ¡y es a mí a quien debe su delirio!

(13) Aquellos que se ponen a excitar a mujeres no saben suficientemente la gran necesidad que tiene entonces de que el placer penetre absolutamente por todos sus poros. El que quiera procurarles una voluptuosa emisión debe arreglárselas pues para tener la lengua en su boca, para excitar los senos, tener un dedo en la vagina y el otro en el agujero del culo. Que no crea que alcanzará su objetivo si descuida una sola de estas recomendaciones. Por eso se necesita al menos ser tres para sumir realmente a una mujer en la embriaguez.

— ¡Ah!, te adoro, ¡ángel mío! —me dice esta dulce paloma volviendo a abrir los ojos a la luz—... ¡me has hecho morir de voluptuosidad! Pero ¡qué puedo hacer yo para devolvértelo!

— ¡Ah!, toma, así, así —exclamé desnudándome y poniendo una de sus manos en mi coño—: Mastúrbame, amor mío, me entrego a tus ataques... ¡Justo cielo! ¿Qué más podemos hacer?...

Pero Honorine, torpe como todas las mujeres honradas, encendía en mí deseos que no sabía apagar, me veía obligada a darle lecciones.

Por fin, pensando que haría más con su lengua que con sus dedos, la puse entre mis piernas, y me acaricia con ella mientras yo me excito a mí misma. Prodigiosamente excitada por esta mujer deliciosa, descargo tres veces seguidas en su boca... Devorada por el deseo de verla enteramente desnuda, la levanto, la libero de sus vestidos... ¡Oh Dios!, en ese momento creo estar en presencia del astro del día, cuando en primavera se desprende de las nieblas de invierno. ¡Ah! Puedo decir realmente que jamás se le había ofrecido a mi vista un culo más hermoso... ¡Qué blancura!... ¡qué delicadeza de piel!... ¡qué pecho tan torneado!... ¡qué caderas!... ¡cuán deliciosas nalgas!... ¡Sublime altar del amor y del placer!, ¡no hay día en que mi imaginación, dirigida siempre hacia vosotros, no os ofrezca algún homenaje!

No pude resistirme a ese culo divino. Hombre en mis gustos como en mis principios, ¡habría querido quemar un incienso más real para él! Lo besaba, lo entreabría, lo sondeaba con mi lengua, y mientras me agitaba en ese agujero divino, movía el clítoris de esta hermosa mujer: descargó una vez más de esta forma. Pero cuanto más encendía su temperamento, más desolada me sentía por no poder inflamarlo más.

— ¡Oh!, querida —le digo al sentir este pesar—, pue-

des estar segura de que la primera vez que volvamos a vernos traeré un instrumento capaz de darte golpes más sensibles: quiero ser tu amante, tu esposo, quiero gozar de ti como un hombre.

— ¡Ah!, haz lo que quieras de mí —me respondió la duquesa dulcemente—, multiplica las pruebas de tu amor, y yo doblaré contigo los testimonios más sagrados del mío.

También Honorine quiere verme desnuda, me mira de arriba abajo; pero es tan nueva en el placer que ignora el arte de dármelo... ¡Ah!, qué más le da a mi alma fogosa: ella me veía, me examinaba; yo era alcanzada por los rayos de sus ojos, y mi felicidad era perfecta. ¡Oh mujeres lúbricas!, si alguna vez habéis estado en mi lugar, me compadeceréis, sentiréis la desesperación que entra con los deseos frustrados, y como yo maldeciréis a la naturaleza por haberos inspirado sentimientos que la bribona no sabe apagar... Empezamos otros nuevos placeres. Aunque no podíamos darnos todo el alivio que necesitábamos, nos procuramos al menos todo el que pudimos, y nos separamos con la promesa formal de volvernos a ver lo más pronto posible.

Dos días después de esta escena, vino a mi casa Olympe; sabía que yo había visto a la duquesa y estaba celosa.

— Honorine es hermosa, lo sé —me dice—, pero estarás de acuerdo en que es tonta; la desafío a que alguna vez pueda darte tanto placer como yo. Además, el esposo está tan pendiente de ella que corres un gran riesgo si alguna vez llega a sospechar de ti.

— Querida amiga —digo a la Borghèse—, te pido un plazo de quince días para explicarme contigo más claramente sobre el asunto de Honorine. La única confesión que en este momento puede tranquilizarte es que algunas veces me divierto con la virtud, pero que sólo el crimen tiene poder sobre mi corazón.

— Entonces no hay más que hablar —dice la princesa abrazándome—, a la vez que me aclaras me tranquilizas; te espero hasta el final de la ilusión; no durará mucho con Grillo, es todo lo que puedo decirte.

Y Olympe prosigue:

— ¿No te asombraste el otro día cuando me viste hacer de puta como tú?

— Realmente, no —respondí—, conozco tu cabeza, y en ningún momento dudé que se debiese a algo más que al libertinaje.

— Te equivocas, había interés, ambición. Esos dos cardenales disponen de todo lo que hay en el Vaticano, y tengo mis razones para tratarlos bien: además, recibo mucho de ellos, y me gusta el dinero tanto como a ti... ¡Mira, Juliette, sé franca, confiesa que robaste al cardinal! No temas que te critique o te traicione; también me gustan todos esos pequeños delitos, quizás haya robado a esos zorros más que tú; el robo es delicioso, ángel mío, excita; yo descargo cuando hago esas cosas; es muy bajo robar para vivir, es delicioso hacerlo para contentar una pasión.

Había hecho demasiadas cosas con Olympe para no tener nada que temer de sus indiscreciones. Creo que sin riesgo alguno se le puede confesar un pequeño robo al individuo que nos servirá de cómplice en otro mayor.

— Me agrada que me conozcas tan bien —le digo a Olympe—, me enorgullece que me hagas justicia; sí, yo fui quien hizo ese robo; además contribuí a hacer perecer a la inocente sobre la que hice recaer las sospechas, y esta reunión de pequeños crímenes me ha hecho descargar muy voluptuosamente...

— ¡Ah, joder!, bésame —dice Olympe—... Mira, soy digna de ti; no hace ni un año que hice lo mismo, y conozco todas las voluptuosidades que resultan de estas pequeñas lesiones a la virtud... Escucha, pronto comere-

mos en casa del Papa; Braschi se entregará con nosotras a terribles excesos; ya verás hasta qué punto es libertino, impío, asesino, el jefe supremo de la Iglesia... ya verás cómo le gusta la sangre. Cerca del sitio donde se celebrarán estas orgías está el cuarto de los tesoros del Estado, yo me encargo de hacerte entrar en él; hay millones; no temas nada, aunque nos los llevásemos delante de sus narices no se atrevería a decir nada... Nosotras tendremos su secreto, se estremecería viéndolo traicionado. ¿Tengo tu palabra?

— ¿Puedes dudar de mí cuando se trata de un crimen?

— Pero es esencial que Grillo no sepa nada de esto.

— Ten más confianza en mi inteligencia, Olympe, y no pienses nunca que una fantasía puede hacerme comprometer o descuidar una pasión; me divierto con un capricho, pero sólo permanezco fiel a la infamia: sólo ella tiene poder sobre mi corazón, sólo ella tendrá el de inflamarme...

— ¡Es que es tan delicioso el crimen! —me dice Olympe—, no conozco nada que me excite como el crimen: el amor es estúpido frente a él. ¡Ah!, querida amiga —prosiguió esta mujer arrebatada—, he llegado a un punto en que no encuentro crímenes suficientemente fuertes; los que me ha hecho cometer la venganza no me parecen tan buenos como los de la lubricidad, conocidos a través de ti; me gustan más que nada en el mundo.

— Tienes razón —respondí—, los crímenes más deliciosos de cometer son los que no tienen ningún motivo: es preciso que la víctima sea totalmente inocente; porque si tiene faltas, éstas legitimarían lo que hacemos y no dejarían a nuestra iniquidad el delicioso placer de realizarse gratuitamente. Es absolutamente necesario hacer el mal, tenemos que ser culpables: pero, ¿puede darse esto cuando la víctima es a su vez culpable? En este caso, me

gusta la ingratitud —proseguí—: despierta en el alma del que se ultraja pequeños remordimientos que me gusta producir; la forzamos a desolarse por habernos dado placer, y no hay nada tan delicioso como eso,

— Lo comprendo —respondió Olympe—, y respecto a eso yo tengo algo bueno que hacer. Mi padre vive todavía, me ha colmado de bienes y caricias, me adora, he descargado veinte veces ante la sola idea de romper tales lazos: no me gusta la gratitud, me pesa demasiado, sólo respiro para liberarme de ella. Además, se asegura que el parricidio es un crimen muy grande, ardo en deseos de mancharme con él... Pero escucha, Juliette, mira hasta dónde llega mi pérfida imaginación: tienes que cambiar de forma de actuar; si alguna otra persona te hiciese una confesión parecida, para animarlo le allanarías el camino del crimen, le probarías que no hay ningún mal en matar al padre de uno y, como eres muy inteligente, pronto lo convencerías con tus razonamientos. Yo te pido que en este caso actúes de forma muy diferente: encerrémonos; me masturbarás; durante todo ese tiempo, me harás sentir todo el horror del crimen en cuestión; me describirás los suplicios que les esperan a los parricidas... sobre todo, me asustarás. Cuanto más intentes desviarme de él, más me afirmaré en la idea del crimen que proyecto, y de este combate, del que saldré victoriosa, nacerán impulsos de voluptuosidad tan violentos que mi delirio no tendrá ya límites.

— Para hacer más deliciosa la escena que meditas —respondí—, es necesario introducir en ella a un tercero, y no que yo te masturbe, sino que te dé una paliza... Es preciso que te azote...

— ¡Oh!, tienes razón, mil veces razón —dice Olympe—, tú concibes las cosas más delicadamente que yo; ¿pero qué tercero vas a ofrecerme?

— Mis dos mujeres; ellas te chuparán, te masturbarán deliciosamente durante mi discurso y yo te fustigaré.

todos los males materiales con que os desgarrará la justa cólera de Dios...

— Eso no es todo —me dice esta libertina—; ahora hableme de los dolores físicos y del tormento que me espera, y de la vergüenza que recaerá para siempre sobre mi familia y sobre mí.

— ¡Desgraciada! —exclamé entonces—, ¿no significa nada para ti la eterna vergüenza con que ese crimen execrable cubrirá para siempre a tu raza? Mira a tus desgraciados sucesores que no se atreverán a levantar una frente manchada con tantas fechorías. ¿No los oyes, desde el fondo de la tumba a donde van a precipitarte tus crímenes, reprocharte la mancha vergonzosa con que los cubres?, ¿ves ese nombre tan hermoso mancillado por tus horrores? ¿Y piensa tu imaginación en los terribles tormentos que te esperan? ¿Sientes cómo cae sobre ti el hierro vengador?, ¿sientes cómo separa con agudos dolores esa hermosa cabeza del cuerpo impuro, encendido por odiosas voluptuosidades hasta el punto de hacerlo cometer un crimen semejante? Esos dolores serán horribles; se siguen sintiendo mucho tiempo después de que la cabeza se haya separado del tronco. Pero aunque así no fuese, piensa que la naturaleza, tan gravemente ultrajada por ti, hará un milagro que prolongue tus males, incluso más allá de la eternidad.

Aquí la Borghèse cayó en una crisis de placer tan violenta que se desmayó... Me recordó a la Donis de Florencia tramando contra los días de su hija y de su madre.

— ¡Oh!, ¡qué cabezas las italianas! —exclamé—, ¡tenía que venir a este país para ver monstruos que me igualasen!

— ¡Oh!, ¡santo Dios!, ¡qué placer! —dice Olympe volviendo en sí, y limpiando con alcohol las heridas que mis varas le habían hecho en sus nalgas—. Ahora que ya estoy tranquila, hablemos un momento de los hechos. ¿Crees realmente que es un crimen matar a un padre?

— Por supuesto que estoy lejos de pensar eso —respondí.

Y, citando a este respecto lo que en otro tiempo me había dicho Noirceuil, cuando Saint-Fond quiso deshacerse del suyo, tranquilicé de tal forma a esta mujer encantadora en todos los temores que pudiesen quedarle, que todo quedó resuelto para el día siguiente. Yo misma preparé la dosis que debía tragar su padre y, con un valor cien veces mayor que el que mostró la Brinvilliers, Olympe Borghèse cortó los días del autor de su vida, y lo observó con placer en los suplicios espantosos que le causaba la fatal droga que yo la había impulsado a utilizar.

Una vez dado el golpe, vino a mi casa.

— ¿Te has masturbado? —le digo.

— Ni lo dudes —me dice la malvada—, me he quedado agotada junto a su lecho... Jamás las Parcas fueron regadas con tanto semen, y todavía echo recordando sus discursos y sus contorsiones. ¡Oh! Juliette, ¡prolonga mi placer! vengo a buscar otros nuevos en tus brazos. Hazme descargar, Juliette: tengo que apagar con semen los remordimientos del crimen...

— ¡Remordimientos!, ¿es posible que los concibas siquiera?

— Jamás, jamás... No importa, mastúrbame; tengo que aturdirme; tengo que descargar...

Jamás la había visto tan exuberante. ¡Ah!, amigos míos, ¡cómo embellece el crimen a una mujer! Olympe era solamente bonita, pero tan pronto hubo cometido esta acción, la encontré hermosa como un ángel. Entonces fue cuando me di cuenta de cuán vivo es el placer que se recibe de un ser por encima de todos los prejuicios y manchado de crímenes. Cuando Grillo me acariciaba, yo no sentía más que una sensación ordinaria; cuando estaba en manos de Olympe, la cabeza me daba vueltas, estaba fuera de mí.

Ese mismo día, aquel en que la zorra acababa de excitar sus sentidos con el mayor de los crímenes, me propuso que la siguiese a una casa cerca del Corso, con la intención, me dijo, de mostrarme una fiesta muy extraordinaria. Llegamos; nos recibió una mujer mayor.

— ¿Hay mucha gente esta noche? —le dice Olympe.

— Mucha, princesa —responde la mamma—, sabéis que yo no fallo nunca el domingo.

— Aposentémonos, entonces —dice Olympe.

Nos meten en una habitación bastante bonita, con canapés muy bajos y dispuestos de forma que veíamos una pieza vecina, en la que había tres o cuatro putas.

— ¿Qué es esto? —digo a la Borghèse—, ¿y cuál es el extraño placer que me deparas?

— Observa atentamente —me dice Olympe— lo que va a hacerse cerca de nosotras. Durante las siete u ocho horas que permaneceremos aquí, pasarán por las manos de esas muchachas cohortes de monjes, curas, abades, jóvenes. El número de cuadros será tanto mayor cuanto que soy yo quien paga los gastos, y que todos los que sean recibidos se divertirán por nada. En cuanto esas putas tengan un pito nos lo mostrarán; si no nos convence, nuestro silencio las advertirá; si nos gusta, esta campanilla les informará: el poseedor del miembro deseado pasará aquí en seguida y nos regalará con lo mejor que tenga.

— Esto sí que es delicioso —respondí—, esta invención es nueva para mí, y te aseguro que voy a gozarla bien. Independientemente del placer que me prometes con la gente que me guste, todavía nos quedará la excitante voluptuosidad de ver cómo se divierten con esas zorras los no elegidos.

— Claro —respondió Borghèse—, y los veremos joder mientras nosotras descargamos.

Apenas había acabado de hablar Olympe cuando apareció un enorme seminarista. Era un hermoso joven de

veinte años, con un bello rostro; depositó en la mano de las muchachas un gordo miembro de siete pulgadas por doce de largo. No tardó mucho en sernos ofrecida una joya tan magnífica y, como fácilmente imaginaréis, nos guardamos muy bien de rechazarla.

— Ve a la habitación —dice la puta en cuanto oyó la campanilla—, allí encontrarás un negocio mejor que aquí.

El bendito llega todo empalmado. Olympe lo empuña y me lo casca en el coño.

— Jode, jode —me dice—, yo no estaré mucho tiempo libre.

Me entrego. Apenas ha descargado mi muñeco cuando uno de sus compañeros, llamado por Olympe, viene a llenarla como yo acabo de serlo.

A los seminaristas les siguen dos esbirros (14), a los esbirros dos agustinos, a éstos dos recoletos, pronto sustituidos por dos capuchinos; cocheros, mozos de cuerda, lacayos vinieron en masa. Al final, me pareció una masa tan monstruosa que me vi obligada a pedir piedad. Creo que iba por el número ciento noventa cuando le rogué a mi compañera que hiciese cesar este diluvio de semen con que me hacía inundar por un lado y por otro: porque me haréis la suficiente justicia para creer que mientras festejaba tan bien mi coño no había descuidado mi culo.

— ¡Oh!, ¡santo Dios! —digo a la Borghèse levantándome apenas—, ¿juegas a este juego con frecuencia?

— Siete u ocho veces al mes —me respondió Olympe—, estoy acostumbrada a él y no me cansa.

— Te felicito, porque lo que es yo estoy rota; descargo demasiado y demasiado de prisa, eso me mata.

— Vamos a bañarnos y a comer juntas —dice Olympe—, mañana ya no lo estarás.

(14) Se llama así a los que hacen la ronda y detienen a los ladrones en Roma.

La princesa me llevó a su casa, y después de un baño de dos horas, nos sentamos a la mesa, en condiciones de emprender solamente una dulce y lúbrica conversación.

— ¿Te lo has metido en el culo? —me dice Olympe.

— Claro —respondí—, ¿cómo demonios querías que soportase una cantidad semejante de asaltos dirigidos al mismo lugar?

— Pues yo —me respondió Borghèse— sólo he fornicado en el coño. No creía que lo fueses a dejar tan pronto; cuando yo voy a esa casa es siempre por veinticuatro horas, y no ofrezco mi trasero a los fornicadores más que cuando han desgarrado mi delantero. Sí, desgarrado... quiero que me hagan sangrar.

— Eres deliciosa, ángel mío, jamás he visto una mujer más libertina que tú. ¡Nadie conoce como nosotras esa cadena de extravíos secretos que conducen tan bien a todo lo demás! Soy esclava de esos episodios voluptuosos; creo que cada día resultan de ellos encantadores hábitos que se convierten en otros tantos pequeños cultos, pequeños homenajes ofrecidos al físico y que excitan considerablemente el espíritu. Esos divinos desvaríos, a cuya cabeza no hay que dejar de poner los excesos de la mesa, tanto más necesarios cuanto que inflaman el fluido nervioso y por consiguiente determinan a la voluptuosidad, esos ligeros desvaríos, digo, embrutecen insensiblemente y hacen indispensables los excesos. Por lo tanto, ¿qué mejor cosa podemos hacer que mantenernos siempre en el estado que los exige? Pero todo está lleno de estos pequeños hábitos, tan feos como secretos, tan horribles como sucios, tan crapulosos como brutales, que tú quizás ignores, querida, y que voy a contarte al oído: te demostrarán que la famosa La Mettrie (15) tenía razón cuando decía que había que revolcarse en el lodo como

(15) Ved su obra sobre la voluptuosidad.

rrer por Roma el rumor de su muerte, y la encierro cuidadosamente en la torre de un castillo que tengo al borde del mar, y que se parece más a una fortaleza que a una casa de gente honrada: la abandoné seis meses en esta reclusión sin verla. El rapto de la libertad me divertía, me gustaba tenerla en cautividad; sabía que mis víctimas sufrían de esta forma: esta páfida idea me inflamó, me sentía feliz de poder tener a muchos individuos en ese cruel estado (16).

Llego a la prisión de mi hija... ¡te dejo pensar con qué proyectos! Me había hecho acompañar por dos de mis mujeres y una joven, amiga de mi hija. Después de una comida deliciosa, las caricias más sabias acabaron encendiendo mis sentidos, y fueron los preliminares de mi crimen. Por fin entro sola en la torre, y paso primero dos horas en ese vagabundeo mental, en esa especie de delirio, en ese deshilvanamiento, divino lenguaje de la embriaguez en que nos sumerge la lubricidad, y que tan bien se aviene con un objeto que no debe volver a ver la luz. Te explicaría muy mal, amor mío, lo que dije, lo que hice... Estaba fuera de mí: era la primera víctima que sacrificaba tan abiertamente. Hasta entonces yo había utilizado el engaño, había gozado poco de los efectos: ahora se trataba de un asesinato con emboscada... un asesinato premeditado, un horror, un infanticidio execrable, un goce de nuestro capricho, al que sin embargo yo no unía todavía la lujuria, como tú me has aconsejado que haga. En este caso había más hastío que refinamientos, más rabia que voluptuosidad. Increíblemente encendida, iba quizás a lanzarme como un tigre sobre esta víctima de mi frenesí, cuando una terrible idea me detuvo... Esa

(16) Sólo de esta voluptuosidad nace la costumbre de encerrar a las mujeres en Asia; ¿pueden existir los celos en el alma de un hombre que tiene doscientas o trescientas mujeres?

compañera de mi hija... esa criatura a la que mi hija adoraba y de la que yo me había servido igual que de ella, concebí el proyecto de hacerla perecer antes. Por este medio, me decía, gozaré primero de los efectos producidos por el espectáculo de su amiga sacrificada... Voy corriendo a disponerlo todo.

— Seguidme —digo volviendo a buscar a mi hija—, os mostraré a vuestra amiga.

— ¡Oh!, mamá, ¿dónde me lleváis? No conozco estos desvíos... ¿Qué puede hacer Marcelle en estos lugares?

— Ya lo verás, Agnès...

Una puerta se abre. Todo está tapizado de negro en el nuevo calabozo donde llevo a mi hija... La cabeza de Marcelle, separada del tronco, colgada del techo; su cuerpo desnudo y derecho, colocado descuidadamente sobre una banqueta, estaba puesto bajo la cabeza de forma que no hubiese más que seis pulgadas de separación; uno de sus brazos cortados le servía de cinturón, y tenía tres puñales en el corazón. Grande fue la turbación de Agnès, pero no flaqueó; un desorden increíble alteraba su rostro, pero no la veía cambiar de color. Considera un momento este terrible espectáculo; después, volviendo sus hermosos ojos verdes hacia mí:

— ¡Oh!, señora —me dice—, ¿habéis sido vos quien ha hecho eso?

— La misma.

— ¿Cuáles eran las faltas de esta desgraciada?

— Ninguna que yo supiese. ¿Se necesitan pretextos para cometer un crimen?, ¿los necesitaré para inmolaros a vos ahora mismo?

A estas palabras, Agnès se desmaya, y yo me quedo entre mis dos víctimas, una ya bajo la hoz de la muerte, la otra lista para recibir sus golpes.

— ¡Oh amiga mía! —prosiguió la princesa, muy excitada con su relato—, ¿cuán fuertes pueden ser estas volup-

lanzó maquinalmente una en brazos de otra. Pero demasiado emocionadas... demasiado libertinas para bastarnos, Olympe hizo venir a sus mujeres. De nuevo pasamos unas horas más en el seno de los placeres. Inmolamos una joven víctima de quince años, hermosa como el día, en el altar de ese dios. Rogué a Borghèse que la tratase ante mí como lo había hecho con su hija; hizo horrores y no nos separamos más que con otros nuevos proyectos.

Pero, fuese como fuese, el libertinaje desenfrenado de Mme. de Borghèse no me hacía olvidar los puros placeres que todavía me prometía con Honorine. Volví a verla unos días después de mi primera aventura con ella. Ese día, la duquesa me recibió más calurosamente que nunca. Nos abrazamos deliciosamente, y la conversación pronto recayó sobre los últimos placeres de que habíamos gozado. Es raro que dos mujeres charlen juntas de semejantes cosas sin poner en seguida en práctica lo que ha hecho surgir esa conversación. Hacía un calor horrible; estábamos solas, indolentemente tumbadas en un cuarto divino: ¿no hubiésemos sido culpables si hubiésemos retrasado por más tiempo el sacrificio al dios que nos preparaba sus altares? En seguida triunfé sobre el primer impulso de pudor que todavía parecía retener a Honorine, y como estaba encadenada por la voluptuosidad, pronto me ofreció sus encantos. ¡Cuán hermosa era!... Mil veces más fresca que Olympe, más joven, embellecida con las gracias del pudor, ¿por qué, entonces, me gustaba menos?... Encantos indecibles de la lubricidad, divinos atractivos del libertinaje, ¿habéis recibido de la naturaleza el don particular de gustar en abstracto?... Increíble ascendiente del crimen, ¡cómo prueba vuestra fuerza esta reflexión... hasta qué punto impone vuestros derechos!

Esta vez había llevado yo con qué imitar el sexo de cuyas cualidades nos vimos privadas la otra vez. Nos armamos con nuestros consoladores y haciendo sucesiva-

mente de amante y amada, de esposa, marido, lesbiana y marica, no hubo tipo de placer que no probásemos. Pero como Honorine seguía siendo una novicia, no inventaba nada, no hacía más que prestarse, más que poner el pudor y la timidez en lugar del libertinaje y la lujuria; no me daba ni la cuarta parte de placer que sentía con la Borghèse. Si ella hubiese sido completamente nueva, la idea de corromperla habría sustituido en mi imaginación todos los excitantes placeres que yo recibía del libertinaje; pero Honorine, aunque mojigata y novicia todavía, había tenido aventuras, y fue en uno de esos momentos de mutua embriaguez en que se hacen las confidencias que tanto añaden a los placeres gozados, cuando la encantadora duquesa me contó la anécdota siguiente.

— El primer año de mi matrimonio —me dice— (tenía entonces dieciséis años) yo estaba muy liada con la marquesa Salviati, que me doblaba la edad, y que había tenido toda su vida la habilidad de ocultar los desórdenes más terribles bajo la apariencia de la más profunda virtud. Libertina, impía, extravagante en sus gustos, y bonita como un ángel, Salviati amaba todo lo que se puede amar; pero una de sus manías favoritas era apoderarse de las jóvenes casadas, para arrastrarlas con ella a los extravíos a los que se lanzaba tan misteriosamente. La zorra no me dejó escapar. Su aire mojigato, su hipocresía, sus conocidos, algunos encuentros con mi madre, todo le dio los medios para acercarse a mí, y nuestra unión se hizo tan estrecha que nos masturbábamos a partir del octavo día. La escena tuvo lugar en *villégiature* (17), en la casa del cardenal Orsini, donde nos encontrábamos ambas, en los alrededores de Tívoli. Nuestros esposos estaban allí. El mío no me molestaba: viejo y frío, según creía

(17) Así es como los romanos llamaban a sus excursiones al campo.

yo en aquel entonces al no parecer que se había casado conmigo más que por mi dote, no me molestaba en mis placeres. El de la marquesa, aunque muy libertino, no le dejaba una ociosidad tan completa; exigía de ella cosas tan agotadoras como extrañas: al verse obligada a dormir todas las noches en su habitación, nuestras pequeñas voluptuosidades secretas eran muy difíciles de lograr. Para compensarnos, nos perdimos un día por los solitarios bosquecillos del hermoso campo de Orsini y en los paseos deliciosos la marquesa trabajaba a la vez mi espíritu y mi alma, entremezclando sus lecciones con los más dulces placeres del libertinaje femenino.

— No es un amante lo que se necesita para pasar la vida agradablemente —me decía—: en nuestros brazos se vuelve indiscreto o pérfido. La costumbre de ser amadas nos hace perder otras mejores, y por una docena de malas noches nos encontramos difamadas para toda la vida. No es que la reputación sea un bien precioso —continuaba la marquesa—, pero cuando se la puede conservar teniendo el doble de placer, me confesarás que los medios que conducen a esos resultados deben ser los mejores de todos.

— Sin duda alguna.

— ¡Y bien!, ¡ángel mío, esos son los que te haré adoptar; dentro de días volveremos a la ciudad, allí te explicaré los medios de ser libertina en el misterio.

— La cuestión es la siguiente —me dice Salviati el segundo día de nuestra vuelta a Roma—. Nosotras somos cuatro: si quieres, serás la quinta. Tenemos a nuestras órdenes a una vieja muy entendida que nos recibe en una casa tan solitaria como cómoda. La prevenimos y, de acuerdo con nuestro orden del día, nos hace encontrar en su casa todo lo que nuestra lujuria puede desear, bien en mujeres bien en hombres y gozamos, según nuestros deseos, bajo las densas sombras del más profundo misterio. ¿Qué piensas de este acuerdo?...

— ¿Hace falta que te lo confiese, Juliette? —prosiguió Mme. de Grillo—; joven y descuidada por mi marido, las ofertas de esta seductora me arrastraron. Le aseguré que la seguiría la primera vez que fuese a esta casa, pero con la promesa formal de que no me obligaría a ver hombres... Mi marido apenas me ve, lo sabes, le dije, y es una razón de más para que en seguida se dé cuenta de las brechas que abro en su honor. La marquesa promete todo lo que deseo; fuimos. Al verme conducida más allá del Tíber y en los más alejados barrios de Roma, sentí por unos minutos un verdadero pavor; lo oculté; llegamos. La casa me pareció grande y de buena apariencia, pero sombría, aislada, silenciosa, y tal como parecían exigirlo los misterios que íbamos a celebrar.

Hasta entonces, aunque habíamos atravesado varias piezas, ningún objeto se había ofrecido a nuestras miradas, cuando por fin una vieja se presenta ante nosotras en una antecámara bastante amplia. Fue entonces cuando me sorprendió el cambio de tono de la marquesa: esa decencia, esa hipocresía, ese aire de dulzura y de virtud se cambiaron pronto en expresiones que hubiesen hecho enrojecer a la última de las prostitutas.

— ¿Están aquí nuestras zorras? —preguntó.

— Sí, señora —respondió la vieja—, tengo cuatro criaturas encantadoras en esta sala que esperan a la joven que traéis, de acuerdo con lo que dijisteis de que no le preparase más que mujeres.

— ¿Y qué me has preparado a mí?

— Dos jóvenes suizos de la guardia, hermosos como el Hércules Farnesio, y que los tendréis desde ahora hasta mañana, si lo deseáis.

— Esta puta —dice la marquesa hablando de mí—, haría mucho mejor en venir a compartir estos placeres que en ir, como hace, a alimentarse de carne vacía; por lo demás allá ella, aquí cada uno es dueño de hacer lo que

quiera... ¿Han llegado nuestras hermanas? —prosiguió Salviati.

— Sólo una de vuestras amigas, señora —respondió la vieja—... Elmire.

Entonces me di cuenta de que estas damas se ponen sobrenombres para espesar los velos del misterio, y de acuerdo con esta costumbre de la que me pusieron al corriente, adopté el de Rose.

— ¿Y qué hace Elmire? —dice Salviati.

— Está con las cuatro muchachas destinadas a la señora —dice la vieja.

Entonces miré a la marquesa enrojeciendo.

— Loca —me dice—, aquí no nos molestamos unas a otras y actuamos siempre delante de las demás en las pasiones iguales: las que se divierten con las mujeres se ponen juntas, y lo mismo hacen las que gozan con los hombres.

— ¡Pero yo no conozco a esa mujer! —digo toda avergonzada.

— Y bien, os conoceréis mientras os masturbáis, de todas formas es el mejor modo. Vamos, decídetes antes de entrar ahí —continuó esta libertina señalando un salón a la izquierda—, puedes ver que son hombres; ahí (señalando a la derecha) hay mujeres; elige rápido, voy a presentarte.

Yo me sentía muy violenta; ardía en deseos de ver a hombres. ¿Pero cómo atreverme a correr todos los riesgos que podían resultar de esta locura? Además, temía este nuevo conocimiento... ¿Quién podía ser esa mujer?... ¿sería discreta?... ¿no me coartaría asombrosamente su presencia?... Era tal mi embarazo que me quedé petrificada durante dos o tres minutos.

— Decídetes, bribona —me dice Salviati empujándome—. ¿No sabes que aquí los minutos son sagrados y que no me gusta perderlos?

— De acuerdo —digo—, entraré con las mujeres.
En seguida la vieja llama suavemente a la puerta.
— Un momento —le contestan.

Unos minutos después viene a abrirme una joven; entramos. La compañera de la marquesa era una mujer de cuarenta y cinco años que todavía era guapa, y que recordaba haberla visto en sociedad. ¡Pero qué desorden, gran Dios!... ¡Ah!, si se hubiese querido pintar el libertinaje y la impureza, no hubiesen hecho falta más rasgos que los que mancillaban la frente de esta criatura desenfrenada. Estaba desnuda en una otomana, con las piernas abiertas; a sus pies, sobre cojines, había dos jóvenes en la misma indecencia. Su rostro estaba encendido, su mirada extraviada, sus cabellos caían sobre su seno envilecido, su boca espumeaba. Dos o tres palabras que balbuceó, al vernos entrar, me mostraron que estaba borracha; los vómitos que vi junto a ella acabaron de convencerme.

— ¡Joder! —dice a la marquesa—, estaba descargando cuando habéis llamado, por eso os he hecho esperar; ¿quién es esta putilla?

— Una de mis hermanas —respondió Salviati—, es tortillera igual que tú, y también viene a que la masturben.

— Es muy libre —responde la vieja Safo sin moverse—, ahí hay dedos, consoladores y coños: que coja lo que quiera... Pero que antes venga a que la bese, es bonita, pardiez.

Y heme aquí en un momento besada, lamida, arremangada, antes de que me diese cuenta.

— Te dejo —dice la marquesa a su amiga—, me esperan arriba; te recomiendo a la novicia, edúcala por favor.

Y, en cuanto se cierran las puertas, las cuatro muchachas saltan a mi cuerpo, y en un abrir y cerrar de ojos me ponen tan desnuda como ellas. No te contaré lo que pasó, mi pudor no soportaría esos detalles; solamente te diré que se llevó el libertinaje y el desenfreno hasta sus

últimos extremos. La vieja dama se divirtió conmigo; por mi parte hice con ella y con las cuatro muchachas todo lo que se me ocurrió; la vieja se complacía en asombrarme, sorprenderme, escandalizarme con los episodios más inconcebibles y más lúbricos. Se hubiese dicho que su mayor placer residía en ofrecermela lujuria en sus cuadros más sucios y más extravagantes, a fin de mejor torcer mi espíritu y corromper mi corazón. Por fin amaneció, la marquesa vino a recogerme y ambas volvimos a nuestros palacios con la aprensión de que nuestros maridos, que nos creían en el baile, se hubiesen dado cuenta del engaño: pero no habían dudado de nosotras. Animada por este primer éxito, me dejé llevar una vez más a esa terrible casa; seducida por la perniciosa marquesa, no tardé en entregarme a los hombres, y mi desorden no tuvo límites. Pero por fin se apoderaron de mi alma los remordimientos; la virtud me llamó a su seno; me juré ser buena, y todavía lo sería sin ti, cuyas gracias y atractivos encantos romperán siempre, a los pies del altar del Amor, los indiscretos juramentos que haya arrancado la honestidad...

— Encantadora mujer —digo a la duquesa—, los juramentos de virtud hechos por ti son extravagancias con que te castiga la naturaleza; no nos creó ella para que fuésemos buenos, sino para fornicar; la ultrajamos resistiéndonos a sus intenciones sobre nosotros. Si todavía existe esa deliciosa casa, te exhorto a que vuelvas a ella; nunca me pongo celosa de los placeres que tienen mis amigas: sólo les pido el permiso de compartirlos o de verlos.

— Ya no existe esa casa —me dice Honorine—, pero habría otros medios para conseguir placer.

— ¿Y por qué no aprovecharlos?

— Estoy más atada que nunca: mi marido se ha acercado a mí, está celoso; incluso temo que sospeche nuestras relaciones.

— Hay que librarse de un hombre como ese.

— ¡Oh cielos!, haces que me estremezca.

— Pero si no hay nada más sencillo. La primera ley de la naturaleza es deshacernos de lo que nos disgusta; el uxoricidio es un crimen imaginario del que soy culpable sin el más mínimo remordimiento. Sólo debemos tenernos en cuenta a nosotros mismos en el mundo. Absolutamente aisladas de todas las criaturas, así como debemos acercarnos tan sólo a lo que nos complace, debemos, con el mismo cuidado, alejar todo lo que nos disgusta. ¿Y qué tienen en común la existencia del que me molesta y yo? ¡Cómo!, ¿seré tan enemiga de mi propio bienestar para prolongar los días del que constituye mi suplicio?, ¿rechazaré violentamente la voz de la naturaleza para no cortar la vida del que decididamente turba la felicidad de la mía? ¡Se permiten los asesinatos morales y políticos y se van a castigar injustamente los asesinatos personales! ¡Qué extravagancia! Honorine, hay que ponerse por encima de esos bárbaros prejuicios. El que quiere ser feliz en el mundo debe desdeñar, sin ningún escrúpulo, absolutamente todo lo que lo ofusca... debe abrazar todo lo que sirve o halaga sus pasiones... ¿Te faltan medios? yo te los ofrezco.

— ¡Oh, Dios!, me horrorizas —respondió la duquesa—. No amo al Sr. de Grillo, pero lo respeto; protege mi juventud; sus celos me reprimen, me impiden caer en las trampas a que me arrastra infaliblemente el libertinaje.

— ¡Cuántas debilidades y sofismas! —digo vivamente a esta mojigata—. Es decir que porque un ser se opone a las flores que te ofrece la naturaleza en la carrera de la vida, ¿tienes que aumentar el peso de las cadenas con que te sobrecarga en lugar de rechazarlo? ¡Ah!, ¡rompe sin temor esos lazos terribles! Producto de la moda y la ambición ¿qué pueden tener de sagrado para ti? Desprécia-los, pisotéalos, como se lo merecen. Una mujer bonita

no debe tener en este mundo más Dios que el placer; más lazos que las rosas con que nos encadena su mano; más virtud que la de joder; más moral que la imperiosa ley de sus deseos. Primero tienes que conseguir que te hagan un hijo, no importa quién, para asegurarte los bienes de tu esposo. Una vez hecho esto, le daremos un caldo a ese extravagante, y a continuación ambas nos revolcaremos en el fangoso cenagal de las voluptuosidades más atroces, más abominables, porque son las más deliciosas... porque tú estás hecha para gozar, y porque todo lo que te niegas constituye un crimen del que tendrás que responder ante el tribunal de la Razón y de la Naturaleza.

Mis lecciones no penetraron en el alma mezquina de esta mojigata; fue quizás la única mujer en el mundo que no pude lograr corromper. Y desde ese momento decidí perderla.

Con el fin de dirigir mis baterías con mayor seguridad, hice partícipe del proyecto a Borghèse.

— Te creía enamorada de la duquesa —me dice Olympe.

— ¿Yo, amor? ¡Gran Dios!, mi corazón siempre ha ignorado ese sentimiento pueril: me he divertido con esa mujer, he querido conducirla al crimen... se me niega, es una imbécil que hoy ya no pienso más que perder.

— Nada más sencillo y fácil.

— Sí, pero quiero que el marido perezca con ella; ya había decidido su muerte; quería armar el brazo de su mujer con el puñal que debía cortar el hilo de sus días: si la tonta de su mujer se opone, ¿debo por eso perder esta víctima?

— ¡Malvada!

— Es preciso que perezcan los dos.

— Esa idea me agrada —dice Borghèse— me divierte igual que a ti; llévalos a mi casa de campo y verás lo que haremos.

gozar sin escrúpulos de las voluptuosidades con que la embriaga nuestro joven, le confío que como el duque proyecta ir de caza al día siguiente, debe aprovechar ese momento para pasar con Dolni una mañana deliciosa.

— Poneos en marcha temprano —le digo—; yo llegaré después, no os preocupéis por mí, y me acogeréis como tercero.

La duquesa aplaude mi idea, me permite que la cumpla. Llegado el momento, en cuanto creo que han empezado los dos amantes, llevo al duque al cuarto...

— ¡Y bien! —le digo mientras le señalo a su mujer en los brazos del joven—, ¿estáis convencido ahora?...

Grillo, furioso, se lanza, puñal en mano, sobre la pareja adúltera. Ayudando a su brazo, tengo cuidado de que se dirija sobre su infiel esposa: es alcanzada por un golpe en el costado; a continuación la rabia del duque recae sobre el amante que escapa, lo persigue. Yo no me opongo ya a sus golpes. Dolni se salva, Grillo lo persigue. Al final del largo corredor, una trampilla se los traga a los dos, cayendo uno en una bodega cuyas salidas le permiten unirse a nosotros en seguida, el otro en medio de una espantosa máquina cuyas mil hojas cortantes están listas para descargar al que apresa.

— ¡Gran Dios! ¿Qué he hecho? —exclama el duque al caer—... ¡Terrible trampa!... ¡Criminales! Sólo teníais la intención de cogermé en ella... ¡Oh!, querida esposa, me han engañado... Habías sido seducida..., inocente...

Apenas ha pronunciado el duque estas últimas palabras cuando su esposa, desnuda y herida, cae junto a él empujada por Borghèse.

— Ahí la tienes —le digo entonces desde una ventanilla por donde Borghèse, Dolni y yo nos asomábamos a esa terrible máquina— ¡Ahí la tienes!... Sin duda era inocente, y sólo queríamos perderte a ti... Ayúdala si te atreves, pero piensa que sólo puedes hacerlo pereciendo tú mismo.

Grillo se lanza hacia su mujer; como el impulso actúa sobre los resortes, todas las hojas se ponen en acción, todas se dirigen a la vez sobre estas dos víctimas que, en menos de diez minutos, están tan descuartizadas que ya no se ve más que sangre y huesos... No os describiré el éxtasis en que nos puso esta escena a Borghèse y a mí; masturbadas por Dolni, descargamos por lo menos diez veces seguidas, y esta atrocidad, lo confieso, es una de las que más tiempo ha inflamado mi cabeza... la que más constantemente ha encendido mis sentidos.

— Ven a pasar mañana el día a mi casa —me dice Olympe, en cuanto regresamos a Roma—. Te haré conocer al que me da cien mil escudos por quemar todos los hospitales y todos los asilos. También estará allí el que se encarga de la ejecución.

— ¡Qué! —respondí—, ¿sigues pensando en ese horror?

— Por supuesto, Juliette; tus crímenes se limitan a destruir matrimonios, y yo los extiendo por lo menos hasta la mitad de una ciudad, y como Nerón cuando prendió fuego a Roma, quiero estar con un arpa en la mano en un balcón desde el que veré las llamas que devastarán mi patria.

— Olympe, eres un monstruo.

— Menos que tú; la terrible escena que acaba de perder a los Grillo es obra de tu imaginación, yo jamás la habría concebido.

No falté a la cita.

— Los dos hombres que ves allí —me dice Olympe presentándome a sus convidados— son (y hablaba del que tenía más edad), Monseñor Chigi, pariente de varios de los príncipes que durante largo tiempo ocuparon la Santa Sede; hoy está al frente de la policía de Roma; él es el que gana con el proyecto de incendio de que te he hablado, y el que me da cien mil escudos por ejecutarlo. Aquel es el conde Bracciani, quien, en su calidad de primer físico

de Europa, se encargá de la ejecución (después acercándose a mi oído): los dos son amigos míos, Juliette; no les niegues nada, por favor, si exigen algo de ti.

— ¿No soy toda tuya? —respondí.

Y como la princesa había dado las más severas órdenes para que nos dejasen solos, la conversación se animó.

— Estáis cenando —dice Olympe— con una de las más famosas criminales de Francia; cada día nos da aquí ejemplos de crímenes; por lo tanto, amigos míos, no tenemos que temer confesar ante ella el que meditamos.

— Verdaderamente, señora —dice el jefe de policía—, calificáis de criminal la acción más simple. Considero los hospitales como la cosa más peligrosa del mundo para una gran ciudad; absorben la energía del pueblo, estimulan la holgazanería, debilitan su valor; en una palabra, son perniciosos bajo todos los aspectos. El menestero es al Estado lo que la rama parásita al árbol frutal: lo seca, se alimenta de su savia y no reporta nada. ¿Qué hace el agricultor cuando ve esa rama? La corta en seguida sin ningún remordimiento. Así pues, que el hombre de Estado actúe en este caso como el agricultor: una de las primeras leyes de la naturaleza es que no haya nada inútil en el mundo. Estad segura de que el mendigo es siempre perjudicial, no solamente cuando le falten vuestras limosnas. Quiero que en lugar de mantener a tales desgraciados, se los extirpe totalmente; quiero que sean destruidos; ¿hay que decirlo con otras palabras? quiero que se les mate como se haría con una raza de animales venenosos. Esta es la primera razón que me ha hecho proponerle a la princesa Borghèse cien mil escudos romanos por destruir esas casas. La segunda es que, en el lugar de esos hospitales, levanto un vasto edificio que parecerá servir de hospital y que sin embargo no será más que un hospicio para los viajeros, lo que no crea ningún problema. Por esta casa, pido las rentas de los hospitales; las obtengo y

gano cien mil escudos de renta: por lo tanto sólo sacrifico el primer año de renta seguro a Mme. de Borghèse quien ha encontrado, dice ella, en el conde de Bracciani al hombre apropiado para liberar Roma de esas casas y dotarla en su lugar con aquélla cuyo plan ofrezco, y por la que obtendré tranquilamente unas rentas que quedarán sin destino mediante la extinción de los hospitales (18). Hay veintiocho casas de estas en la ciudad, —prosiguió Chigi— y nueve hospicios que contienen mil ochocientas muchachas pobres, que como podéis imaginar van incluidos en mis proscipciones. Es preciso que arda todo a la misma hora; habrá treinta o cuarenta mil holgazanes sacrificados... primero en bien del Estado... segundo en bien de los placeres de Olympe que va a meter en su caja cien mil escudos contantes por este asunto; tercero en provecho de mi fortuna, porque con lo que tengo ya, me convierto en uno de los eclesiásticos más ricos de Roma, si mi proyecto triunfa.

— Me parece —dice Bracciani— que yo, el que debe ejecutarlo, soy el más desgraciado de todos porque todavía no se os ha ocurrido ofrecerme ni siquiera un cequí de la ganancia que vais a obtener.

— Chigi se ha creído —dice Olympe que debíamos repartirlo, pero se equivoca, no es demasiado lo que él me da, y quiero que el conde tenga una parte igual a la mía; además ¿cómo buscaría los cómplices Chigi?

— Poco a poco —dice el monsignore—. No riñamos al comienzo de una empresa tan importante, sería la forma de hacerla fracasar y de perjudicarnos mutuamente. Le concedo al conde la misma suma que a Mme. de Borghèse; además, le concedo cien mil francos de gratificación a esa encantadora mujer —continúa Chigi señalándome—:

(18) Este proyecto fue concebido realmente mientras yo estaba en Roma; no he cambiado más que el nombre de los actores.

— Pero —interrumpió Olympe—, ¿no queréis que haya leyes en un imperio?

— No. Vuelto al estado de naturaleza, sostengo que los hombres serían más felices de lo que pueden serlo bajo el absurdo yugo de las leyes. No quiero que el hombre renuncie a una parte de su fuerza y su poder. No se necesitan las leyes para hacer justicia; la naturaleza ha puesto en él el instinto y la energía necesaria para conseguírsela por sí mismo; y la que él mismo se haga siempre será más rápida y más activa que la que puede esperar de la lánguida mano del hombre, porque en el acto de justicia sólo tendrá en cuenta su propio interés y la lesión que haya recibido, mientras que las leyes de un pueblo son sólo la masa y el resultado de los intereses de todos los legisladores que han cooperado en la erección de esas leyes.

— Pero sin las leyes estaríais oprimido.

— ¿Qué importa estar oprimido si tengo el derecho de hacer lo mismo? Prefiero estar oprimido por mi vecino, al que a mi vez puedo oprimir, que por la ley, contra la que no tengo ningún poder. Las pasiones de mi vecino son infinitamente menos temibles que la injusticia de la ley, porque las pasiones de tal vecino están reprimidas por las mías, mientras que nada detiene, nada se opone a las injusticias de la ley. Todos los defectos del hombre pertenecen a la naturaleza; según eso, no puede haber mejor ley que la de la naturaleza; porque no le corresponde a ningún hombre reprimir lo que procede de la naturaleza. Ahora bien, la naturaleza no ha hecho leyes; sólo imprime una en el corazón de todos los hombres: satisfacernos, no negar nada a nuestras pasiones, aunque sea a costa de los demás. Por lo tanto no se os ocurra reprimir los impulsos de esta ley universal, cualesquiera que puedan ser sus efectos; dejad este cuidado a aquellos a los que ultraja; si lo hieren, sabrá reprimirlos. Los hombres que creyeron que de la necesidad de acercarse mu-

recibidas, no se elevará ningún déspota, porque sería derribado a la primera víctima que se atreviese a inmolar. Jamás nacen tiranos en la anarquía: sólo los veis erigirse a la sombra de las leyes o apoyándose en ellas. Por lo tanto, el reino de las leyes es vicioso; por consiguiente es inferior al de la anarquía: la mejor prueba de lo que digo es la obligación en que se ve el gobierno de hundirse a sí mismo en la anarquía cuando quiere rehacer su constitución. Para derogar sus antiguas leyes, se ve obligado a imponer un régimen revolucionario donde no existan: al final de este régimen nacen nuevas leyes. Pero este segundo Estado es necesariamente menos puro que el primero ya que se deriva de él, ha tenido que realizar este primer plan, *la anarquía*, para llegar al segundo bien, *la constitución del Estado*. Los hombres sólo son puros en el estado natural; en cuanto se alejan de él, se degradan. Renunciad, os digo, renunciad a la idea de hacer al hombre mejor mediante leyes: con ellas lo haréis más bribón y más malo... jamás más virtuoso.

— Pero el crimen es una plaga en la tierra; cuantas más leyes haya menos crímenes habrá.

— Otra simpleza: la multitud de leyes es lo que da lugar a la multitud de crímenes. Dejad de creer que tal o cual acción es criminal; no hagáis leyes para reprimirla; con toda seguridad que entonces desaparecerá la multitud de vuestros crímenes. Pero recojo la primera parte de vuestra propuesta: el crimen, decís, es una plaga sobre la tierra. ¡Qué sofisma!, lo que con mucha razón podría llamarse una plaga sobre la tierra sería la destructora máquina de todos los individuos que la habitan: veamos si reside aquí el efecto del crimen. Cuando se comete una acción semejante, la imagen que ofrece es la de dos individuos, uno de los cuales hace la acción supuestamente criminal y el otro se convierte en la víctima de esta acción. Aquí tenemos entonces al tiempo un ser feliz y un ser

desgraciado; por lo tanto el crimen no es una plaga puesto que aunque haga desgraciada a la mitad de los individuos que habitan la tierra hace muy feliz a la otra mitad. El crimen no es otra cosa que el medio del que se sirve la naturaleza para llegar a sus intenciones sobre nosotros, y para sostener un equilibrio tan necesario para el mantenimiento de sus operaciones. Esta sola exposición basta para demostrar que no le corresponde al hombre castigar el crimen, porque le corresponde a la naturaleza, que tiene todos los derechos sobre nosotros, y sobre la que nosotros no tenemos ninguno. Si, bajo otro aspecto, el crimen es consecuencia de las pasiones, y las pasiones, como acabo de decir, deben ser consideradas como el único resorte de las grandes acciones, debéis preferir siempre el crimen, que dará energía a vuestro gobierno, a las virtudes, que oxidan sus resortes. Desde ese momento no debéis ya castigar el crimen, sino por el contrario estimularlo y dejar a las virtudes a la sombra, a donde debe reducirse para siempre el desprecio que merecen de nosotros: con mucha frecuencia una virtud lo es todo menos una gran acción y, con más frecuencia todavía, una gran acción no es más que un crimen. Ahora bien, las grandes acciones son muy necesarias, y las virtudes no lo son nunca. Bruto, un honrado padre de familia, no hubiese sido nunca más que un triste e insulso individuo; Bruto, asesino de César, realizó a la vez un crimen y una gran acción: el primero jamás hubiese sido conocido en la historia, el segundo es un héroe de ella.

— Así pues, según vos, se puede estar totalmente tranquilo en medio de los más negros crímenes.

— Donde es imposible hallar la calma es en el seno de la virtud, porque es evidente que entonces se vive en un estado contrario a la naturaleza... a la naturaleza que sólo puede existir, renovarse, conservar su energía mediante la inmensidad de los crímenes del hombre. De esta

— Monseñor —dice Olympe al magistrado de la policía romana—: se os acusa de utilizar excesivamente el terrible suplicio de la cuerda; se dice que lo habéis aplicado a muchos inocentes y que principalmente lo hacéis prolongar con ellos hasta tal punto que, se dice, perecen siempre.

— Voy a explicar el enigma —dice Bracciani—. Ese suplicio constituye el mayor placer de este malvado; se le empina viéndolo aplicar, descarga si el paciente perece.

— Conde —dice Chigi—, no sé qué es lo que os impulsa a hacer los honores de mis gustos: me parece que no os he encargado que desveléis mis debilidades.

— La confesión nos ha causado un gran placer —digo vivamente—. Es un goce que le dais a Olympe, y os confesaré con franqueza que también me lo dais a mí.

— Sería completo —dice Olympe— si Chigi quisiera entregarse a él delante de nosotros.

— ¿Por qué no? —respondió el libertino—... ¿Tenéis algún sujeto?

— Lo encontraré fácilmente.

— Sí, pero quizás ése no reúna las cualidades requeridas.

— ¿Qué queréis decir con cualidades?

— Las del infortunio —dice Chigi—, la inocencia y la sumisión debida a un juez supremo.

— ¿Podéis reunir todo eso? —dice Olympe.

— Claro —respondió el magistrado—; mis prisiones rebosan de sujetos parecidos, y en menos de una hora haré que traigan aquí lo más conveniente para los placeres que tenéis intención de procuraros.

— ¿Quién será el individuo? —dice Olympe.

— Una joven de dieciocho años, hermosa como Venus y embarazada de ocho meses.

— ¡Embarazada! —objeté— ¿Y en este estado le haréis sufrir un suplicio tan peligroso?

— ¿Qué más da? Morirá, es lo peor que puede ocurrirle: realmente me trae sin cuidado. Me gusta increíblemente cogerlas así; hay dos placeres en uno: es lo que se llama *la vaca y el ternero*.

— ¡Y apostaría —digo— a que esa pobre criatura es inocente!

— Hace dos meses que la tengo en prisión, con el firme propósito de divertirme con ella. Su madre la cree sospechosa de un robo que yo mismo mandé hacer, con el fin de apoderarme de la hija; la trampa, hábilmente tendida, tuvo un gran éxito: la pobre Cornélie está en mis garras y soy dueño de su vida; una palabra vuestra y la haré bailar sobre la cuerda mejor de lo que lo haría en toda su vida un saltimbaqui. Convenceré a la gente de que la he sustraído al castigo por humanidad, y cubriéndome con lo que los estúpidos llaman crimen, tendré el mérito de una soberbia acción.

— Es lo que más me gusta en el mundo —digo— ¿pero no puede llegar a descubrirlo todo esa madre a la que dejáis vivir y, en ese caso, qué sería de nosotros? Me parece que sería igualmente fácil convencer a la gente de que es la cómplice de su hija y que ella cooperó en el robo cuya iniquidad quiere hacer recaer sobre su única hija.

— Quizás todavía quede algún pariente en la familia —dice el conde.

— Es cierto —dice Olympe— aunque fuesen veinte, me parece que habría que inmolarlos a todos por la seguridad personal de Chigi.

— Son ustedes insaciables —respondió el magistrado—; simplemente me gustaría que no me atribuyesen unas atenciones que sólo se deben a vuestra péfida lujuria. ¡Y bien!, os contentaré, Cornélie tiene un hermano y una madre; os respondo de que los tres perecerán ante vuestra vista, en el suplicio que el conde pretende constituye mis placeres.

— Eso es lo que queríamos —dice Olympe; cuando uno se permite una ocurrencia parecida, me parece que hay que darle toda la extensión que puede tener; no conozco nada peor que quedarse a mitad de camino. ¡Oh!, joder —dice la puta frotándose el coño por encima de su vestido— ¡Oh! ¡Santo cielo! ¡Cuánto placer! descargo sólo con pensarlo...

Chigi sale para dar las órdenes necesarias. Un jardinillo aislado, rodeado de cipreses, y que da al cuarto de Olympe, es elegido para el lugar de la ejecución, y mientras esperamos nos manoseamos. Chigi y Olympe se conocían, pero Bracciani no había tocado jamás a mi amiga, y a mí no me conocía ninguno de los dos. La princesa se encargó de los preliminares y los esfuerzos no podían ser largos con semejantes libertinos. La zorra se acerca a mí, me desnuda y me pone en manos de sus dos amigos. Me devoran, pero a la italiana: mi culo se convierte en el único objeto de sus caricias; ambos lo besan, lo lamen, lo muerden; les es imposible saciarse; apenas creen que soy una mujer. Tras estas primeras caricias se impone un cierto orden... Bracciani se acerca a Olympe, que acaba de desnudarse igual que yo, y yo me convierto en la presa de Chigi.

— No os impacientéis, criatura encantadora —me dice el infame libertino, con el rostro pegado a mis nalgas, hastiado de los placeres a causa de un largo hábito de sus sensaciones—, necesito refinamientos que desemboten mis sentidos. Me alargaré, os impacientaré, quizás ni siquiera salga muy airoso, pero me habréis dado placer: me parece que es lo único a lo que debe aspirar una mujer...

Y el disoluto se la meneaba todo lo que podía mientras seguía saboreando mis nalgas.

— Señora —le digo a Olympe, toqueteada por Bracciani— no me gusta demasiado hacer sola todo el trabajo:

quinto golpe. Dándome cuenta de que golpea mis nalgas con sus varas, le digo:

— ¡Golpea, libertino!, no te contengas; veo tus proyectos, me gustan; desafío tus golpes, puedo soportarlos.

Chigi no me responde, pero azota; me flagela con tanta rudeza que su flácido instrumento, vuelto por fin a la vida, se pone en condiciones de perforarme. Me apresuro a ponerme en posición, me encula, se le devuelve lo que acaba de hacer, y henos hundidos en el seno de los placeres.

— ¿Descargamos? —dice Bracciani sin dejar de sodomizar a su compañera.

— No, no —respondió Chigi— piensa que nos espera una gran operación; ahora sólo tenemos que ponernos a punto: nuestro semen tiene que deberse tan sólo a los suplicios de la familia de Cornèlie, a esta sólo atrocidad.

Todos estuvimos de acuerdo con esta resolución; nuestros dos libertinos, sin preocuparse de si nos dejaban a medias o no, dejan sus monturas, y los placeres de la mesa sustituyen a los de la lubricidad. A la mitad de la comida, Chigi, casi borracho, quiere poner boca abajo, encima de la mesa, a la muchacha que no había azotado y que le pongan en las nalgas una docena de panqueques (20) ardiendo. Se hace; la pobre niña, quemada en carne viva, lanza espantosos gritos lo que no impide que los convidados pinchen con fuerza sus tenedores en los trozos que cogen del trasero sangrante de la infortunada.

— Sería agradable hacerle otro tanto en el pecho —dice Bracciani.

— Vale —dice Chigi—, pero con la condición de que mientras yo le ponga una lavativa con agua hirviendo.

— Y yo otra en el coño con agua fuerte —dice Olympe, como siempre arrebatada en cuanto se trata de infamias.

(20) Especie de tortilla muy fina y que se come con azúcar.

— Puesto que a mi vez tengo que pronunciarme —dije a mis compañeros— a no ser que haya una idea mejor, me gustaría que comiésemos los panqueques sobre el bonito rostro de esta muchachita, que al pinchar los trozos le saquemos los ojos con los tenedores, por último que sea empalada en mitad de la mesa.

Todas esas ideas se ejecutan; acabamos de emborracharnos, de hartarnos, ante la vista del divino espectáculo de esta encantadora muchachita expirando y entregada a las horribles contorsiones que le arranca el dolor.

— ¿Qué os ha parecido mi cena? —nos preguntó Borghèse en los postres.

— Excelente —respondimos.

Y realmente había sido tan suntuosa como delicada.

— Y bien —dice— apuremòs esto.

Era un licor que en seguida nos hizo devolver todo lo que acabábamos de comer, y en tres minutos teníamos tanto apetito como antes de sentarnos a la mesa. Nos sirvieron una segunda cena que devoramos.

— Bebamos este licor —dice Olympe— y todo saldrá por debajo.

En cuanto acabó esta ceremonia volvimos a sentir apetito. Se volvió a servir una tercera cena más succulenta que las dos anteriores; la devoramos.

— Nada de un vino ordinario con ésta —dijo Olympe—; empecemos con el Aleático, acabaremos con el Falermo y los licores desde los entremeses.

— ¿Y la víctima?

— ¡Oh, joder!; todavía respira —dice Chigi.

— Cambiémosla —dice Olympe— y que entierren a ésta muerta o viva.

Todo se dispone, y la segunda de las jóvenes, empalada por el agujero del culo, nos sirve de centro de mesa en la tercera cena. Como era nueva en esos excesos de la mesa, creí que no los soportaría; me engañaba: el licor

que tomábamos reconfortaba el estómago al vaciarlo: y aunque todos habíamos comido ciento ochenta platos ofrecidos a nuestra voracidad, ni uno de nosotros lo notaba. En el tercer postre, como nuestra segunda víctima respiraba todavía, nuestros libertinos impacientes la llenaron de ultrajes. Espumeando de semen y de borrachera, no hubo nada que no hiciesen sobre su desgraciado cuerpo, y confieso que yo les ayudé mucho. Bracciani realizó sobre ella dos o tres experiencias de física, consistiendo la última en producir un rayo simulado que debía destruirla al instante: y éste fue su cruel fin. Expiraba cuando llegó la familia Cornélie a despertar en nosotros el espantoso deseo de nuevos horrores.

Si no había nada que igualase la belleza de Cornélie, tampoco había nada que superase la majestad de los rasgos, la superioridad del talle de su desgraciada madre, de treinta y cinco años. Leónard, hermano de Cornélie, apenas tenía los quince, y no era inferior a sus parientes.

— Este es —dice Bracciani agarrándolo de golpe— el marica más guapo que haya besado yo desde hace mucho tiempo.

Pero era tal el aire de abatimiento y de tristeza de esta familia infortunada, que por un momento no pudimos dejar de observarlos en este estado; y es un goce para el crimen alimentarse de las penas con que su maldad cubre a la virtud.

— Tus ojos se animan —me dice Olympe.

— Puede ser —respondí—; habría que ser de hielo para no emocionarse con semejante espectáculo.

— No conozco otro más delicioso —me responde Borghèse— no hay uno solo en todo el mundo que me excite tan prodigiosamente.

— Prisioneros —dice entonces el magistrado adoptando el tono más severo— ¿estáis, creo, convencidos de vuestros crímenes?

— Jamás cometimos ninguno —dice la madre—; por un momento creí a mi hija culpable, pero iluminada con tu conducta, sé a qué atenerme ahora.

— Vais a saberlo mejor en seguida...

Y los hicimos pasar con nosotros al jardín dispuesto para la ejecución. Chigi les hace un interrogatorio en toda la regla; mientras tanto yo lo excitaba... No os podéis imaginar la habilidad con que los hizo caer en las trampas que les tendía... los subterfugios que utilizó para llevarlos a que se contradijesen; y a pesar del candor, de la ingenuidad que estos tres infortunados pusieron en su defensa, Chigi los encontró culpables, y su sentencia fue pronunciada. Olympe se apodera en seguida de la madre; yo agarro a la hija; el conde y el magistrado saltan sobre el muchacho.

Se imponían algunos suplicios mientras esperábamos al que debía acabar con las orgías. Olympe quiso azotar a Cornélie en el vientre, Bracciani y el magistrado desgarraron a varazos las bonitas nalgas de Léonard, y yo vejé el hermoso seno de la madre. Por fin los atamos a los tres a las cuerdas que les darían la muerte. Nueve cabriolas consecutivas les destrozan el pecho, los senos, las venas; a la décima se desprende el hijo de Cornélie y cae a los pies de Chigi, al que yo excitaba sobre las nalgas de Olympe, mientras Bracciani, movía la cuerda. Todos descargamos ante este espectáculo, y lo más terrible fue que proseguimos con él. Aunque estábamos serenos nadie pensó en rendirse; y los movimientos de cuerda continuaron hasta que los desgraciados entregaron el alma. Y así es como el crimen se divierte con la inocencia, cuando teniendo a su favor influencia y riquezas sólo le queda luchar contra el infortunio y la miseria.

El horrible proyecto del día siguiente se llevó a cabo. Olympe y yo nos masturbábmós en un terraza viendo la rapidez del incendio. Los treinta y siete hospitales fue-

— Cerca de doscientas —respondió monsignore— están en uno de mis palacios, de donde saldrán poco a poco para ser distribuidas entre mis casas de campo. Se os ofrecerán las veinte más bonitas, os lo prometo, y en recompensa sólo os pido que de vez en cuando me mostréis criaturas tan bellas como esa encantadora persona —continuó señalándome.

— Me asombra que todavía penséis en eso después de lo que conozco de vuestra filosofía sobre este tema —dice Olympe.

— Confieso —respondió el magistrado— que mis sentimientos están muy lejos de entregarse junto con mi pito, y que bastaría que una mujer tuviese el aspecto de amar mi goce para que fuese pagada con el desprecio y el odio. Con frecuencia me ha ocurrido concebir ambos sentimientos por el objeto que debía servirme y mis placeres ganaban con ello. Todo esto está de acuerdo con mi forma de pensar sobre la gratitud: no me gusta que una mujer se imagine que le debo algo porque me excito con ella; yo no le pido más que sumisión y la misma insensibilidad que el sofá que sirve para recibir mi trasero. Nunca he creído que de la unión de dos cuerpos pueda surgir la de los corazones: veo en esta unión física muchos motivos de desprecio... de repugnancia, pero ni uno sólo de amor; no conozco nada tan gigantesco como ese sentimiento, nada más apropiado para enfriar un goce, en una palabra, nada más lejos de mi corazón. Sin embargo, señora, —prosiguió el magistrado apretándome las manos— me atrevo a aseguraros, sin que esto sea un cumplido, que el carácter con que estáis dotada os pone al abrigo de esta forma de pensar, y que merecéis el título y la consideración de todos los filósofos libertinos. Os hago la suficiente justicia para pensar que sólo os preocupáis de agradar a éstos.

De estas adulaciones, de las que yo hacía poco caso,

pasamos a cosas más serias. Chigi quiso ver una vez más mi trasero: decía que no se cansaba de él. Bracciani, Olympe, él y yo pasamos al cuarto secreto de los placeres de la princesa, donde celebramos nuevas infamias y palabra de honor que enrojeczo al confesáros las. Esta maldita Borghèse tenía todos los gustos, todas las fantasías posibles. Un eunuco, un hermafrodita, un enano, una mujer de ochenta años, un pavo, un mono, un enorme dogo, una cabra y un niño de cuatro años, bisnieto de la vieja, fueron los objetos de lujuria que nos presentaron las alcahuetas de la princesa.

— ¡Oh!, ¡gran Dios! —exclamé viendo todo esto—, ¡qué depravación!

— Por el contrario, es totalmente natural —dice Bracciani—: la saciedad de los goces necesita nuevas cosas. Hastiados de las cosas comunes, se desean las extrañas, y éste es el porqué de que el crimen sea el último eslabón de la lujuria. Juliette, no sé qué uso haréis de estos extravagantes objetos, pero os aseguro que la princesa, mi amigo y yo, encontramos muchos placeres en ellos.

— Tendré que conseguirlos yo también —respondí— y puedo aseguraros de antemano que jamás me veréis quedarme atrás cuando se trate de desenfrenos y de incongruencias.

No había acabado de hablar cuando el dogo, sin duda acostumbrado a este oficio, se acercó a revolverse bajo mi falda.

— ¡Ah!, ¡éste es Lucifer en acción! —dice Olympe riéndose—, Juliette, desnúdate; concede tus encantos a las libidinosas caricias de este soberbio animal y verás cómo te gusta.

Acepto... ¿Y cómo iba a repugnarme un horror a mí que diariamente los buscba con tanta atención? Me ponen a cuatro patas en medio de la habitación; el dogo gira alrededor, me olfatea, lame, sube a mi espalda, y acaba

encoñándome a las mil maravillas y descargándome en la matriz. Pero sucedió algo bastante extraño: su miembro engordó de tal forma en la operación que no podía retirarlo más que causándome terribles dolores. Entonces el cachondo quiso volver a empezar; decidió que era lo más rápido: en efecto, una segunda descarga lo debilita y se retira después de haberme regado dos veces con su esperma.

— Mirad —dice Chigi— vais a ver cómo el Sr. Lucifer me trata como a Juliette. Extremadamente libertino en sus gustos, este encantador animal honra la belleza allí donde la encuentra: va a joder mi culo con el mismo placer que acaba de follar el coño de la señora, lo juro. Pero yo no imitaré la pasividad de nuestra querida amiga, y joderé a esta cabra mientras hago de puta con Lucifer.

Yo jamás había visto un goce más extravagante. Chigi, avaro de su semen, no descargó; pero parecía que le daba un gran placer esta extravagancia.

— Observadme —dice Bracciani— os voy a dar otro espectáculo...

Se hace encular por el eunuco y encula al pavo. Olympe, con el culo vuelto hacia él, tenía entre sus piernas la cabeza del animal; la corta en el momento en que el físico pierde su semen.

— ¡Este es el más delicioso de los placeres! —dice el libertino—. No es posible imaginarse lo que se siente con la contracción del ano del pavo cuando se le corta el cuello en el mismo momento de la crisis.

— Yo no lo he probado nunca —dice Chigi— pero he oído hablar tanto de esta forma de joder que prefiero probar otra... Juliette —me dice— sujetad a este niño entre vuestras piernas mientras yo lo enculo; después en el momento en que mis blasfemias os anuncien mi delirio, le cortaréis el cuello.

—De acuerdo —dice Olympe— pero, querido, mi amiga

también tiene que tener placer mientras os sirve. Pondré al hermafrodita bajo su boca, y acariciando a la vez los dos sexos, le excitará sucesivamente las pruebas de su virilidad y las de su existencia femenina.

— Esperad —dice Bracciani— podemos colocarnos de forma que yo pueda encular al hermafrodita y hacerme fornicar por el eunuco, que a su vez tendrá bajo su nariz el culo de la vieja, que me cagará a mí en el rostro.

— ¡Qué depravación! —dice Olympe.

— Señora —dice Bracciani— es explicable; no hay un sólo gusto, ni una sola inclinación cuya causa no podáis descubrir.

— Entonces —dice Chigi— si todos os encadenáis, tendré que hacerme encular por el mono, mientras el enano a caballo sobre el muchacho, me da sus nalgas a besar.

— ¡Eso sí que es bueno! —dice Olympe—, aquí no hay nadie libre más que Lucifer, la cabra y yo.

— Nada más fácil que ponernos todos en escena —dice Chigi—. Vos y la cabra os ponéis junto a mí; yo cambiaré de un culo a otro, y Lucifer os sodomizará cuando yo no ocupe vuestro culo; pero descargaré en el del niño, cuyo cuello cortará Juliette en cuanto me vea extasiado.

Se dispone el cuadro: jamás se había realizado algo tan monstruoso en lubricidad; todos descargamos; el niño fue decapitado en su justo momento, y disolvimos el cuadro para hacer el elogio de los divinos placeres que nos había procurado a todos esta extravagancia (21).

El resto del día transcurrió con lujurias más o menos parecidas. Fui fornicada por el mono; una vez más por el

(21) No hay que dudar que cuanto más singular era más placer debía dar: es la historia de todas las lubricidades. No hay ninguna pasión en el mundo que exija más alimentos que ésta, ninguna que haya que servir con más cuidado: cuanto más exige, más hay que darle; y lo que recibimos de ella no es nunca más que en razón de los sacrificios ofrecidos a sus altares.

dogo, pero en el culo por el hermafrodita, el eunuco, los dos italianos y por el consolador de Olympe. Los demás me acariciaron, me lamieron, y salí de estas nuevas y singulares orgías después de diez horas de los más excitantes goces. Coronó la fiesta una comida deliciosa; en ella se celebró un sacrificio griego: inmолamos a todos los animales de los que habíamos gozado, y la vieja, atada y agarrotada en lo alto de una pira, fue quemada viva con ellos, el eunuco y el hermafrodita fueron los únicos individuos que conservamos y nos dedicamos a otros placeres.

Hacía cinco meses que estaba yo en Roma sin que todavía supiese nada de mi visita al papa, que me habían prometido los cardenales Bernis y Albani con la Borghèse, cuando por fin recibí días después de esta aventura una nota muy galante de Bernis, que me avisaba de que debía encontrarme en su casa al día siguiente muy temprano, para ser presentada a Su Santidad, quien aunque desde hacía mucho tiempo deseaba verme no había podido realizar su deseo más pronto. Me recomendaba un arreglo sencillo, pero al mismo tiempo el más elegante, y nada de perfumes. “Braschi, como Enrique IV, me escribía el cardenal, quiere que cada cosa huelga a lo que debe oler; siente horror por el artificio y ama lo natural. Así pues, es esencial que os abstengáis incluso del bidet”. Obediente en todos los puntos, antes de las diez de la mañana estaba lista en el palacio de Bernis. Pío nos esperaba en el Vaticano.

— Santo Padre —le dice Bernis presentándome—, esta es la joven francesa que habíais deseado. Especialmente honrada por el favor que le hacéis, os promete prestarse ciegamente a todo lo que a Vuestra Santidad le plazca ordenarle.

— No se arrepentirá de sus favores —dice Braschi—. Antes de entregarnos a las impurezas en cuestión, deseo verla un momento a solas... Salid, cardenal, y decid a los

mayordomos que hoy las puertas estarán cerradas para todo el mundo.

Bernis se retira, y Su Santidad, cogiéndome de la mano, me introduce por los inmensos apartamentos hasta un cuarto solitario, donde el lujo y la molicie, bajo los pardos colores de la religión y la modestia, ofrecían a la lujuria todo lo que mejor pudiese halagar sus inclinaciones. Todo estaba indistintamente mezclado. Junto a una Teresa en éxtasis se veía una Mesalina enculada y bajo la imagen de Cristo había una Leda...

— Relajaos —me dice Braschi—. En este lugar olvido las distancias y, sonriendo al vicio cuando es tan amable como vos, le permito que se siente junto a la virtud.

— Fantoche orgulloso —le respondí a este viejo déspota—, la costumbre que tienes de engañar a los hombres hace que intentes engañarte a ti mismo. ¿Dónde diablos vas a buscar la virtud cuando me haces venir aquí para mancharte de vicios?

— Mi querida muchacha, un hombre como yo nunca se mancha —me respondió el papa—. Sucesor de los discípulos de Dios, me rodean las virtudes del Eterno y ni siquiera cuando por un instante adopto sus defectos, soy un hombre.

Después de un estallido de risa que no pude contener:

— ¡Obispo de Roma! —exclamé—, acabad ya con esa altanería insolente con una mujer lo bastante filósofa para apreciarte. Escucha y no tomes a mal que analicemos juntos tu poder y tus pretensiones. Se crea en Galilea una religión cuyas bases son la pobreza, la igualdad y el odio a los ricos. Los principios de esta santa doctrina son que le es más difícil a un rico entrar en el reino de los cielos que a un camello pasar por el agujero de una aguja... que el rico es castigado únicamente porque es rico. A los discípulos de este culto se les prohíbe hacer provisiones. Jesús, su jefe, dice de hecho: “No he venido

para ser servido, sino para servir; entre vosotros nunca habrá ni primero ni último... Aquel de vosotros que quiera ensalzarse será humillado; aquel de vosotros que quiera ser el primero será el último” (22). Los primeros apóstoles de esta religión ganaban su vida con el sudor de su frente. ¿Es verdad todo esto, Braschi?

— Sí, por cierto.

— Y bien, ahora yo te pregunto ¿qué relación hay entre estas primeras instituciones y las inmensas riquezas que consigues en Italia? ¿Es por el Evangelio o por el engaño de tus predecesores por lo que posees tantos bienes? ¡Pobre hombre! ¿Y todavía crees que puedes imponerte sobre nosotros?

— Atea, al menos respeta al descendiente de San Pedro.

— Jamás descendiste de él: jamás puso San Pedro los pies en Roma. En los primeros siglos no hubo ningún obispo de una iglesia que no empezó a ser conocida, a tomar cierta consistencia hasta finales del segundo siglo de nuestra era. ¿Cómo te atreves a sostener que el tal Pedro estaba en Roma cuando él mismo escribía desde Babilonia?

¿Te imaginas que escaparás a la crítica diciendo que Roma y Babilonia eran la misma cosa?... ¡Pobre loco!, nadie te cree ya, todo el mundo te desprecia. Pero ¿acaso fue Pedro tu modelo?... ¿No nos lo pintó tu predecesor como un pobre que catequizaba a los pobres? Convén Braschi que en ese caso se parece más a esos fundadores

(22) Es inaudito que los jacobinos y la Revolución francesa hayan querido derribar los altares de un Dios que hablaba exactamente su lenguaje. Lo que todavía es más extraordinario es que aquellos que detestan y quieren destruir a los jacobinos, lo hagan en nombre de un Dios que habla como los jacobinos. Si no es esto el *nec plus ultra* de las extravagancias humanas, exijo que inmediatamente se me diga cuál es (*Nota añadida*).

de órdenes que vivían en la pobreza y cuyos sucesores nadan en oro (23). Sé que los que siguieron a Pedro han ganado tanto y han perdido tanto; no es menos verdad que la superstición y la credulidad están lo suficientemente extendidas para que todavía te queden en la tierra treinta o cuarenta millones de servidores. ¿Pero crees que la llama de la filosofía no abrirá pronto sus ojos?, ¿crees que consentirán durante más tiempo en reconocer un amo a trescientas o cuatrocientas leguas de ellos?, ¿que querrán seguir pensando, juzgando y actuando de acuerdo sólo contigo?, ¿no tener bienes más que a condición de pagarte un tributo?, ¿no casarse con quien bien les parezca, sino según tu agrado? ¡Y!, ¡no, no! no creo que su error dure mucho más tiempo. Sé que en otro tiempo esos derechos iban mucho más lejos; estabais por encima de los Dioses, porque esos Dioses pasaban solamente por poder

(23) El Pedro de los cristianos no es otra cosa que el Annac, el Hermes y el Jano de los antiguos; individuos todos a los que se les atribuía el don de abrir las puertas de alguna beatitud. La palabra *piedra*, en fenicio o en hebreo, quiere decir *abrir*: y Jesús que jugaba con la palabra pudo decir a Pedro: “Puesto que eres Pedro, es decir el hombre que abre, abrirás las puertas del paraíso”, de la misma forma que cogiendo la significación de la palabra *piedra* sólo de la palabra *cepha* de los orientales, que significa piedra para construir, le había dicho: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra construiré mi Iglesia”. El verbo latino *aperire* tiene el mismo sonido que la palabra *piedra*. Se llama mina lo que sale de la mina: ¿no ha podido igualmente llamar abertura a la salida de una carrera, a la que primitivamente se daba el nombre de abertura? De ahí que la palabra *abrir* y la palabra *piedra* puedan tener la misma significación y de ahí el juego de palabras de Jesús que, como se sabe, siempre hablaba por logogrifos. Todo esto son insulsas alegorías, donde los lugares son añadidos a los nombres, los nombres a los lugares, y los hechos siempre sacrificados a la ilusión. De todas formas, esta palabra apostólica es de las más antiguas. Es con mucho anterior al Pedro de los cristianos. Todos los mitólogos han reconocido esta palabra para el nombre de una persona encargada del cuidado de abrir.

disponer de los imperios, y vosotros disponíais de ellos de hecho. Pero te lo repito, Braschi, todo eso se eclipsa, desaparece; y en efecto, mi querido papa, ¿cuál no debe ser la sorpresa viendo cómo la superstición puede desvirtuar las cosas más simples! Convén en que no se sabe qué es más admirable, si la ceguera de los pueblos o la terrible osadía de aquellos que los engañan. ¿Cómo puede ser que después de los desenfrenos con que mancillasteis la faz de la tierra se os pueda reverenciar todavía como lo sois?, ¿y cómo os pueden quedar todavía algunos prosélitos? Fue la estupidez de los príncipes y de los pueblos lo que consolidó la grandeza de los papas y lo que les dio la audacia inconcebible de arrogarse pretensiones tan contrarias al espíritu de su religión como indignas para la razón y perjudiciales para la política. Aquellos que conocen el poder de la superstición deben estar muy asombrados de su éxito; no hay desvíos, imbecilidades de los que no sea susceptible la devoción. Además, algunos motivos políticos vinieron en apoyo de los efectos de la superstición. Durante la decadencia del Imperio, los jefes, ocupados en guerras dilapidadoras y muy lejanas se vieron obligados a trataros con miramientos porque os sabían en posesión del espíritu del pueblo; al cerrar los ojos sobre vuestros propósitos, se dirigieron sin duda a la destrucción de su imperio. Las hordas bárbaras adoptaron por ignorancia el sistema político de los emperadores y así fue como, poco a poco, os hicisteis los amos de una parte de los pueblos de Europa.

El legado de las ciencias quedaba en manos de los monjes, vuestros dignos defensores; nadie pudo iluminar al universo; la gente se sometió a lo que no entendía, y esos guerreros que recorrían el mundo encontraban más sencillo rendiros culto que analizaros. El espíritu cambió en el siglo XV: la aurora de la filosofía anunció la caída de la superstición; las nubes se disiparon, la gente se atre-

vió a miraros cara a cara. Entonces sólo vio ya en vosotros a impostores y tramposos: siguieron fieles algunas naciones, todavía subyugadas por sus curas; pero al fin la llama de la razón lució para ellas. ¡Oh, querido, tu papel se ha acabado! Para apresurar la importante revolución que debe derribar para siempre las columnas de tu supersticioso imperio, echa una mirada a la historia de tus predecesores. Voy a esbozártela, Braschi; mi erudición te hará ver que ya que las mujeres de mi nación están instruidas hasta tal punto, esa nación de la que me siento orgullosa no tardará mucho en sacudirse tu yugo ridículo.

¿Qué veo en los comienzos de tu era cristiana? Combates, tumultos, sediciones, matanzas, frutos únicamente de la codicia y la ambición de los criminales que aspiraban a tu trono; en Roma ya arrastraban los carros a los orgullosos pontífices de tu repugnante Iglesia; ya estaban mancillados por el lujo y la lubricidad; ya los envolvía la púrpura; y no es a tus enemigos a quienes te reenvío para convencerte de los reproches que se os dirigía, sino a tus partidarios, a los mismos Padres de vuestra Iglesia; escucha a Jerónimo y a Basilio: *Cuando yo estaba en Roma, dice el primero, quise hacer oír el lenguaje de la piedad y de la virtud; los fariseos que rodeaban al papa me atormentaron; dejé los palacios de Roma para volver a la gruta de Jesús. Así os designaban ya vuestros satélites arrastrados por la fuerza de la verdad. Con qué energía os reprocha además el mismo Jerónimo los escándalos que provocaban vuestras orgías, vuestras rapacerías, vuestras intrigas para sacar el dinero a los ricos, para aparecer en el testamento de los grandes, y sobre todo de las damas de Roma, a las que engañabais después de haber gozado de ellas. ¿Tengo que citarte los edictos de los emperadores? Observa con qué energía los de Valentino, Valenso y Gratiano intentaban reprimir vuestra avaricia,*

vuestro libertinaje y vuestra ambición. ¿Crees tú, Braschi, crees que no se puede dudar de tu santidad... de tu infalibilidad cuando se ve?:

A un Liberio arrastrando a toda la Iglesia al arrianismo por temor y por debilidad.

A un Gregorio proscribiendo las ciencias y las artes, porque según él sólo la ignorancia puede favorecer los absurdos de su repugnante religión... que se atreve a llevar la desvergüenza hasta alabar a la reina Brunehaut, ese monstruo de la que toda Francia se avergüenza hoy.

A un Etienne VII que consideraba a Formosa, su predecesor, tan manchado de crímenes que bárbara y ridículamente se vio obligado a imponer un suplicio a su cadáver.

A un Sergio, manchado con todo tipo de libertinajes y constantemente dominado por putas.

A un Juan XI, hijo de una de esas zorras y que vivió a su vez en incesto con Marosia, su madre.

A un Juan XII, mago idólatra y que utilizaba el templo de Dios mismo para sus más vergonzosas orgías.

A un Bonifacio VII, tan obsesionado con la tiara que asesina a Benito VI para sucederle (24).

A un Gregorio VII que, más déspota que todos los reyes, los hacía venir a pedir perdón a su puerta... que derramó ríos de sangre en Alemania únicamente por su orgullo y ambición... que, en una palabra, sostuvo que todo papa era infalible y santo, y que bastaba estar sentado en la cátedra de San Pedro para ser tan poderoso como el mismo Dios.

(24) Había entonces en Roma un cierto Gérard Brazet, considerado como el envenenador titular de la Santa Sede; había envenenado a ocho papas por orden de los que querían sucederles. Los soberanos pontífices eran entonces, dice Baronius, tan grandes criminales que ninguna época había producido semejantes monstruos ni tan gran número de escenas de horrores.

A un Pascual II que, de acuerdo con estos abominables principios, se atreve a coronar a un emperador contra su propio padre.

A un Alejandro III, que hace azotar ignominiosamente a Enrique II, rey de Inglaterra, por un asesinato jamás cometido por este príncipe... que promulga una cruzada tan sangrienta contra los albigenses.

A un Celestino III, que, lleno de ambición y tiranía, se atreve a poner con su pie la corona sobre la cabeza de Enrique, prosternado ante él; a continuación tirar de una patada esa misma corona para darle a entender al emperador a lo que debe atenerse si falta al respeto debido al papa.

A un Inocente IV, envenenador del emperador Federico durante las interminables guerras de güelfos y gibelinos, que provocaron vuestras pasiones y que durante tanto tiempo desmoralizaron a Italia.

A un Clemente IV, que hace cortar la cabeza a un joven príncipe por la sola falta de ir a reclamar la sucesión de sus padres.

A un Bonifacio VIII, famoso por sus enredos con los reyes de Francia; ímpio, ambicioso, autor de esa farsa santa conocida con el nombre de jubileo, y cuyo único fin era llenar los cofres pontificios (25).

A un Clemente V, lo suficientemente criminal para haber hecho envenenar al emperador Enrique VI con una hostia.

A un Benito XII, que compra a peso de oro a la hermana del célebre Petrarca, para hacer de ella su amante.

A un Juan XXIII, famoso por sus extravagancias... que condenó como herejes a todos aquellos que sostenían que Jesucristo había vivido en la pobreza, que dispuso

(25) De él es de quien se decía: subió al trono como zorro, reinó como un león y murió como un perro.

coronas, que transformó lo justo en injusto y que llevó la demencia hasta el punto de excomulgar a los ángeles.

A un Sixto IV, que obtenía una considerable renta de los burdeles que había instalado en Roma, que envió una bandera roja a los suizos invitándoles a que se matasen entre sí, por la prosperidad de la Iglesia romana.

A un Alejandro VI, cuyo solo nombre basta para levantar contra él la indignación y el horror de aquellos que tienen alguna idea de su historia; un criminal, en fin, que no tenía ni probidad, ni honor, ni buena fe, ni piedad, ni religión y cuyas orgías libidinosas, crueldades, envenenamientos, superan todo lo que Suetonio nos cuenta de Tiberio, de Nerón y Calígula; en una palabra, un libertino que se acostó con Lucrecia, su hija (26), que se complacía en hacer correr a cuatro patas a cincuenta putas desnudas para excitar su imaginación con las diferentes posturas que se veían obligadas a tomar.

A un León X quien para reparar las depravaciones de sus predecesores pensó vender indulgencias y sin embargo era un incrédulo, hasta el punto de que le respondió al cardenal Bembo, su amigo, que le citaba un pasaje de las Escrituras: *¡Eh!, ¿qué diablos queréis decirme con vuestras fábulas de Jesucristo?*

A un Julio III, un verdadero sardanápalo, que llevó la impudicia al punto de elevar a su amante al cardenalato; que un día desnudo en su habitación, obligó a los cardenales; que entraban en ella a que se pusiesen igual que él diciéndoles: “Amigos míos, si recorriésemos así las calles de Roma, no nos revenciarían tanto. Ahora bien, si nuestros hábitos es lo único que inspira respeto, sólo a ellos les debemos al ser algo”.

A un Pío V, reverenciado como un santo, fanático,

(26) De ella nos dice el poeta Sannazar, el Petrarca de Nápoles:
*Hoc jacet in tumula Lucretia nomine sedra,
Thais Alexandri filia, sponsa nurus.*

cruel, que fue la causa de todas las persecuciones realizadas en Francia contra los protestantes; instigador de las ferocidades del duque de Alba; asesino de Paleario, cuyo único crimen fue haber dicho que la Inquisición tenía un puñal dirigido contra la gente de letras; y que por último, pretendía no haber desesperado nunca tanto de su salvación como cuando era papa.

A un Gregorio XIII, terrible panegirista de la noche de San Bartolomé, y que en cartas privadas felicitó a Carlos IX de cómo se había portado con los protestantes.

A un Sixto V que declaró que se podía encular tanto como se quisiera, en Roma, durante la canícula, y que impuso el orden y la policía en esta gran ciudad inundándola de sangre.

A un Clemente VII, autor de la famosa conspiración de la pólvora.

A un Pablo V, que hizo la guerra a Venecia porque un magistrado civil había querido castigar a un monje por haber violado y asesinado a una muchacha de doce años.

A un Gregorio XV, que escribía a Luis XIII: “Matad, asesinaad a todos los que no me reconozcan”.

A un Urbano VIII, cooperador de las matanzas de Irlanda, donde perecieron ciento cincuenta mil protestantes, etc., etc.

¡Estos son, amigo mío, éstos son los que te han precedido! ¿Y no quieres que concibamos un justo horror por los jefes insolentes o corrompidos de una secta semejante? ¡Ah! ¡Ojalá puedan los pueblos desengañarse pronto de estos ídolos papales que hasta ahora no nos han procurado más que trastornos, indigencia y desgracias! ¡Que todos los pueblos de la tierra, estremeciéndose ante los terribles efectos causados desde hace tantos siglos por criminales semejantes, se apresuren a destronar al que les sucede, y que destruyan al mismo tiempo la religión

estúpida y bárbara, idólatra, sanguinaria, impía, que pudo admitirlos o erigirlos por un momento!

Pío VI, que me había escuchado con mucha atención, me miró en cuanto acabé, con la mayor sorpresa.

— Braschi —le digo—, te asombras al ver que sé tanto; debes saber que así es como se educa ahora a todos los niños de mi patria: se han desvanecido los siglos de error. Así pues, toma tu partido, viejo déspota, destruye tu cruz, quema tus hostias, pisotea tus imágenes y tus reliquias: después de haber liberado a los pueblos del juramento de fidelidad hacia sus soberanos, libera ahora a los tuyos de los errores en que los tenías sumidos. Créeme, baja de tu trono, si no quieres ser sepultado bajo sus ruinas: vale más ceder el puesto al más fuerte que verlo apoderándose de él a pesar de ti. La opinión lo regula todo en el mundo; cambia en detrimento tuyo y en el de todas tus supercherías. Cuando se levanta la guadaña es más prudente desviar la cabeza que esperar el golpe. Tienes con qué vivir, conviértete en un burgués de Roma. Cambia el traje fúnebre de toda esta canalla que te rodea, despide a tus monjes, abre tus claustros, devuelve a tus religiosas la libertad de casarse, no entierres el germen de cien generaciones. La Europa asombrada te admirará, tu nombre se grabará en las columnas de los templos conmemorativos, a los que nunca te acercarás si no cambias pronto el triste honor de ser papa por el otro más precioso de ser filósofo.

— Juliette —me dice Braschi— me habían dicho que eras inteligente pero no creía que lo serías tanto; un grado tal de elevación de ideas es muy raro en una mujer. Veo claramente que contigo no hay por qué fingir; me quito la máscara: ve en mí al hombre, ve en mí al que quiere gozar de ti al precio que sea.

— Escúchame, viejo mono —respondí— no he venido aquí para hacerme la vestal, y puesto que he hecho tanto

como dejarme conducir a los apartamentos más misteriosos de tu palacio, debes estar seguro de que no tengo intención de resistirme; pero en lugar de tener en mí a una mujer amable, ardiente, que preveerá tus gustos porque los ama, no tendrás más que un frío ídolo si no consientes en las cuatro cosas que voy a exigir de ti.

Primero exijo de ti, como primera prueba de confianza, que me des las llaves de tus habitaciones secretas; quiero visitarlo todo, no quiero que se me escape ni un sólo cuarto.

Lo segundo que deseo es una disertación filosófica sobre el asesinato: con frecuencia me he manchado con esta acción, quiero saber a qué tengo que atenerme sobre ella. Lo que me digas determinará para siempre mi forma de pensar; no porque crea en tu infalibilidad, pero tengo confianza en los estudios que has debido hacer y sabiéndome filósofa estoy segura de que no te atreverás a engañarme.

Mi tercera condición es que para convencerme del profundo desprecio que debes tener por todas las sagradas supercherías del culto cristiano, gozarás de mí sólo sobre el altar de San Pedro, después de haber ordenado a tus capellanes que celebren la misa sobre el culo de un marica, y haberme metido en el ano, con tu pito sagrado el pequeño Dios de pan producto de ese abominable sacrificio. He hecho cien veces todas esas locuras, pero me excita vértelas hacer y no me tocarás nunca sin eso.

La cuarta cláusula es que dentro de unos días me darás una gran comida con Albani, Bernis y mi amiga Borghèse, que en esta comida impondrás más lujuria y libertinaje de lo que jamás mostraron tus predecesores: quiero que esta comida supere mil veces en infamias a la que hizo servir Alejandro VI a Lucrecia, su hija.

— ¡No hay duda de que son extrañas condiciones!
—dice Braschi.

— O no me posees en tu vida o las aceptas todas.

— Piensa que aquí estás en mis manos, y que con una palabra...

— Sé que eres un tirano, un criminal: no ocuparías el puesto en que estás sin esas cualidades: pero me respetas, me amas porque soy tan zorra como tú; es muy fácil comprender hasta qué punto puede dominar, puede llenar el espíritu de una mujer la maldad en todos sus aspectos; por esta poderosa razón, Braschi, me amarás... me satisfacerás.

— ¡Oh Juliette! —me dice Pío VI abrazándome— eres una criatura muy singular; tu fuerza me vence, seré tu esclavo; con la cabeza que me estás mostrando espero de ti los placeres más excitantes... Toma, estas son mis llaves... visita... te lo entrego todo; después de los favores que espero de ti, te prometo la disertación que deseas. Puedes contar con la comida que me pides, y esta misma noche tendrá lugar la profanación que exiges. No tengo más fe que tú en todas esas supercherías espirituales, ángel mío: pero conoces nuestra obligación de imponernos a los débiles. Soy como el charlatán que distribuye sus drogas: es preciso que parezca que creo en ellas si quiero venderlas.

— Eso me prueba que eres un zorro —digo interrumpiendo a Braschi— si fueses honrado, preferirías iluminar a los hombres que engañarlos; rasgarías el velo que cubre sus ojos, en lugar de hacerlo más opaco.

— ¡Pero me moriría de hambre!

— ¿Y qué necesidad hay de que vivas?, ¿acaso es perentorio que estén en el error cincuenta millones de hombres sólo para que tú digieras?

— Sí, porque mi existencia lo es todo para mí, y porque esos cincuenta millones de hombres no me importan nada... porque la primera de las leyes de la naturaleza es la autoconservación... sin importar a expensas de quién.

— Te has desenmascarado, pontífice, es todo lo que yo quería. Démonos pues la mano, puesto que ambos somos igual de bribones, y que en adelante no haya nada oculto entre nosotros.

— De acuerdo —dice el papa—, ahora ocupémonos sólo de los placeres.

— Y bien —respondí— empieza primero por acceder a una de tus promesas; entrega a un guía todas las llaves de este palacio, quiero verlo todo.

— Yo mismo seré ese guía —dice Braschi—... Esta soberbia casa —me dice a medida que avanzábamos— está construida sobre el emplazamiento de aquella en la que Nerón se divertía iluminando sus jardines con los cuerpos de los primeros cristianos; los colocaba a cierta distancia unos de otros para que sirviesen de linternas (27).

(27) Oigamos hablar al mismo Tácito: “Hizo morir cruelmente a los cristianos como incendiarios de la ciudad de Roma. Estos cristianos, prosigue Tácito, eran gente odiada por su infamia y a causa de un bribón llamado Jesús, su fundador, el cual murió entre los peores suplicios bajo el reinado de Tiberio. Pero esta perniciosa secta, después de haber sido reprimida algún tiempo, corrompía todo de nuevo, no solamente en su lugar de origen, sino en la misma Roma, que es el punto de cita y como la alcantarilla de todas las basuras del mundo. Primero se cogía a los que se confesaban de esta secta infame, y por sus confesiones se descubrieron a una infinidad de otros zorros parecidos que habían sido convencidos, y crímenes atroces y seres llenos de odio hacia el género humano. La prueba de hasta qué punto se les odiaba es que se les insultaba a su muerte, cubriéndoles con pieles de bestias salvajes, mientras eran devorados por perros, o atándolos a cruces, también algunas veces quemándolos como haces de leña para iluminar las calles y los caminos principales (por una vez se podía decir *lux in luce*). Nerón daba con gusto sus jardines para estos espectáculos. Se le veía entre el pueblo, en traje de cochero, o sentado él mismo sobre un carro. Estos suplicios de los cristianos lo divertían infinitamente y con frecuencia él mismo cooperaba en ellos”.

Escuchemos ahora a Luciano sobre esta misma secta: “Es, dice,

tad, como el cedro se pliega bajo el aquilón que lo bambolea. Hace demasiado tiempo que el despotismo pisotea sus derechos; es preciso que los recupere, es preciso que una revolución general recorra Europa entera, y que las futilidades de la religión y del trono, sepultadas para no volver a aparecer, dejen en su lugar la energía de los dos Brutos y las virtudes de los dos Catones.

Seguíamos andando.

— No es pequeño trabajo recorrer el palacio —me dice Braschi— tiene cuatro mil ciento veintidós habitaciones, veintidós patios e inmensos jardines. Empecemos por éstos, —me dice el papa llevándome a una galería que está por encima del vestíbulo de la iglesia de San Pedro—. Desde aquí —dice el pontífice— reparto mis bendiciones sobre el universo... desde aquí excomulgo a los reyes... libero a los pueblos del juramento de fidelidad que deben a sus príncipes.

— Despreciable farsante —respondí enérgicamente— tu teatro es muy inseguro, ¡basado en la estupidez de las naciones de la tierra! La filosofía lo aniquilará.

De allí pasamos a la célebre galería. En Europa no hay una pieza tan larga como ésta, ni siquiera la galería del Louvre; ninguna, sin duda alguna, encierra tantos hermosos cuadros de pintura. Mientras admiraba el *San Pedro de las tres llaves* que termina esta soberbia pieza, le digo a Braschi:

— Pontífice, ¿te sentirás orgulloso de este monumento?

— Es un emblema del poder sin límites —me respondió el papa— que se atribuyeron Gregorio VII y Bonifacio VIII.

— Santo Padre —le digo al viejo obispo— cambia estos emblemas, pon un látigo en la mano de tu portero, dispón tu viejo culo para recibir sus golpes: tendrás el mérito de una predicción.

De allí pasamos a una biblioteca construida en forma de T. En esta biblioteca se ven muchos armarios pero pocos libros.

— En tu casa todo es falso —le digo a Braschi— cerráis la mitad de estos estantes para que nadie crea que están vacíos. El deseo de imponeros y de engañar a los hombres es vuestra divisa en todas partes.

En este asilo de las Musas, vi con placer un manuscrito de Terencio, donde a la cabeza de cada pieza están dibujadas todas las máscaras que les servían a los actores cómicos. También distinguí con satisfacción las cartas originales de Enrique VIII a Ana Bolena, su hija, de la que estaba enamorado y con la que se casó a pesar del papa; memorable época de la reforma de Inglaterra.

Después atravesamos los jardines, donde vi las más hermosas plantaciones de naranjos, los más agradables bosquecillos de mirto; las aguas más frescas y saltarinas.

— La otra parte de este palacio a donde nos encaminamos —me dice el Santo Padre— sirve de alojamiento a algunos objetos de lujuria de uno y otro sexo, los tengo allí encerrados; estarán en la comida que te he prometido; prosigamos.

— ¡Ah! Braschi —digo entusiasmada—, ¿tienes objetos enjaulados!... y supongo que al menos les harás la vida un poco dura... ¿Los azotas?

— Hay que llegar a eso cuando se es viejo —me dice el honrado Braschi— es el goce más dulce de la gente de mi edad, y verdaderamente es el mejor.

— Si los azotas eres cruel: la fustigación en un libertino no es más que el impulso de la ferocidad; es para darle alguna salida por lo que llega a eso; haría otra cosa si se atreviese.

— Y bien, *me atrevo* —me dice flemáticamente el Santo Padre— sí, me atrevo algunas veces, ya lo verás, Juliette, ya lo verás.

— Amigo mío —digo al papa— me quedan por examinar los tesoros. Debes tener oro ¡sé que eres avaro!, yo también lo soy; no hay nada que me guste tanto en el mundo como el oro: quiero nadar un minuto contigo sobre montones de ese metal.

— No estamos lejos del lugar donde están encerrados —me dice el papa conduciéndome a través de un corredor oscuro hasta una puertecilla de hierro que abrió—. Aquí está todo lo que posee la Santa Sede —continuó mi guía haciéndome entrar en una pequeña sala abovedada, en la que podía haber tanto en escudos como en cequíes, de cincuenta a sesenta millones todo lo más—. He gastado más de lo que he añadido. Sixto V fue el primero que creó este tesoro, fundado en la estupidez de los cristianos.

— Desde el momento en que vuestra corona no es hereditaria —le digo— sois bien tontos de amasarla así; yo en vuestro lugar haría mucho tiempo que hubiese dilapidado toda la pasta. Enriqueced a vuestros amigos, multiplicad vuestros placeres, no os neguéis ningún goce: esto es preferible a acumular esas sumas para los conquistadores, porque seréis subyugado. Pontífice, os lo predigo, algunas naciones libres y liberadas del freno monárquico se apoderarán de vos, y me atrevo a aseguraros que vos sois el último papa de la Iglesia romana. Sea como sea, ¿cuántos cequíes puede haber aquí?

— Mil cequíes.

— Viejo Juan Lanás —respondí— aquí hay una balanza; pésame cuando mis bolsillo estén llenos y piensa que quiero llevarme tres veces mi peso: te corresponde medir a tan bajo precio el mérito de una mujer como yo.

Y mientras decía esto llenaba mis bolsillos.

— Renuncia a ese cálculo —dice Braschi— sería irrealizable; toma, esto es un bono de diez mil cequíes, pagadero a cuenta de mi tesorero.

— Un acto de generosidad como éste me afecta muy

poco; es el dinero que pones encima de Venus, no te lo reconozco en absoluto...

Y al salir de la habitación cogí, como había proyectado, la huella de la cerradura con cera; Braschi no se dio cuenta de nada, y pasamos al salón donde me había recibido.

— Juliette —me dice entonces— aunque sólo haya cumplido una sola condición, me parece que debes estar contenta de mí; ahora veamos si yo lo estoy de tus favores.

Y el disoluto, al mismo tiempo, desata los cordones de mis faldas (28).

— Pero —digo—, ¿y el resto?

— Puesto que he mantenido mi palabra en el primer artículo, creo, Juliette, que cumpliré igualmente los otros...

Y el viejo disoluto me tenía ya a su disposición; yo estaba inclinada sobre un sofá, mientras el cachondo con una rodilla en el suelo examinaba a placer la parte que más parecía interesarle.

— ¡Es soberbio! —exclamó—, Albani me había hablado muy bien de él, pero no creía que llegase a tal grado de superioridad...

Insensiblemente los besos del pontífice se hicieron más ardientes: su lengua penetró en el interior, y vi que se llevaba una de sus manos hacia la región de su débil

(28) Aquellos que me conocen saben que yo he recorrido Italia con una mujer muy bonita: que únicamente por un principio de filosofía lúbrica he presentado esta mujer al gran duque de Toscana, al papa, a la Borghèse, al rey y a la reina de Nápoles; por lo tanto pueden estar seguros de que todo lo referente a la partida voluptuosa es exacto, que son las costumbres habituales de los personajes indicados lo que he pintado, y que si hubiesen sido testigos de las escenas, no las habrían visto descritas con más exactitud. Aprovecho esta ocasión para asegurar al lector que ocurre lo mismo con la parte de las descripciones y de los viajes: es de la más rigurosa exactitud.

— No, no —digo— perderías tu fuerza, nuestras orgías nocturnas se resentirían.

— Te equivocas —dice el papa manteniendo mi culo— con frecuencia jodo treinta o cuarenta culos sin perder mi esperma... Retrátate, te digo, tengo que encularte.

Como no podía oponer obstáculos que no pudiese franquear el estado en que lo veía, ofrecí mi culo; Braschi lo enfiló sin preparación. El antagonismo de dolor y placer, la excitación moral resultante de la idea de tener en mi culo el pito del papa, todo me determinó pronto al placer; descargo. Mi tipo, que se da cuenta me aprieta ardorosamente, me besa, me masturba. Pero completamente dueño de sus pasiones, el disoluto no hace más que excitarlas sin permitirles ninguna salida; se retira al cabo de un cuarto de hora.

— Eres deliciosa —me dice— jamás había jodido un culo más voluptuoso. Comamos; voy a dar órdenes para la ejecución de la escena que deseas en el mismo altar de San Pedro; una galería de este palacio conduce a la iglesia, pasaremos por ella cuando nos levantemos de la mesa.

Braschi comió a solas conmigo, y durante la comida hicimos mil extravagancias. Pocos individuos en el mundo son tan lujuriosos como Braschi; tampoco hay ninguno que entienda mejor todos los refinamientos del libertinaje. Con frecuencia tenía que triturar los alimentos que él quería comer; los humedecía con mi saliva y se los pasaba a la boca; la mía se enjuagaba con los vinos que quería beber; algunas veces me lo jeringaba en el culo y lo tragaba; si por casualidad se mezclaban algunos mojones se ponía por las nubes.

— ¡Oh Braschi! —exclamé en un momento de confesiones— ¡qué dirían los hombres, a los que te impones si te viesen en medio de estas impurezas!

— Me devolverían el desprecio que les tengo —me dice Braschi— y a pesar de su orgullo convendrían en su

estupidez. Qué importa, sigamos cegándolos: el reino del error no será largo, hay que gozar de él.

— ¡Eh!, sí, sí —exclamé— engañemos a los hombres, es uno de los mejores servicios que podemos prestarles... Braschi ¿inmolaremos algunas víctimas en el templo a que vamos a ir?

— Claro —me dice el Santo Padre— es preciso que corra la sangre para que las orgías sean buenas. Sentado sobre el trono de Tiberio lo imito en mis voluptuosidades; y, siguiendo su ejemplo, no conozco descarga más deliciosa que aquélla en que los suspiros se mezclan con los quejumbrosos acentos de la muerte.

— ¿Te entregas con frecuencia a esos excesos?

— No hay día en que no me hunda en ellos, ¡Oh Juliette!, no hay uno en que no me manche de sangre...

— Pero, ¿de dónde te viene ese gusto monstruoso?

— De la naturaleza, hija mía. El asesinato es una de sus leyes; cada vez que siente la necesidad de él, nos inspira su gusto y nosotros obedecemos involuntariamente. Pronto utilizaré argumentos mucho más fuertes para probarte la nulidad de ese pretendido crimen; si lo deseas lo haré. Los filósofos ordinarios han sometido el hombre a la naturaleza para acomodarse a las ideas recibidas: tomando un vuelo más alto, te probaré cuando quieras que de ningún modo depende de ella.

— Amigo mío —respondí— te recuerdo tu promesa: esta disertación, lo sabes, es una de las cláusulas de nuestro pacto, cúmplela, tenemos tiempo.

— De acuerdo —dice el filósofo mitrado— escúchame: esto exige la mayor atención.

De todas las extravagancias a las que el orgullo del hombre debió conducirlo, la más absurda, sin duda, fue el caso precioso que se atrevió a hacer de su persona. Rodeado de criaturas que valían tanto y más que él, creyó que le estaba permitido atentar impunemente contra los

días de esos seres que se imaginaba estaban subordinados a él, y pensó que ninguna pena, ningún suplicio podía lavar el crimen de aquél que atentase contra los suyos. A la primera locura a que le había arrastrado este mismo orgullo, a esta indignante estupidez de creerse salido de una divinidad, de suponerse un alma inmortal, obra celeste de esa mano sabia, a esa ceguera atroz, debía añadir, sin duda, la de creerse sin precio en la tierra. ¡Y!, en efecto, cómo no iba a pensar así la obra sagrada de una divinidad bondadosa, el favorito del cielo: las penas más rigurosas debían recaer incontestablemente sobre el destructor de una máquina tan hermosa. Esta máquina era sagrada; un alma, imagen brillante de una divinidad más brillante todavía, animaba a esta máquina, cuya desorganización debía ser el crimen más terrible que pudiera cometerse. Y mientras razonaba así ponía en su asador para calmar su glotonería, hacía hervir en un pote para apaciguar su hambre, a ese cordero apacible y tranquilo, criatura formada por la misma mano que él, y a la que no superaba más que en una construcción diferente. Sin embargo, con un poco de estudio se hubiese estimado mucho menos; una ojeada más filosófica sobre esa naturaleza que desconocía le hubiese hecho ver que, débil e informe producción de las manos de esta madre ciega, se parecía a todas las demás criaturas, que estaba invenciblemente ligado a todas las otras, necesitado como todas las otras y, según esto, de ninguna manera hecho para estimarse más.

Ningún ser de aquí abajo está expresamente formado por la naturaleza, ninguno está hecho a propósito por ella; todos son el resultado de sus leyes y de sus operaciones, de tal forma que en un mundo construido como el nuestro debía haber necesariamente criaturas como las que vemos en él; de la misma forma que sin duda las hay muy diferentes en otro globo, en otro hormiguero de glo-

bos de los que llenan el espacio. Pero estas criaturas no son ni buenas, ni hermosas, ni preciosas, ni creadas: son la espuma, son el resultado de las leyes ciegas de la naturaleza, son como los vapores que se elevan del licor rarificado en un vaso por el fuego, cuya acción expulsa del agua las partículas de aire que este agua contiene. Este vapor no ha sido creado, es un resultado, es heterogéneo, saca su existencia de un elemento extraño, y en sí mismo no tiene ningún valor; puede ser o no ser sin que por ello se vea afectado el elemento del que emana; no le debe nada a este elemento y ese elemento no le debe nada. Si otra vibración, diferente de la del calor, llega a modificar este elemento, seguirá existiendo bajo su nueva modificación, y ese vapor, que era su resultado bajo la primera, no lo será ya bajo la segunda. Que la naturaleza se encuentre sometida a otras leyes y esas criaturas que resultan de las leyes actuales no existirán ya bajo las leyes nuevas, y sin embargo, la naturaleza seguirá existiendo, aunque con leyes diferentes. Las relaciones del hombre con la naturaleza, o de la naturaleza con el hombre, son pues nulas; la naturaleza no puede encadenar al hombre con ninguna ley; el hombre no depende en nada de la naturaleza; no se deben nada el uno a la otra y no pueden ni ofenderse, ni servirse; la una ha producido a pesar de ella: desde ese momento ninguna relación real; el otro ha sido producido a pesar de él y consiguientemente ninguna relación. Una vez lanzado, el hombre no le debe ya nada a la naturaleza; una vez que la naturaleza lo ha lanzado, ya no puede nada sobre el hombre; todas sus leyes son particulares. Por el primer lanzamiento el hombre recibe leyes directas de las que no puede alejarse; esas leyes son las de su conservación personal... de su multiplicación, leyes que sólo le afectan a él... que dependen de él, pero que de ningún modo son necesarias para la naturaleza; porque él ya no depende de la naturaleza, se ha

la atamos a sus leyes secundarias, y la privamos de su más activo poder. De esta forma, todas las leyes que hemos hecho, bien para estimular la población, bien para castigar la destrucción, contrarían necesariamente todas las suyas; y todas las veces que nos prestamos a esas leyes chocamos directamente con sus deseos; pero, al contrario, cada vez que obstinadamente nos negamos a esa propagación que ella aborrece o que cooperamos en esos asesinatos que la deleitan y la sirven, podemos estar seguros de complacerla... seguros de estar actuando de acuerdo con sus propósitos. ¡Y!, ¿no nos prueba hasta qué punto la molesta nuestra multiplicación... cómo desearía ella evadirse una vez más incesantemente, con las divisiones, las cizañas que siembra entre nosotros... con esa inclinación al asesinato que nos inspira a cada momento? Esas guerras, esas hambres con que nos asola; esas pestes que envía de vez en cuando sobre el globo, a fin de destruirnos; esos malvados que multiplica, esos Alejandro, Tamrelan, Gengis, todos esos héroes que devastan la tierra; todo eso, digo, ¿no nos prueba de una forma incontestable que todas nuestras leyes son contrarias a las suyas y que ella sólo tiende a destruirlas? También esos asesinatos que nuestras leyes castigan con tanto rigor, esos asesinatos que suponemos son el mayor ultraje que se le puede hacer, no solamente no le hacen ningún daño y no pueden hacérselo, como vos misma veis, sino que incluso de alguna forma llegan a ser útiles para sus intenciones, puesto que la vemos imitándolos tan a menudo, y que es totalmente seguro que no lo hace más que porque desearía la destrucción total de las criaturas lanzadas, a fin de gozar de la facultad que tiene de relanzar otras nuevas. El mayor criminal de la tierra, el asesino más abominable, el más feroz, el más bárbaro, no es pues más que el órgano de su leyes... que el móvil de sus voluntades, y el más seguro agente de sus caprichos.

prueba del movimiento que conserva; proporciona jugos a la tierra, la fertiliza, y sirve a la regeneración de los otros reinos, como a la suya propia. Por último, no hay ninguna diferencia esencial entre esta primera vida que recibimos y esta segunda que es la que llamamos muerte. Porque la primera se hace mediante la formación de la materia que se organiza en la matriz de la hembra, y la segunda es igualmente materia que se renueva y se reorganiza en las entrañas de la tierra. Así, esta materia extinta se convierte ella misma en su nueva matriz en el germen de las partículas de materia etérea que en su aparente inercia se habrían quedado sin ella. Y esa es toda la ciencia de las leyes de los tres reinos, leyes independientes de la naturaleza, leyes que han recibido desde su primer escape, leyes que condicionan la voluntad que tendría esta naturaleza de producir nuevos chorros: estos son los únicos medios por los que operan las leyes inherentes a estos reinos. La primera generación que llamamos vida es como una especie de ejemplo. Estas leyes no llegan a esta primera generación más que por el agotamiento; no llegan a otra más que por la destrucción. La primera necesita una especie de materia corrompida, la segunda la materia putrefacta. Y esta es la única causa de esa inmensidad de creaciones sucesivas: en uno y otro caso no son más que esos primeros principios de agotamiento o de destrucción lo que os demuestra que la muerte es tan necesaria como la vida, que no existe la muerte, y que todas las plagas de las que acabamos de hablar, la crueldad de los tiranos, los crímenes del malvado, son tan necesarios para las leyes de eso tres reinos como el acto que los revivificase; que cuando la naturaleza las envía sobre la tierra con la intención de destruir esos reinos que la privan de la facultad de nuevos lanzamientos, no realiza más que un acto de impotencia, porque las primeras leyes recibidas por esos reinos, cuando su primer lanzamiento, les

han impreso esa facultad productora que durará siempre y que la naturaleza no aniquilará más que destruyéndose totalmente, lo que no está en su poder, porque está sometida ella misma a leyes de cuyo dominio no puede escaparse y que durarán eternamente. De esta forma, el asesino con sus crímenes no solamente ayuda a la naturaleza en intenciones que ella jamás llegará a realizar, sino que además también ayuda a las leyes que recibieron los reinos en el momento de su primer impulso. Digo primer impulso para facilitar la comprensión de mi sistema, porque al no haber habido creación nunca y al ser la naturaleza eterna, los impulsos son perpetuos en cuanto hay seres; dejarían de serlo si no los hubiese más, y entonces favorecerían segundos impulsos que son los que desea la naturaleza y a los que no puede llegar más que mediante una total destrucción, fin al que tienden los crímenes. De donde resulta que el criminal que pudiese cambiar radicalmente los tres reinos a la vez, aniquilándose a sí mismo y a sus facultades productoras, sería el que mejor habría servido a la naturaleza. Medid ahora vuestras leyes sobre esta asombrante verdad y reconocéis su justicia.

Ninguna destrucción, ningún alimento para la tierra, y por consiguiente más posibilidades para el hombre de poder reproducirse. Fatal verdad, sin duda, ya que prueba de una manera invencible que los vicios y las virtudes de nuestro sistema social no son nada y que los vicios, incluso, son más necesarios que las virtudes, puesto que son creadores mientras que las virtudes sólo son creadas, o si se prefiere, porque son causas mientras las virtudes no son más que efectos... que una armonía demasiado perfecta tendría todavía más inconvenientes que el desorden; y que si la guerra, la discordia y los crímenes llegasen a ser desterrados de la tierra, la fuerza de los tres reinos, más violenta entonces, destruiría a su vez todas las

otras leyes de la naturaleza. Todos los cuerpos celestes se detendrían, las influencias se suspenderían por la excesiva fuerza de una de ellas; ya no habría ni gravedad ni movimiento. Son pues los crímenes del hombre los que, llevando el trastorno a la influencia de los tres reinos, impiden que esta influencia llegue a un punto de superioridad que turbaría todas las demás, manteniendo el universo en ese perfecto equilibrio que Horacio llamaba *rerum concordia discors*. Por lo tanto, el crimen es necesario en el mundo. Pero los más útiles sin duda son aquéllos que más trastornos originan, tales como *el rechazo de la propagación* o *la destrucción*; todos los otros son nulos, o más bien, sólo estos dos pueden merecer el nombre de crímenes: y estos son entonces los crímenes esenciales para las leyes de los reinos y esenciales para las leyes de la naturaleza. Un filósofo antiguo llamaba a la guerra *la madre de todas las cosas*. La existencia de los asesinos es tan necesaria como esta plaga; sin ellos todo estaría trastornado en este universo. Por lo tanto es absurdo censurarlos o castigarlos, todavía más ridículo preocuparse por las inclinaciones totalmente naturales que nos arrastran a esta acción a pesar nuestro, porque jamás se cometerán suficientes asesinatos sobre la tierra, con respecto a la sed ardiente que siente la naturaleza por ellos. ¡Y!, desgraciado mortal, no te envanezcas entonces del poder de destruir, esta acción está por encima de tus fuerzas; puedes variar formas, pero no podrías destruirlas; no podrías absorber los elementos de la materia: ¿Y cómo podrías destruirlos si son eternos? Los cambias de formas, los varías; pero esta disolución sirve a la naturaleza ya que son estas partes destruidas lo que ella recompone. Por consiguiente, todo cambio operado por el hombre sobre esta materia organizada sirve a la naturaleza en vez de contrariarla. ¡Ay, qué digo! para servirla serían precisas destrucciones más completas... mucho más completas de

lo que podemos realizar; en los crímenes quiere la atrocidad, la extensión; cuanto más se asemejen a esto nuestras destrucciones más agradables le resultarán. Para servirla mejor todavía sería preciso poder oponerse a la regeneración resultante del cadáver que enterramos. El asesinato no quita más que la primera vida al individuo que abatimos; sería necesario poder arrancarle la segunda para seguir siendo útil a la naturaleza; porque lo que ella quiere es la destrucción: está fuera de nuestro alcance el darle a nuestros asesinatos toda la extensión que ella desea.

¡Oh Juliette!, no perdáis jamás de vista que no hay destrucción real; que la misma muerte no lo es, que física y filosóficamente considerada, no es más que una diferente modificación de la materia en el principio activo, o si se prefiere, que el principio del movimiento no deja de actuar jamás, aunque lo haga de una forma menos aparente. Por lo tanto, el nacimiento del hombre no es más que el comienzo de su existencia, cuya cesación no es la muerte; y la madre que lo da a luz no le da la vida de la misma forma que el asesino que lo mata no le da la muerte: la una produce una especie de materia organizada en tal sentido, el otro da ocasión al renacimiento de una materia diferente, y ambos crean.

Nada nace, nada perece en esencia, todo es sólo acción y reacción de la materia; son las olas del mar que suben y bajan en todo momento sin que haya ni pérdida ni aumento en la masa de sus aguas; es un movimiento perpetuo que ha sido y que siempre será, y en cuyos agentes principales nos convertimos sin darnos cuenta, en razón de nuestros vicios y de nuestras virtudes. Es una variación infinita; mil y mil porciones de diferentes materias que aparecen bajo todo tipo de formas se destruyen y vuelven a mostrarse bajo otras, para volver a perderse y volver a mostrarse una vez más. El principio de la vida

no es más que el resultado de los cuatro elementos; con la muerte cada uno vuelve a su esfera sin destruirse, y dispuesto a juntarse de nuevo desde el momento en que lo exige la ley de los reinos; sólo el conjunto cambia de formas, las partes permanecen íntegras, y de estas partes unidas al gran todo surgen a cada momento nuevos seres. Pero el principio de la vida, el único fruto de la combinación de los elementos no tiene ninguna existencia en sí mismo, no sería nada en esta reunión y se convierte en otro cuando deja de ser, es decir, más o menos perfecto en razón de la nueva obra creada con los restos de la antigua. Ahora bien, como estos seres son perfectamente indiferentes entre sí y perfectamente indiferentes no solamente para la naturaleza sino incluso para las leyes del reino. ¿qué importa el cambio que yo hago en las modificaciones de la materia?, ¿qué importa, como dice Montesquieu, *que de una bola redonda haga una cuadrada?*, ¿qué importa que yo haga de un hombre una col, un nabo, una mariposa o un gusano? No hago más que utilizar el derecho que me ha sido dado, y de esta forma puedo trastornar o destruir a todos los seres, sin que yo pueda decir que me opongo a las leyes de los reinos, y por consiguiente a las de la naturaleza. Al contrario, las sirvo a ambas; a las primeras dando a la tierra un jugo nutritivo que facilita sus otras producciones, jugo que le es indispensable; a las segundas actuando de acuerdo con las perpetuas intenciones de destrucción que anuncia la naturaleza, y cuyo motivo es estar en condiciones de desarrollar nuevos lanzamientos, cuya facultad se hace nula por el perjuicio que le causan los primeros.

¿Podrías creer que esta espiga, este gusanillo, esta hierba en la que acaba de metamorfosearse el cadáver al que he privado de vida pueden tener un valor diferente para las leyes del reino que, abarcándolos a los tres, no pueden tener predilección por ninguno? ¿Acaso puede

ser más querido a los ojos de la naturaleza que realiza indiferentemente esos lanzamientos una u otra producción? Sería tanto como decir que de los millones de hojas que componen este antiguo castaño, hay una más favorecida por el tronco que las otras, porque tiene quizás más longitud. “Es nuestro orgullo, continúa Montesquieu, lo que nos impide sentir nuestra pequeñez, y lo que hace, a pesar de que esta pequeñez sea real, que queramos ser contados en el universo, figurar en él, ser un objeto importante dentro de él. Nos imaginamos que la pérdida de un ser tan perfecto degradaría a toda la naturaleza, y no concebimos que un hombre más o menos en el mundo, que todos los hombres juntos, que cien millones de tierras como la nuestra, no son más que átomos sutiles y desatados, indiferentes para la naturaleza”. Por lo tanto, atormentad, aniquilad, destruid, masacrad, quemad, pulverizad, fundad, variad bajo cien mil formas todas las producciones de los tres reinos, y no habréis hecho más que servirlos, no habríais hecho más que serles útiles. Habréis cumplido sus leyes, habréis cumplido las de la naturaleza, porque nuestra persona está demasiado limitada, es demasiado débil para que pueda cooperar en algo más que en el orden general, y que lo que llamáis desorden no es otra cosa que una de las leyes del orden que desconocéis, y que falsamente habéis llamado desorden, porque sus efectos, aunque buenos para la naturaleza, os perjudican u os contrarían. ¡Ah!, si esos crímenes no fuesen necesarios para las leyes generales ¿estarían inspirados dentro de nosotros como lo están?, ¿sentiríamos en el fondo de nuestros corazones la necesidad de cometerlos y el encanto de haberlos cometido? ¡Ah!, podemos creer que ella ha sabido poner bien a resguardo de nuestros golpes lo que realmente podría turbarla y perjudicarla. ¿Cómo nos atrevemos a pensar que la naturaleza pueda haber imprimido en nosotros impulsos que la contra-

rían? Intentemos absorber los rayos del astro que nos ilumina, intentemos cambiar la marcha periódica de los astros... de los globos que flotan en el espacio: éstos son crímenes que verdaderamente la ofenderían; y ya veis cómo sabe alejarlos de nosotros. No nos preocupemos por lo demás; está enteramente a nuestra disposición; todo lo que se encuentra a nuestro alcance nos pertenece; turbémosla, destruyámosla, cambiémosla sin miedo a perjudicarla. Al contrario, convenzámonos de que le somos útiles y que cuanto más multiplican nuestras manos esos tipos de acciones que falsamente llamamos criminales, más servimos su voluntad.

¿Pero no habrá una diferencia en los tipos de crímenes, y no puede haber asesinatos tan negros que la naturaleza se indigne? ¿Qué estupidez pensar esto un solo momento! Ese ser que os parece sagrado de acuerdo con vuestras fútiles convenciones humanas, ¿puede tener más valor a sus ojos? ¿Por qué va a ser máspreciado el cuerpo de vuestro padre, de vuestro hijo, de vuestra madre, de vuestra hermana que el de vuestro esclavo? Estas distinciones no pueden existir para ella; ni siquiera las ve; es imposible que las perciba; y ese cuerpo tanpreciado, según vuestras leyes, se reproducirá, se metamorfoseará como el de ese ilota al que tanto despreciáis. Por el contrario, persuadíos de que esta atrocidad que dudáis le guste, querría que la utilizaseis más en lo que llamáis vuestras destrucciones, que pudierais destruir los tres reinos para facilitarle nuevos lanzamientos. No podéis hacerlo: ¡y bien!, desde el momento en que esa atrocidad que ella desea no puede recaer sobre lo que querría, dirigidla contra lo que podéis, y la habréis satisfecho al menos en lo que haya dependido de vosotros. No podéis complacerla mediante la atrocidad de una completa destrucción, complacedla al menos con una atrocidad local, y poned en vuestros asesinatos toda la negrura imaginable, a fin

de satisfacer con la más completa docilidad las leyes que ella os impone; si no podéis hacer lo que ella quiere, haced al menos todo lo que podáis.

En este sentido, el infanticidio parece ser la acción que mejor concordaría con sus intenciones, porque rompe la cadena de la procreación, entierra un mayor número de gérmenes. El hijo no rompe nada matando a su padre, corta la cadena por encima; el padre rompe más matando al hijo, corta la cadena por debajo, impide la filiación: es una rama destruida; no lo es la destrucción del padre realizada por el hijo, porque él permanece y él es el tronco. O esto o las madres jóvenes, sobre todo cuando están embarazadas, éstos son los dos asesinatos que mejor cumplen el fin de los reinos, y sobre todo el de la naturaleza; estos son a los que debe tender todo hombre que quiera complacer a esta madrastra del género humano (29).

¡Y! ¿No vemos, no nos damos cuenta de que la atrocidad en el crimen complace a la naturaleza, puesto que sólo en razón de la atrocidad regula la dosis de las voluptuosidades que nos procura, cuando cometemos un crimen? Cuanto más espantoso es más gozamos; cuanto más negro más nos excita. Por lo tanto a esa inexplicable naturaleza le gusta la negrura... la atrocidad en la acción que

(29) Casi todos los pueblos de la tierra han tenido el derecho de vida o muerte sobre sus hijos. Este derecho está perfectamente en la naturaleza; ¿y de qué se puede disponer mejor que de lo que se ha dado? Si pudiese haber gradaciones en el pretendido crimen de asesinato, es decir, que se pudiese asignar una categoría de más o menos mal a algo que en sí mismo no encierra ninguno, seguramente el infanticidio estaría en el rango más inferior: la pronta facilidad que todo hombre posee de reparar este pequeño delito destruye enteramente todo el mal. Estudiando bien la naturaleza se verá que los primeros sentimientos del instinto nos llevan a destruir a nuestra progenitura, y lo sería infaliblemente si el orgullo no viniese en su ayuda.

vámonos a decir con certeza que es uno de los sentimientos más naturales en el hombre; es una de las más dulces inclinaciones, una de las más vivas que haya recibido de la naturaleza; en una palabra, está en él el deseo de ejercer sus fuerzas. La pone en todas sus acciones, en todos sus propósitos, en todas sus actuaciones; algunas veces la disimula la educación, pero no tarda en volver a aparecer. Entonces se anuncia bajo todo tipo de formas. El excesivo cosquilleo que hace sentir, bien ante la idea bien por la ejecución del crimen que aconseja, nos prueba de forma irrefutable que hemos nacido para servir de instrumentos ciegos a las leyes de los reinos, así como a las de la naturaleza, y que en cuanto nos prestamos como tales la voluptuosidad nos acaricia al momento.

¡Y!, ¡recompensad a ese asesino, utilizadlo en lugar de castigarlo! Pensad que no hay crimen, por poco importante que sea en sí mismo, que no requiera energía y fuerza, valor y filosofía. Hay mil casos en que un gobierno clarividente no debería servirse más que de asesinos... Juliette, el que sabe apagar los gritos de su conciencia hasta el punto de hacer un juego de la vida de los otros, sólo desde ese momento ya es capaz de las mayores cosas. El mundo está lleno de gente que se hace criminal por su cuenta, porque el gobierno no sabe lo que valen y no los utiliza; esto tiene como resultado el que haya desgraciados que mueren en la rueda por el mismo oficio que a otros habría cubierto de gloria y de honores. Los Alejandro, los Saxo, los Turenne quizás hubiesen llegado a ser salteadores de caminos si su cuna y el azar no les hubiesen preparado laureles en la carrera de la gloria; y los Cartuchos, Mandrinos, los Desruos, seguramente grandes hombres si el gobierno hubiese sabido utilizarlos.

¡Oh!, ¡terrible colmo de injusticia! Hay animales que no viven más que de asesinatos, tales como el lobo, el león, el tigre; esos animales no se alejan de ninguna ley

la prohibición nace el terror sentido, y de ninguna manera de la acción en sí misma, que, como se ve, puede inspirar este mismo temor aunque no tenga nada de criminal. Esta pusilanimidad que acompaña al asesino, ese pequeño momento de terror se debe infinitamente más al prejuicio que al tipo de acción. Que durante un mes cambie la suerte, que la espada de Themis caiga sobre lo que llamáis virtud y que las leyes recompensen el crimen: en seguida veréis temblar al virtuoso y tranquilo al malvado, entregándose uno y otro a sus acciones favoritas. La naturaleza no tiene voz; la que suena dentro de nosotros no es más que la del prejuicio, que podemos eliminar para siempre con un poco de fuerza de voluntad. Sin embargo, hay un órgano sagrado que retumba dentro de nosotros, antes que la voz del error o de la educación; pero esta voz, que nos somete al yugo de los elementos, sólo nos fuerza a lo que favorece la armonía de esos elementos y a la de sus combinaciones modificadas en las formas de que se sirven esos mismos elementos para componernos. Pero esa voz es muy débil, no nos inspira ni el conocimiento de un Dios, ni el de los deberes de sangre o sociedad, porque todas esas cosas son quiméricas. Esa voz tampoco nos dicta que no hagamos a los otros lo que no queramos que nos hagan a nosotros: si queremos escucharla encontraremos justamente todo lo contrario.

Recuerda, nos dice la naturaleza en lugar de eso, sí, recuerda que todo lo que no quieras que te hagan, es precisamente lo que tienes que hacer para ser feliz, desde el momento en que hay lesiones fuertes para el prójimo de las que debes sacar provecho; porque en mis leyes está que os destruyáis todos mutuamente; y la forma de lograrlo es lesionando al prójimo. Por eso he puesto en ti la más viva inclinación al crimen; por eso mi intención es que te hagas feliz a ti mismo, no importa a costa de quién. Que tu padre, tu madre, tu hijo, tu hija, tu nieta, tu mu-

Ahora, Juliette —prosiguió el pontífice—, voy a daros algunos ejemplos pensados para probaros que en todo tiempo al hombre le encantó destruir, y a la naturaleza permitírsele.

En Cabo-di-Monte, si una mujer pare dos hijos a la vez, su marido destruye uno al instante.

Se sabe el caso que hacen de sus hijos los árabes y los chinos: apenas conservan la mitad; matan, queman o ahogan al resto y principalmente a las niñas. En Formosa, la procreación tiene el mismo grado de horror.

Los mejicanos no salían jamás a una expedición militar sin sacrificar niños de uno u otro sexo.

A las japonesas les está permitido abortar cuando quieran; nadie les pide cuentas de un fruto que ellas no han querido llevar (31).

El rey de Calicut tiene un sofá de resortes en su palacio, bajo el cual enciende un gran fuego; en ciertos días de fiesta se fija un niño a ese fuego hasta que se ha consumido.

Entre los romanos jamás se castigó el asesinato con la muerte; y a este respecto los emperadores siguieron

(31) La pena promulgada contra el infanticidio de las mujeres es una atrocidad sin ejemplo. ¿Quién es mejor dueño de ese fruto que la que lo lleva en su seno? Si hay en el mundo una propiedad contra la que no se puede hacer ninguna reclamación es seguramente esta. Molestar a esta mujer en el uso que hace de su propiedad es el más inconcebible colmo de la imbecilidad. Ciertamente hay que darle un valor muy grande a la especie humana para castigar a una desgraciada criatura solamente porque no está deseosa de duplicar su existencia y de confirmar el presente hecho por ella involuntariamente. ¿Y no es un cálculo extravagante además sacrificar la madre al hijo? Una vez cometido el crimen, había una persona menos en la tierra; una vez castigado el crimen, hay dos. ¡Qué falta de inteligencia en un cálculo como éste!, ¡y qué agudos son nuestros legisladores! ¡Y dejamos que esas leyes sigan existiendo!, ¡y tenemos la cobardía de no pulverizarlas, a ellas y a la memoria de los que las hicieron!

que hacer pillaje, violar, matar, masacrar, incendiar; y cuantas más execraciones ha cometido más honrado es.

Los egipcios sacrificaban todos los años una joven en el Nilo. Cuando el humanismo se apoderó de sus corazones y quisieron interrumpir esta costumbre, cesaron las fértiles inundaciones de este río y Egipto creyó perecer de hambre.

En tanto que los sacrificios humanos constituyen un espectáculo no deberían prohibirse jamás en una nación guerrera. Roma triunfó sobre el orbe tanto tiempo como tuvo espectáculos crueles: cayó en la servidumbre y la esclavitud en cuanto la estupidez de la moral cristiana le convenció de que era peor ver matar hombres que animales. Pero no era por humanidad por lo que razonaban así los partidarios de Cristo, sino por su excesivo temor de que si la idolatría recuperaba su poder, se les sacrificase a ellos mismos a las diversiones de sus adversarios. Por eso predicaban los zorros la caridad, por eso establecían ese ridículo hilo de la fraternidad, cuya nada ya sé, Juliette, que os han demostrado. Esta reflexión explica toda esa hermosa moral que los mismos enemigos de la estúpida religión han sido lo suficientemente tímidos o lo suficientemente locos para respetar. Prosigamos.

Casi todos los salvajes de América matan a sus ancianos en cuanto los ven enfermos; es una obra de caridad por parte del hijo; el padre lo maldice si no lo mata cuando es impotente.

En el mar del Sur existe una isla donde se mata a las mujeres en cuanto han pasado la edad de engendrar, como criaturas que desde ese momento se convierten en inútiles para el mundo; y en realidad ¿de qué pueden servir ya?

Los pueblos de los Estados berberiscos no tienen ninguna ley contra el asesinato de sus mujeres o de sus esclavos; son plena y auténticamente sus amos.

En ningún serrallo de Asia está prohibido matar a mujeres; el que ha matado a las suyas es libre para comprar otras.

En la isla de Borneo tienen la creencia de que todos aquellos a los que ha matado un hombre le servirán de esclavos en el otro mundo; de tal forma que cuanto mejor servido quiere ser un hombre después de su muerte, más mata durante su vida.

Cuando los tártaros de Karascán ven un extranjero que tiene inteligencia, valor y belleza, lo matan para apropiarse de sus cualidades y derramarlas sobre su nación.

En el reino de Tangut, un joven fuerte sale puñal en mano en ciertos días del año, y mata impunemente todo lo que encuentra; aquellos que mueren por su mano están seguros, o eso se piensa, de la mayor felicidad en la otra vida.

En Kachao hay asesinos a sueldo de los que se sirven cuando es necesario: aquel que tiene a alguien para matar alquila a uno de estos mercenarios y se le paga una vez cometida la acción.

Esto me recuerda la historia del Viejo de la Montaña. Este príncipe, dueño de la vida de todos los otros soberanos, no tenía más que enviar uno de sus acólitos a casa del soberano que bien le pareciese para que ese príncipe fuese inmolado al momento.

En Italia se encuentran asesinos de encargo de los que es posible servirse en caso de necesidad; deberían ser tolerados en un gobierno inteligente. ¿Y por qué le tiene que corresponder solamente al gobierno el derecho de disponer de la vida de los hombres?

En Ledur, Zelanda, se inmolaba en otro tiempo a noventa y nueve hombres por año a los dioses del país.

Cuando los cartagineses vieron el enemigo ante sus puertas, inmolaron a doscientos niños de la nobleza más alta; una de sus leyes ordenaba no ofrecer a Saturno más

que niños de esa casta. Se imponía una multa a las madres que dejaban escapar el menor gesto de tristeza; se inmolaba a los niños ante sus ojos. ¡Y aquí tenemos la sensibilidad considerada como un crimen!

Un rey del Norte, cuyo nombre no recuerdo, inmoló a nueve de sus hijos con la sola intención, decía, de prolongar sus días a costa de aquellos de los que les privaba. Los prejuicios son perdonables cuando producen placeres.

Shuum-Chi, padre de uno de los últimos emperadores de China, hizo apuñalar a treinta hombres sobre la fosa de su amante para apaciguar sus manes.

Cook descubrió en uno de sus últimos viajes a Otahiti sacrificios humanos que no habían visto los que le habían precedido en esta isla.

Herodes, rey de los judíos, en el momento de sus últimos suspiros, hizo reunir a toda la nobleza de Judea en el hipódromo de Jericó, después ordenó a su hermana Salomé que les hiciese perecer a todos en el momento en que cerrase los ojos, para que su duelo fuese universal y que los judíos, al llorar a sus amigos y parientes, se viesan obligados a pesar de ellos a regar sus cenizas con lágrimas. ¡Qué fuerza debe tener una pasión cuyos efectos se prolongan más allá de la tumba! Sin embargo, esta orden no fue ejecutada.

Mahomet II cortó con su brazo la cabeza de su amante Irene para demostrar a sus soldados que el amor no era capaz de ablandar su corazón; sin embargo, acababa de pasar la noche con ella y de calmar sus deseos (32). Este mismo, sospechando que uno de los jóvenes destinado a sus placeres se había comido fraudulentamente un pepino en sus jardines, hizo abrir el vientre a todos aquellos que se hallaban en su serrallo, hasta que fuese descubierto

(32) Desde ese momento, la cosa se entiende infinitamente mejor.

el fruto en las entrañas de uno de ellos... Encontrando algunos defectos en una decapitación de San Juan Bautista hizo cortar delante de él el cuello de un esclavo y demostró al artista Bellini, veneciano, y autor del cuadro que criticaba, que la naturaleza no había sido bien captada. “ ¡Mira le dice ¡así es como debe ser una cabeza cortada!” También este mismo gran hombre fue el que, filosóficamente convencido de que la vida de los individuos no está hecha más que para servir la pasión de los soberanos, hizo echar cien mil esclavos desnudos a las fosas de Constantinopla, para servir de fajinadas cuando se realizase el asedio de esta capital.

Abdalkar, general del rey de Visapur, tenía un serrallo de doscientas mujeres; recibe órdenes de que se ponga a la cabeza de sus tropas; teme que su ausencia se convierta en un pretexto para la infidelidad de sus amantes: las hace degollar a todas ante él la víspera de su partida.

Las proscripciones de Mario y Sila son obras maestras de crueldad; Sila, verdugo de la mitad de Roma, muere tranquilamente en su hogar. ¡Después de tales ejemplos que se sostenga que un Dios vela sobre nosotros y que debe castigar los crímenes!

Nerón hizo degollar a diez o doce mil almas en el circo porque se habían burlado de uno de sus cocheros. Bajo su reinado fue cuando se hundió el anfiteatro de Prenesta, cuya caída hizo perecer a veinte mil almas: ¿quién duda que fue él la causa de este accidente y que lo había organizado todo para divertirse?

Commodo hizo arrojar a las bestias romanas a los que habían leído la vida de Calígula... En sus correrías nocturnas se complacía en mutilar a los transeúntes; reunía a quince o veinte desgraciados, los hacía atar ante él, y armándose con una maza los exterminaba para divertirse.

Los ochenta mil romanos que hizo degollar Mitriades en su Estados, las Vísperas sicilianas, la noche de San Bar-

franceses a los suyos? En la batalla de Azincourt, día fatal para Francia, Enrique V los inmoló a todos.

Cuando Gengiskan se apoderó de China hizo degollar a dos millones de niños ante él.

Echad una mirada a la vida de los doce Césares en Suetonio, os ofrecerá mil atrocidades de este género.

En Malabar, los pulias constituyen una casta tan despreciada que está permitido matarlos. Cuando se quieren probar las armas, se tira sobre el primero que se encuentra, sin distinción de edad ni sexo.

En Rusia, Dinamarca, en Polonia, los nobles pueden matar a un siervo poniendo un escudo sobre el cadáver; la vida de un hombre, sea como sea, jamás puede ser estimada más que al precio del dinero, porque el dinero puede reparar y la sangre no repara nada. Si la ley del talión es odiosa, en este caso lo es todavía más; porque el asesino tiene algunas veces un motivo para cometer su asesinato, y vosotros, imbéciles hijos de Themis, no tenéis ninguno para el vuestro. Pero que me respondan, si pueden, a la objeción siguiente.

Según vosotros, ¿qué es lo que constituye un crimen en el asesinato? ¿No es la acción de quitar la vida a un semejante? Al obrar así tenemos el crimen constatado sin ninguna consideración a lo que puede ser el hombre privado de vida; pero si ese hombre está cubierto de crímenes, no hago al matarlo más mal que las leyes, y si yo hago mal las leyes también lo hacen: ¿en qué es preferible creer, en la inocencia del que mata al criminal o en la infamia de la ley que mata al criminal?

¿En cuántos países y durante cuántos siglos se inmolaron esclavos sobre la tumba de los amos? En nuestra opinión, ¿creen esos pueblos en el crimen del asesinato?

¿Quién podría enumerar los indios que inmolaron los españoles en su conquista del Nuevo Mundo? Sólo transportando sus equipajes perecieron doscientos mil en un solo año.

ciente por una piedra cortante, hasta que estuviese desgarrado y se viesan salir las entrañas.

Entre esa inmensa multitud de pueblos que cubren nuestro globo, apenas se encuentra uno solo que haya dado la menor importancia a la vida de los hombres, porque en realidad no hay nada menos importante.

Los americanos meten en el canal urinario un pequeño bastón erizado de espinas y le dan vueltas, lo que causa dolores espantosos.

Los iroqueses atan la extremidad de los nervios de sus víctimas a bastones y girando después esos bastones los enrollan a los nervios como si éstos fuesen cuerdas; los cuerpos se dislocan y pliegan de una manera extravagante y su observación debe ser muy excitante...

— No lo dudéis —dice en este punto Juliette citándole al Santo Padre la circunstancia de su vida en que había tenido ocasión de asistir a este suplicio—; no hay nada tan excitante como el espectáculo de esta tortura y podrías bañarte, amigo mío, en el semen que me ha hecho soltar.

— Entre los filipinos —prosiguió el papa— una mujer culpable es atada desnuda a un poste con el rostro vuelto al sol; se la deja expirar así.

En Juida se destripa, se arracan las entrañas, se llena el cuerpo de sal y se cuelga de un pie en medio de la plaza pública.

Los coyas agujerean la espalda a jabalinazos; a continuación se corta el cuerpo en cuatro y se le obliga a la mujer del muerto a que se lo coma.

Cuando los tunquineses van todos los años a recoger la areca, envenenan una nuez que hacen comer a un niño para conseguir que la recolección sea buena por la inmolación de esta víctima: y éste es un asesinato elevado a acto religioso.

Los hurones suspenden un cadáver encima del pa-

ciente de forma que pueda recibir sobre su rostro todas la inmundicias que se desprenden del cuerpo muerto, y se atormenta al desgraciado hasta que expira.

Los cosacos de Uskiens atan al paciente a la cola de un caballo al que hacen galopar por caminos escarpados; este fue también, como sabéis, el suplicio de la reina Brunehaut.

Los antiguos rusos empalaban los costados y colgaban de los lados. Los turcos hacen la misma ceremonia por el ano.

El viajero Gmelin vio en Siberia a una mujer enterrada viva hasta el cuello, a la que llevaban la comida; vivió así trece días.

Las vestales eran encerradas en pequeños nichos estrechos donde había una mesa sobre la que se colocaba una lámpara, un pan y una botella de aceite. Se acaba de encontrar recientemente en Roma un subterráneo que comunicaba el palacio de los emperadores con el campo bajo en el que estaban construidas estas cuevas de vestales (35). Lo que prueba que verdaderamente o los emperadores iban a gozar de esos suplicios o hacían pasar a sus palacios a las vestales condenadas para divertirse con ellas y hacerlas morir delante de ellos de acuerdo con sus gustos y pasiones.

En Marruecos y en Suiza, se sierra al culpable entre dos planchas. Hipomeno, rey de Africa, hizo devorar a su hijo y a su hija por caballos a los que les había privado de comida durante mucho tiempo; esto sin pensar en la sublimidad de los vínculos; sin duda que de ahí recibió el nombre de Hipomeno.

Los galos encarcelaban cinco años a sus víctimas, después las empalaban y las quemaban, todo ello en honor de la Divinidad, porque siempre es preciso que esa her-

(35) Atestiguo esto por haberlo visto.

mosa máquina cargue con todas las iniquidades del hombre.

Los germanos los ahogaban en un cenagal. Los egipcios insertaban en todas las partes del cuerpo cañas afiladas de la longitud de un dedo, y a continuación las prendían fuego.

Los persas, el más ingenioso de los pueblos para inventar suplicios, encerraban al paciente entre dos barquichuelas de forma que sus pies, sus manos y su cabeza pasasen por aberturas; en esta postura se le obligaba a comer y a beber pinchándole los ojos con puntas de acero; algunas veces le frotaban el rostro con miel para que las avispas se pegasen a él; de esta manera los gusanos lo devoraban en vida. ¿Quién lo creería?, con frecuencia vivían dieciocho días en esa espantosa situación. ¡Qué sublimidad de refinamientos! Esto es arte: consiste en hacer morir, durante el mayor tiempo posible, un poco todos los días. Con frecuencia lo aplastaban entre dos piedras, o lo despellejaban vivo y frotaban con espinas verdes el cuerpo así despojado, lo que hacía sentir dolores inauditos. El suplicio de moda que infligen hoy en los serrallos, cuando las mujeres han cometido alguna falta, es sajar en varios sentidos todas las carnes, y a continuación destilar plomo fundido en las heridas, empalar por la matriz o acribillar a la paciente con mechas de azufre que se encienden y que a continuación toman su alimento de la misma grasa de la víctima.

Y Juliette le aseguró al Santo Padre que también conocía esa tortura.

— Daniel —prosiguió el papa— nos cuenta que los babilonios echaban a las víctimas a un horno ardiente.

Los macedonios las crucificaban boca abajo.

Los atenienses hacían tragar venenos, las ahogaban en un baño después de haberles abierto las venas.

Los romanos (36) ataban algunas veces a un árbol por las partes viriles; el suplicio de la rueda nos viene de ellos. Con frecuencia, descuartizaban entre cuatro árboles curvados y que se soltaban a la vez. Metius Sufetius fue descuartizado entre cuatro carros. Bajo el imperio se azotaba hasta la muerte; se envolvía en un saco de cuero con serpientes y se echaba al saco al Tíber; otras veces se ponía a la víctima sobre una rueda, se la giraba violentamente durante mucho tiempo en un mismo sentido, después, de golpe, en otro, lo que desgarraba las entrañas y a menudo la hacían vomitar con espantosos esfuerzos.

El inquisidor Torquemada hacía atenazar a los pacientes delante de él en las partes más carnosas del cuerpo; también los hacía poner sobre una estaca dispuesta de tal forma que no se les apoyaba más que sobre el esternón: terrible postura de la que resultan convulsiones tan singulares que se muere con una risa espasmódica muy extraordinaria de observar.

Apuleyo habla del tormento de una mujer, cuyos detalles son muy agradables. La cosieron al vientre de un asno al que se le había arrancado las entrañas; se la expuso así a las bestias feroces.

El tirano Magencio hacía pudrir a un hombre vivo sobre el cadáver de un muerto.

Hay países donde se ata al paciente cerca de un gran fuego; se le abre el vientre con leznas para que la llama se insinúe en sus entrañas y lo consuma gradualmente.

En los tiempos de las Dragonadas se cogía a las muchachas que no querían convertirse y para hacerlas amar la misa se las llenaba de pólvora con un embudo metido por el ano y la matriz. A continuación se las hacía saltar como una bomba. ¡Es inaudito cómo eso hacía que co-

(36) Al mismo tiempo era el pueblo más afeminado; y la crueldad está muy cerca del lujo y la molición.

giesen gusto a la hostia y a la confesión auricular! ¿Cómo no amar a un Dios en nombre del cual se hacen cosas tan hermosas?

Volviendo a los suplicios antiguos, vemos a Santa Catalina atada a un cilindro con puntas rodar así desde lo alto de una montaña. Convendréis Juliette, en que es una forma muy dulce de llegar al cielo.

Vemos a otros mártires de esta misma religión, cuyo apóstol soy yo más por interés que por gusto, con agujas metidas bajo las uñas, revolcándose totalmente desnudos sobre cristales, asados en parrillas, colgados por la cabeza en una fosa donde había una serpiente y un perro, a los que no se daba ningún alimento, mutilados poco a poco, y en fin sufriendo mil horrores más cuyos detalles os imagináis (37).

Pasando a continuación a las costumbres extranjeras vemos que en China el verdugo responde con su vida de la del paciente, si ese paciente la pierde antes del tiempo fijado, que es extraordinariamente largo, algunas veces incluso de nueve días, y durante ese tiempo se varían los suplicios con un gran arte.

Los ingleses cortaban en trozos y dejaban hervir en el fondo de una marmita. En las colonias, trituraban a los negros lentamente en los tambores de los molinos de azúcar, que es un suplicio tan largo como espantoso.

En Ceilán condenan a comer su propia carne o la de sus hijos.

Los habitantes de Malabar despedazan a sablazos o los entregan a los tigres para que los devoren.

En Siam los destruyen con toros. El rey de ese país hace morir un rebelde alimentándolo con su propia carne,

(37) Se les cortaba los dedos, los puños, los pies, los dientes, los ojos, las carnes grasas, la punta de la nariz, la lengua, las partes viriles y el clítoris en las mujeres.

que el género humano no tenga más que una cabeza para tener el placer de cortarla de un solo golpe.

— Vayamos, es tarde : ¿no habéis dicho que la auro-
ra no tenía que encontrarnos en nuestras impurezas?...

Pasamos a la iglesia.

Todos los actos eróticos son desvaríos, desarreglos; ninguna ley, material o moral, los determina. Son accidentes, productos fortuitos de combinaciones naturales. Su diversidad misma delata que carecen de significación moral. Las pasiones varían de individuo a individuo; y más: son intercambiables. Una vale la otra. Las pasiones llamadas secretas lo son no porque sean menos fatales, esto es: menos naturales, que las normales. Para satisfacerse, no vacilan en violar las leyes públicas: son más naturales. Otro tanto sucede con los placeres crueles. Son los más antiguos, los más naturales: ¿no se les llama bestiales? La naturaleza es singular; es una fuente inagotable de *fenómenos*. La normalidad es una convención que cambia con los siglos, los climas, las razas, las civilizaciones. Como muchos filósofos de su tiempo; SADE proclama una suerte de declaración de derechos de las pasiones. No nos propone, sin embargo, una democracia igualitaria. Ciertamente, ninguna pasión vale, ninguna es mejor o peor, noble o baja; pero unas son más poderosas que otras. Las pasiones secretas y las pasiones crueles son las más fuertes. Su otro nombre es destrucción.

Octavio Paz
“El más allá erótico”



espiral EDITORIAL FUNDAMENTOS